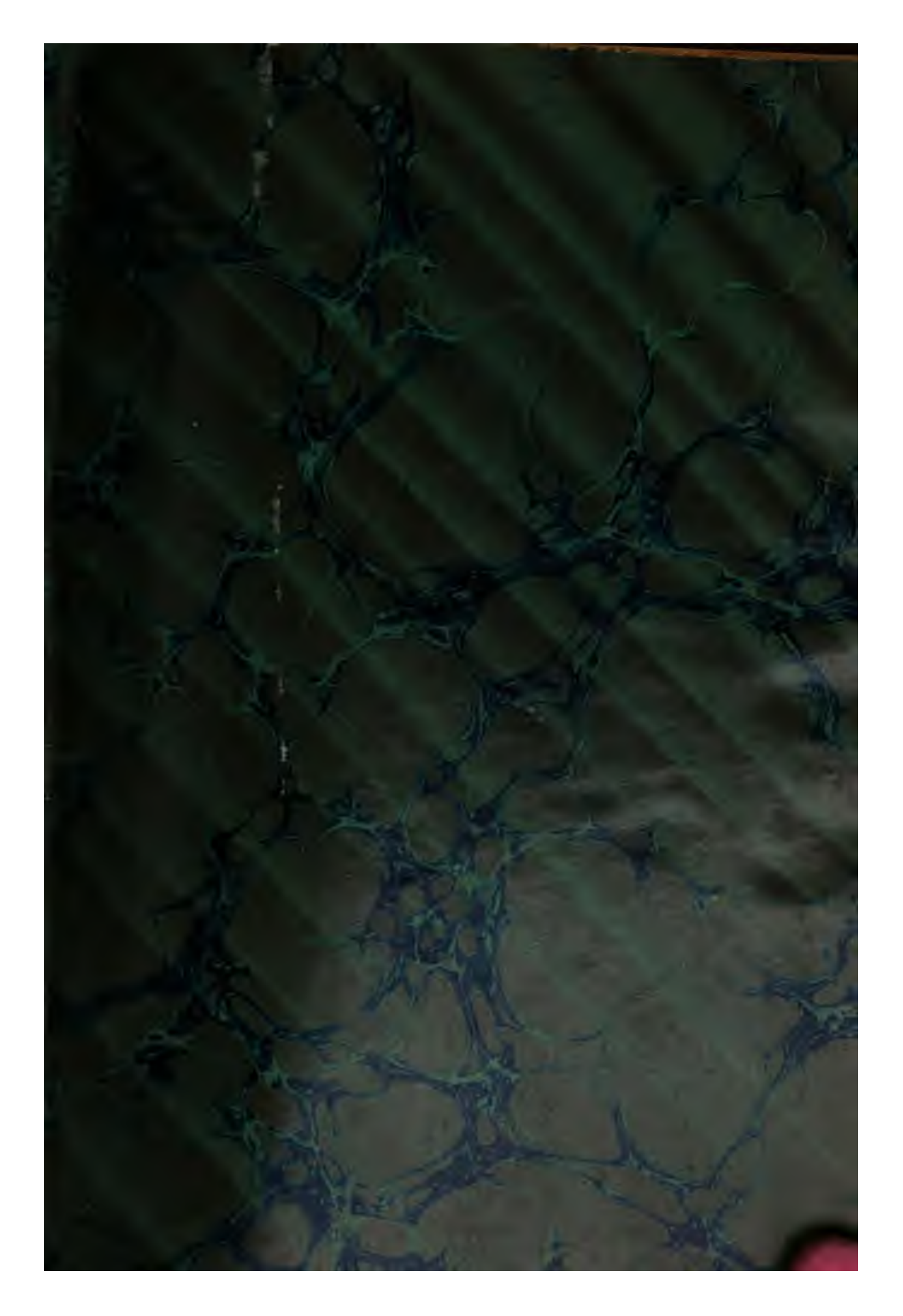


RUIZ ZORRILLA

Ruiz Zorrilla

DESDE SU EXPULSIÓN DE ESPANA

HASTA SU MUERTE

(1875—1895)

RECUERDOS POLÍTICOS

DE

EMILIO PRIETO Y VILLARREAL



MADRID
M. ROMERO, impresor.—Libertad, 31.
TELÉFONO 875
1908

CAPITULO PRIMERO

Primeras impresiones.—La *Zaragoza*.—Noticias.—En Pamplona.—Moriones, Gobernador.—Nuevo punto de partida.—D. Amadeo y Ruiz Zorrilla.—Irrevocable.—Desde Madrid á Elvas.

El 10 de Agosto de 1868, y al frente de dos secciones de Caballería, salí de Vitoria para Lequeitio, á cuyo destino llegué pasando antes por Villarreal, Ochandiano, Durango y Guernica, pueblos que me hicieron recordar sangrientas escenas de la primera guerra cívil, referidas por mi buen padre siendo yo niño, y que fuertemente grabadas en mi imaginación, prepararon mi espíritu contra las ideas reaccionarias.

Lejos estaba de pensar, cuando pasé por aquellos pueblos en plena paz, que debería cruzarlos cinco años más tarde en son de guerra para defender la libertad amenazada nuevamente.

Estaba destinada aquella pequeña fuerza á escoltar á la Reina Doña Isabel II, quien, en efecto, pocos días después llegaba á Lequeitio y se instalaba en el palacio de Abaroa, cuyos muros batían las olas del Cantábrico.

Llegó la Corte aislada y temerosa.

Precauciones infinitas se habían tomado para reconocer á las personas extrañas que llegaban á

la población; los pobres, aquéllos que Dios llamaba á sí, tenían en absoluto cerrado el paso; entregar memoriales á la Reina, estaba prohibido.

Y así ocurrió que, mientras el Príncipe Alfonso corría y saltaba por aquellos vericuetos vigilado de cerca por un alto empleado palaciego que le seguía jadeante, porque su edad convidaba al reposo más que á compartir los juegos infantiles, presencié una escena que contrastaba con tan exquisitos cuidados y atenciones.

Vivía yo en las afueras de la población, y al dirigirme una mañana muy temprano al improvisado cuartelillo, ví, materialmente escondido entre harapos, un hombre joven, cuyo rostro expresivo y enérgico llamó mi atención.

Tenía elevada estatura, color moreno, barba negra y larga, frente despejada y grandes ojos desmesuradamente abiertos. Era ciego.

Cuestionaba con otro y me acerqué.

Era este otro un agente policiaco que, con malas formas, trataba de alejarle del pueblo.

El pobre ciego respondía con palabras moderadas y suplicante tono al representante de la autoridad.

Tercié en la cuestión, y al oir aquel desgraciado que alguien salía en su defensa, dijo, volviendo la cabeza hacia donde había oído mi voz:

—Yo no pido, señor, créame usted; yo no he pedido nunca; sólo vengo á que alivien la situación de mi familia. He servido en Cuba, perdí la vista, yo era el único amparo de mis padres y están en la miseria. Sólo quiero presentar este memorial á la Reina.

Y al decir esto sacó del pecho un papel escrito.

¡Imposible! Aquel infeliz no logró que sus quejas llegaran á los poderosos. La orden era terminante.

El poco dinero que llevaba en el bolsillo lo vacié entre sus manos, y al sentir el contacto de la mía, la agarró convulsivamente. Quería besarla y lo evité; pero no pude evitar que á mí se abrazara vertiendo lágrimas (1).

—Vamos—le dije, y mientras él continuaba la historia de su infortunio, le acompañé largo trecho por aquella carretera, volviendo ambos la cara á nuestras poco piadosas instituciones.

Yo no era en aquella época ni monárquico ni republicano. Era un oficial recién salido de la Academia. Pero afirmo hoy que sentí entonces un primer movimiento de repulsión, no bien definido, hacia aquel orden de cosas que no satisfacía mis naturales inclinaciones y sentimientos; hacia aquello que por un lado me hacía ver las adulaciones cortesanas en su más exquisito refinamiento, y por otro el desprecio más incomprensible á los intereses públicos, bien representados en aquél pobre ciego.

*
* *

Pocos días después de entrar la Corte en Lequeitio, llegó González Bravo, y aún me parece verle en el pequeño paseo que allí se extiende frente á la playa.

Apoyaba el codo del brazo izquierdo en un pe-

---

(1) El hecho es exacto. Consta en una correspondencia que el 8 de Octubre del mismo año dirigí desde Pamplona á *La Crónica*, periódico de Valladolid.

queño árbol, la cabeza en la mano del mismo lado, y así, cruzadas las piernas, inmóvil como una estatua, permaneció largo rato con aquella mirada suya penetrante y viva fija en el mar.

Estaba anocheciendo y la brisa, ya fresca, acariciaba su frente y la mía. Yo, sentado en uno de los bancos del paseo, le observaba á poca distancia.

De pronto sacudió su cabeza, que parecía iluminada por internos resplandores, y pausadamente se dirigió al inmediato palacio de la Reina.

A pesar de los rumores alarmantes que por entonces circulaban, ni remotamente pensé en lo que estaba muy próximo á ocurrir en el extremo opuesto de la Península.

El sí.

Ya, procedente del Cabo Machichaco, habíamos visto llegar gallardamente á aquellas aguas la fragata *Zaragoza*, cuya mole gigantesca se destacaba entre los vapores de guerra *Colón* y *Francisco de Borja*, la pequeña goleta *Caridad* y el remolcador *Isabel II.*

Ya habíamos oído los «vivas» de ordenanza dados por la marinería desde las vergas y las salvas de las baterías, todo en honor de la Reina, cuando visitó aquella fortaleza flotante.

El día siguiente 22, zarpó la fragata.

Muy de cerca escuché el rumor de las maniobras y ví desplegar su fuerza al poderoso hélice enderezando al mar la proa.

Por último, después de avanzar largo trecho perpendicularmente á la costa, cubrióse la fragata de blancas velas y tomó rumbo á Occidente.

¡Quién sabe si González Bravo, diría con el poeta!:

«Allá va la nave.
¿Quién sabe do va?»

Treinta y ocho días después, se supo.

Iba á sublevarse en la bahía de Cádiz con el resto de la escuadra.

Iba á señalar á González Bravo el término de sus osadías como escritor público y como ministro, demostrándonos á la vez que se puede empezar la vida política redactando *El Guirigay* y terminarla siendo carlista.

En pocas palabras: iba á anunciar al mundo, con la poderosa voz de aquellos mismos cañones, la caída de Isabel II.

*
* *

Pocos días después de aquélla visita salió la Reina para San Sebastián.

A la hora señalada estaba la escolta frente al palacio, formando la carrera con el Regimiento de Ingenieros que mandaba el entonces Brigadier Castillo, más tarde General defensor de Bilbao cuando el bloqueo de los carlistas; luego Capitán General de Valencia, al sublevarse Martínez Campos y, por último, sucesor del General Jovellar en el Ministerio de la Guerra, después de los sucesos de Septiembre de 1886.

Distinguíase la Reina por su puntualidad y, sin embargo, aquel día más de dos horas estuvieron las tropas esperando, sin que en Palacio se advirtiera movimiento alguno. Como que hubo tiempo para que el sol se oscureciese tanto como la política y descargara sobre nosotros un aguacero de primer orden.

Por fin... salió la Reina y rendimos á la majestad próxima á caer los debidos honores.

A los pocos minutos embarcó y zarpó con el rumbo dicho el barco que la esperaba.

Fuí, por lo tanto, el oficial de Caballería expresamente nombrado para mandar la que había de ser última escolta de Isabel II.

Al día siguiente emprendimos el regreso á Vitoria, y como al llegar á Ochandiano me detuviera para dar algún descanso á la fuerza, llamé la atención de los concurrentes al establecimiento de aguas minerales que allí hay, quienes, deseosos de adquirir noticias, me sometieron al siguiente interrogatorio:

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—¿Y la Reina?

—Salió para San Sebastián.

—¿A dónde va usted?

—A Vitoria.

—¿Pero no sabe usted lo que hay?

—No.

Y entonces, los que venían en busca de nuevas sensacionales, me las dieron á mí.

Dijéronme que se había sublevado la escuadra en Cádiz y, casi casi, que España estaba ardiendo por los cuatro puntos cardinales.

Con tal estado de ánimo llegué á Vitoria, donde encontré al Régimiento preparado para ir sobre Pamplona á marchas forzadas.

Así sucedió.

Sin dejar enfriar la silla emprendí la marcha hacia la capital de Navarra, marcha que se hizo con las mismas precauciones que en tiempo de guerra.

Mandaba el Regimiento un Coronel, severo ordenancista y ferviente católico. Tanto, que cuando los Ayudantes tenían que comunicarle alguna novedad, si no estaba en su casa ya sabían que estaba en la Iglesia. Bueno será decir que á estas cualidades añadía la de ser persona perfectamente educada y cumplido caballero.

No las tenía todas consigo el veterano Coronel, y no le faltaba razón, porque entre los subalternos del Regimiento había algunos muy tildados de liberales, como recordará un compañero y amigo mío, Teniente entonces como yo y hoy General de División, muy apreciado, muy conocido y muy liberal, aunque no tanto como yo quisiera. En esto he ascendido más.

Allí estaban también, con el mismo empleo, Parés y Antonio Bayo, éste ya muerto, que en eso de liberales se las apostaban con cualquiera. Y así algunos más. Yo, aunque no había ocultado á mis amigos mis decididas inclinaciones al progresismo, representadas en el ejército por el inolvidable General Prim, no estaba considerado como sospechoso.

Estos recelos del Coronel, le obligaron á colocar á retaguardia de la columna al insigne poeta don Juan Justiniano y Arribas, á la sazón Comandante del Regimiento, para vigilar que nadie se quedase atrás, ni siquiera se separase de su puesto.

A pesar de la diferencia de edades y de graduación militar, que en aquellos tiempos significaba mucho, existían entre uno y otro afectuosas relaciones de amistad y confianza.

He aquí su origen:

Justiniano había servido como Teniente ó Capi-

tán en el Regimiento de Montesa, y cuando terminó y dió á la publicidad su poema ***Roger de Flor***, dirigió circulares á todos los Cuerpos del Arma invitándolos á la suscripción. Sin duda esperaba del Regimiento en que había servido muchos años una nutrida lista de nombres; pero yo fuí el único que se *apuntó*, como solíamos decir.

¡Qué desengaño para el poeta!

En su antiguo Regimiento, el único oficial que mostraba deseo de leer su poema era un Alférez que no le conocía. Esto le hizo conservar mi nombre en la memoria, y éste fué el origen de nuestra amistad cuando después de algunos años nos reunimos en un mismo Regimiento.

Intimamos mucho, y aún me parece que le oigo recitar con su voz cavernosa largas tiradas de versos de su nuevo poema *Hernán Cortés*, creo que inédito, y de su *Oda al mar*, que en mi concepto no desmerece de la del gran Quintana.

Esta intimidad con el poeta me permitió la osadía, en aquellos momentos, de dirigirme al Comandante para que me informara de lo que ocurría.

Hízolo así en pocas palabras, y convencido ya de la gravedad de la situación, volví en seguida á mi puesto para continuar aquella cautelosa marcha que parecía invitar al recogimiento y á la meditación.

Sólo oíamos las pisadas de los caballos y el ruido de los sables al chocar con los estribos.

Los soldados no podían entonar las canciones de su tierra. Los oficiales no nos comunicábamos unos con otros. Los jefes tenían cara de vinagre y así, recelosos y desconfiados, íbamos avanzando á

buen paso por la carretera, porque las jornadas eran dobles.

¿A dónde íbamos? A Pamplona.

¿Para qué? Lo mismo podía ser para la defensa del trono vacilante, que para contribuir á derribarlo. Lo mismo podían esgrimirse aquellos sables para sostener la reacción imperante, que la libertad proclamada en Cádiz. La disciplina tiene también muchos aspectos.

Así llegamos á Pamplona, sin más incidente que una pequeña detención entre los peñascos de Huarte-Araquil, donde el Coronel recibió y leyó algunos telegramas.

Momento fué aquél de expectación en los que le seguíamos.

Todos hubiéramos querido tener doble vista para saber á qué atenernos y amplia libertad para comentar los sucesos á que aquellos telegramas debían referirse.

Pero allí no había más que una cabeza y una voluntad.

Los demás, como dóciles miembros del cuerpo á que aquella cabeza pertenecía, obedecíamos y callábamos.

El Coronel guardó los partes, resonaron los ecos del clarín en aquellas montañas y silenciosos como antes continuamos la marcha.

*
* *

Así llegamos á Pamplona, donde al poco rato los francos de servicio, en vez de buscar reposo en los alojamientos, nos desbordamos por la población á caza de noticias, devorando más que leyen-

do los periódicos que pudimos encontrar en los cafés y en los casinos.

Allí seguimos el lento desarrello de los sucesos iniciados en Cádiz, y allí puso término á la expectación de todos el desenlace que tuvo en Alcolea aquel drama político, mal ensayado antes en Madrid, en Alcalá, en Gerona, en Villarejo, en Llinás de Marcuello y no sé si en algún otro sitio, porque la memoria se extravía en el laberinto de tantas discordias.

Huelga decir que la noticia del triunfo del General Serrano nos cogió á todos encerrados en los cuarteles, porque á medida que los sucesos se desarrollaban en sentido favorable á la revolución, más se extremaban las precauciones y más se avivaba el deseo de tener las tropas en... la mano.

Pero estaba escrito que habían de escaparse.

No predominaban entonces, ni creo que ahora tampoco, los elementos liberales en aquella ciudad; pero por esto mismo, los que liberales se llamaban, éranlo muy de veras y muy entusiastas.

Así fué que pronto se organizaron para hacer el *pronunciamiento*, y ondeando banderas y dando vivas á la libertad, se dirigió hacia el cuartel un grupo de quinientos ó seiscientos patriotas, llevando delante, para que nadie dudara de sus intentos, la indispensable música tocando el no menos indispensable «Himno de Riego».

¡Horror!

En el acto dispuso el Coronel que entrara el centinela y se cerrara el cuartel.

Así se hizo; pero, entretanto, las vivas notas del himno popular se oían más de cerca y encontraban mayor y más simpática resonancia en los co-

razones, si no de todos, de la mayor parte de los que acabábamos de cerrar las puertas á aquellas corrientes de libertad.

Aunque el Jefe estaba moralmente vencido, conservaba una actitud digna, y el respeto que á todos nos infundió siempre creció en aquellos momentos para él de desgracia. Así fué que, con la debida atención, le suplicamos algunos que nos autorizase para abrir, garantizándole con nuestra palabra, y si hubiese sido preciso con nuestros actos, que la disciplina del Regimiento no se alteraría.

Y como la puerta se abrió cuando á ella llegaron los manifestantes, prorrumpieron en aplausos y vivas que fueron contestados por los oficiales desde la calle y por la tropa desde las ventanas.

Sin más incidentes resultamos adheridos al movimiento revolucionario.

*
* *

Triunfante la revolución en toda la línea, se estableció en Pamplona la inevitable *Junta* que, como casi todas, se creyó autorizada para cortar por lo sano; así es que sustituyó al Coronel con otro, que estaba allí en situación de reemplazo.

A poco, vino á encargarse del Gobierno Militar de la Plaza y creo que también del Gobierno Civil, D. Domingo Moriones, ascendido desde Comandante á Brigadier.

Y lo merecía. Demostró en aquellos momentos difíciles mucho tacto y, más tarde, los murmuradores de entonces, que no eran pocos, dieron paz á la lengua y hasta se convirtieron en admiradores suyos, cuando con tanto acierto dirigió las operacio-

nes en el Ejército del Norte. Verdad es que ya no era... *Moriones*, como á secas le llamaban sus detractores, sino el General en Jefe, que sabía serlo y distribuía mercedes.

¡Lástima que su historia política, empezada con los mejores auspicios, terminara sirviendo á lo mismo que había contribuído á derribar!

La revolución había triunfado en toda España.

Cuanto en ella ocurrió desde que Serrano y Prim hicieron, en distintos días, su entrada en Madrid, hasta la restauración de Alfonso XII, sobre ser muy conocido, no es mi propósito recordarlo.

El período nebuloso y en el que me propongo penetrar arrojando sobre él alguna luz, nada más que la posible en estos momentos, empezó con la expulsión de España de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

*
* *

Conviene, antes de entrar de lleno en el período á que acabo de referirme, recordar la actitud de aquel gran político después de la renuncia de don Amadeo y sus relaciones con las personalidades más salientes del partido republicano, porque todo esto contribuirá á que formen idea exacta del carácter de aquel insigne patriota los que no le conocieron.

Se puede asegurar que ha muerto el último presidente del Consejo de Ministros de D. Amadeo de Saboya, sin conocer las causas que indujeron á éste á renunciar la corona de España.

Así se lo he oído decir muchas veces y así lo dió á entender en su folleto titulado *A sus ami-*



gos y á sus adversarios, escrito en Ginebra dos años después.

Como pocos días antes de la renuncia se había decretado la reorganización del Cuerpo de Artillería, medida gravísima que el Gobierno trató de evitar por todos los medios posibles, en ella se fijó la opinión pública para considerarla como fundamental motivo de la renuncia.

Pero no fué así, porque durante el largo proceso de aquel complicadó asunto, se fué viendo, claro como la luz, que su término no podia ser otro desgraciadamente y, por consecuencia, tampoco pudo sorprender al Rey la resolución tomada por sus Ministros en el Consejo celebrado con asistencia de los Presidentes de las Cámaras.

Y como el carácter recto y caballeroso de don Amadeo era incompatible con la doblez, es indudable que habría desaprobado la conducta de sus Consejeros responsables, en el caso de parecerle mal. Al contrario: la aprobó sin reserva alguna.

Puesto á discusión el asunto en el Congreso, con cuyo motivo dió el Sr. Ruiz Zorrilla pruebas evidentes de gran tacto político, la conducta del Gobierno fué también aprobada por la Cámara, sin más que dos votos moderados en contra, porque se abstuvieron los llamados constitucionales que capitaneaba el Sr. Sagasta, y lo que es más notable, como dice el Sr. Ruiz Zorrilla en su folleto, *los tres individuos del Cuerpo de Artillería que eran representantes del país.*

Conforme estuvo el Rey con la actitud de la Cámara, y así se lo manifestó primero al Presidente del Consejo y luego al Ministro de Marina, General Beránger, á quien dijo que en ésta, como en

todas las cuestiones, tenía el Gobierno su completa confianza.

El Rey estaba convencido de que no era el Gobierno quien disolvía el Cuerpo, sino que él mismo se deshacía con las continuas peticiones de separación del servicio que llegaban de todas partes.

Además de ésto, conviene saber que seis días antes de presentar D. Amadeo la renuncia, dió á sus Ministros pruebas de consideración tales, que hubieran alejado toda sospecha de disentimiento con ellos, caso de existir.

«El—dice el Sr. Ruiz Zorrilla en su citado folleto—dió la banda de damas nobles de María Luisa á las señoras de Martos y Monteros Ríos; él, tuvo empeño formal en que yo fuera uno de los testigos del bautizo; él, mandó al Marqués de Dragonetti que, personalmente y en su nombre, entregara á mi esposa las insignias de la orden referida, y él llamó al Ministro de Estado para consultarle la manera de honrarme con el Toisón, encargándole que nada me dijera. Yo supe ésto dos días más tarde; le di las gracias y rehusé una vez más aquella tan codiciada honra, como había renunciado á su venida el título de Duque y la grandeza de España.»

Sin embargo, veinticuatro horas después de haber dicho á sus Ministros que estaba conforme con ellos, presentó su renuncia... *irrevocable.* Y como esta palabra la pronunció desde luego y la repitió después con una indiferencia y una frialdad incomprensibles, D. Manuel llegó á creer que el Rey no daba al vocablo castellano su verdadero alcance.

—*Irrevocable* – contestaba secamente á las ra-

zones que le exponía D. Manuel para hacerle volver sobre su resolución. E irrevocable fué.

Todo el idioma castellano pareció haberse reducido para el Rey á la significación de aquella palabra.

No se debe atribuir, en mi concepto, á una causa concreta la grave resolución de D. Amadeo de Saboya, sino á muchas que habían ido poco á poco influyendo en su ánimo, tal vez desde que visitó en Atocha el cadáver de Prim.

Por eso, como única justificación de su conducta, habló de la desunión de los partidos, de la falta de respeto con que la Prensa le trataba, de la guerra carlista y de las ideas avanzadas de las Cámaras, sin aludir, ni por incidencia, á un hecho concreto.

Cabe pensar, por lo tanto, que aquel hombre animoso, al verse rodeado de crisis constantes y de problemas raros; al observar las extrañas actitudes de sus mismos partidarios y, sobre todo esto, pagada su noble conducta y sincera lealtad con todo género de desdenes, de desprecios y hasta de insultos, llegó á convencerse de que se encontraba ó al frente de un pueblo ingobernable, ó de un país que le rechazaba, si no le aborrecía. Por todo esto, debió faltarle ambiente político respirable y sintió el último desmayo aquel Rey soldado, al advertir que, además de las crisis políticas, tenía que resolver entre nosotros gravísimas crisis militares.

La cuestión del Cuerpo de Artillería no fué la causa única; fué, á mi entender, el último de los sumandos cuyo total expresó el Rey D. Amadeo con esta palabra: *Irrevocable.*

*
* *

Antes de abrirse la memorable sesión del 10 de Febrero de 1873, se demostró cuán grande era la autoridad política de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Suficiente será, para ponerla de relieve, copiar el siguiente párrafo del folleto *A sus amigos y á sus adversarios*:

«Los Generales Sanz y Malcampo primero, el General Topete y el Sr. Sedano más tarde, y los mismos Sres. Topete y Malcampo en el momento que me disponía á ir al Congreso, me rogaron en nombre de los intereses conservadores que continuara en mi puesto con las condiciones que quisiera, prometiéndome la ayuda incondicional de todos sus amigos, que en aquellos momentos estaban reunidos con el Duque de la Torre, considerándome entonces la más segura garantía del orden, de la propiedad y de la familia. Mi contestación fué negativa, terminante, como se la había dado antes á Figueras, Pi, Castelar, Fernando González y Abarzuza, y como se la di después á Salmerón y á la multitud de amigos, diputados y senadores y á mis compañeros de ministerio que me solicitaban en nombre de otras ideas y de otros intereses. Prescindo de la pretenciosa visita del director de *La Epoca*, Sr. Escobar, á quien no recibí, y que habló con mi secretario «en nombre de todos los que tienen camisa limpia».

Estas manifestaciones de respeto, suficientes para engreir á cualquiera de los muchos que consideran la política desde puntos de vista más personales y prácticos, se repitieron cuando después de dar ante la representación nacional las debidas explicaciones sobre la renuncia de D. Amadeo, se retiró del Salón de sesiones y reunió á los Minis-

tros para despedirse de ellos y manifestarles su resolución de abandonar la política y retirarse al extranjero.

La noticia circuló rápidamente en el Congreso, y los representantes de todas las fracciones de la Cámara, muy especialmente los republicanos, volvieron á rogarle con mucha insistencia que renunciara á tales intentos, porque en aquella ocasión, más que en ninguna otra, podrían ser útiles á la Patria sus servicios.

Y era natural: D. Manuel tenía tras de sí una gran masa de opinión, representada por un gran partido que se disgregaría ó disolvería desde el momento en que le abandonara su jefe; pero no hubo medio de convencerle. De seguir en la política, cualquiera que fuese su actitud, hubiérase dudado de la lealtad con que sirvió al Monarca, y esta consideración se la expuso desde luego al Sr. Rubaudonadeu, quien habiéndose enterado, por muy rara casualidad, de la resolución de don Amadeo antes de hacerse pública, se la comunicó al Sr. Figueras y le visitó con éste ó en nombre de éste.

Así fué que al día siguiente de salir D. Amadeo de Madrid para Lisboa, salió también de Madrid el Sr. Ruiz Zorrilla para Elvas, siendo de advertir que, aunque D. Manuel quiso acompañar en su viaje al que había sido Rey de España, negóse éste, diciendo que había resuelto partir sólo con su familia.

Ocupó D. Manuel con su esposa en la vecina Elvas la hermosa quinta de uno de sus buenos amigos portugueses, y allí, desde lejos, siguió con atención los sucesos que se desarrollaban en Es-

paña, hasta que le obligó á trasladarse á Tablada la repentina muerte del administrador que tenía en aquella posesión, objeto constante de los anhelos y de los recuerdos de D. Manuel en todo el tiempo de su expatriación.

Para trasladarse á Tablada tuvo que pasar por Madrid, y en Madrid se detuvo veinticuatro horas en la casa de su primo, Magistrado del Supremo, D. Miguel Zorrilla.

En su casa de la calle de Trujillos le visitaron, entre otros muchos amigos, Pi, Figueras, Castelar y Rivero, quienes nuevamente insistieron en hacerle volver á la vida pública, para que contribuyese con ellos á afirmar el nuevo sistema de Gobierno. D. Manuel tampoco cedió á estas nuevas instancias, aunque supongo yo que algún efecto debieron producir en su ánimo, por lo que se verá más adelante.

Arreglados sus asuntos en Tablada, que fué por segunda vez una especie de Meca á donde acudieron en peregrinación muchos amigos políticos que aún no habian comulgado en la nueva iglesia, decidió trasladarse á Madrid, no sin decir á sus amigos que pensaba detenerse tres días en El Escorial.

Muchos antiguos radicales acudieron á dicho punto, ya para invitarle á que saliera de su retraimiento, ya para oir su opinión acerca del estado político que sustituyó á la monarquía. Entre otros muchos, se reunieron en El Escorial, Rivero, Gasset y Artime, Figuerola, Moret, Becerra y Martos.

Por fin... consiguieron hacerle hablar de política y manifestó, con gran asombro de algunos, que

después del fracaso de la monarquía democrática, la única solución era la República.

Rivero fué, según mis noticias, el único que apoyó resueltamente á D. Manuel, siendo cierto también que los restantes, con mayor ó menor entusiasmo, secundaron después la política de Zorrilla hasta que, tomando definitivas posiciones, siguiéronle unos, como Rivero, Figuerola y Martos, colocándose los otros al lado de D. Alfonso.

Fué, por lo tanto, en El Escorial donde por vez primera hizo declaraciones republicanas, más adelante confirmadas en documento público.

Desde El Escorial se trasladó D. Manuel á Madrid, estableciéndose primero en la calle de San Martín y luego en la de los Leones, núm. 2.

Era la política para D. Manuel Ruiz Zorrilla como una segunda naturaleza, y ya establecido en Madrid no supo ó no pudo resistir las constantes exhortaciones de sus amigos. Cedió á ellas y se lanzó de nuevo á la vida pública, con toda le energía de su carácter y desde sus nuevos puntos de vista.

No podía ser de otra manera.

La política era para él algo inseparable de su modo de ser, y equivocado ó no, que en este punto la Historia habrá de juzgarle, á la política dedicó con la mejor buena fe todos los momentos de su vida, sin que las decepciones ni los desengaños agotaran su actividad y su energía.

Y ¡oh inconsecuencia de la condición humana!

Muchos de los que en el sentido político creyeron ver en Ruiz Zorrilla un nuevo Mesías; muchos de los que en nombre de la Patria y del antiguo partido radical le instaron á salir del retraimiento

no pocos de los que con él firmaron y dieron al público solemnes documentos que parecían destinados á unir para siempre la voluntad de los firmantes, le abandonaron y hasta le persiguieron como hubieran podido hacerlo con una fiera dañina.

¡A tal obliga, en la mayor parte de los casos, la satisfacción de los intereses propios, de los apetitos puramente carnales!

CAPITULO II

Tres cartas inéditas de D. Emilio Castelar.—Sagasta y Ruiz Zorrilla.—Actitud de Topete frente á la restauración y aviso de un patriota.—Expulsión de Ruiz Zorrilla por acuerdo del Consejo de Ministros.

La declaración francamente republicana que hizo D. Manuel ante sus amigos, demuestra el sentido práctico con que apreciaba las cuestiones políticas. Pero como hombre de partido, mejor dicho, como jefe de partido, tenía que ceder y transigir con los suyos, porque no todos se sentían dispuestos á quemar las naves, sino, muy al contrario, estaban inclinados á nuevas soluciones monárquicas representadas por X que no acabaron de despejarse.

No es extraño, pues, que deseando conciliar tendencias opuestas, al mismo tiempo que impulsaba á los suyos, pretendiera contener á los republicanos, con el patriótico intento de hacer coincidir á unos y á otros.

Prueba de lo que voy diciendo es la correspondencia que sostuvo por entonces con D. Emilio Castelar.

He aquí las cartas de éste, que dan á conocer bien claramente cuál era la actitud de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Dicen así:

1.ª «Madrid 26 de Diciembre de 1874.– Excelentísimo Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Querido amigo mío: Aunque mi convicción es profunda é incontrastable en el asunto sometido por usted á mi juicio, necesito consultar á varios amigos y le ruego con verdadero encarecimiento que me dispense si no le envío mi respuesta solemne y oficial hasta mañana á la noche. La tendrá usted sin falta á esa hora.

Como sé que los domingos están consagrados en las costumbres de usted al hogar y á la familia, no creo que le cause mucha extorsión diciéndole que mañana á las siete y media tendrá usted mi respuesta por escrito.

Por lo mismo que tengo un convencimiento tan firme, no quiero que aparezca mi resolución como puramente dictada por mi convencimiento y sostenida por mi tenacidad.

Queda suyo siempre amigo, EMILIO CASTELAR.»

En efecto, Castelar cumplió su palabra y al día siguiente escribió lo que sigue:

2.ª «Madrid 27 de Diciembre de 1874.—Excelentísimo Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla.—Querido amigo mío: Siempre que se trata de la libertad, de la democracia y de la República, hago lo posible por meditar con madurez lo más conveniente y proceder después de maduras meditaciones.

He repetido hoy á Martos lo mismo que le tengo indicado á usted. La profunda amistad que me inspira, la elocuencia de su palabra, que admiro de todo corazón, no han podido persuadirme á que acepte una combinación completamente inaceptable, dada mi historia ya larga y mis sagrados compromisos.

La República es para mí definitiva. Si la declaramos interina, caemos de una fuerte posición, segurísima, en las aventuras de aquellos que no saben á dónde van. Lo que tiene de conservadora la República es su propia existencia. Todo lo que no sea ella, es perturbador. La ventaja de los alfonsistas y de los facciosos sobre el Gobierno actual, es que ellos tienen bandera y este ministerio no la tiene; que ellos saben de dónde vienen y á dónde van, y este ministerio no sabe ni lo uno ni lo otro, pues ha olvidado que viene de la revolución de Septiembre y va á lo absurdo, á lo imposible, á una monarquía sin monarca que acabará por traer al Príncipe Alfonso. Si nosotros desistimos de considerar la República definitiva, caemos en la misma política que este gobierno y nos contagiamos de sus propios males. Si con la República no se acaba la guerra civil, no se puede concluir con ninguna bandera. Si la República no inspira entusiasmos, menos lo puede inspirar ningún rey. Yo he hecho todos los sacrificios imaginables; ese no lo hago. En el momento que declaremos interina la República, declaramos interina la Constitución de 1869. Y del mismo golpe que hiramos á la República heriremos la libertad y la democracia. Yo creo que mis razones han profundamente impresionado á Martos, no por ser mías, sino por su evidencia. Le notifico á usted esto como le tenía ofrecido, y pidiéndole que me dispense esta larga carta, sabe usted que le quiere muy de veras su amigo invariable y afectísimo—EMILIO CASTELAR.»

En esta contestación, escrita de puño y letra de Castelar, como la que precede, se ve la tendencia de Ruiz Zorrilla.

Por lo visto, quería ir á una interinidad republicana, para que sus amigos más escrupulosos la aceptaran.

Y claro es que iba como solución definitiva á la República.

Ya por entonces Ruiz Zorrilla convenía con Castelar en que el *Gobierno iba á lo absurdo, á lo imposible, á una monarquía sin monarca, que acabaría por traer al Príncipe Alfonso*, y prueba de ello es la siguiente carta con que á Ruiz Zorrilla contestaba Castelar en momentos muy críticos para la política española:

«Madrid, 29 de Diciembre de 1874.—Querido Ruiz Zorrilla: Tengo citados varios amigos y, en cuanto los vea, hablaremos. Se necesita proceder con método. Sepamos primero si el Gobierno se defiende ó si el Gobierno se entrega. Veamos si podemos oponer fuerzas organizadas á fuerzas organizadas. Veamos luego á nuestros Generales y amigos, á ver qué género de defensa oponemos á este tremendo ataque.

¡Pobre Patria! El amigo Pedregal le hablará á usted de estos varios extremos y me traerá el pensamiento de usted. Suyo afectísimo.—EMILIO CASTELAR.»

Desgraciadamente, ni el Gobierno se defendió, ni los republicanos y los radicales pudieron oponerse á la restauración.

Y véase aquí algo muy digno de atención.

Castelar exclamaba: ¡Pobre Patria! Cuando la restauración alfonsina, tolerada por Sagasta, era inminente, y lo decía dirigiéndose á su amigo Ruiz Zorrilla. Después, triunfante la restauración, Castelar ayudó á Sagasta, monárquico, y comba-

tió á Ruiz Zorrilla, francamente republicano y revolucionario.

Aunque en esto tuvo Castelar también sus alternativas, como se irá viendo.

*
* *

Nadie ignora que cuando el General Martínez Campos levantó bandera por D. Alfonso, presidía el Gobierno D. Práxedes Mateo Sagasta, y muchos saben que cuando se dividió el partido radical rompiéronse las relaciones, no sólo políticas, sino particulares, entre dicho señor y D. Manuel Ruiz Zorrilla. Sin embargo, juntos habían contribuído á la caída de los Borbones y compartido, después de los rigores de la emigración, las responsabilidades del primer Gobierno revolucionario con las carteras de Gobernación y de Fomento, respectivamente.

Parecía incomprensible que los inseparables en la adversidad llegaran á disentir en los días prósperos, hasta el punto de no dirigirse la palabra. Pero esto se explica tomando en consideración el entusiasmo con que D. Manuel Ruiz Zorrilla juzgaba, desarrollaba y sostenía los principios de la Revolución y la indiferencia sospechosa con que les miró desde el primer momento D. Práxedes Mateo Sagasta, como lo demostró diciendo en seguida que pesaban sobre él los derechos individuales como losa de plomo.

En cambio, D. Manuel Ruiz Zorrilla, en sus disdistintas épocas de mando, dictaba una de las leyes de instrucción pública más liberales de Europa; otra de minas justamente ensalzada y hasta

imitada en Alemania, y base que fué de nuestra actual riqueza minera; establecía el servicio general obligatorio; abolía la esclavitud en Puerto Rico, aunque esta ley, por él presentada y defendida, se votó después de su caída del Poder; presentaba el proyecto estableciendo el recurso de casación en lo criminal; creaba la Escuela de Artes y Oficios; con seis millones de reales pagaba tres años de atrasos á los infelices maestros de Escuela; nivelaba en la cobranza de sus haberes á las Clases pasivas, haciendo desaparecer el escándalo de que mientras cobraban sus pagas los que vivían en Madrid, no percibían las suyas meses y meses los que estaban en provincias, y ordenaba la llamada *incautación* de las alhajas del clero, verdadero signo de virilidad revolucionaria desvirtuado por sus enemigos, porque, en rigor, sólo se trataba de una legítima y razonable *investigación* por el Estado, y no de un robo á mano armada, como dieron á entender los reaccionarios para excitar las pasiones del pueblo ignorante y llevarle al terrible extremo de arrastrar en Burgos al Gobernador civil Sr. Castro.

Y de cómo allanaba D. Manuel Ruiz Zorrilla los obstáculos que se oponían á sus designios, informará á mis lectores lo siguiente:

Cuando se creó la Escuela de Artes y Oficios, no se encontraba local donde instalarla, y dieron á D. Manuel sus compañeros el encargo de buscarlo.

Muy pronto dió con uno que le pareció útil, pero surgió otra dificultad. El edificio contenía multitud de grandes cajones y otros trastos viejos, casi inútiles.

El Ministro de quien dependía el local, no en-

contraba donde colocarlos; y como pasaba el tiempo y las impaciencias del joven Ministro de Fomento aumentaban, concluyeron por autorizarle también para que buscase el *sitio* donde pudieran trasladarse.

También lo encontró al momento.

Aquella misma noche mandó ponerlos en medio del arroyo.

Los Ministros, incluso el mismo interesado, que era D. Laureano Figuerola, celebraron la ocurrencia, y los muebles fueron á parar no sé dónde, pero lo cierto es que al día siguiente empezaron las obras para instalar la Escuela.

Los motivos del disentimiento entre Ruiz Zorrilla y Sagasta, se revelaron muy pronto, y conociéndoles nada tiene de extraño que llegaran al extremo que indiqué al principio.

Citaré uno.

Ambos eran amigos del General Prim y, como tales, uno y otro merecían su confianza; pero no la estimaban los dos del mismo modo. Mientras don Juan Prim se oponía resueltamente á la candidatura del duque de Montpensier para la corona de España y Zorrilla le apoyaba sin reserva alguna, Sagasta acudía á las reuniones secretas que celebraban los partidarios del Duque, lo que Zorrilla supo, le dijo y le afeó.

Hombres así no podían andar juntos mucho tiempo, y la muerte de D. Juan determinó la definitiva ruptura.

Pero vamos á lo que me proponía decir al comienzo de este capítulo.

*
* *

La suerte de las naciones depende muchas veces de pequeñas cosas, de detalles nímios, si se relacionan con sus graves consecuencias.

Si Zorrilla hubiera estado en el Poder cuando se inició la sublevación de Sagunto, no habría llegado ésta á su desarrollo con tanta facilidad, aun suponiendo existente, cosa difícil, el mismo estado de opinión adverso á aquel orden de cosas, en una gran parte del Ejército y en otras clases sociales.

Así lo comprendieron muchos partidarios de la revolución amenazada, entre ellos el General Topete, que siendo el iniciador y el eje del movimiento de Septiembre, bien puede decirse de él que representaba la menor cantidad posible de revolucionario.

Pues bien, el General Topete tomó una iniciativa digna de su seriedad política, porque convocó en su casa á las personas más caracterizadas de la revolución, y entre ellas á Ruiz Zorrilla.

Discutían aquellos amigos lo que convendría hacer para oponerse á la proclamación de D. Alfonso, cuando ocurrió en la casa de D. Manuel un incidente que no debe pasar inadvertido.

Presentóse en ella un patriota, cuyo apellido no recuerdo bien, pero que debía ser algo parecido á Cerro ó Hierro, con la pretensión de ver á D. Manuel para comunicarle noticias muy interesantes.

Como los momentos eran de alarma, le recibió la esposa de D. Manuel, doña María Barbadillo, señora ejemplar á quien interesaban vivamente todos los asuntos de su marido, y enterada de la insistencia con que pretendía verle aquel honrado hijo del trabajo, hizo que una persona de su confianza le

acompañara á la casa de Topete, en el barrio de Salamanca, calle de Serrano.

Advertido D. Manuel, salió á recibirle en la antesala, se enteró de lo que ocurría, y tan grave le pareció, que hizo entrar á aquel buen ciudadano en la sala donde estaban reunidos los revolucionarios, para que él mismo refiriera lo que acababa de ver y oir.

Una alta autoridad militar habíase reunido aquella tarde en cierto sitio con varios jefes y oficiales de la guarnición de Madrid, en cuya reunión se brindó con entusiasmo por la próxima y deseada proclamación de D. Alfonso, no sin que la expresada autoridad cubriera pudorosamente la insignia que daba á conocer su alta jerarquía militar.

El patriota aludido, por su calidad de obrero, habíase enterado casualmente de aquella escena y le faltó tiempo para comunicársela á Ruiz Zorrilla.

Los congregados en la casa del General Topete oyeron con asombro el relato hecho con evidente ingenuidad por aquel buen patriota, y después de despedirlo, no sin manifestarle su agradecimiento por el aviso, convinieron todos en la urgencia de tomar resoluciones enérgicas y decisivas.

Lo primero que acordaron, creo que por iniciativa del mismo Topete, fué que una comisión, de a que debería formar parte Ruiz Zorrilla, visitara á Sagasta para estimularle á tomar prontas resoluciones, si, como era de suponer, estaba decidido á contrarrestar el golpe de Sagunto.

Negóse Ruiz Zorrilla á formar parte de la comisión, diciendo que aparte de sus diferencias con Sagasta, le parecía todo inútil, porque predomina-

ba en los mandos superiores del Ejército el elemento alfonsino. Expuso además otras razones y por último cedió, para que nunca se dijera que posponía los grandes intereses de la Revolución á pequeñeces personales.

Y fué.

¡Cuántas veces le he oído lamentarse de la inutilidad de aquella visita!

¡Con qué honda tristeza refería lo que en ella ocurrió!

Recibió á los visitantes el Sr. Sagasta en el Ministerio de la Gobernación, y cuando vió á Ruiz Zorrilla le tendió los brazos, como se pueden tender á un amigo de siempre, después de una larga ausencia. Era su carácter.

Hablaron de la gravedad del momento, centuplicada por natural efecto de la noticia á que acabo de referirme; pero Sagasta, conviniendo en que la situación era grave, negó rotundamente que el golpe de muerte pudiera venir de aquel lado, porque la autoridad aludida acababa, no de prometer, sino de jurar al ministro de la Guerra su completa adhesión al Gobierno constituído.

No satisfizo al Sr. Zorrilla ese juramento, cuya contradicción con el acto ya referido era indudable, é insistió en que á todo trance era necesario evitar que la guarnición de Madrid secundara el grito de Sagunto.

—¿Y cómo?—dijo Sagasta.

—Relevando en el acto al Capitán General, cargo que desempeñaba entonces D. Fernando Primo de Rivera.

—¿Con quién?

—Con Lagunero.

Sagasta, después de un momento de duda, dijo terminantemente:

—Lo haré.

—Además—continuó Zorrilla,—ordena por telégrafo que venga á Madrid la brigada que está en Avila.

Estas fuerzas las mandaba un brigadier pariente próximo de Ruiz Zorrilla, y sabido es cómo descompone ciertos planes la llegada de tropas cuya actitud se desconoce, y mucho más cuando se sabe que ha de ser hostil. Sagasta ofreció que al momento seguiría los consejos de su antiguo amigo, y así terminó la entrevista.

Cuando los visitantes bajaban la escalera, subía por ella un hombre público, revolucionario tibio, muy amigo de Sagasta y ministro que ha sido con él durante la restauración.

—Todo ha sido inútil—dijo Zorrilla á los que le acompañaban.—Ese que sube evitará que Sagasta cumpla lo ofrecido.

Si esto ocurrió así, no se sabe.

Se sabe que las cosas continuaron como estaban, y que Madrid secundó el alzamiento.

La restauración triunfó.

Y mientras Sagasta se preparaba para caer del lado de la reacción, obligaba Zorrilla á los ministros á reunirse en Consejo el día 4 de Febrero de 1875.

No sé si el Sr. Sagasta llegaría á dominar el idioma francés durante su emigración, pero por lo menos ha dado pruebas de que conocía bien esta frase: *Laissez faire; laissez passer.*

Para él constituía todo un sistema de gobierno.

*
* *

El resultado del Consejo á que acabo de referirme, fué decretar la expulsión de Ruiz Zorrilla.

Vivía entonces D. Manuel en la calle de los Leones, núm. 2, esquina á la de Jacometrezo, y aunque es verdad que recibía con frecuencia á sus amigos políticos y que pocos días antes del 4 reunió en su casa á varios Generales significados en la revolución, hasta más de veinte—y si me engaño, alguno que vive todavía y que ha merecido la confianza de los restauradores, podrá rectificarme,—lo cierto es que no tenía el Gobierno motivos suficientes para tratarle como conspirador, porque también reunía Castelar á sus amigos por medio de invitaciones especiales, que Ruiz Zorrilla hizo copiar para que las suyas no parecieran más pecaminosas.

Precaución inútil.

El Gobierno demostró que temía á Castelar menos que á Ruiz Zorrilla, y aquella expulsión, más impolítica que salvadora, llevóse á efecto.

En la noche del 4 al 5, estuvo la casa del Sr. Zorrilla aparatosamente vigilada por la policía, y por la mañana, á eso de las ocho, un agente del Gobierno se presentó en la casa con un documento en que se ordenaba á D. Manuel salir para Francia aquella misma noche.

El Jefe policiaco creyó prudente incomunicar al viajero en su despacho, sin duda para que activara los preparativos de marcha, y así permaneció hasta las diez ó las once. Entretanto se hizo un registro de papeles. Por cierto que una hermana de D. Manuel consiguió, á fuerza de ruegos, entrar en el despacho breves momentos, y mientras D. Manuel movía algunas monedas, como si estuviese contan-

do dinero, recogió y salvó del registro hecho poco después, algunos documentos de importancia.

Desde aquel momento se redoblaron las precauciones.

El portal de la casa sirvió de cuerpo de guardia á los agentes. Otros se establecieron en la antesala como en terreno conquistado, y algunos penetraron en el interior.

La orden del Gobierno se cumplió, y bajaron á la estación del Norte muchos amigos de D. Manuel, entre ellos no pocos Generales, algunos tan significados como D. Rafael Izquierdo, quien en voz muy alta, para que nadie dejara de oirle, despidió al desterrado con estas palabras:

—D. Manuel, hasta luego.

El General Izquierdo fué también desterrado á Francia poco después.

El incidente ocurrido entre D. Pedro Salaverría, Ministro de Hacienda entonces, y la esposa de don Manuel, cuando aquél le visitó como amigo particular, lo referiré en el capítulo siguiente.

CAPITULO III

En la casa de D. Manuel.—Camino de Francia.—Expulsión á Alemania.
La opinión.—Castelar y Ruiz Zorrilla.—Ruiz Zorrilla y Martos.

Cuando se supo en Madrid que D. Manuel había sido expulsado, se llenó su casa de amigos políticos y particulares, entre ellos el Sr. Collantes, moderado, el Sr. Salaverría, Ministro de Hacienda entonces, y D. Emilio Castelar, republicano.

Este, haciendo alarde de su prodigiosa memoria y dirigiéndose al Sr. Collantes, refirió con gran calor, y no hay para qué decir que con suma elocuencia, la serie de atropellos cometidos con los liberales por los moderados y los Borbones, desatándose en acerbas censuras contra unos y otros y muy particularmente contra el Gobierno del señor Cánovas, autor de aquel atentado á la libertad individual, que por lo imprudente y contraproducente, congregaba en aquel sitio á tantas personas de tan diversas opiniones políticas.

Todos oyeron la fogosa protesta del Sr. Castelar con el más profundo silencio. Ni el Sr. Collantes, á quien más directamente aludía, replicó una palabra.

Obsérvese cómo Castelar y Ruiz Zorrilla apare-

cían unidos públicamente por primera vez, confirmando así el primero las aproximaciones políticas á que antes me he referido. Ya veremos más adelante cómo llegaron á estar de acuerdo en la debatida cuestión de los *procedimientos.*

Una hora antes de salir D. Manuel para la estación del Norte, estaba su casa atestada de gente. Por las habitaciones, por los pasillos y por los tramos de la escalera, se hacía necesario abrir el paso casi á viva fuerza, para llegar al despacho en que recibía el dueño de la casa.

En tal ocasión llegó D. Pedro Salaverría. Natural sorpresa causó la presencia del Ministro en aquella casa. Algunos creyéronle portador de una contraorden, y todos se apresuraron á facilitarle el acceso al sitio donde D. Manuel se encontraba.

La entrevista de los dos amigos fué muy breve y muy cortés.

Pero al salir el Sr. Salaverría del despacho, ocurriósele decir: que como amigo particular sentía no haber podido impedir lo que sus deberes como Ministro le habían impuesto; y la fatalidad hizo que esta disculpa fuese oida por la señora de don Manuel, que en aquel momento cruzaba de una habitación á otra.

Era doña María Barbadillo una señora castellana de pura raza, y no sabía llamar á las cosas más que por su propio nombre; de severas costumbres, muy reservada, tanto, que sólo en la intimidad de sus relaciones se mostraba algo expansiva; no conocía más que un camino: el recto; tan austera é inflexible, que sometida al más cruel de los tormentos hubiera sucumbido cien veces, á ser posible, antes que decir la mentira por la verdad; no

entendía, ni quería entender, de los llamados convencionalismos sociales, y sus frases breves, entrecortadas, casi sentenciosas, podían compararse al proyectil lanzado por un buen tirador, porque hacía siempre blanco. Como pasó gran parte de su vida en el destierro ó en la adversidad, que es equivalente, estaba amargada por los desengaños; lo que tenía de reconcentrada lo tenía también de observadora y parecía que con su mirada penetraba en el corazón humano; era, pues, gran conocedora de los hombres.

—Manuel, no te fíes de ése—solía decir, refiriéndose á un desconocido que acababa de visitarle.

Y D. Manuel no echaba la advertencia en saco roto.

—¡Ha acertado tantas veces!—solía decirme y citábame algún nombre.

Por cierto que ahora acude á mi memoria el de un subsecretario que hizo de golpe y porrazo, que nunca fué santo de la devoción de doña María y que en efecto salió... falso.

Pues bien, conocido el carácter de doña María, extraño á todo género de composturas y diplomacias, al oir al íntimo amigo de su esposo aquella disculpa, herida como estaba, viendo ante sí, con esa percepción que en honor de la verdad sólo tienen las mujeres, lo que en efecto vino, una larga serie de años en la expatriación, sobre los que había pasado ya, y como consecuencia nuevos disgustos y contratiempos, no pudo contenerse, y ante aquel numeroso concurso, que se apiñó más y más para no perder detalle, ni palabra, tuvo para el Ministerio Cánovas, y especialmente para el Sr. Salaverría, frases durísimas y justificadas, porque las

arrancaba el dolor y el terror que aquella violenta medida la producía. Jamás á Ministro alguno se dirigió un discurso de oposición más razonado, más vehemente ni más terrible.

El Ministro lo oyó resignado, diciendo tal vez para sus adentros lo que Calomarde: «manos blancas no ofenden», y se deslizó como pudo entre la multitud que presenció la escena.

Los que allí estaban, seguramente no lo habrán olvidado.

La situación creada en Sagunto contaba ya con otro implacable enemigo.

¡Y quién duda que la mujer puede serlo muy terrible!

*
* *

Vigilado por un oficial de la Guardia civil, cuyo nombre siento no recordar, porque D. Manuel elogiaba la delicadeza con que desempeñó su poco simpática misión, y en compañía de algunos amigos, entre ellos, si mal no recuerdo, D. José Chacón, diputado que fué por uno de los distritos de Badajoz, llegó D. Manuel á Santander y allí se embarcó para Socoa, puerto situado en la rada de San Juan de Luz, desde donde salió en seguida para Bayona, que suele ser, aunque por poco tiempo, el primer punto de etapa de los que emigran á Francia desde España.

Y digo por poco tiempo, porque las autoridades francesas, con mucha finura, como dueños de la casa, invitan á pasar adelante á los que modestamente se quedan en aquella antesala.

Se instaló D. Manuel en un hotel de la rue du

Gouvernement, y á los pocos días aceptó la hospitalidad que le ofreció el Sr. Bagazgoitia, que entonces vivía, y creo que vive aún, en la calle Thiers.

Era el Sr. Bagazgoitia uno de los partidarios más consecuentes del Sr. Zorrilla, de esos que responden siempre á la voz de la amistad, sin regateos de ningún género, y aprovecho esta ocasión para hacer justicia á su nobleza, á su desinterés y á su patriotismo.

La permanencia en Bayona de D. Manuel se convirtió en una especie de pesadilla para el Gobierno español, que á todo trance quería tenerle lejos.

Ello fué que el Gobierno francés cedió á las reiteradas instancias del españól, y D. Manuel se estableció en un hotel de la calle de la Pepinière, en París, hasta que alquiló un cuarto amueblado en la de Magnan, núm. 30, hoy calle Beaurepaire, donde tenía sus oficinas M. Flocon, republicano y hombre de negocios, que prestó á D. Manuel grandes y desinteresados servicios en aquella época.

D. Manuel no había nacido para vivir solo.

Era de aquellos que en la vida interior, casera, necesitan que se lo den todo hecho. Le era indispensable un guía que, empezando por despertarle, le acompañara y le dirigiera hasta la noche.

Poner en los puños de la camisa unos gemelos, era para él obra de romanos.

Así es, que apenas se vió instalado, hizo que á él se incorporaran doña María é Inés, antigua servidora de la casa, que llegó á ser en ella una verdadera institución. Tan antigua, que antes de casarse D. Manuel y doña María ya estaba al servi-

cio de ésta, y tan fiel y constante, que no se separó de aquél hasta su muerte.

D. Manuel entabló al momento íntimas relaciones con los más caracterizados hombres políticos de Francia.

Víctor Hugo, Gambetta, Lockroy, Naquet, Clemenceau, Etiennes, Rochefort, Constans, Hubbart, Flocon, Boulanger, Goblet, de Bouteiller, Clovis Hugues, Rouvier, Lermina, Milland, Granet, Sarrien, Herbette y muchos otros que no retengo en la memoria, dispensaron al emigrado español una acogida afectuosa, y algunos le auxiliaron muy eficazmente en sus empresas revolucionarias. Este punto es de los que hoy por hoy exigen prudente reserva.

Lo único que diré, es que si la pérdida del gran Gambetta fué irreparable para Francia, no lo fué menos para la causa de la República en España.

Claro es que inmediatamente recibió visitas de caracterizados políticos españoles, y esto, unido á su intimidad con los republicanos radicales franceses, mal avenidos con la menor cantidad de República representada por el Mariscal de Mac-Mahon, inspiró al Gobierno francés los mismos recelos que había sentido el español, y cediendo á las instancias de éste, fundadas en el amago revolucionario de 1877, decretó la expulsión de su nuevo huésped.

Y aquí empezó el calvario de D. Manuel Ruiz Zorrilla; tan largo, que sólo tuvo término con su vida, y tan penoso como se irá viendo.

*
* *

Poco tiempo después de llegar á París, hizo públicas y solemnes declaraciones republicanas, y entró de lleno en el período de la conspiración.

Después de reunir y contar sus elementos, que eran muchos, planteó en Mayo de 1877 su primera tentativa revolucionaria. Digo primera, porque otras no salieron á la superficie, y claro es que no debo ocuparme de las que en este caso se encuentren. Además diré, como de paso, que será siempre para fijar su verdadero alcance y su propia significación.

Haciéndolo así, ni los espíritus más asustadizos, que suele haberlos aun entre los que blasonan de conspiradores, encontrarán en estas páginas nada indiscreto, y se logrará, así lo creo, reivindicar para al jefe revolucionario la gloria que le corresponde de derecho, y que no hace mucho intentó eclipsar el Sr. Silvela en uno de sus discursos provincianos.

Dicho esto, referiré lo ocurrido en 1877, que es ya del dominio público.

Como que puso en alarma al Gobierno y lanzó á la emigración á algunos Generales y á no pocos hombres civiles.

El 27 de Mayo de dicho año fué el señalado para aquel movimiento, cuya ramificación se extendía á varias provincias, siendo las principales Aragón, Cataluña, Andalucía y las Vascongadas.

Para tomar el mando de las fuerzas comprometidas, salieron de París con instrucciones de don Manuel, que entonces vivía en la calle Bernouilli, número 11, los Generales, ya muertos, Merelo, Lagunero, Díaz Berrio, La Guardia, Padial y tal vez algún otro cuyo nombre no debe ser citado.

El General Padial se trasladó á Hendaya para ponerse al habla con elementos muy valiosos del lado acá de la frontera.

¿Cómo y por qué tuvo que retirarse á Ginebra á las cuarenta y ocho horas de llegar á Hendaya?

Declaro que no lo sé.

Tal vez por nuevas exigencias de los comprometidos en aquella región; acaso por el carácter del General. Era entusiasta por la causa republicana, valiente, temerario tal vez; pero al mismo tiempo, no ya poco flexible, sino duro, poco á propósito para zurcir voluntades y andar en contemplaciones de última hora.

El General La Guardia entró en España, fué á Sevilla, estuvo oculto esperando á otro General de superior graduación que debía tomar el mando, y como éste no se presentaba y la policía llegó á enterarse de la presencia é intentos de La Guardia, tuvo que escapar, no sin grandes dificultades.

El General Lagunero entró en Cataluña, y tampoco fué más afortunado que sus compañeros.

Por último, el General Merelo, á quien acompañaron desde la frontera algunos amigos del señor Zorrilla, llegó á Zaragoza sin dificultad, donde recibió en el acto á los representantes de todos los elementos disponibles, así civiles como militares.

El entusiasmo de todos en la capital aragonesa era grande, las fuerzas muchas, y sin embargo.....

¡Misterios del corazón humano!

Pretextando una llamada del Sr. Zorrilla, y prometiendo volver, repasó la frontera.

Sería injusto poner en duda el valor tantas veces demostrado por aquel General, estrechamente unido á la causa revolucionaria, y no seré yo quien

tal haga, sobre todo después de muerto; pero así sucedió, y así hay que decirlo.

¿Supo que los comprometidos en otras paftes no respondían? Pudo ser. ¿Procuró justificar su conducta? Lo ignoro.

Sé que pasaron muchos años sin que el General Merelo interviniera en asuntos revolucionarios, y que, ya en los últimos años de su vida, sostuvo con el Sr. Zorrilla muy íntimas relaciones políticas.

Es digno de estudio este primer fracaso, porque llama la atención cómo habiendo tantos elementos bien preparados y mejor dispuestos, no estalló entonces la revolución, dando esto motivo á ese decaimiento de los ánimos que dificulta luego empresas semejantes.

Acaso pudiera encontrarse el origen en los celos y recelos que suelen desarrollarse en casi todos los asuntos de la vida cuando en ellos intervienen muchos hombres sin que haya uno superior á todos por su carácter ó por su autoridad. Y si bien es cierto que no faltaba ni lo uno ni lo otro á Ruiz Zorrilla, era, al fin y al cabo, un hombre civil que acaso, á pesar suyo, tenía que despojarse de aquellas condiciones cuando se trataba del hecho puramente militar.

Si al frente de aquellos generales hubiera habido uno de superior jerarquía y de prestigio suficiente para el *ordeno y mando*, sin más apelaciones que las indispensables antes de tomar acuerdo, es casi seguro que habrían pasado las cosas de otro modo.

***

El General Lagunero regresó á París y al Hotel Calvados, donde se estableció á los pocos días don Cesáreo Muñoz, uno de los muchos que se creyeron obligados á pasar la frontera por precaución.

Entonces ocurrió un lance muy digno de ser referido. Pero antes conviene saber quién era el buen amigo nuestro Cesáreo Muñoz, ya muerto por desgracia.

Había sido diputado á Cortes, y era, en suma, un riojano de sencillas costumbres, campechano y francote y un tanto excéntrico en sus maneras y hasta en su modo de vestir; tenía grandes y negros bigotes, color moreno, muy alta estatura y mirada torva. Más bien parecía un guerrillero curtido y endurecido entre montañas y matorrales, que un legislador. Verdad es que con estas apariencias era un gran patriota, un buen amigo de sus amigos y todo un abogado.

Encontrábase D. Manuel una mañana, á eso de las once, visitándoles é invitándoles á almorzar en su casa aquel mismo día, cuando de pronto se presentó en la casa el comisario de policía M. Julién Clément, ostentando su *écharpe* tricolor.

¡Oh sorpresa! Tenía orden de detener en el acto á los dos españoles.

Indignados Lagunero y Muñoz cuando, sirviéndoles de intérprete D. Mauuel, se enteraron de la misión que traía el delegado del Gobierno, echaron por la boca sapos y culebras, agotaron las más expresivas interjecciones españolas, con tanto más desahogo cuanto que la impunidad era absoluta. El comisario y sus auxiliares no entendían una palabra.

Trató de calmarlos D. Manuel, diciéndoles que

si no se trataba de una equivocación, como era probable, en cuyo caso serían puestos en libertad inmediatamente, todo se reduciría á una detención pasajera, porque él interpondría sus influencias para que así fuese; y dirigiéndose al Comisario le dijo que él respondía de aquellas dos personas, por todos conceptos honorables y dignas. Al efecto se dió á conocer como Mr. Zorrilla.

Nunca lo hubiera hecho, porque el Comisario le contestó que lo celebraba mucho, porque también tenía orden de detenerle.

La escena cambió por completo.

Calmáronse un tanto Muñoz y Lagunero al saber que iban en tan buena compañía, y D. Manuel tocó el cielo con las manos.

Y no hubo apelación. Dos agentes condujeron en el acto á Lagunero y á Muñoz al Dépôt, ó como si dijéramos, á la Delegación, y D. Manuel fué á su casa acompañado del Comisario, porque tenía éste orden de proceder á un registro de papeles. Gracias á que doña María, sospechando lo que podía ocurrir al ver que su esposo se presentaba á almorzar, no con los dos amigos convidados, sino con el jefe de policía, recogió los que le parecieron más interesantes. El Comisario cargó con todos los manuscritos que halló á mano, porque como no entendía el castellano, hasta las cuentas de la lavandera le parecían listas de conspiradores. Se apoderó hasta de una carta que un íntimo de D. Manuel estaba escribiendo á su familia en el despacho.

Almorzó D. Manuel en presencia del Comisario, y después de saborear su indispensable taza de café, que en aquella ocasión lo tomaría caliente,

contra su costumbre, se dejó conducir al Depósito.

Y aquí empieza la parte cómica de este curioso incidente.

Queriendo D. Manuel demostrar que aquellos dos amigos suyos eran personas de calidad, los presentó al encargado de la Delegación como General español el uno y ex Diputado á Cortes el otro. Siguieron á esta presentación las consabidas cortesías y reverencias ante el General y ante el Diputado, sin que esto impidiera proceder en el acto al reglamentario registro de los detenidos. Nada de particular ocurrió en el de D. Manuel ni en el del General; pero ¡cuál sería la sorpresa de uno y otro, sobre todo la de D. Manuel, cuando al registrar á Muñoz le encontraron una navaja; pero no una navaja modesta, sino una navaja descomunal, de muelles, que abierta parecía un sable!

Para comprender lo cómico de esta escena, hay que recordar el aspecto del buen Muñoz y saber la idea que los franceses tienen de la navaja española. Ni una batería de cien cañones les inspira tanto terror.

D. Manuel, cuando después de algunos años me relataba este incidente, no podía menos de reirse; pero en el momento de su desarrollo, afirmaba, y lo creo, que hubiera querido que se le tragase la tierra.

¡Haber presentado à Muñoz como Diputado á Cortes y resultar un Diputado con navaja de muelles!

¡Era el colmo!

No sé si por esto ó porque había órdenes para tratarlos severamente, los tres fueron encerrados en un calabozo inmundo, como si se tratara de tres

foragidos, y en él permanecieron otros tantos días, que dedicó D. Manuel á sermonear á Muñoz por la maldita ocurrencia de entrar en Francia armado con una navaja de tales dimensiones.

A los tres días les condujo la policía á la frontera, y en Strasburgo fueron entregados á las autoridades alemanas.

Detalle importante. El Comisario del imperio alemán, al hacerse cargo de los tres *criminales*, dijo en voz muy alta, para que se enteraran los republicanos franceses: «Están ustedes en un país libre y pueden establecerse donde quieran.»

***

Permanecieron en Strasburgo los tres viajeros el tiempo suficiente para bañarse, comer, descansar y comentar el recibimiento de las autoridades alemanas, que tanto contrastaba con la impía dureza del republicano Gobierno francés.

Desde Strasburgo marcharon á *Lausanne* ó Lausana (Suiza), población situada á poco más de un kilómetro de la orilla septentrional del lago de Ginebra, instalándose D. Manuel en una fonda y sus dos amigos en casas particulares.

Como la expulsión de París se verificó el 1.º de Julio de 1877, la llegada á Lausana fué á los pocos días, y en los últimos de Agosto D. Manuel y Lagunero se trasladaron á Ginebra. El buen Muñoz vino á España para referir, con su marcado acento riojano y su característica dicción, las aventuras y esventuras que le habían ocurrido. Claro es que ›lvió sin navaja, pero no sin la cuchara de palo ›n que comió el rancho durante su detención en

París, y que exhibió siempre como trofeo de sus campañas revolucionarias.

¡Pobre Muñoz! Su áspera corteza ocultaba un fondo de bondad inagotable. Hizo famosas en toda la Rioja, donde hay tantos y tan buenos republicanos, sus botas de montar. Eran una especie de barómetro revolucionario. ¿Muñoz en actitud de montar á caballo? Movimiento seguro. ¡Y cuántas veces se equivocó! Ya ha muerto; pero yo no he olvidado su buena fe y su entusiasmo.

El viaje de Lausana á Ginebra se hace en muy poco tiempo de ferrocarril. D. Manuel, después de pasar los primeros días en un hotel de la calle de Montblanc, se instaló en la casa de una respetable señora rusa, que le cedió la mayor parte de sus habitaciones, en la calle de Gervray, núm. 11. Allí escribió el folleto *A sus amigos y á sus adversarios*, documento que pone de relieve la sinceridad, la nobleza y la rectitud, que fueron cualidades inseparables de aquel gran hombre á quien tanto quise, respeté y admiré. Por entonces estaba al lado de D. Manuel el Sr. Escoriaza, gran devoto suyo, y otros amigos.

Gozaba D. Manuel en la hospitalaria Suiza completa libertad y, como en París, fué objeto de grandes atenciones en aquella República modelo.

Recuerdo que en una de las famosas fiestas de Tiro ocupó un lugar de preferencia al lado del Presidente de la Confederación, y lo mismo en otras solemnidades oficiales.

Pero á pesar de todo esto, de encontrarse muy á gusto en aquella sociedad verdaderamente democrática, no era Ginebra el punto estratégico que necesitaba para sus operaciones de guerra. Y

mófense de esto los que quieran. Entretanto afirmaré que el buen éxito de cuantas emprendió habría sido indudable, seguro, si algunos republicanos de altura no le hubieran abandonado á sus propias fuerzas y dedicádose, por razones que no he de examinar ahora, á una propaganda antirrevolucionaria, que esterilizaba ó reducía los esfuerzos de aquel gran patriota.

Y que tuvo fuerzas, no es posible dudarlo. Ahí están los hechos, mal calificados de asonadas ó motines por los adversarios francos ó encubiertos. Si es verdad que no correspondieron á las esperanzas, fué por multitud de causas del momento, imposibles de prever, y por un vicio de origen que ya señalaré.

¡Fuerzas!... Y tantas. Ya las quisieran hoy los que antes se salían por el socorrido registro de que la opinión no estaba hecha, á lo que en vano replicaba D. Manuel: «Dadme en cualquier distrito militar otro General Izquierdo, y ya lo veremos.»

Pero esos... *izquierdos* no suelen venir *derechos* cuando se les convida á jugarse la cabeza, siquiera esto se haga en nombre de los más sagrados intereses de la Patria.

Yo he conocido muchos Izquierdos en estado de crisálidas; pero más tarde, al verse convertidos en mariposas de doradas alas, lo más que hicieron fué libar en las flores de todos los verjeles. No había medio de darlas alcance, y mucho menos de posarlas en el campo donde nacieron.

Pero el tiempo ha pasado, y todo me lo explico. ¿Es así que ahora se llaman revolucionarios los que antes no lo eran?

Luego es señal infalible de que para ellos ha

llegado la plenitud de los tiempos y que la opinión está hecha.

¿A qué se debe esto? ¿Cómo y por qué existe hoy un *estado de opinión* que antes no había?

Si la opinión contraria á un estado de cosas, cualquiera que éste sea, lo forman sus desaciertos, sus torpezas, sus desastres, el origen de ese cambio tan radical habrá que atribuirlo á las catástrofes de todo género ocurridas en España después de muerto Ruiz Zorrilla.

Resulta, pues, que cuando las ha habido cruentas é innúmeras es cuando ha surgido el estado de opinión preciso para la obra revolucionaria. ¡Y gracias! A poco más hubiérase necesitado el *Finis Hispaniæ*.

*
* *

Que D. Emilio Castelar rectificara su política hasta el extremo de todos conocido, no quiere decir que en los primeros años de la restauración no fuera francamente revolucionario.

Cuando algún día puedan sacarse del sitio donde hoy están los papeles reservados del impenitente revolucionario, como le llamaban, se verá la certeza de mi afirmación. Y como esto ni quita ni pone á los méritos del ilustre Castelar, nada importa dejarlo consignado aquí. Además, nadie ignora que el gran tribuno, pocos meses antes de morir, hizo un cambio de frente que le colocó en su primer punto de vista.

Así, pues, nada tiene de extraño que fuera él uno de los primeros que acudieron á visitar á Ruiz Zorrilla cuando se decretó su expulsión, ni que

después de realizada ésta sostuviera con el emigrado las más cordiales relaciones políticas y revolucionarias.

Pero siendo esto conocido de cuantos seguíamos con algún interés la marcha de aquellos sucesos y la actitud de aquellos hombres, llegué á dudarlo cuando en la estación de Angulema—ya estaba yo emigrado—me trató con gran severidad, sin que á mayor comedimiento y templanza le moviera mi situación de vencido y expatriado. Ya referiré este incidente en otra ocasión.

Por esto traté de averiguar en París si la actitud política del Sr. Castelar había estado de acuerdo siempre con lo que le oí en Angulema, y al señor Zorrilla se lo pregunté cuando ya no tenía para mí secretos políticos.

No tardo D. Manuel en satisfacer mis deseos.

—¿Cree usted que Castelar y yo nos hayamos dedicado al comercio?—me dijo.

Y claro es que, conociendo al uno y al otro, fué negativa mi respuesta.

– Pues lea usted estas cartas.

En efecto, me dió un pequeño paquete, y al momento conocí la letra grande con que escribía el Sr. Castelar. En aquellos autógrafos, que seguramente se conservarán, ví que hablaba de alzas y bajas en el mercado de vinos.

Conste, pues, que Zorrilla no estuvo solo. Lo que hay es que mientras él persistió sin cesar ni un momento en su primera actitud, otros creyeron conveniente modificar la suya acercándose más ó menos á la legalidad borbónica.

*
* *

Zorrilla, en este punto, era intransigente, inflexible.

Tenía amigos ó no los tenía, y así como rompió con Sagasta, rompió con Castelar, hasta el punto de que cuando éste iba á París últimamente, ni se veían ni se hablaban.

De esta severidad política, ya en desuso, da una prueba lo que voy á decir.

Quería D. Manuel á D. Cristino Martos entrañablemente; hablaba de él con entusiasmo, con verdadera pasión. Pues rompieron sus relaciones políticas y no volvieron á hablarse.

Recuerdo que una tarde, yendo por la avenida de la Grande-Armée hacia la plaza de la Concordia, D.ª María, D. Manuel y yo, vimos venir, en dirección contraria, á D. Cristino Martos con su señora.

No sé si éste vería á D. Manuel; pero D. Manuel sí le vió y le reconoció, aunque no era el Cristino sin barbas á quien había tratado. Uno y otro siguieron su camino sin saludarse.

Como hacía menos tiempo que yo había visto en Madrid al Sr. Martos, también le reconocí.

D. Manuel, volviéndose á mí, cuando pasó su amigo, dijo con acento de profunda amargura:

—¡Parece mentira!

Y casi le asomaban las lágrimas á los ojos.

Luego... las cosas variaron, y me consta que los dos estuvieron en perfecta inteligencia, hasta que la muerte los separó.

Todos iban reconociendo que aquel... loco, tenía mucha razón.

*
* *

Condenado estaba D. Manuel Ruiz Zorrilla á vivir en continuo movimiento desde que le obligaron á salir de España; así es que desde su primera expulsión de Francia, hubo de pasar la vida entre Ginebra y Enghien, población situada al N. de París, sobre el hermoso valle que le da su nombre, y donde aún existe, por cierto, la casa que habitó Juan Jacobo Rousseau, llamada el *Hermitage*.

Residió en Enghien por tolerancia del Gobierno francés, no porque se hubiera revocado la orden de expulsión; y aunque hizo algunas excursiones á París y aun llegó á residir en aquella capital largas temporadas, siempre estuvo bajo la presión de aquella medida, que, al fin y al cabo, volvió á ponerse en vigor en el verano de 1878. Como consecuencia, tuvo que retirarse á Ginebra, de donde salió para Londres en 1884, después de la muerte del heroico Mangado.

Este suceso y el alzamiento de Badajoz, ocurrido un año antes, hicieron imposible su permanencia en el continente. En Londres residió, primero, en la casa de D. Antonio Regidor, gran amigo suyo, y, por último, convencido de que su estancia en Inglaterra tendría que ser larga, arrendó en Sydenan el hotel denominado *Cecil House*, cerca del Palacio de Cristal.

En Inglaterra permaneció dos años próximamente, porque habiendo desaparecido los obstáculos que le tenían alejado de Francia, pudo establecerse en París con toda libertad.

Allí estaba cuando yo pasé la frontera el año 1886, desde allí salió para entrar en España... erto.

Ni en lo moral ni en lo físico era el desgraciado

D. Manuel aquel que yo había dejado en París pocos meses antes.

Si D. Manuel faltó á su propósito de no entrar en España sino por la República ó con la República, atribúyase esto á que en sus últimos días sólo sobrevivió el culto á la amistad en aquel corazón herido de muerte por tantos infortunios.

CAPITULO IV

Zorrilla y el Ejército.—Quién era Siffler.—La gran traición.—Entrevista en Biarritz de Ruiz Zorrilla con el Duque de la Torre.—Novelas históricas.—A través de los Alpes.

Cómo durante muchos años le fué posible á un hombre civil contar con elementos militares suficientes para tener en jaque á los Gobiernos, cosa es que se presta á muy serias reflexiones.

Concíbese que un General, después de haber realzado su figura y su nombre guiando las tropas al combate y á la victoria, pueda en momentos críticos seducirlas en nombre de los más altos y más sagrados intereses de la Patria.

Espartero, Narváez, O'Donnell, Dulce, Serrano, Pierrard, Prim y muchos otros lo hicieron así, y no hay para qué recordar los hechos militares y políticos que dieron autoridad y prestigio á sus nombres.

Cierto es que fracasaron las tentativas de don Manuel Ruiz Zorrilla. ¿Pero es que fracasaron menos los citados Generales?

O'Donnell fracasó en Pamplona y en Vicálvaro, siendo de advertir que, no habiendo triunfado en este último punto con las armas, triunfó luego en Manzanares con la cuartilla de papel en que redac-

tó hábilmente otro sublevado civil: D. Antonio Cánovas del Castillo. Narváez no consiguió reunir fuerzas para combatir á Espartero, aunque lo pretendió, y tuvo que emigrar. Pierrard emigró también, después del 22 de Junio, y Prim, con dos regimientos de húsares, pasó la frontera de Portugal, escoltado, más que perseguido, por otro bravo militar: el General Zavala; y sabido esto, no es de extrañar que al hombre civil le volviera también la espalda la fortuna, sin que esto signifique que le faltaran en ninguna ocasión elementos tan positivos como los que pudieron comprometer, ya que no reunir, aquellos distinguidos Generales, en sus tentativas revolucionarias.

Y como el Sr. Zorrilla en su paso por el Gobierno no se distinguió por sus aficiones militares, sube de punto la admiración que causa su ascendiente en el Ejército.

Pero el hecho es cierto, y voy, aunque brevemente, á examinarlo.

Todos—por lo menos no conozco ninguna excepción,—todos los Generales que con más ó menos acierto elevó el invicto Prim á tan alta jerarquía, reconocieron como caudillo del movimiento antirrestaurador á D. Manuel Ruiz Zorrilla, y con ellos buen número de jefes y oficiales, también significados en la revolución.

Y como no hay períodos tan difíciles para los Gobiernos malos como los que siguen á una guerra terminada, tantas son las heridas abiertas que piden inmediata curación, agregáronse á aquel núcleo, ya respetable por su número, no pocos oficiales procedentes del ejército de Cuba, descontentos por muchas razones.

La mayor parte había escoltado convoyes cargados de oro para los insurrectos, mientras ellos, los leales, vivieron doce y catorce meses sin cobrar sus pagas.

Como satisfacción á sus penalidades, se les entregó un abonaré incobrable.

No habiendo vacantes en los cuadros activos, fueron condenados á vivir con mezquinos sueldos en la reserva ó en el reemplazo, y por consecuencia, casi en la ociosidad.

La vil usura hizo presa en ellos, y los abonarés, que representaban el fruto de tantos sacrificios, fueron vendidos por la centésima parte de su valor, en muchos casos.

El porvenir se presentaba ante ellos tan negro como el presente, porque el Ejército permanecía estacionario, como si fuese una negación del progreso. Ninguna reforma útil, como remedio á tantos males, se vislumbraba.

Y si á esto se añade que el mismo autor del corte de cuentas, y por consiguiente del malestar que sentía una gran parte de nuestros oficiales, subió al Ministerio de la Guerra, se comprenderá el estado de exaltación que preparó los ánimos para las empresas revolucionarias.

De índole puramente material son las causas que dejo anotadas; pero habíalas también de orden más elevado, porque no sólo de pan vive el hombre.

Las guerras, bárbaras en su origen y tremendas en sus manifestaciones, más que á estrechar los píritus, propenden á ensancharlos. Por eso han lo tantas veces, ahí está la Historia, vehículos ıl progreso y de la civilización.

La actividad guerrera; el constante desprecio de la vida y de cuanto en situación normal es para ella indispensable; el continuo cambio de horizontes; el trato con gentes nuevas; las venturas y las desventuras que se enlazan y se confunden produciendo encontradas y rápidas sensaciones; la ambición legítima que se desarrolla; el valor, que en todas sus manifestaciones diversas resulta sometido á constante prueba; la inteligencia, que muchas veces lo suple ó lo completa; el ideal que á tanta costa se persigue, y muchas causas parecidas, en vez de achicar engrandecen el espíritu y lo fortifican. Así es como me explico el numeroso contingente que dieron á las ideas expansivas y liberales nuestras primeras guerras de América y las últimas.

A cuanto tiene lo dicho de fundamental, atribuyo la influencia de aquel hombre civil en el elemento militar; porque todo ello, á mi modo de ver, creó el ambiente favorable á sus empresas revolucionarias.

*
* *

Pero todo esto que flotaba en nuestra atmósfera militar y política, exigía concentración y forma. Pedía un hombre que con firme voluntad, espíritu brioso y actividad incansable, sumase tan variados elementos para dirigirlos al mismo fin.

Y apareció Siffler, como un nuevo Dios, en medio de aquel caos.

¿Quién era este hombre?

Un subalterno desconocido, pero á quien no se haría justicia negándole aquellas cualidades.

Ese... sujeto, fué el alma de la A. R. M. (Asociación republicana militar).

Y no se hagan cruces los severos ordenancistas de hoy, porque antes había existido la S. M. E. (Sociedad militar española), con la diferencia de que ésta la fundaron los moderados contra los progresistas y aquélla los progresistas contra los moderados.

Y si en la primera figuraron muchos militares, éranlo también y de gran valía los de la segunda, á juzgar por estos nombres: Narváez, O'Donnell, Fernández de Córdova, conocidos en la S. M. E. por Pelayo, Farnesio y García Lara, respectivamente.

Otros nombres podría citar, pero si para muestra basta un botón, yo presento tres y de gran tamaño.

Y aquí de la parábola que inspiró á Jesús la arrepentida Magdalena.

Volviendo á Siffler, diré que poseía lo que se llama don de gentes. Era simpático y persuasivo. Dotado de una imaginación vehemente, de percepción fácil y de verbosidad suma, sabía colocarse en la posición necesaria para persuadir y atraer. Por esto, hablaba á cada cual según su temperamento y sus condiciones morales, y ya halagando la vanidad, ya la ambición, ya el desinterés, ya el patriotismo, según los casos, consiguió, no solamente gran número de adeptos para la causa revolucionaria, en casi todas las esferas de la milicia, sino que llegó á lo más difícil: á dar á la citada ociedad una organización sólida y fecunda.

Para ello recorrió España en todas direcciones, r tan pronto aparecía en Cádiz como en Santan-

der, en Málaga como en Coruña, y ya dándose tono en los mejores hoteles, ya presentándose humildemente en modestas casas de huéspedes, iba y venía, aparecía y desaparecía, sin darse un momento de reposo.

Hubiérase dicho que, nuevo Josué, paraba el Sol para no interrumpir la batalla en que estaba empeñado.

Estos servicios, claro es que no desinteresados, valiéronle la confianza absoluta de D. Manuel.

Yo, ni llegué á conocer personalmente á Siffler ni pertenecí nunca á la Asociación antes citada.

Al extranjero llegaban listas de asociados, con su número de orden correspondiente, y éste les servía para comunicarse con el centro conspirador.

Tal fué la base de los movimientos revolucionarios conocidos y de muchos otros, casi infinitos, que no salieron á luz.

*
* *

Pero llegó el momento que era de temer.

Con el tiempo crecían las exigencias de Siffler; habíase engreído con su papel, sabía que estaba en su mano el buen ó mal éxito de la revolución, y todo le parecía poco.

Y ya porque D. Manuel no pagara sus servicios con la esplendidez de que se creía digno, ya porque el fracaso de Badajoz le desanimara, lo cierto es que, por unos cuantos miles de pesetas, se vendió al Gobierno, ofreciéndole la entrega de los libros en que constaban los nombres de los asocia-

dos, libros que guardaba D. Manuel con la reserva que debe suponerse.

Dudó D. Manuel de la inícua traición, cuando de ella le informaron; pero un oportuno aviso le obligó á observar la conducta de Siffler, y en efecto, de día en día le fué pareciendo sospechosa.

Un traidor más, era poco.

La delación en masa de infinidad de personas era mucho; era la irremisible perdición de centenares de familias y el total descrédito de la causa revolucionaria.

Aquellos grandes libros, que yo ví después, no volvieron á pasar por las manos de Siffler, y la situación de éste hízose insostenible, porque mientras por un lado le exigían la entrega, por el otro observaba tal recelo que la hacía imposible.

Ya un día, con fútil pretexto, pidió algunos documentos de importancia; y D. Manuel, con toda la firmeza de su carácter, se los negó.

Es de advertir que aquellos mismos papeles fueron llevados á Ginebra desde Barcelona, por el mismo Siffler.

¿Qué le movió después á la traición? Difícil es averiguarlo. Tal vez le indujera á ella un tal Pomes y Marlius, que fingiéndose gran revolucionario, resultó espía.

De todos modos, vencido Siffler por la actitud enérgica de D. Manuel, salió de la casa para siempre.

La venganza no se hizo esperar.

Siffler publicó un asqueroso folleto, que leí porque me lo remitió como director y propietario que era yo entonces de *La Correspondencia Militar*.

Con él se propuso desacreditar á Ruiz Zorrilla y matar la revolución.

La falta de documentos fehacientes la suplió con su gran memoria, y entregó al Gobierno listas con los apellidos de los mismos á quienes él comprometiera.

Por cierto que entre los muchos que dió uno de ellos fué el mío, sin duda refiriéndose á otro, porque como dije antes, nunca pertenecí á la Asociación republicana militar.

Pero aquella coincidencia puso enfrente de mí á un Ministro de la Guerra, y de él sufrí, sin saber la causa, algunas vejaciones. Más tarde la supe.

Conste, en honor de la verdad, que la traición de Siffler no tuvo consecuencias, por lo menos ostensibles.

Hago esta justicia á la nobleza con que procedieron los Ministros de la Guerra

Sépase también que no deshonró su uniforme ningún militar buscando la trama de aquellas conspiraciones por tan infames medios.

Fué un Ministro de la Gobernación del partido que se titula... partido liberal.

***

Antes de ocurrir lo que por incidencia acabo de relatar, en el verano de 1878 se ponía D. Manuel de acuerdo en Biarritz con una de las personas más caracterizadas de la política española: los anuncios de próximos sucesos revolucionarios circulaban con gran crédito, y como por todo esto adquiría la figura de D. Manuel Ruiz Zorrilla gran relieve, no ya en España, sino en el extranjero,

fué objeto de extrema vigilancia y de no interrumpidas persecuciones.

Para los Gobiernos de España era un motivo de constante preocupación el conocer, no al día, sino al minuto, el sitio en que se encontraba.

Y para los Gobiernos extranjeros, llegó á convertirse en un molesto huésped. De tal modo menudeaban las reclamaciones de nuestros representantes diplomáticos.

A todo esto, la numerosa y bien pagada policía no dejaba de vigilar los actos del desterrado, y cuando nada ocurría, lo inventaba para más cumplida justificación de sus buenos sueldos. Siendo de advertir que, algunos de quienes no podía esperarse tal rebajamiento, se sentaban en la mesa de D. Manuel y en la de la Embajada, alternativamente, como amigos en la una y como espías en la otra.

¡Cuántos miles de miles de francos gastó el Gobierno para que á todas horas bebieran los vientos los sabuesos policiacos de más fina nariz, ya disfrazados con el modesto *chaquet*, ya con el aristocrático *frac!*

En el año de 1878, vivía D. Manuel con su familia oculto en un precioso hotel que le cedió en Enghien su amigo Sr. Landaluce, que veraneaba en aquella población. Y no quiero citar este nombre sin decir que el Sr. Landaluce, ya muerto, prestó grandes servicios á la causa revolucionaria, antes del 68, como recordaría el Sr. Sagasta si viviera, y después del 75.

Allí esperaba un aviso, mediante el cual debería trasladarse á la frontera, para conferenciar con el Duque de la Torre.

Había conseguido D. Manuel despistar á sus vigilantes; pero invitado por el Sr. Landaluce, fué á París para visitar la Exposición y allí debieron reconocerle, porque al día siguiente, cuando según costumbre daba su diario paseo por las calles de Enghien antes de almorzar, se acercó á él un comisario de policía llamándole por su nombre.

—Está usted equivocado: no soy el Sr. Zorrilla —contestó D. Manuel.

—Conozco á usted muy bien—repuso el comisario,—y le suplico que venga conmigo á la Alcaldía.

Así sucedió. Hicieron una especie de atestado, y sin permitirle visitar á su familia fué conducido á París y desde París á Ginebra.

A decir verdad, no eran injustificados los temores del Gobierno.

Había en la política revolucionaria *mar de fondo*, y el barómetro anunciaba tan terrible borrasca en el Mediterráneo, que hubiera excedido con mucho á las más furiosas hasta entonces conocidas.

El naufragio del buque *Restauración* parecía inevitable, porque los elementos que hubieran de producir aquella tempestad, estaban combinados con suma discreción y acierto. Tal era el estado de las cosas, cuando ignoro por mediación de quién ó de quiénes—no he de hablar nunca de lo que me sea desconocido—pusiéronse al habla don Manuel y el Duque de la Torre.

Estaba aquél vigiladísimo en Ginebra y era muy difícil despistar á la policía, como no era menos expuesto entrar en Francia, de donde acababa de ser expulsado por segunda vez.

Reunirse en Ginebra era imposible, porque siendo muy conocido el ilustre vencedor de Alcolea,

su presencia en la ciudad donde residía Ruiz Zorrilla, hubiera infundido sospechas. En cambio, á nadie extrañaría verle en Biarritz entre los demás veraneantes.

No había más remedio que emprender aquella peligrosa expedición.

Residía entonces D. Manuel en el Hotel Suisse, y confió al dueño de éste, M. Christians, la necesidad que tenía de salir del Hotel, de Ginebra y de Suiza, en fin, sin que la policía se enterara.

Mr. Christians se ofreció á servirle con urgencia, y no solo le proporcionó un disfraz para salir de noche de la fonda, sino que le acompañó hasta más allá de la frontera.

En Biarritz tenía el revolucionario español preparado el hotel de un personaje francés que luego llegó á ser Presidente del Consejo de Ministros, y en él se celebró la entrevista á que me refiero, no muy conocida y acaso olvidada, porque desde entonces acá han pasado veinticuatro años.

Desde luego habrá procurado olvidarla, si es que á estas horas no siente en su conciencia el remordimiento, alguien que con su resistencia pasiva hizo luego inútiles las felices y patrióticas disposiciones del General Serrano.

En realidad, ya es tiempo de arrojar alguna luz sobre los misterios de aquel período de constante acción revolucionaria, para que la opinión se fije y juzgue.

Por lo pronto se va destruyendo, nada más que con lo dicho, el efecto de aquellas frases «está sólo», explotada en descrédito de la causa sostenida con tanto vigor por D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Estuvo *solo*, si la soledad consiste en el aleja-

miento de personas de viso, cuando estas, cansadas de seguirle, volvieron la espalda para vivir el resto de sus años en más cómoda postura. Por lo demás, los pequeños, los humildes, no le abandonaron nunca. ¡Y ojalá viviera!

Porque de no haberse muerto de vergüenza al presenciar tantos desastres y tanta decadencia, de él podía esperar esta Patria agonizante la nueva vida que ha menester.

Dejaré á un lado estas consideraciones y me ocuparé de la entrevista de Biarritz, afirmando bajo la fe de mi palabra, lo siguiente:

Que el respetable Duque de la Torre se puso de acuerdo con D. Manuel Ruiz Zorrilla para ir á la República, por medio de la revolución, cuando hubiera elementos suficientes, y por lo pronto, había entonces el más esencial en la guerra: dinero.

Y lo había, porque cuando se presentó en la casa que Ruiz Zorrilla habitaba en Ginebra el emisario del Duque de la Torre para concertar la entrevista, estaba aquél en su despacho con uno de sus secretarios contando y ordenando una fuerte suma, casi toda ella en monedas de oro.

Ni D. Manuel quería hacer esperar al comisionado, ni quería tampoco deshacer la obra comenzada, y ordenó que entrara inmediatamente.

Pudo, pues, convencerse el representante del ilustre Duque, de que la revolución contaba con el nervio de la guerra.

Hablaron, convinieron en el sitio donde la entrevista debería verificarse, fijaron el día y D. Manuel no faltó á la cita.

En ella reservó lo de la tormenta á que me referí en anteriores líneas, y cansado el Duque de

aventuras revolucionarias, y en atención á sus años y á su misma posición política, manifestó su propósito de no intervenir en el período de preparación, ofreciéndose, sí, á montar á caballo y á desnudar su espada por la Patria y por la República, cuando se le dijera que todo estaba dispuesto. Partiendo de esta base, dijo á D. Manuel que propusiera un militar de alta graduación y de reconocido prestigio, para que, puesto de acuerdo con otro que él nombraría, ambos llevaran á cabo los preparativos en que de ningún modo quería intervenir.

Conforme D. Manuel, indicó en el acto al General Gándara, que fué aceptado, y el Duque de la Torre á otro de su absoluta confianza que vive aún.

Tal fué el resultado de aquella entrevista, cuya importancia política no puede negarse.

*
* *

A todo esto, el telégrafo había anunciado al Gobierno la desaparición de Ruiz Zorrilla, y mientras procuraban averiguar su paradero los incansables polizontes, con gran sorpresa de todos ellos regresaba á Ginebra y se instalaba tranquilamente en el mismo hotel de donde saliera pocos días antes.

¡Ya está aquí!, debió decir el telégrafo, devolviendo á los ánimos la perdida tranquilidad, aunque por poco tiempo, como se verá más adelante.

Sin duda alguna, fué éste el período en que tuvo D. Manuel Ruiz Zorrilla mayor confianza en el éxito de sus empresas; pero la fatalidad hizo que el desarrollo de aquellos sucesos no correspondiera á las esperanzas concebidas, y creo que

no ha llegado el momento de explicar las causas de tan terrible desengaño, aunque las conozco con sus más mínimos detalles; me referiré á ellas muy someramente.

Algunos podrán llenar los vacíos de esta parte de mi relato, cuya ampliación dejaré para los días en que *todo* pueda y deba decirse.

Por ahora, sépase que en Génova recibió don Manuel la visita de un excelente amigo, revolucionario impenitente, que residía en las islas Baleares, persona de gran prestigio, de gran capacidad, muy entusiasta y... rico. Este correligionario á prueba de sacrificios y de verdadero desinterés, le dió puntuales noticias de sus observaciones en el barómetro revolucionario que poseía en aquellas rocas mediterráneas. Las nuevas que D. Manuel recibió, corroboradas por otros conductos no menos fidedignos por lo directos, no podían ser más satisfactorias, y deseoso aquel inolvidable amigo de intervenir en el grandioso espectáculo que en aquellos mares se preparaba, volvió á escaparse de Ginebra y se estableció en Génova con nombre supuesto.

Y al hacerme cargo de este viaje, empezaré á destruir otra idea muy generalizada, porque así convenía á los enemigos del Sr. Ruiz Zorrilla.

Nuevo *Capitán Araña*, que embarca la gente y se queda en tierra, decían. Y es falso de toda falsedad.

Por lo pronto, en la ocasión á que me refiero, se situó en un puerto de Italia, no para observar desde allí los acontecimientos, sino para embarcarse, dándoles así autoridad y significación con su presencia, y resuelto á correr los peligros de aquel

temporal con los que noble y patrióticamente estaban dispuestos á arrostrarlo.

Si en aquella ocasión, como en otras, se quedó en tierra, no fué suya la culpa. Pero ya se sabe que la Historia suele servir de fundamento á muchas novelas, y hora es ya de desvanecer errores que, si tuvieron disculpa y hasta justificación si se quiere para los adversarios, en el encono que producen las pasiones políticas, calmadas éstas, deben desvanecerlos los amigos de los calumniados en honra suya y también propia.

*
* *

Ya entrado el otoño del mismo año 1878, emprendió Ruiz Zorrilla el viaje desde Suiza á Italia, y aunque el paso de los Alpes por la carretera, en aquella avanzada estación, era muy peligroso, no le detuvo el temor á los riesgos que pudiera correr. Había empeñado su palabra y á todo trance tenía que cumplirla.

¡Cuántas veces me ha referido las peripecias de aquel viaje!

Parte en la orilla izquierda del Ródano el camino que salva los Alpes. Atraviesa en seguida el torrente de Saltina y, ciñendo entre espesa selva de pinos y abetos la áspera ladera del monte Brig, sube retorciéndose sobre sí mismo, hasta penetrar en el pintoresco valle de Gauther, que parece colocado allí por la naturaleza para descanso de la vista y del ánimo del viajero, fatigados por el continuo espectáculo de un terreno abrupto como pocos.

Desde allí, entra en la garganta del Saltina,

cruza el terrible ventisquero de Kald-Wasser y rodeado de fuentes que se precipitan en las rocas, llega á las cimas del Simplón, á más de 2.000 metros sobre el nivel del mar.

A poco de empezar el descenso, se descubre, rodeado de altísimos peñascos, el pueblecillo que da nombre á la montaña, y penetrando en la profunda garganta del Davedra, cortada á pico, sigue la carretera como suspendida entre abismos, que hace más medroso el rumor de las cataratas y torrentes que se precipitan en diversas direcciones.

Por último, húndese en una galería de 130 metros, aparece sobre el torrente de Fraschivoni, que salva con un hermoso puente de piedra, desaparece en la galería de Crevola, cruza otro puente sostenido por un inmenso pilar de granito que surge entre las aguas, y desemboca en el valle de Ossola, para terminar en Domo sus 60.670 metros de longitud. Más de diez leguas.

El paso de los Alpes, cuando los cruzó D. Manuel para ir á Génova, ya he dicho que empieza á ser expuesto, porque los vientos barren las masas de nieve y la llevan consigo formando espesas nubes de hielo.

Dejaré las peripecias de este penoso viaje para el siguiente capítulo, así como el desarrollo de otros puntos apenas indicados en éste.

CAPITULO V

En marcha.—El nuevo Quijote.—Figueras y Ruiz Zorrilla en 1878.—Manifiesto de Abril.—Badajoz se prepara.—Un telegrama de Siffler.

Tenía D. Manuel que llegar á Génova lo más pronto posible, y tanto por esto como para evitar la entrada en Francia, donde corría el riesgo de ser detenido, decidió hacer el viaje por la carretera.

A eso de las cinco de la mañana montó con la persona de su mayor confianza en uno de los coches que hacían aquella ascensión, y apenas comenzada, empezaron las nubes á deshacerse en menudos copos de nieve que fueron tomando mayor consistencia á medida que aumentaba la altitud en aquel intrincado laberinto de abismos y montañas.

A eso de las diez de la mañana llegaron al punto donde el camino se hacía impracticable para los carruajes, porque la nieve lo cubría hasta un metro ó más de espesor, y tuvieron que montar en un trineo para llegar á la cumbre de la montaña.

Así avanzaron entre medrosos riscos, midiendo con la vista la insondable profundidad de los barrancos, sin hablar palabra, arrebujados en fuertes mantas, azotado el rostro por oleadas de hielo y

sin oir más ruido que el del viento desencadenado, el de los torrentes que se despeñaban y el que acompasadamente producían, formando raro contraste, las campanillas de las mulas que arrastraban el trineo entre montes de nieve. Y tales eran estos, que fué preciso separarla á brazo para que las caballerías pisaran en firme.

A eso del medio día llegaron los viajeros al convento que hay en la cumbre del Simplón, donde descansaron media hora, rodeados de los habitantes del Monasterio y de los grandes perros de San Bernardo, que atraídos por el sonsonete de las campanillas habían salido á recibirlos á buena distancia.

Después de aquel breve descanso emprendieron el descenso, que según los prácticos debía ofrecer menos dificultades; pero no fué así. A los dos ó tres kilómetros de camino se desató una furiosa ventisca, que arrastando mayores oleadas de nieve, puso en peligro la vida de los viajeros. Momentos hubo en que creyeron rodar entre aquellos disformes picachos y perecer en una tumba de nieve.

Por fortuna, salvaron el ventisquero y á las tres de la tarde descansaban en una especie de posada, donde tomaron algún alimento.

D. Manuel llamó al suizo que dirigía aquella expedición y le convidó á tomar unas copas después de gratificarle espléndidamente. Entonces se enteró de que aquél hombre, práctico en el terreno, estuvo á punto de regresar al Monasterio para evitar el peligro.

Si D. Manuel hubiera tenido que pasar la noche en compañía de los perros famosos, *día á perros* hubiera podido llamarse aquél, porque le urgía llegar á Génova cuanto antes.

En Génova, con el título de Conde de Rius, que correspondía con la inicial de su apellido, se situó en uno de los mejores hoteles, creo que de Londres se llamaba, y allí permaneció esperando los acontecimientos.

Desgraciadamente, no había sonado la hora de proclamar la República en ese reloj llamado del tiempo. Debia andar muy retrasado por entonces, y parece que hasta ahora no ha puesto mano en él ningún artífice bastante hábil, para hacerle adelantar lo que muchos deseamos.

Ocho días mortales permaneció en Génova don Manuel, sin perder de vista el horizonte que limita el mar.

Y no incurro, al decir esto, en las exageraciones de la hipérbole, frecuentes en este género de narraciones, porque estando situado el hotel que D. Manuel ocupaba en el centro de la ciudad, donde el mar no se descubría, alquiló una habitación alta con azotea y en ella pasaba las horas mirando al horizonte, en espera del poderoso buque á que debía trasladarse, previa una señal convenida.

En el hotel sólo permaneció las horas de comer y dormir.

Tal era la vehemencia con que aquel hombre singular perseguía sus propósitos.

No hay para qué describir las angustias y las incertidumbres del revolucionario en aquellos interminables días, tanto más largos y crueles, cuanto que por momentos veía confirmados los temores con que salió de Ginebra.

Habíase opuesto cuanto le fué posible á una larga visita ó reconocimiento que alguno ó algunos creyeron indispensable para asegurar el éxito,

y que á pesar de sus razonadas instancias se llevó á cabo. Las dilaciones y las sorpresas se excluyen mutuamente, y de una sorpresa se trataba.

Ocurrió lo que temía, y lo que pudo y debió ser feliz alumbramiento, se convirtió en desdichado aborto, porque una delación hecha en Cádiz, según creo, aunque no lo afirmo, descubrió al Gobierno toda la trama.

Como consecuencia, mandó hacer en Cartagena una prisión, aunque sin resultado, porque advertido á tiempo el que de ella debía ser objeto emigró, y con esto y otras medidas propias del caso, conjuró el Gobierno la tempestad que se le venía encima por momentos.

Un próximo pariente de D. Manuel llevó á Génova la noticia de que todo estaba perdido. Y así fué, con la agravante de que aquellos valiosos elementos, una vez dispersos, nunca fué posible combinarlos de nuevo.

La frecuencia con que D. Manuel recibía y expedía telegramas cifrados, que á la larga concluyen por hacerse sospechosos, dió motivo á que los agentes del Gobierno creyeran que aquel personaje fastuosamente alojado en uno de los mejores hoteles de la ciudad, no era quien aparentaba ser, y enterado Ruiz Zorrilla de que su permanencia en Génova, sobre ser inútil, era ya sospechosa, en dos horas preparó el viaje de regreso á Ginebra. Entonces volvió por el ferrocarril, atravesando una parte de Francia para entrar en Suiza. Antes hubiera sido grave contratiempo una detención. Después del fracaso poco le importaba ser detenido.

La nube que debía producir la borrasca habíase disipado.

¡En cambio, otra tormenta rugía en el corazón de aquel hombre infatigable, consagrado con alma y vida á la causa de la República!

*
* *

Infatigable he dicho, y ya iremos viendo si el calificativo es ó no apropiado.

Dejemos á los dos Generales elegidos en Biarritz empeñados en la guerra civil que al momento se entabló entre ellos, porque mientras el uno daba señales de vida, el otro hacíase el mortecino, sin que hubiera estímulo bastante eficaz para sacarle de su *dolce far niente.*

De ésto podría darnos curiosos detalles, si viviera, el ilustre Marqués de Montemar, consagrado en Madrid á la causa de la revolución como representante civil de su íntimo amigo D. Manuel.

Y adviértase que mientras duraron estos *pourparlers*, de puro compromiso por una de las partes—y al decir esto, excluyo al Duque de la Torre, cuya noble y franca actitud ya he dado á conocer,—ocurrió la muerte de Alfonso XII, siguiendo las cosas en el mismo estado, aunque mediaban muchos años entre el 78 y el 85.

Pero no me propongo seguir el curso de aquellas negociaciones, interrumpidas muchas veces y otras tantas reanudadas, porque además de no serme conocidos sus detalles fueron completamente inútiles. Ellas demostraron cuán cierto es que si dos no riñen cuando uno no quiere, tampoco se ponen dos de acuerdo, si uno se empeña en contrariar al otro.

Ya se ha visto que los que motejaron á Ruiz

Zorrilla de sacar el ascua con mano ajena, no estaban en lo cierto. Juzgaban por las apariencias. Prueba de ello es que en otra ocasión—á ella me referiré más adelante,—encargó á un político francés, gran amigo que fué de Gambetta, que fletara un barco de vapor en Marsella para que le trasladara á donde él indicase oportunamente. Cerca de un mes estuvo el barco con las calderas encendidas, y al fin y al cabo tuvo que apagarlas, porque también se apagaron los fuegos revolucionarios donde parecía seguro que iban á convertirse en terrible volcán de un momento á otro.

Ahora bien; ¿con qué objeto preparó aquel buque á todo coste? ¿Acaso para darse tono de *touriste*? Sería para esto, de no ser para ir al punto donde el movimiento debía iniciarse, en cuyo caso habría que convenir en que sobraba tiempo y dinero á un hombre dedicado con alma y vida á la ardua empresa de cambiar radicalmente la política de su país.

Lo cierto es que, moneda sobre moneda, pagó D. Manuel 10.000 francos á la casa naviera que había preparado el vapor.

Mi amigo Rincón, que reside en París, está bien enterado, porque según mis noticias fué el portador de tan respetable suma.

Pero no fué en esta ocasion solamente cuando D. Manuel tuvo un barco á su disposición para trasladarse á España.

Los que hemos vivido en la intimidad de Ruiz Zorrilla, sabemos que llevaba siempre en el bolsillo un pequeño *carnet*, ó sea un librito en blanco de reducido tamaño, que le servia para anotar sus gastos diarios. Todos los años renovaba el *carnet*; de

modo que, registrándolos, se adquiere noticia exacta de sus intentos revolucionarios y del dinero que le costaron.

Pues bien; en uno de ellos, correspondiente al año 1884, año que coincide con la entrada en España del heróico Mangado, se lee lo siguiente, de puño y letra de D. Mauuel:

«26 de Abril de 1884. Entregado á Bertaux, á la mano, 20.000 francos para el barco y gastos que pueda originar.»

En las hojas correspondientes al mes de Mayo del mismo año, dice:

«Cuenta del barco, según Bertaux, quince mil doscientos francos.»

¡Quién podrá extrañarse, después de leer estas partidas y otras semejantes, que aquel hombre consumiera en la política todo su patrimonio, que era grande, según consta, especialmente á los que compartieron con él la primera emigración!

Así fué. En los últimos años, cuando yo le conocí, vivía el matrimonio de las rentas que producían los bienes de doña María, á los que jamás tocó.

Don Manuel era ya pobre. La última finca que conservaba en el Burgo de Osma, la vendió en dos mil duros el año 1894. Meses antes de morir.

Entretanto, otros republicanos vegetaban en Madrid tranquilamente durmiendo apacibles siestas, desarrollando en las dulzuras de la paz sus asuntos particulares, sin grandes ni pequeñas inquietudes, sin sacrificar vida, fortuna, nombre y fama; esperando que la República surgiera espontáneamente de la tierra, si es que no bajaba del cielo como el maná, ó la remitía D. Manuel *facturada*

y franca de porte, según su frase, tan exacta como gráfica.

Y menos mal si á todo esto no hubieran visto en Zorrilla un nuevo Quijote, á quien parecían castillos encantados los prosáicos molinos de viento.

Lo sería ó no: pero admitido el supuesto, admítase también que no faltaron los Sanchos en aquella larga serie de desventuradas aventuras.

*
* *

Como de lo expuesto se deduce, contaba el señor Ruiz Zorrilla con elementos morales y materiales más que suficientes para hacer en España la revolución.

Tenía, en primer término, un gran prestigio político alcanzado en su breve paso por el Gobierno. Seguíale un partido organizado y numeroso, compuesto de los progresistas que permanecieron fieles al solemne compromiso contraído antes de la caída de Isabel II en el memorable banquete de los Campos Elíseos, y de los republicanos separados del Sr. Pi. Todos los Generales procedentes de la revolución de Septiembre reconocíanle como jefe. Los federales orgánicos, esto es, los representantes de la política del Sr. Figueras, habíanse constituído en aliados suyos para el hecho revolucionario. La Asociación republicana militar tenía minado el Ejército, y ella sola habría asegurado el éxito, si las ingerencias de algunos hombres civiles no la hubiera hecho ineficaz.

Por último, á su lado estuvieron constantemente políticos tan caracterizados como Figueras, Rivero, Montemar, Figuerola, Muro, Llano y Persi,

Madrazo, Escoriaza, Rispa y Perpiñá, Conde de Encinas, Saulate, Chíes, Hidalgo Saavedra y otros cuyos nombres siento no recordar. Me consta que ayudáronle con sus recursos pecuniarios y con verdadero desinterés patriótico, Lahoz, Zurita, Meléndez, Landaluce, Rubaudonadeu, Moretones, Conde de Encinas y algunos más. Por último, al gran partido republicano y revolucionario pertenecían, reconociendo la jefatura de D. Manuel, los Generales Izquierdo, Ferrer, Ripoll, Gándara, Oreiro, Acosta, Pieltain, Socías, Palanca, Merelo, Lagunero, Laguardia, Carmona, Villacampa, Mariné, Padial, Díaz Berrio, Guerrero y algunos más que todavía viven ocupando ó habiendo ocupado altas posiciones.

Cierto, dirán, agradeciéndome la reserva, si el trabajo de poner puntales á la monarquía que antes habían derribado, les deja tiempo para pasar la vista por estos renglones.

Todo esto, como he dicho, constituía una masa de opinión y de fuerza suficiente para dar al traste con la obra restauradora, sobre todo en su primer período, que considero terminado cuando la crisis llamada del *miedo* determinó la caída del Sr. Cánovas del Castillo. Y como la justicia no debe regatearse nunca, ni siquiera á los adversarios, preciso es reconocer que la política del Sr. Cánovas en sus primeros años fué prudente y humana. Aparte la expulsión de Ruiz Zorrilla, bien calificada por Castelar de contraproducente, no se ensañó con los vencidos en aquel primer período de la restauración.

De la crisis del *miedo*, algo y aun algos pudiera decir, porque desde mi modesta posición, contribuí con otros muchos á determinarla, poniéndome

á las órdenes de un General ilustre ya muerto, que ocupó altos puestos cuando el partido llamado liberal subió al Poder. Pero esto me separaría del rumbo que me he propuesto seguir.

Indicaré únicamente, sin temor á ser desmentido, que los elementos militares del partido liberal estaban en pleno período de conspiración cuando fué llamado al Poder.

Después del desengaño de Génova, perdidas las esperanzas en el mar, se hizo necesario ver si en tierra firme era posible adelantar con más segura planta.

Si los Generales elegidos por el Duque de la Torre y D. Manuel Ruiz Zorrilla, en el verano de 1878, se hubieran puesto de acuerdo, probablemente el movimiento revolucionario que se intentó en Diciembre del mismo año, habría estallado con gran fuerza.

Desgraciadamente para nuestra causa, no fué así. Fracasó como el de 1877, por causas semejantes. Faltó también un General que, por su categoría y su prestigio, se impusiera á los demás.

Referiré brevemente lo que estuvo á punto de ocurrir en Diciembre de 1878.

Ya por entonces constituían estrecha alianza revolucionaria el insigne republicano D. Estanislao Figueras y D. Manuel Ruiz Zorrilla, y bien puede decirse que aquél fué el alma de la conspiración á que voy á referirme.

Así lo demuestra el hecho de sér su núcleo principal la capital de Cataluña, donde es sabido que el Sr. Figueras tenía gran número de adeptos. En combinación con Barcelona, donde aquel ilustre republicano creía contar con un General, cuyo nombre reservo, estaban Zaragoza y Valencia.

Preparados ya los elementos que debían iniciar la revolución, salió Figueras de Madrid acompañado de su correligionario y amigo mío don Lucio Catalina, y se situó en Alhama de Aragón para conferenciar allí, sin infundir sospechas, con D. Santiago Dulong y el Coronel D. Eduardo López Carraffa, encargados respectivamente de los elementos civiles y militares de la capital de Aragón. A esta primera conferencia siguió otra con el infatigable y entusiasta Rubaudonadeu, que vino de Barcelona, y con Vallés, que llegó á Alhama procedente de Zaragoza, quienes recibieron el encargo de anunciar al General antes aludido la próxima llegada á Barcelona del Sr. Figueras.

Sin embargo, no se movió éste de Alhama sin avistarse antes con el ya difunto Cabalote, que estaba al frente de la conspiración en Valencia, y con Rispa y Perpiñá, que desde Madrid y en compañía de un oficial de Caballería se trasladó á la residencia de Figueras, para darle noticia de los elementos que tenía comprometidos.

No ya Barcelona, sino Cataluña entera, estaba minada por la revolución. El Chic de las Barraquetas y Palé de Rubí, estaban dispuestos con numerosas fuerzas.

Convencido Figueras de que todo estaba corriente, se trasladó á Barcelona por la vía férrea, que dejó en San Andrés, para terminar su viaje en el coche que los amigos tenían preparado para que le condujera á una casa de la calle de Provenza, que le cedió un excelente patriota, desde la cual se trasladó á la de José Romagosa, hombre de pelo en pecho, como vulgarmente se dice, que

hubiera dado su vida cien veces, á ser posible, en defensa de la de Figueras.

En esta casa conferenció el expresidente de la República con el General comprometido; pero desgraciadamente, opuso dificultades que no debo examinar.

A todo esto, se había mandado llamar al General Díaz Berrio, que estaba en Baleares, y desde Barcelona marchó á París para comunicar de palabra á Ruiz Zorrilla el estado de la conspiración. Entretanto, Figueras se trasladó á Zaragoza con Catalina, y él mismo se puso al habla con los elementos militares.

Designado para ponerse al frente de ellos el Brigadier La Guardia, trasladóse éste desde Madrid á Zaragoza, prévio aviso que personalmente le llevó Catalina.

¿Qué ocurrió para que aquella conspiración tan bien preparada y con tan valiosos elementos no estallase?

Celos mal comprimidos entre progresistas y federales, según los que en ella intervinieron; mas yo creo que no prosperó este movimiento, como no prosperó el del año anterior, porque carecía el elemento militar de una dirección suprema cuyas órdenes llevaran el sello de indiscutibles.

Por esto mismo, la Asociación militar tantas veces aludida, á pesar de su perfecto desarrollo, no produjo los resultados que se prometieron sus fundadores.

La sublevación de Badajoz pondrá de relieve esta triste verdad.

*
* *

Tenía dos aspectos la política de D. Manuel Ruiz Zorrilla desde el momento en que, obligado por el Gobierno, puso la planta en tierra extraña.

Al mismo tiempo que perseguía con tenacidad apenas comprensible el hecho revolucionario, del que hacía depender muy justificadamente el triunfo definitivo de su causa, no abandonaba lo que podría llamarse la acción civil.

Para la primera ya está visto que reunía en torno suyo gran número de Generales, y para lo segundo procuraba ligar con un programa político común á su antiguo partido radical y á elementos republicanos.

Fruto de estos trabajos fué el Manifiesto de 1.° de Abril de 1880, que no reproduzco por su mucha extensión y porque basta á mi propósito recordar las firmas que lo autorizaban, aunque no todas.

Lo único que diré á propósito de él es que lo redactaron, de común acuerdo, Ruiz Zorrilla y Martos, y que le dieron la última mano, como suele decirse, almorzando juntos el 20 de Septiembre de 1879 en el restaurant Ledoyen.

Los que quieran conocer aquel documento busquen *El Liberal* del 7 de Abril de 1880, y allí lo encontrarán.

Además lo publicaron casi todos los periódicos de Madrid.

Firmáronlo, entre otros, los señores siguientes:

Asquerino (D. Eduardo y D. Eusebio), Avila (T.), Barroso (Rafael), Baselga, Calvo Asensio (G.), Carretero (T.), Cervera (R.), Chao, Diéguez Amoeiro (M.), Echegaray (D. M. y D. J.), Eraso (E.), Escoriaza (José Pascasio), Escosura (Desiderio), Fábregas (Tomás), Fantoni y Solís (J.), Fernández

do las Cuevas (J. y D. R.), Fernández de los Ríos (A.), Figueroa (L.), Fuenmayor, Galdo (M. M. J.), Gallego Díaz (J.), García Monfort (E.), Gil Virseda (Valentín), Gómez (Pedro), González (José Fernando), González Chermá (F.) Gutiérrez y Más (Sinibaldo), Hidalgo Saavedra (Fernando), Hoz y Sánchez (D. Santos de la), Jimeno Agius (J.), Laffite y Laffite (R.), Laffite y Castro (R.), Tardíes (M.), López (Cayo), López Vázquez (Ricardo), Llano y Persi (M.), Martos (C.), Mathet (M.), Meca (C.), Merelo (M.), Moliné (L.), Moncasi (M. L.) Montemar (Marqués de), Montero Ríos (E. y J.), Montero Telinge, Morán (V.), Mosquera (T.), Muro (José), Nebreda (F. B.), Núñez de Velasco (V.), Palanca (E.), Palou y Coll (J.), Pascual y Genis (C.), Pereira (J. M.), Poveda (J.), Prieto y Caules (R.), Quereizaeta (A.), Ramírez Guinea (J.), Ríos y Portillá (F.), Ríus (Conde de), Rivera (José), Robledo (Conde de), Rodríguez (Vicente), Rodrígnez Pinilla (Z.), Romero Girón (V.), Romero Gil Sanz, Rosillo y Alquier (J. A.), Rubio Cáparrós (L.), Rueda y Espada (D.), Ruiz Gómez (Julián), Ruiz Chamorro (E.), Ruiz Zorrilla, Sáinz de Baranda (S.), Sáinz de Rueda (Teodoro) Salmerón y Alonso, Sastre (L), Saulate, Sendín (F.), Sicilia de Arenzana (F.), Solaegui (F.), Sopeña (P.), Soria y Mata (R.), Soriano, Plasent (J.), Suárez García (I y F.), Tomé Gálvez (I.), Torres del Castillo (J.), Ulloa y Valera (J.), Uña, Valdeguerrero (Marqués de), Vidart (L.), Villavicencio (J.), Zurita (E. y O.)

Periódicos:

La América, Eugenio Olavarría; *El Bergantino*, Ricardo Pita; *La Correspondencia de Cataluña*, Francisco Madrenas; *La Crónica de Badajoz*,

Rubén Landa; *El Deber*, Eusebio Domínguez; *La Democracia* (Albacete), Octavio Cuartero; *El Demócrata*, Antonio Atienza; *El Demócrata* (Palma de Mallorca), H. Giner de los Ríos; *La Discusión*, Bernardo García; *El Eco del Duero* (Zamora), Germán Avedillo; *El Eco de la Provincia* (Palencia), G. Ordóñez; *La Libertad*, E. Moliné; *El Fígaro*, Florencio L. Parreño; *El Linares*, Guillermo English; *La Marsellesa* (Barcelona), C. Castelló Ballesteros; *El Mercantil Valenciano*, Gonzalo Julián; *Las Noticias*, J. M. Verdugo; *La Nueva Prensa*, R. Ginard de la Rosa; *El Orden Público*, R. Collantes; *Irurac-Bat*, Gaspar Leguina; *La Unión*, P. Coca.

En suma: 274 diputados y senadores, mas otros 45, cuyos nombres no se publicaron, porque legalmente no podían firmarlo.

Cuando se escriba con más detenimiento, y desde luego con mayor competencia, la historia de aquel importante período, se harán seguramente los comentarios y las deducciones á que se presta la lectura del Manifiesto de Abril y, sobre todo, la de las firmas con que salió á la publicidad.

Por mi parte, en esta obra, cuyo carácter es esencialmente narrativo, sólo diré que cuán otra sería la suerte de este desventurado país, si todos aquellos hombres, cuya significación política era tanta, hubieran continuado unidos en vez de desbandarse, como lo hicieron, renegando muchos de sus antecedentes y de sus compromisos políticos.

Cuáles fueron los contraídos en aquel célebre documento, puede deducirse al leer las firmas de D. Nicolás Salmerón, D. José Fernando González, D. José Muro, D. Francisco Chermá, D. Francis-

co Sicilia y otros de conocido abolengo republicano.

Antes de entrar en el período revolucionario que valió á D. Manuel Ruiz Zorrilla tantos denuestos, y del cual protestaron más ó menos ostensiblemente muchos firmantes del aludido documento, citaré, como prueba de la fuerza política con que D. Manuel lo iniciaba, las célebres conferencias de Biarritz, verificadas los días 8, 9 y siguientes del mes de Junio de 1881.

De la calidad de los hombres políticos que á ella asistieron dará idea el siguiente telegrama, dirigido á Gambetta:

«Mr. Gambetta:

»*Los republicains espagnols* reunis à Biarritz, saluent affectueusement á l'illustre Président de la Chambre.—Manuel Ruiz Zorrilla, Salmerón, Martos, Figuerola, Chao, Montero Ríos, González, Echegaray, Azcárate, Sáinz de Rueda.»

Martos abandonó á Ruiz Zorrilla, no sin exponerle los motivos que á ello le indujeran en una larga y cariñosa carta. De ella se deduce que no contribuyeron poco á lanzarle á la monarquía recelos y envidias que no sería prudente sacar á plaza.

Montero Ríos, el agradecido Montero Ríos, después de declararse entonces *inseparable de Ruiz Zorrilla, aun en el caso de que todos le abandonaran*, no tardó mucho tiempo en poner sus actos en desacuerdo con sus palabras.

Echegaray, aquel que en tiempos de D. Amadeo creía poco *oreado* el palacio de la plaza de Orien-

te, nadie podía sospechar entonces que habría de parecerle abierto á los aires de la más pura democracia en los días de la Regencia.

Y ¡quién sabe si los mismos que han dado tales ejemplos de inconsecuencia echarán de menos en el pueblo la fe política, el entusiasmo con que deben ejercitarse los derechos constitucionales y la energía para defenderlos en caso necesario!

Continuaré mi relato, prescindiendo de otras consideraciones que podrían servir de justificación al suceso en que voy á ocuparme y á otros de la misma índole desarrollados después.

***

El día 29 de Junio de 1883 debió estallar en España un potente movimiento revolucionario; pero por causas diversas cuya enumeración no hace al caso, se aplazó hasta el 5 de Agosto del mismo año, y se inició en Badajoz, no debiendo ser así, por motivos que merecen ser conocidos. De este modo se apreciará debidamente la importancia de aquel acontecimiento.

Acostumbraba D. Manuel en estos casos á hacerse representar, hasta cierto punto, por una de las personas de absoluta confianza que estaban á su lado.

Y digo hasta cierto punto, porque en rigor no eran más que intermediarios entre la Junta y él.

Su voz no podía ser en ningún caso interpretada como la del mismo Ruiz Zorrilla. Cuando más, como conocedores de sus íntimos pensamientos y del conjunto de la conspiración, podían ilustrar á

la Junta misma en los casos dudosos que no daban tiempo á rápida consulta.

Pero ni todos comprendieron así sus atribuciones, ni los que con ellos habían de entenderse las limitaban á lo justo; porque para muchos era casi tanto como contrariar al Jefe mismo, contrariar á su representante en España.

Esto dió motivo á que algunos se atribuyeran autorizaciones que no tenían, con perjuicio de los movimientos revolucionarios.

Con tal encargo entró en España D. Ricardo López, quien más impaciente ó más confiado en el éxito, se trasladó desde Madrid á Valencia y Barcelona, donde atribuyéndose facultades que no tenía, dió á los representantes militares de la Asociación algunas órdenes que no estaban de acuerdo con los preceptos reglamentarios de la sociedad. Esto dió motivo á una protesta y ocasionó recelos y desconfianzas que poco tiempo después habían de producir funestos resultados.

El Secretario de la Sociedad militar se trasladó á Valencia para calmar los ánimos, afirmando que la Junta daría directamente las órdenes y que no se intentaría movimiento alguno aislado, sino en combinación con todas las fuerzas comprometidas y en un mismo día y á una misma hora.

Hecho esto, se trasladó Siffler á Barcelona, porque allí estaba la base del movimiento, y en la noche del 21 de Julio se reunieron el representante del Sr. Zorrilla, el Secretario de la Asociación, el Jefe militar más caracterizado de la A. R. M. y dos ó tres hombres civiles de prestigio revolucionario en aquella capital.

Examinados los elementos disponibles, y con-

tando como contaban con la autoridad de la Junta central, señalaron la una de la madrugada del 5 de Agosto para hacer el movimiento.

Como consecuencia, salió para París el señor Mansilla, uno de los que asistieron á la reunión del 21, tanto para comunicar al Sr. Ruiz Zorrilla el acuerdo, como para recoger fondos y las instrucciones últimas. Siffler salió también para diversos puntos de Cataluña.

Reunidos nuevamente, acordaron el 30 de Julio circular las órdenes para el alzamiento.

Las instrucciones dadas por la Junta central, con aprobación de D. Manuel Ruiz Zorrilla, conviene conocerlas para formar juicio exacto de aquellos sucesos.

Además de dar á cada uno de los puntos comprometidos, que eran Barcelona, Valencia, Zaragoza, Logroño y Badajoz (1), noticia de los elementos en ellas disponibles, relación exacta de los que debían coincidir en día y hora y de aquellos otros que por su escasez de elementos se habían comprometido á secundar, se disponía lo siguiente:

Dar al pueblo participación en el movimiento.

Después de hecho éste, constituir Juntas mixtas de guerra en las que estuvieran representados los diferentes partidos republicanos.

Proclamar, como legalidad interina, la Constitución de 1869, en su título I, hasta que se reunieran Cortes Constituyentes.

Sostener el orden público y el consiguiente respeto á cosas y personas.

---

(1) No cito más que los puntos ya conocidos, aunque entraban en ella combinación más capitales de provincia. Omito también los nombres de poblaciones de menor importancia que debían secundar.

Como único grito de guerra, éste: ¡Viva la República española!

Tales instrucciones, dictadas de acuerdo con el Sr. Ruiz Zorrilla, destruyen por completo otras novelas torpemente inventadas y propagadas.

Hase dicho que Ruiz Zorrilla no quería dar participación al pueblo en sus tentativas revolucionarias, y las instrucciones extractadas demuestran que no era así.

Se le ha tachado también de absorbente, de que sólo pretendía ensalzar su persona y gobernar con su partido y á su modo, y de lo transcrito se deduce precisamente lo contrario, puesto que *imponía* como condición precisa que en las Juntas se diera participación á *todos* los elementos republicanos, desde el posibilista hasta el federal, aunque no hubieran contribuído al hecho revolucionario.

Y como, además de esto, puedo afirmar que el Sr. Ruiz Zorrilla, en el largo período de sus trabajos revolucionarios, confió su representación, especialmente en Cataluña, á muy caracterizados federales, no hay necesidad de alegar más pruebas en demostración de cuán gratuitas eran aquellas suposiciones.

Recuerdo que muchos, cuando D. Manuel quería confiarles alguna misión revolucionaria, decían:

—Soy federal.

—No importa—contestaba;—la revolución hemos de hacerla para dar al pueblo la República; él, representado en Cortes, decidirá la forma en que debemos establecerla, y el Gobierno se encargará de consolidarla con ayuda de la prudencia y del patriotismo de todos los republicanos.

Tal era el hombre tachado, con tanta ligereza, de dominante é intransigente.

Y como el movimiento se prueba andando, los que sepan algo en contrario, díganlo: no me ciega la pasión que me inspira el ilustre muerto, sino el amor á la verdad y á la justicia, que debe anteponerse á todo otro género de consideraciones y de afectos.

***

Residía por entonces en París un correligionario de D. Manuel, que por sus talentos y por la alta posición que había ocupado en el breve paso de la República por el Poder, le merecía todo género de consideraciones y hasta de respetos, aunque disentían, más que en la cuestión de procedimiento, en la de oportunidad ó de la forma, pues mientras el uno, D. Manuel Ruiz Zorrilla, sostenía que estando detentada la Soberanía nacional en cualquier momento debía intentarse la revolución siempre que hubiera elementos para ello, el otro opinaba que era necesario contar con un estado de opinión tal, que atrajera casi espontáneamente, y por su propia virtud y fuerza, los elementos necesarios.

Por esta causa llevó D. Manuel los trabajos preparatorios, sin dar de ellos noticia á su correligionario; pero antes de salir de París con objeto de situarse en la frontera, visitó á su compañero de emigración para decirle lo que ocurría é invitarle, además, á que le acompañara.

No quiso, y si no con estas palabras, con otras que en el fondo dirían lo mismo, aunque mejor, expuso su negativa:

—No voy porque para nada he intervenido en cuanto usted me dice; pero conste que si hubiera responsabilidades las compartiría con usted, así como le dejaría íntegra la gloria de lo que se prepara, si la hubiese.

D. Manuel, con un amigo de toda su confianza, salió de París.

Entre tanto, referiré lo que ocurría en la capital de Extremadura.

Después de su excursión á varios puntos de Cataluña, que encontró bien dispuestos, regresó Siffler á Barcelona, y desde allí anunció á los comprometidos en Badajoz que pronto les entregaría, un emisario procedente de Madrid, documentos importantes.

En efecto, el 3 de Agosto de 1883 llegó D. Ezequiel Sánchez conduciendo un pliego que contenía las instrucciones ya citadas, una carta de D. Manuel para el Teniente Coronel de Caballería don Serafín Asensio Vega, jefe del movimiento en Extremadura, las contraseñas de los asociados, órdenes con la fecha en blanco para los puntos que en aquel distrito debían secundar á la capital, y, por último, este señalamiento de día y hora:

Una de la madrugada del día cinco.

Aunque Badajoz era de los centros revolucionarios mejor organizados, no había tiempo que perder, y en el acto mi amigo y compañero Sr. Asensio Vega tomó las providencias necesarias para cumplir estrictamente las órdenes recibidas.

Las simpatías con que el Sr. Vega contaba en aquella guarnición; su caballerosidad, reconocida hasta por sus adversarios; el sigilo con que había organizado tantos y tan valiosos elementos y su

entusiasmo por la causa revolucionaria, de muy antiguo demostrada, eran garantías de seguro y rápido éxito.

El regimiento infantería de Covadonga, núm. 41, y el de caballería de Santiago, núm. 9, constituían el núcleo principal de las fuerzas revolucionarias, y los Jefes comprometidos eran los Comandantes Gonzalo y Carrasco, de Covadonga; Vélez, de Santiago; Ortega, de la Reserva de caballería; Marín, Secretario del Gobierno militar de la plaza, que antes había pertenecido á Covadonga, y Asensio Vega, Teniente coronel de la citada Reserva de caballería.

En una de las reuniones previas, retiró el señor Gonzalo su compromiso por encontrarse enfermo, y en otra hizo lo mismo el Sr. Vélez, después de leer á sus compañeros una carta de Madrid, escrita por persona de toda su confianza, en cuya carta le decían que se abstuviera de intervenir en el movimiento que se preparaba, porque no había elementos suficientes para asegurar el triunfo.

A pesar de esto, los demás insistieron en que procedía obedecer los acuerdos de la Junta, y que para ello sustituiría al Sr. Gonzalo, en Covadonga, el Sr. Marín, y al Sr. Vélez, en Santiago, el Sr. Vega.

Para dar cumplimiento en todo á las instrucciones dadas, propuso el Sr. Marín invitar al señor D. Rubén Landa, Abogado y republicano de grandes prestigios en Badajoz, para que formara parte de la Junta local revolucionaria.

Así se hizo, y el Sr. Landa aceptó con mucho ntusiasmo el puesto de confianza y peligro que se e designaba.

Iniciado también en este asunto el Alcalde Presidente del Ayuntamiento, D. Regino Izquierdo, mostróse conforme y resuelto á coadyuvar en la forma que le fuera posible al mejor éxito de la revolución.

Para evitar la acción de las Autoridades y de los Jefes y Oficiales no comprometidos, se dispuso que grupos de paisanos, elegidos por el señor Landa y mandados por Oficiales que no tenían puesto en las filas, vigilarán á las personas cuya lista se entregó al Sr. Landa, é impidieran que saliesen de sus casas desde el momento en que sonara la una de la madrugada en el reloj de la catedral.

Los que salieran antes, serían seguidos de cerca y detenidos en el sitio donde se encontraran al dar la una.

Además de esto, se indicó á los oficiales el sitio donde debían reunirse y la forma de entrar en los cuarteles, y se les encargó procedieran con la mayor delicadeza, imponiéndose más por la persuasión que por la violencia.

*
* *

La carta leída por el Sr. Vélez no había dejado de producir cierto efecto moral en los que de ella tuvieron conocimiento. Y natural es que así fuera, porque no se trataba de un paseo militar, ni de unas maniobras en el campo de instrucción. Pero así y todo, el cumplimiento de la palabra empeñada se impuso sin vacilaciones ni desmayos.

A eso de las dos de la tarde del día 4, recibió el Secretario de la Junta de Badajoz, Sr. Muñoz

Epelde, un telegrama de Siffler, fechado en Barcelona, que decía así:

«*Mañana salgo, espéreme.*»

El Sr. Muñoz, sin saber lo que aquello significaba, corrió en busca del Sr. Vega para entregarle aquel extraño documento, y enterado el Sr. Vega se limitó á decir:

—Guarde usted el secreto más absoluto; ha ocurrido algún contratiempo; pero por lo mismo conviene no retroceder. Adelante.

En efecto; meses antes había convenido el señor Vega con Siffler que *si se trastornaba la conspiración y había prisiones* le dirigiera aquel telegrama para proceder como las circunstancias lo exigiesen, y esta razonable previsión del señor Vega, fué, por culpa de Siffler, el origen del fracaso.

A tiempo llegó el telegrama para suspender el movimiento; pero de su contenido sólo podía deducirse que el Gobierno estaba sobre la pista, y aunque otro menos resuelto que el Sr. Vega hubiera encontrado motivo más que suficiente para ordenar la suspensión, él no.

¡Ojalá lo hubiera hecho!

Pero creciéndose ante las dificultades, creyendo tal vez que los ánimos decaerían si después de haberlos enardecido con la palabra y el ejemplo tocaba retirada, ocultó la significación de aquel inoportuno telegrama y activó los preparativos.

Más adelante veremos cómo Siffler quiso decir otra cosa, y cómo, por haberse olvidado la Junta e tener dispuesto un telegrama que pudiera traıcirse de este modo: *Quietos*, fracasó todo.

Esto es lo que Siffler quiso decir, como vere-

mos más adelante. Aquel desdichado, en un momento de ofuscación, no vió que á un telegrama convenido no debe darse más interpretación que la recta: la convenida.

Otro despacho telegráfico, como por ejemplo: «no remita encargo, espere carta», hubiera producido, probablemente, el efecto deseado, tanto más cuanto que el telegrama se dirigió á un subalterno de la guarnición de Badajoz, de quien nadie podía tener la más mínima sospecha. Prueba de ello es que el otro llegó sin novedad.

La fatalidad había empezado á intervenir en el asunto, tomando cuerpo en los representantes que la revolución tenía, desgraciadamente, en la capital de Cataluña.

CAPITULO VI

Las tropas en la calle.—Las autoridades.—Proclamación de la República.—Camino de Portugal.—Entrega de las armas.—Actitud del Sr. Salmerón.—Firmeza revolucionaria de Ruiz Zorrilla.

El Comandante de Caballería, Sr. Vélez, no quiso que su retirada se interpretara mal, y momentos antes de la una se presentó al Sr. Vega, ratificando sus primeros compromisos. Pero como éste se había propuesto entrar en el cuartel, así lo efectuó, acompañado del Sr. Vélez, á quien franqueó la puerta el Oficial de guardia, tan pronto como se dió á conocer.

En cambio, el Comandante de la reserva, señor Ortega, se retiró en aquel momento.

Dijo el Sr. Vélez al Alférez de guardia, D. Cayetano Chantre, el objeto de su visita á tales horas, y este Oficial se puso á las órdenes de su Jefe.

Antes de media hora el regimiento estaba á caballo.

Al mismo tiempo penetraba el Sr. Marín en el cuartel de Covadonga. Sorprendido el Capitán de a guardia, D. Antonio Pozo, que no era de los afiliados, pronunció algunas palabras de protesta, pero le fué imposible pasar de ahí, porque el Te-

niente Iglesias, uno de los comprometidos y segundo Jefe de la guardia de prevención, la formó en seguida y la puso á las órdenes del Sr. Marín.

Ya porque el Capitán se viera sin acción posible, ya porque simpatizara con sus demás compañeros, el caso fué que se sometió.

En resumen: el regimiento de Covadonga tomó las armas, formó sin dificultad, y según lo convenido entre los Sres. Vega y Marín, envió éste á aquél una pequeña fuerza de Infantería para que, cubriendo el frente del cuartel, protegiese la salida del regimiento de Santiago.

El Capitán D. Tomás Roncero y los Tenientes D. Fulgencio Durán y D. José Cámara, en connivencia con algunos sargentos de la compañía de artillería, sacaron ésta del cuartel en que se alojaba, y á eso de la una y media, con gran sorpresa de los trasnochadores que tomaban el fresco ó *pelaban la pava*, se dirigieron las tropas silenciosamente á la plaza de Minayo, y ocuparon sus avenidas con pequeñas avanzadas.

El Sr. Vega tomó el mando de todas las fuerzas sublevadas, y dispuso en el acto que se reforzaran las guardias de la cárcel y de Tesorería, que se estableciera una en la sucursal del Banco de España, y que un sargento con 14 soldados ocupara las oficinas de telégrafos, para impedir que se hiciera uso de los aparatos.

La población resultó militarmente ocupada por los revolucionarios, y no estaban enteradas las autoridades de que habían dejado de serlo.

* * *

Desempeñaba el cargo de Capitán general interino el Mariscal de campo D. José Salcedo, por ausencia del Teniente general Sr. Morales de los Ríos, que se encontraba en Portugal haciendo uso de licencia para baños, y era casi Gobernador civil D. Liborio García. Y digo *casi*, porque á las ocho de la mañana del mismo día 5 debía salir con destino á otra provincia, sin que á aquellas horas se le hubiera ocurrido entregar el mando de la de Badajoz.

Por esto el inspector segundo jefe de policía, primer agente de la autoridad que se enteró de los sucesos, dirigióse como alma que lleva el diablo, y el diablo sería para él la República, á la casa en que vivía el Sr. Tinoco, Secretario del Gobierno civil, creyéndole, con un buen sentido generalmente extraño á los polizontes, que estaba en funciones de Gobernador interino. Cuando aquel agente de la autoridad llamaba fuertemente á los cristales de las ventanas, llegaron á la casa el Sr. Landa y un inspector del Municipio que se había adherido á la revolución, y como en aquel momento abriera la puerta el mismo Sr. Tinoco, los tres entraron en la habitación.

Sorprendióse el Secretario porque á tales horas turbaban su sueño, pero aumentó su sorpresa cuando se enteró de lo que daba motivo á tan inesperada visita.

Como en realidad gobernaba la provincia don Liborio García, á su domicilio se dirigió el Secretario, con el jefe de policía y el mismo Sr. Landa.

En siete sueños estaba el Gobernador civil, y ıando de ellos le despertó la fatal noticia, se sinɔ autoridad y quiso dar órdenes y comunicarse

con Madrid y ver al Capitán general y todo aquello que su celo, medio dormido, podía aconsejarle.

El Sr. Landa, con tanta parsimonia como vehemencia sentía el Gobernador, le dijo que todo era inútil y que quedaba detenido en su casa.

Montó en cólera D. Liborio, y el Inspector no sabía á qué carta quedarse, después de ver que los pájaros tiraban á las escopetas, ó lo que es lo mismo, que el Sr. Landa detenía al Gobernador.

Después de serenar el ánimo dando algunos paseos por la sala ya convertida en prisión, preguntó al Sr. Landa si estaba en antecedentes el Capitán general. Contestó el Sr. Landa que no, y al oir esta respuesta manifestó deseos de visitarle para ponerse á sus órdenes y seguir su suerte. Al efecto, rogó al Sr. Landa, no solamente que le permitiera salir, sino que le acompañara para seguridad de su persona.

Accedió el Sr. Landa, con tanto más motivo, cuanto que también le interesaba ver al Capitán general; pero no salió de la casa sin dejar arrestados en ella al Secretario y al Inspector. Hecho esto, encamináronse á la calle de Granados, donde vivía el General Salcedo, atravesando antes el numeroso grupo de paisanos que, en actitud poco tranquilizadora para el Gobernador, rodeaba la puerta.

Era el General Salcedo un militar pundonoroso, digno de toda clase de consideraciones y respetos. Sabía, como aconseján las Ordenanzas, hacerse querer y respetar, y cuando el Gobernador civil le dijo que la guarnición de la plaza estaba sublevada por la República, en un arranque digno de su nombre y de su historia, manifestó el propósito de

morir en las calles si le era imposible volver las tropas á la obediencia.

Pidió su uniforme, hizo que llamaran á su Ayudante, hijo suyo por cierto, y se lanzó á las escaleras, desoyendo los consejos del Sr. Landa, quien respetuosamente le había hecho ver desde uno de los balcones de la casa cuál era la actitud del pueblo y del ejército.

Seguido de su Ayudante de campo, del Gobernador civil y del Sr. Landa, se presentó en la puerta de la calle, resuelto á realizar el temerario intento á que le impulsaba su deber.

¡Inútil empeño!

Un grupo de paisanos le rogó atentamente que retrocediera; pero desoyendo aquellas exhortaciones, consiguió romper las primeras filas que le impedían el paso.

¡Crueles y terribles momentos son aquellos en que la disciplina militar se subvierte, tanto para los que se ponen fuera de la ley, como para los que tienen el deber de sostenerla!

El General Salcedo insistió tenazmente, y hubo de ser necesario que el sargento á cuyas órdenes estaba el pelotón encargado de apoyar á los paisanos, armara su fusil y con palabra tan respetuosa como actitud enérgica, le cerrara el paso.

Sólo así, cuando se convenció de que sus esfuerzos eran del todo inútiles, se retiró á sus habitaciones.

El Gobernador civil se despidió del General, y el Sr. Landa le acompañó hasta dejarle en seguridad, dentro de su domicilio, donde quedó arrestado.

Como estas idas y venidas del Gobernador le

pusieron en contacto, no ya con los sublevados, sino con los mismos agentes de la autoridad que de él dependían, dió orden á uno de éstos para que fuese á Elvas y telegrafiara al Gobierno la sublevación de Badajoz.

Entre tres y cuatro de la mañana funcionó el telégrafo en la próxima plaza portuguesa y llegó á Madrid la noticia.

Los Parques de Artillería y de Ingenieros cayeron en poder de los sublevados, y las fuerzas de la Guardia civil y de Carabineros, vista la imposibilidad de oponer resistencia, ofrecieron al señor Vega que se limitarían á cumplir las funciones propias de sus institutos.

Bueno será indicar que el jefe de la Guardia civil, Teniente Coronel Sr. Losada, no tuvo noticia de los acontecimientos hasta que vió bloqueado el cuartel con fuerzas de Infantería y cuatro piezas de batalla que se sacaron del Parque.

Tal era el estado de las cosas en la capital de Extremadura cuando amaneció el día 5 de Agosto de 1883.

Con el orden propio de una formación normal, se hizo aquel movimiento revolucionario.

Ni se cometió el más leve desmán, ni se vertió una gota de sangre.

Si el tacto, la energía y el patriotismo de que dió evidentes pruebas el jefe de aquella sublevación, hubieran tenido imitadores en los demás puntos comprometidos, aquel día hubiera señalado el término de la restauración en España.

¡Y qué coincidencia!

El General que para hacerla sublevó en Sagunto fuerzas militares, desempeñaba aquel día céle-

bre en los fastos republicanos el cargo de Ministro de la Guerra.

Tal vez por esto, acaso porque se demostró con la fuerza incontrastable de los hechos que era posible hacer la guerra desde París, dijo D. Emilio Castelar que el incendio de Badajoz había iluminado el abismo.

Y tuvo razón.

***

Al amanecer corrió rápidamente la noticia por toda la ciudad, y como tales mudanzas no suelen hacerse en silencio, sino al contrario, metiendo mucho ruído, fué tal el asombro, que hasta los indiferentes salieron á la calle, ya que no para saludar la nueva aurora política, para convencerse de cómo algunos millares de ciudadanos habían podido acostarse siendo monárquicos y amanecer republicanos sin que ninguno se enterara.

Cabe decir, por lo tanto, que no hubo nunca movimiento más popular ni más simpático que el de Badajoz.

A los adversarios se les había tratado con el mayor respeto.

Los amigos, en su mayor parte, se lo encontraban todo hecho.

Los indiferentes podían frotarse las manos diciendo: ¿y á mí qué?

El júbilo, por consecuencia de lo dicho, fué... general.

Cierto es que todos suponían que el alzamiento era también general en toda España.

¡Desgraciadamente no ascendió á tan elevada jerarquía!

A eso de las ocho de la mañana formaron las tropas en columna de secciones y marchando en cabeza la artillería á pie, en el centro Covadonga y á retaguardia los lanceros, dirigiéronse á la Plaza de la Constitución, ya invadida, como asimismo las calles inmediatas, por inmensa muchedumbre.

Los balcones estaban llenos de gente.

Penetraron las tropas en la Plaza en medio del más absoluto silencio, y formaron en orden cerrado á la voz de sus jefes.

Los balcones del Ayuntamiento lucían sus colgaduras de gala, y en la galería exterior del edificio veíanse los emblemas de la República formando artístico cuadro.

El Sr. Vega arengó á las tropas y al pueblo y dio el grito de ¡Viva la República Española!, que fué contestado con entusiasmo delirante por militares y paisanos. La guarnición de Badajoz había cumplido con su deber desde el punto de vista de sus compromisos políticos, tan respetables por lo menos para los hombres juiciosos é imparciales, como los que años antes llevaron á Sagunto al General Martínez Campos, para sublevarse contra la República.

Que el hecho de relajar la disciplina y rasgar las ordenanzas, militarmente considerado, ni se atenúa ni se agrava, según sea el punto de vista en que se coloquen los que tal hagan.

Después de aquella solemne proclamación, las tropas se retiraron á sus cuarteles.

Intentó entonces el Sr. Vega, constituir la Junta mixta á que se referían las instrucciones, pero á ello se negaron en absoluto las personas más sig-

nificadas en los partidos republicanos, demostrando así que no es lo mismo perorar en un *meeting* ó presidir un *Comité*, que aceptar de frente responsabilidades en momentos críticos.

Y sin embargo, el presidente del partido federal; D. Manuel Rubio, D. Vicente Martínez, D. Luis María Díaz, de antigua historia republicana y otros muchos, habían prestado servicios muy importantes durante la noche.

En resumen, Badajoz no alteró en nada su habitual modo de ser.

Aquel día era domingo, y los templos estuvieron abiertos y tan concurridos como en situación normal.

Muchas personas de distintos partidos políticos acudieron al Ayuntamiento para felicitar al señor Vega, unos porque simpatizaban con el movimiento, y todos por el orden perfecto con que se había realizado; el Ayuntamiento, después de dimitir, accedió á los ruegos del Sr. Vega y siguió funcionando, y hasta el Obispo envió atento recado ofreciendo su cooperación para sostener la tranquilidad pública.

Aquél día lo fué de júbilo para Badajoz; verdadero día de fiesta. Nunca estuvieron los paseos ni los cafés más concurridos. Los comercios permanecieron abiertos hasta la hora de costumbre. En todas partes se comentaban los sucesos favorablemente. Ni el más leve exceso cometió aquel pueblo alborazado y triunfante.

A las autoridades no llegó ni una queja, ni una voz de desagrado, ni la más mínima protesta. Tal es ese pueblo tan calumniado por los que de él abusan.

¡Armas! es lo único que pedía para defender con ellas la República.

* * *

Como los sublevados no inutilizaron las vías telegráficas, pudieron deducir, en vista de su cabal funcionamiento, que no ocurría en el resto de España novedad alguna. Unicamente con Zaragoza estuvo suspendida la comunicación algún tiempo, pero al restablecerse, convenciéronse los revolucionarios de que tampoco había respondido la capital aragonesa.

A todo esto, el General Martínez Campos estaba en comunicación con los sublevados mismos, y creyendo que hablaba con el General Salcedo, le pedía detalles del movimiento, le daba instrucciones, le decía que la tranquilidad era completa en todas partes y que aquella misma noche del 5 iría sobre Badajoz el General Blanco con las fuerzas necesarias.

Ya bien entrada la tarde, advirtió el Ministro que se las entendía con los sublevados y cortó la comunicación.

El alzamiento de Badajoz se ocultó en Madrid todo lo posible. Yo mismo, aunque dirigía un periódico diario, *La Correspondencia Militar*, no lo supe hasta eso de las nueve ó las diez de la noche en los Jardines del Retiro, donde tomaba el fresco tranquilamente con mi familia, muy lejos de sospechar que gritos para mí tan simpáticos habían resonado en España. Por cierto que me comunicó la noticia mi amigo el Capitán Cárdenas, hoy muerto, y republicano como yo, aunque de ilustre familia conservadora.

En el acto fuí á vestirme de uniforme y me dirigí á la estación del Mediodía. Allí estuve hasta que partió el tren militar, no sin cambiar impresiones con algunos amigos míos destinados á combatir la insurrección.

Cuando el Sr. Vega, que se había instalado en el palacio municipal, tuvo conocimiento de la salida de las tropas sobre Badajoz, mandó cortar el puente de Aljucén, situado á unos 50 kilómetros, cuya operación confió al Capitán Camacho, al Alférez Lacort y á treinta paisanos armados que facilitó el Alcalde Sr. Izquierdo, no sin recomendar al jefe de la expedición que telegráficamente avisara á las estaciones de la línea para evitar desgracias.

De esto se deduce que el Sr. Vega pensó desde luego en sostenerse.

Á ello le estimulaba la actitud del pueblo, que con gran entusiasmo pedía armas y municiones para contribuir con el Ejército á la defensa de la plaza y de la República.

Tres ó cuatro mil hombres, según afirma el señor Muñoz Epelde, hubieran podido armarse con fusiles modernos.

Además de esto, contaba la plaza con más de veinte cañones de la batería de salvas, algunos más en el Parque y varios obuses y morteros con las municiones necesarias.

Todo esto representaba fuerza suficiente para resistir más ó menos tiempo; pero la seguridad de que el movimiento no estaba apoyado en parte alguna, lo que además de las causas ya dichas resultó comprobado por el hecho de no haber recibido el Sr. Vega un telegrama de Ciudad Real que,

según convenio, debía informarle del estado de la insurrección en otros puntos, decidió al Sr. Vega á convocar la Junta. Esta, con excepción del voto en contra del Sr. Vega, se decidió por la retirada, entre otras razones, para evitar á Badajoz el espectáculo de una lucha sangrienta sin resultados favorables para la causa.

Además, un Teniente Coronel de Covadonga que en la mañana del 5 se había adherido al movimiento, intentó por la noche la contrarrevolución.

El Teniente D. Daniel Rubio, jefe de la guardia del Parque, daba parte de que los Jefes y Oficiales detenidos, á quienes se había consentido que siguieran disponiendo de sus asistentes, los utilizaban para armarse con revólvers, cápsulas y algunas otras armas. Esto obligó al Sr. Vega á trasladarse al Parque y ordenar, con mucho sentimiento, que se procediera á un minucioso registro. Es de advertir que el caballeroso Sr. Vega, al proceder al inevitable arresto de sus compañeros, no permitió que nadie pusiera mano en las armas que ceñían.

Después del hecho á que aludo, fueron desarmados.

Todo esto aumentaba las dificultades de la situación y la Junta decidió evacuar la plaza, sin más voto en contra que el del Sr. Vega. Así, pues, poco antes del medio día del 6 se dirigieron las tropas por el camino llamado de Caya, hacia la frontera de Portugal.

Caya es el nombre de un riachuelo que desemboca en el Guadiana, y cuyo puente marca los límites de España y portugal.

Al lado acá del puente acamparon las tropas.

A las cinco de la tarde, no había recibido el señor Vega ninguna noticia favorable. Poco después llegó una persona de confianza, asegurando que en el resto de España *reinaba...* la mayor tranquilidad.

Entonces ordenó el Sr. Vega que se reconcentrasen las avanzadas, formó en columna y atravesó el puente.

Entraron en Portugal 95 Jefes y Oficiales, 54 sargentos, 725 cabos, soldados y cornetas y 50 paisanos.

En total 924 hombres, que dejando atrás los horizontes de la Patria penetraban en lo desconocido.

No hay enigma tan indescifrable como una emigración.

En ella, los días más luminosos parece que están cubiertos de sombras.

*
* *

El elemento civil emigrado representábanlo, por su mayor significación política, los Sres. Landa, Rubio, Martínez, Díaz, Sampérez, López, Alvarez y el emisario D. Ezequiel Sánchez.

Se ha censurado al Sr. Vega, y todo hay que decirlo y depurarlo cuando se escribe historia, que los regimientos sublevados salieron de Badajoz con las cajas respectivas; y más aún, que aquel dignísimo amigo mío autorizara al Sr. Landa, y á petición de éste, para extraer de Tesorería una pequeña cantidad.

Pero... vamos á cuentas.

En caso de guerra, y no tiene otro carácter una ublevación, los regimientos forman y marchan levando consigo los fondos que tienen.

En caso de guerra, es cosa corriente utilizar los recursos del Estado en la medida necesaria y mediante recibo, para las eventualidades de la guerra misma.

En la guerra, por último, está admitido hasta imponer contribuciones á los particulares.

Ahora, lo que el honor exige es que no se rebase en ningún caso un límite prudente, y que los fondos se apliquen á las necesidades de la guerra.

Y no hicieron otra cosa los sublevados de Badajoz.

Téngase en cuenta, por otra parte, que habiendo sido dueños de la ciudad durante muchas horas, se convirtieron después de su triunfo en defensores del Estado y de los particulares.

Además, los Sres. Landa y Sánchez intervinieron en la distribución de los fondos, por orden del Sr. Vega, y no sé si fueron tres ó cuatro pagas las distribuídas á cada uno, incluyendo á los paisanos en esta distribución, para cuyo efecto se les consideró como asimilados al Ejército en diferentes categorías.

Y sobre este punto, lo dicho basta.

La columna avanzó silenciosamente y con el orden más perfecto en dirección á Elvas.

Varios pelotones de Caballería portuguesa salieron á recibirla á tres ó cuatro kilómetros de la frontera, y antes de entrar en la plaza invitó un Oficial portugués al Sr. Vega á que las tropas hicieran alto y entregaran las armas.

En la carretera se formaron pabellones, y los Jefes y Oficiales rindieron también sus espadas y revólvers.

El momento fué solemne.

¡Cuántos sintieron humedecidos sus ojos por las lágrimas!

¡Cuántos hubieran deseado que aquellas armas, esgrimidas tantas veces en defensa de la libertad, se volvieran contra ellos antes de verlas hacinadas entre el polvo de una carretera, en país extraño!

*
* *

La actitud de D. Manuel Ruiz Zorrilla, resueltamente revolucionaria, dió motivo á graves excisiones en el partido republicano progresista, que después de acentuadas á raiz de los sucesos de Badajoz, se revelaron á la luz del día en una célebre Asamblea del partido, donde se discutió en la forma posible la cuestión de procedimientos entre los Sres. Salmerón y Sol y Ortega, interpretando este último, con gran calor y elocuencia, el verdadero sentido de la política que D. Manuel Ruiz Zorrilla representaba.

Y prueba evidente de la certeza de cuanto acabo de decir es la carta que D. Nicolás Salmerón dirigió al Sr. Zorrilla, después de los acontecimientos referidos.

Es muy extensa, y creo que será suficiente copiar los párrafos que más claramente ponen de manifiesto el concepto que de las revoluciones tenía entonces el expresidente de la Cámara republicana disuelta por el General Pavía.

He aquí los párrafos á que acabo de referirme:

«Si el movimiento hubiese triunfado, me habría apresurado á declarar públicamente que no había tenido ninguna participación en él, ni me podía, por

consecuencia, tocar más que apoyar *desde fuera* la situación que se creara.

. . . .

. . . .

»Usted conoce bien mi opinión respecto á procedimientos revolucionarios, y es ocioso que la repita; pero sí debo consignar que estimando subsistente el derecho á la revolución, en los mismos términos que la definió la proposición aprobada por la Asamblea general de nuestro partido á raíz de la separación de Martos, Montero y los suyos; y atendiendo, sobre todo, á las condiciones indispensables para consolidar la República, no considero que en el actual estado de los elementos republicanos y aun el general del país, pueda intentarse una revolución que alcance, como debe, el carácter y la representación de una obra nacional.»

«Y en estas disputas
llegaron los perros.»

. . . .

Es decir, llegó el momento en que los restauradores consumaron su obra de destrucción, retrotrayendo esta infeliz España á la situación que tenía en los tiempos de Carlos II el Hechizado, sin que á pesar de prueba tan dura se haya hecho la revolución con el carácter de obra nacional, ni sin él.

Convengamos en que los errores políticos de los hombres traen consecuencias desastrosas para los pueblos.

¡Quién sería capaz de asegurarme que si con el conocimiento de lo ocurrido desde el 73 acá, volviéramos á la noche en que el Sr. Castelar fué de-

rrotado en la Cámara popular, votarían contra él todos los que lo hicieron entonces, abriendo así las puertas del Congreso á los soldados de Pavía, que ya estaban llamando á ellas con las culatas de sus fusiles!

***

La disconformidad entre los Sres. Ruiz Zorrilla y Salmerón era evidente, tan evidente como lo había sido la de este mismo con el Sr. Castelar, en el breve período que medió desde la proclamación de la República hasta su caída.

El concepto que tenía el Sr. Ruiz Zorrilla de la revolución era muy distinto.

Véanse los siguientes párrafos del discurso que pronunció en el banquete con que obsequiaron en París los periodistas portugueses, italianos y españoles á la prensa francesa el 9 de Septiembre de 1890:

«Poco os diré acerca de la revolución, porque algunos podían tacharme de testigo parcial.

»Haré constar, sin embargo, que si yo no tuviera el firme convencimiento de que la revolución es necesaria, donde sobre la voluntad del pueblo está siempre la voluntad del rey; si yo no estuviera convencido de que la mayoría quiere la República en mi Patria, yo no hubiera unido mi suerte á la causa de la revolución, pues al establecer por este procedimiento el régimen republicano contra la opinión de la mayor parte del país, se podría ar el triunfo á la República, pero no á la democracia.

»Por lo demás, ya se yo que nunca sé cree en

las revoluciones hasta que el éxito las favorece y las sanciona, y puesto que estamos en familia, permitidme un símil: en las revoluciones sucede algo de lo que pasa con la virtud de las mujeres. Mientras la virtud subsiste, nadie cree que vaya á perderse; en las revoluciones no se cree nunca hasta que triunfan.»

No sé lo que contestaría el Sr. Ruiz Zorrilla á la carta del Sr. Salmerón, pero de los párrafos precedentes puede deducirse.

Además, las razones expuestas en el Manifiesto de Londres son de tal naturaleza que no admiten réplica.

Helas aquí:

«Cuando la soberanía está detentada, la *Revolución es un derecho y un deber.*

»Creemos, por el contrario, que reintegrando al pueblo español en el uso de las libertades que le arrebató el hecho de Sagunto y consignando en la Constitución los artículos 110, 111 y 112 de la de 1869, es un crimen *todo acto de rebelión contra los poderes públicos.*»

La doctrina no puede ser más clara.

¡A qué poca costa hubiera depuesto su actitud revolucionaria D. Manuel Ruiz Zorrilla!

Y sin embargo, los mismos que contribuyeron á formar la Constitución de 1869, renegaron de ella y dieron origen al período revolucionario que estoy examinando, y que muchos consideran terminado para satisfacción de los adversarios de D. Manuel Ruiz Zorrilla, así monárquicos como republicanos.

Desgraciadamente para ellos, corren vientos de fronda desde el memorable día 25 de Marzo del año en que escribo.

CAPITULO VII

Motivos del fracaso.—El Gobierno portugués.—Preliminares en la Rioja. —Santo Domingo de la Calzada y Ezcaray.—Cebrián subleva el regimiento de Numancia.—Asesinato de Cebrián y recompensas al asesino.—Fusilamientos.—Más detalles.—Ruiz Zorrilla en Cette.—Sublevación de Seo de Urgel.—El espíritu de Prim.

Como testigo de mayor excepción, consulté al Sr. Vega sobre lo ocurrido á última hora en Badajoz, y he aquí algo de lo que tuvo la bondad de decirme:

«Al día siguiente de nuestra llegada á Elvas, y con fecha 3 de Agosto, recibí una carta de Siffler, que, dirigida á mi secretario, había llegado sin novedad desde Barcelona á Badajoz y desde Badajoz á Elvas. En esa carta, dando por supuesto el tal Siffler que el movimiento se había suspendido como consecuencia del telegrama que me expidió el 4, decíame que lo ejecutáramos el 10. ¡A buena hora!

»¿Mi opinión sobre todo aquello?

»Se la diré en dos palabras: un desbarajuste.

»Faltaba en España una cabeza capaz de dirigir ovimientos tan vastos como el iniciado en Ba-ıjoz, y, por consiguiente, de prever las dificulta-s que pudieran surgir en su desarrollo, ó de re-

solverlas pronto y bien si se presentaban de improviso.»

Tiene razón mi buen amigo, y la prueba de que está en lo cierto, vamos á verla.

Ya he dicho que en la noche del 21 de Julio de 1883, mediante poderes que para ello tenían de la Junta central, acordaron los reunidos en Barcelona que el movimiento insurreccional estallase en toda España el 5 de Agosto próximo, y recordaré que las órdenes corrieron el 30.

Pero la fatalidad nos perseguía en aquella ocasión, como en tantas otras.

El mismo día 30, después de circular las órdenes, llegó á Barcelona el redactor de *El Porvenir*, D. Pedro Ruiz Avila, comisionado para decir á la Junta de Barcelona, en nombre del Presidente de la Central, Brigadier Villacampa, ya conocedor de los acuerdos del 21, que probablemente el día 9 se contaría con la adhesión de un elemento de suma importancia.

¿Quería esto decir que se aplazara el movimiento?

No, porque el General Villacampa tenía autoridad para decirlo y no lo dijo.

Por otra parte, ¿para qué comunicar una noticia que no podía influir en el éxito favorable de la revolución?

Lo cierto es que Ruiz Avila regresó á Madrid en la inteligencia de que era firme el acuerdo tomado en la noche del 21, como lo demuestra el hecho de haber dado Villacampa las órdenes para que Badajoz rompiera el día 5.

¿Es que López, por dificultades imprevistas y del momento en Barcelona, se vió obligado al aplazamiento?

Esto parece lo más probable, y estoy por decir que lo cierto; pero en tal caso debió comunicar telegráficamente la noticia á Madrid.

Que López estaba en la inteligencia de que el General Villacampa sabía que el 10 era el nuevamente señalado, es indudable, porque cuando el General le anunció que llegaría á Barcelona antes del 5, según lo convenido, presintió lo que iba á ocurrir, se aturdió y llamó á Siffler para ver si entre los dos acertaban con el modo de impedir que Badajoz cumpliera la orden recibida; pero á Siffler no se le ocurrió más que expedir el telegrama cuya significación, convenida con el Sr. Vega, he dado á conocer.

Y he aquí explicadas las causas de aquel tremendo fracaso, que se complicó más y más por lo siguiente:

Cuando el Sr. López supo el día 6 que Badajoz había iniciado el movimiento, expidió otros telegramas para que le apoyaran donde fuera posible, prescindiendo de su última orden, y ocurrió lo que era de temer.

En todas partes había tomado precauciones el Gobierno, y ya era imposible cumplir lo ofrecido. Además, coincidían las órdenes de secundar á Badajoz con la noticia de haberse internado en Portugal los sublevados.

Sin embargo, pudieron responder Santo Domingo de la Calzada y Seo de Urgel, casi con la seguridad de que la partida no podía rehacerse.

En Santo Domingo de la Calzada se sublevaron rque el Teniente Cebrián dijo que no necesitaba los asociados para sacar el regimiento de Numoia, á que había pertenecido, y en Seo de Ur-

gel... por una causa que acaso no conocerán á estas horas muchos de los que valerosamente se lanzaron á proclamar la República en aquella plaza.

Yo la conozco porque el mismo Ruiz Zorrilla me la refirió, y más adelante la daré á conocer.

***

El Gobierno portugués, todo medroso por aquello de que *cuando las barbas de tu vecino veas pelar, echa las tuyas á remojar*, resolvió alejar de la Península á los emigrados de Badajoz.

Desde Elvas los trasladó á Lisboa, bien custodiados, y en Lisboa invitó á los jefes y oficiales á trasladarse á las islas de Cabo Verde ó á las Azores, y en caso de no aceptar esta menguada hospitalidad portuguesa á que se fueran con viento fresco á Francia ó á Inglaterra, en cuyo caso el mismo Gobierno haría su traslación.

La mayoría se decidió por Francia, y el día 9 fueron embarcados, mejor dicho, hacinados en el *India*.

Algunos oficiales desaparecieron de Elvas, en previsión acaso de lo que iba á ocurrir.

Las clases de tropa fueron trasladadas á Sagrés y á Peniche, y los paisanos embarcados en el *India* con los oficiales.

Pero el tal *India* no se movía del fondeadero, ni hubiera podido moverse, porque era un barco inútil. Por fin... después de reclamaciones y protestas de los emigrados, convertidos en prisioneros á los cuatro días levó anclas el *India*, y á remolque llegó á la desembocadura del Tajo, donde los

detenidos fueron trasladados al *Africa*, que zarpó en seguida con rumbo al Norte.

Después de una navegación penosa, llegó el barco á Chebourg, y á los tres días condujo el Gobierno francés á Rennes á los emigrantes españoles.

Seguir sus pasos uno á uno, reseñar sus vicisitudes y sus angustias sería poco menos que imposible.

Me contentaré con referir las mías cuando llegue el caso.

Veamos ahora lo que ocurrió en la Rioja, que no por ser la patria chica de Sagasta deja de contar con muchos y muy excelentes partidarios de la libertad y de la República.

***

Era representante del Sr. Ruiz Zorrilla en la Rioja el buen patriota D. Juan Manuel Zapatero, y en honra suya debe decirse que puso al servicio de la República y de la Revolución su espíritu, su cuerpo y su fortuna, siempre con entusiasmo y fe inquebrantables.

En la misma forma le auxiliaron muchos republicanos nacidos en aquella hermosa porción de tierra española, donde ya el grito de libertad encontró en los albores de nuestra regeneración política, eco tan favorable como hoy lo tiene el de la República.

Me he propuesto no citar más nombres propios ue los ya publicados en obras semejantes, los ue por otras causas son ya conocidos y los indisensables para la más completa autenticidad de

los hechos que voy refiriendo. Por esta razón, y obedeciendo también á indicaciones que estimo en lo que valen, omito algunos, entre otros el de persona con quien estoy bien relacionado.

Esta, por los sucesos de la Rioja estuvo en la emigración y preso largo tiempo, habiendo adoptado más tarde una actitud pasiva en la política, si bien conserva íntegros sus ideales republicanos, á los que ya empezó á prestar sus servicios en la revolución del 68 con las armas en la mano.

Cuando el representante de la Rioja la tuvo corriente, se trasladó á Madrid en el mes de Junio para comunicárselo á la Junta Central, y desde Madrid, con las debidas instrucciones marchó á Zaragoza y Barcelona, regresando en el mes de Julio á la capital de Aragón, ya con la seguridad de que Barcelona estaba bien dispuesto y de que el movimiento sería inmediato.

En la noche del 20 de Julio se pusieron al habla los representantes de Aragón y la Rioja con veintidós jefes y oficiales de la guarnición para ultimar los detalles del movimiento proyectado, y como surgieran en aquella reunión algunas dificultades, fué llamado por telégrafo Ricardo López.

En efecto: López se trasladó al momento á Zaragoza, y nuevamente reunidos en la noche del 22, convinieron todos en iniciar el movimiento el 5 de Agosto.

Con estas impresiones se trasládo á la Rioja Juan Manuel Zapatero.

Reunió en Corella y otros puntos á varios amigos para darles instrucciones, y el 31 ya estaba oculto en la capital.

En ella fué visitado por elementos militares,

quienes enterados de que la Rioja debía secundar á otros puntos, dijeron que preferían coincidir con ellos, resolución que se puso en conocimiento de los comprometidos en Aragón.

Impaciente Juan Manuel Zapatero, porque desde su salida de aquella ciudad no había recibido más noticias, envió un emisario, que regresó al poco tiempo con la novedad del desdichado aplazamiento.

En tal estado se encontraban las cosas, cuando estalló la sublevación de Badajoz.

Cuál fué la sorpresa de cuantos tenían noticia del aplazamiento, puede calcularse.

*
* *

Cómo he dicho antes, al convencerse López de que Extremadura no había recibido la contraorden, expidió telegramas para que secundaran donde fuese posible, prescindiendo del nuevo plazo, y al medio día del 7 se recibió en Logroño tan extemporánea resolución.

No vacilaron ni un momento los riojanos, dicho sea en honra suya, é inmediatamente pusieron manos á la obra sin medir las dificultades ni regatear los sacrificios.

En otras partes no pudieron hacer lo mismo, ya porque las autoridades estaban advertidas, ya porque lo dieron todo por perdido al saber que los de Badajoz habían pasado la frontera.

Dos Regimientos de Infantería y dos de Caballería debían salir de la Rioja para unirse á las ıerzas de Aragón.

Además de esto, contaba la revolución en toda provincia de Logroño con elementos civiles

muy importantes, la mayor parte de ellos puestos á prueba en la revolución del 68.

La infame delación hecha á última hora por uno de los comprometidos, impidió el movimiento de la capital.

Así, pues, me ocuparé de lo ocurrido fuera de ella, no sin advertir que, tanto las fuerzas de Logroño como las acantonadas cerca, debían romper al mismo tiempo.

A cumplir lo convenido en Santo Domingo de la Calzada, salieron de Logroño para aquella ciudad, y por distintos caminos, Juan Manuel Zapatero y el Teniente Cebrián. Aquél por la vía férrea hasta Haro y en coche hasta Santo Domingo, y el segundo, llevando su pequeña maleta un mozo de café, salió á pie á las dos de la tarde del mismo día 6, para tomar en Navarrete el coche de Nájera, en cuyo punto debía encontrar dispuesto un caballo para continuar su viaje. Así sucedió, y á las nueve de la noche ya estaba en Santo Domingo. Una hora después llegó Juan Manuel Zapatero, y ya había conferenciado Cebrián con los Oficiales comprometidos del Regimiento de Numancia, en la casa de uno de ellos, á la que desde luego se dirigió Cebrián. Los sargentos ya estaban avisados.

Por qué dichos Oficiales no concurrieron al cuartel, es para mí un misterio; y como Cebrián, que podría descubrirlo, murió, solo es posible formar conjeturas.

Tal vez surgieran discusiones por cuestión de mando; quién sabe si el mismo Cebrián, dejándose dominar por sus arranques enérgicos, creyó que él solo era suficiente para realizar la empresa.

Lo único cierto es que con Cebrián estuvieron de acuerdo en salir cuando lo hubiera hecho el Regimiento de Caballería que estaba en Logroño, y que con él se unirían en Torrecilla.

No conforme el representante de la Rioja con que se escalonara el movimiento, citó á los Oficiales nuevamente.

—No sé—dijo Juan Manuel Zapatero á Cebrián cuando estuvieron sólos—si querrán volver sobre su acuerdo; pero no hay más remedio que proponérselo, porque las órdenes que tengo son terminantes: todos deben salir al mismo tiempo.

—Si no quieren—contestó Cebrián—yo me basto y me sobro para sacar el Regimiento, y si á usted le parece podemos suspender la reunión.

—No—contestó Zapatero;—conviene que el regimiento salga con el mayor número posible de oficiales, porque esto inspira más confianza al soldado y porque además es preciso proceder con lealtad y de común acuerdo.

Esta fué la prudente contestación del representante civil. Pocos momentos después se reunían de nuevo los comprometidos, y sin dificultad alguna asintieron á la proposición de Zapatero.

Resultaron, pues, conformes en sacar el regimiento á las tres de la madrugada, y Cebrián se comprometió á enviar un propio á Ezcaray cuando Numancia estuviera en la calle.

Esto convenido, Juan Manuel Zapatero y otro buen republicano, Francisco de Paula Marín, que también había acudido á Santo Domingo, se trasladaron á Ezcaray á eso de la media noche.

—¿Qué hacemos con la caja del regimiento?—preguntó Cebrián al despedirse de Zapatero.

—Dejarla—contestó éste.

Y así se hizo.

Los republicanos de la Rioja se habían propuesto sufragar todos los gastos del movimiento con sus propios recursos.

A las dos de la mañana llegaron los dos viajeros á Ezcaray y en el acto vieron al Sr. Llorens (1), Teniente coronel de un batallón destacado en aquella población, conviniendo con él en lo que debería hacerse tan pronto como se recibiera el aviso de Cebrián.

En vano el amigo Marín estuvo esperando en las afueras hasta el amanecer la llegada del propio y, como no llegara, envió otro Zapatero para que se enterase en Santo Domingo de lo que hubiera ocurrido.

A las diez de la mañana circularon por la ciudad los primeros rumores de la sublevación del regimiento de Caballería de Numancia, y á las doce regresó el propio que había enviado Zapatero confirmando la noticia.

Deseoso el Teniente coronel Sr. Llorens de cumplir su compromiso revolucionario, y de acuerdo con los señores Zapatero y Marín, formó el batallón y salió con él, en apariencia para perseguir á los sublevados y en realidad para reunirse con ellos si los encontraba.

Este pretexto le permitió pasar por cerca de Nájera, donde había un regimiento no comprometido, para dirigirse á Agreda, punto de concentración de todos los sublevados de la Rioja, desde el

(1) El Sr. Llorens, no se sabe si á consecuencia de estos acontecimientos ó por otras causas, se suicidó en Albacete poco tiempo después.

cual, marchando por Tarazona y Borja, deberían darse la mano con los de Zaragoza.

***

Entre una y una y media (por lo visto adelantó Cebrián la hora), se presentó éste en el cuartel y sacó el regimiento sin dificultad alguna.

Los escuadrones iban mandados, según su orden numérico, por los sargentos Fernando Gómez, Anselmo Mora, Policarpo Calleja y José Guerrero.

Seguiré ahora la desgraciada marcha de este regimiento, y luego me ocuparé de lo ocurrido al Teniente Coronel Llorens.

Desde Santo Domingo se dirigió el regimiento por Baños de Río Tovía á Pedroso, siguiendo la carretera, y en este punto, que dista poco más de cinco leguas del de partida, pernoctaron los sublevados.

De Pedroso salieron al amanecer, en dirección á Torrecilla de Cameros, donde Cebrián debía encontrar al regimiento de Caballería que estaba en Logroño; pero ya he dicho que la delación de un miserable, lo impidió.

A todo esto, el pundonoroso Coronel de Numancia, al frente de toda la oficialidad, había salido de Santo Domingo con el propósito de someter á los sublevados. Alcanzó la retaguardia, compuesta de algunos caballos, que fué necesario herrar en Pedroso, y aunque se cruzaron algunos tiros, resultó aquella pequeña fuerza dominada por el Coronel.

Poco después de su llegada á Torrecilla, recibió ebrián noticias del fracaso de Logroño, y por los ajeros del coche que salía de este punto súpose

en Torrecilla, á las seis de la tarde, que el Coronel Cortijo, al frente de su regimiento de Caballería de Lusitania y otro de Infantería, había salido en persecución de Cebrián. Aquel regimiento era el comprometido en Logroño.

El dueño de la casa en que Cebrián se alojaba por recomendación de los amigos de Logroño, le invitó á que huyera disfrazado.

Cedió Cebrián á las instancias de aquel correligionario y á las de su hija, que con gran empeño, visiblemente conmovida, como si presintiese lo que iba muy pronto á suceder, le rogaba también que se pusiera en salvo.

Ya estaba vestido de paisano y dispuesto á huir por la sierra con fiel y experto guía, cuando de pronto cambió de opinión.

—Debo correr la suerte de estos soldados y ayudar, si me es posible, á los de Zaragoza.

Esto dijo, volvió á vestir su uniforme, y desoyendo las nuevas súplicas de aquella familia, montó á caballo.

Pero antes de esto, cuatro soldados se habían puesto de acuerdo en una taberna para matar á Cebrián y retroceder.

Muy lejos de sospechar tan infame trama, se puso á la cabeza de su gente y tomó la dirección de Villanueva, siguiendo la carretera que va desde Logroño á Soria.

Sospechó Cebrián que acaso desde Soria podrían salir en su persecución algunas tropas, y para evitarlas, tomó el camino que entre Villanueva y Pradilla se dirige á la izquierda y conduce á la Sierra, por Villoslada.

*
* *

En dos hileras, por ambos lados de la carretera, y al trote corto, había marchado la fuerza sublevada con el mayor orden.

Los sargentos vigilaban atentamente, obligando á todos á marchar unidos, sin separarse de sus puestos. Era, por lo tanto, cosa difícil matar á Cebrián, porque esto requería salir de la hilera y acercarse para asegurar la puntería.

Desgraciadamente el valeroso Cebrián ofreció seguro blanco al asesino, cuando, al girar á la izquierda, apareció solo sobre el puente que era necesario recorrer para ir en la nueva dirección.

Aprovechó bien este crítico momento uno de los soldados. Se echó la carabina á la cara, y herido por la espalda, Cebrián cayó muerto.

Ocurrió esto á las nueve de la noche.

En el acto entró la confusión, el desorden, y acaso antes que el desgraciado Cebrián lanzara su último aliento, los hombres que le seguían retrocedieron para incorporarse al Coronel que ya estaba cerca.

Era D. Juan José Cebrián y Piqueras, de elevada estatura, de color sano, algo moreno. Tenía el pelo castaño y gran bigote. Su edad, cuarenta y tres años.

El Ayuntamiento de Villanueva de Cameros trasladó el cadáver al cementerio de aquella población y le dió sepultura.

El cobarde asesino respondía por Pedro Ramírez, y mejor aún por *el Pinche*, apodo que por su carácter pendenciero pusiéronle en Albelda, donde nació. Era alto, flaco, picado de viruelas y de mirada torva. Como hombre de puños, los hacía valer. Donde él estaba, cobraba el barato.

Pues bien; á este monstruo, después de realizar tan bárbara hazaña, se le gratificó espléndidamente, se le dió la licencia absoluta, acto de verdadera justicia, porque el honrado uniforme no puede ser disfraz de asesinos; se le concedió una cruz pensionada, y como si esto fuera poco, se glorificó su crimen por medio de una orden general leída á las tropas del ejército del Norte, sin duda para que sirviera de ejemplo su conducta en casos semejantes.

¡Desdichado país el nuestro!

Si el mismo procedimiento se hubiera aplicado en ocasiones análogas, aunque encaminadas á fines opuestos, la historia política de nuestra Patria no contaría con muchas lumbreras de que se envanecen hoy mismo los encumbradores de *el Pinche* de Albelda.

Pero... quien á hierro mata á hierro muere.

Después de vivir despreciado *el Pinche*, murió de un navajazo hará unos dos años.

*
* *

Triste remate de la sublevación de la Rioja, fué el fusilamiento de cuatro sargentos. Acto de tremenda justicia que se efectuó en Santo Domingo de la Calzada el DOMINGO 12 de Agosto de 1883.

Llamábanse aquellos mártires de la causa republicana Fernando Gómez, natural de Campillo (Burgos), de treinta y cuatro años de edad; José Guerrero, que nació en Lobres (Granada), de treinta y tres años; Gregorio Cano, natural de Alcántara (Cáceres), de veintinueve años, y Félix Alonso Llorente, que lo era de Barajas (Palencia), de treinta y tres años.

Todos fueron fusilados en grupo.

Tres cayeron á consecuencia de la primera descarga, para no levantarse. Uno se irguió entre sus compañeros muertos implorando perdón. Otra descarga acabó con su vida. Recuerdo con este triste motivo un rasgo del General Espartero.

Obligado á volver por los fueros de la disciplina militar, cuando fué arrastrado y muerto en Miranda de Ebro el General Escalera, diezmó el batallón de provinciales que cometió aquel delito, y formó las fuerzas para que presenciaran la ejecución.

Un infeliz corneta resultó ileso, y abrazándose á las rodillas de Espartero, le pidió el perdón de la vida.

Espartero, ante las tropas que presenciaban aquella angustiosa escena, sacó un bolsillo que contenía algunas onzas de oro, y entregándosele á aquel desventurado, le dijo:

—Toma, y vete donde tu General no vuelva á verte.

Ante los fallos de la ley, por terribles que sean, hay que inclinar la cabeza con respeto, siquiera produzcan la pena más grande en lo más profundo del alma; aunque levanten en ella, desde el punto de vista político, la más enérgica protesta.

En cambio, sólo inspira repulsión el vil asesinato, y más aún si lo preconizan, lo ensalzan y recompensan desde las esferas del Poder.

Seguramente no entró en los cálculos de los fundadores de cruces pensionadas para las clases de tropa, que podrían convertirse en premio de un balazo asestado por la espalda entre las sombras de la noche.

*
* *

Provistos de un guía, que erró el camino, se dirigieron cautelosamente á Torrecilla los amigos Zapatero y Marín, debiendo á aquella feliz equivocación la suerte de no tropezar con el Coronel de Numancia y su séquito, quien seguramente los hubiera detenido.

Al llegar á Pedroso, se enteraron de lo que había ocurrido á la retaguardia de la fuerza que llevaba Cebrián, y retrocedieron por Toría á Ezcaray, donde era ya público el trágico fin del heróico Cebrián.

Marín se dirigió á Santo Domingo, y Zapatero á Cervera de Río Alhama, población donde tenía y tiene su residencia.

Después... las consecuencias naturales en acontecimientos de esta índole. Los dos emigraron á Francia en compañía de no pocos riojanos comprometidos.

Marín fué condenado en rebeldía á doce años de presidio, y Zapatero... á cadena perpetua.

Porque para ello estoy autorizado, citaré los nombres de los republicanos que tomaron parte muy activa en los sucesos que acabo de relatar. Además de Juan Manuel Zapatero y Marín, trabajaron con mucho desinterés y entusiasmo, D. Gonzalo Martínez, D. Gregorio Jiménez, D. Juan Marrodán (ya difunto), D. Pedro Rincón, D. Benito Rubio y Azcárraga, de Cenicero, y algunos otros.

A todo esto el Teniente Coronel Sr. Llorens había cumplido su palabra.

Salió de Ezcaray con su batallón, y en Santo Domingo encontró al Coronel del regimiento que, con el otro batallón, había ido á situarse en aquel punto por orden superior.

Sorprendido el Coronel al encontrarse en Santo Domingo con todo el regimiento reunido, preguntó al Teniente Coronel Llorens quién le había dado orden para moverse de Ezcaray, y al recibir por toda contestación que había salido espontáneamente en persecución de los sublevados, oficiosidad mal avenida con los preceptos de las Ordenanzas, arrestó en el acto al Teniente Coronel, comprendiendo que había en su conducta algo sospechoso.

La única consecuencia que para el Sr. Llorens tuvo la salida de Ezcaray, fué su traslado á la reserva de Albacete.

Fué complemento de esta tentativa revolucionaria lo ocurrido en Seo de Urgel, que referiré más adelante; pero no sin insistir en que los republicanos de la Rioja cumplieron como buenos, y que de haber sido imitada su conducta desinteresada y patriótica en otras partes, quién sabe si aquel movimiento, con tanta torpeza dirigido desde España, hubiera llegado al término feliz que merecían los entusiasmos y los sacrificios de los riojanos.

* * *

Todos los intentos revolucionarios de Ruiz Zorrilla fallaron por falta de buena dirección. Lo más importante, *el hecho*, tenía que confiarlo á personas que carecían de su autoridad y de su prestigio, porque entrar él en España para dirigirlo hubiera sido, además de temerario, inútil.

¿Cabe en lo posible creer que Ruiz Zorrilla, conocidísimo en todo el país, y vigilado de cerca por la policía, hubiera podido pasar la frontera é ins-

talarse en una población pequeña ó grande para dirigir impunemente los preliminares de una tentativa revolucionaria?

¿Hubiera sido prudente correr ese riesgo, cuando él sabía y sabíamos todos, que en las fronteras tenían orden de fusilarle sin más detalle que identificar su persona? (1)

D. Manuel Ruiz Zorrilla, dentro de su actitud revolucionaria, tenía su misión perfectamente señalada, y cumplió con ella en cuanto pudo.

Preparó los elementos, los compulsó cien y cien veces para no perturbar inútilmente al país ni comprometer en empresas vanas á sus amigos; y sólo cuando éstos, de común acuerdo, convenían en que era llegada la hora, facilitaba recursos, ultimaba detalles y daba órdenes.

Con algaradas más que inútiles, contraproducentes, hubiera podido alterar la tranquilidad pública todos los días; pero puede y debe decirse que nunca fué acicate para los perezosos, sino freno para los impacientes.

Eso sí, una vez roto el movimiento y constituído un núcleo resistente, allí hubiera acudido para compartir con los suyos las responsabilidades y los riesgos.

¿Y por qué no acudió á Badajoz? preguntarán los maliciosos.

Porque Badajoz, en el concierto de las fuerzas revolucionarias del 83, era, á pesar de su importancia como plaza fuerte, un punto secundario.

---

(1) Entre los papeles de D. Manuel estará la copia de esa orden draconiana, que yo he tenido ocasión de ver desgraciadamente. Me consta también que se la remitió un Jefe de carabineros que desempeñaba su servicio en la frontera pirenáica.

El principal era Barcelona, y para ir á Barcelona se trasladó á Cette desde París.

Aún vive, y ojalá viva muchos años, mi amigo y correligionario D. Ernesto de la Guardia, que le acompañó con M. Maraux, secretario particular de Ruiz Zorrilla en aquella época.

Los tres estuvieron en Cette, dispuestos á partir tan pronto como en Barcelona hubiera estallado la revolución.

Y claro es: como por las causas ya dichas el movimiento se inició en Badajoz, y Barcelona permaneció tranquila, tuvo que regresar á París.

Pero esto no podía anunciarlo en los periódicos, y de aquí que sus implacables adversarios le motejaran de ser tan hábil para comprometer á otros, como prudente para no dar la cara.

Lo dicho, con pruebas suficientes, demuestra lo contrario, y además sabido es que en ninguna ocasión se pudo sostener vigorosamente la bandera revolucionaria el tiempo suficiente para que él pudiera acudir á defenderla.

*
* *

Observen mis lectores que en la madrugada del 5 se sublevó Badajoz, y en la del 8 Santo Domingo de la Calzada.

Ahora diré que el 9 se alzó en armas Seo de Urgel por la causa republicana.

Es decir, que estos dos últimos movimientos se efectuaron después de haber entrado en Portugal los de Badajoz.

Aunque Seo de Urgel dista poco de Barcelona, las órdenes para el levantamiento no se recibieron

hasta el 8, cuando ya se sabía por los periódicos el fracaso de Extremadura, lo que hace más valioso el sacrificio de cuantos allí se apresuraron á cumplir su palabra.

Un batallón de Vizcaya, á cuyo frente se puso el Capitán del mismo regimiento, D. Carlos Franco de la Campa, muerto después en la emigración, y los carabineros de aquella línea que reconcentró su Capitán, D. Higinio Mangado, constituían las fuerzas sublevadas.

Las cuatro compañías de Vizcaya estaban distribuídas de este modo: la primera y la segunda en la población, la tercera en el castillo y la cuarta en la ciudadela.

Se adhirieron al movimiento casi todos los Oficiales y tropa de los cuadros de los batallones de Reserva y Depósito de la Plaza y un pequeño destacamento de artillería que prestaba servicio en la ciudadela.

Al frente de estas fuerzas, como más caracterizado, se puso el Teniente Coronel del batallón de Depósito, D. Francisco Foncuberta, muerto después de regresar de la emigración.

Como en casos semejantes, hubo necesidad de proceder á la detención de los no comprometidos, y el Brigadier Gobernador militar, el Teniente Coronel de Vizcaya y algunos otros fueron escoltados hasta buena distancia de la ciudad por las mismas fuerzas sublevadas.

El Oficial de la guardia de prevención de las dos compañías reunidas intentó resistirse; fué necesario arrestar á los dos Oficiales de la compañía destacada en el castillo, como asimismo á su Capitán Gobernador, y vencidas estas dificultades

se reunieron las fuerzas en la ciudadela y se proclamó la República.

El Teniente Coronel Fonouberta dió una proclama al pueblo, nombró nuevas autoridades y estableció un fuerte retén para conservar el orden.

Así transcurrió todo el día 9.

La plaza en estado de guerra y reinando en torno suyo la más completa paz.

El único síntoma de guerra que se reveló fué éste:

Entrada la noche disparó su arma uno de los centinelas, no se sabe contra quién. Los demás, creyéndose á su vez atacados por ese enemigo invisible que el pánico forja en la imaginación, dispararon también una y otra vez, ocasionando esto la alarma consiguiente en el resto de las fuerzas.

Pusiéronse sobre las armas, creyendo que el enemigo estaba á la vista, y cuando los Jefes, más serenos, se convencieron de que no era así, recorrieron la línea de fuego y no sin gran trabajo lograron suspenderlo.

En esta falsa alarma fué herido un sargento primero de Artillería, que falleció pocas horas después.

Cuando el día 10 se supo en la plaza que había salido sobre ella desde Barcelona un General con buen número de fuerzas, reunió Consejo el Teniente Coronel Foncuberta y se decidió evacuar la plaza, dirigirse á la montaña para ganar tiempo y defenderse en aquel terreno favorable si se creía conveniente.

Así se hizo.

Pero pronto, por confidencias particulares, supieron que el movimiento estaba aislado, y enton-

ces decidió el Teniente Coronel dirigirse al próximo Valle de Andorra.

En la noche del 10 llegaron á San Julián, capital de aquella pequeña república, y entregaron las armas.

El 11 regresaron á España los cabos y soldados. Los Jefes, Oficiales y sargentos penetraron en Francia.

Tal fué el desgraciado término del movimiento revolucionario mejor combinado y más poderoso, entre los muchos que desgraciadamente han hecho necesarios nuestros malos Gobiernos.

***

Los que han conocido á D. Manuel Ruiz Zorrilla, y sobre todo los que han vivido en su intimidad, saben muy bien que no exagero al decir que la política le preocupaba de la noche á la mañana.

Estoy seguro de que si alguna vez nos hubiéramos puesto á rezar el rosario, al llegar á «Dios te salve» hubiera dicho *Patria* en vez de *María*, y adiós rosario, porque con motivo de esta equivocación hubiera salido á relucir la letanía de nombres funestos que él tenía apuntados en la memoria para aplicarlos justamente á todos los sucesos políticos habidos y creo que por haber.

Hablando un día de la influencia que en todo tiene lo casual, lo imprevisto, ya próspera, ya adversamente, que suele ser lo más probable, me dijo en uno de sus momentos de buen humor:

—¿A que no sabe usted quién intervino más eficazmente en los sucesos de Seo de Urgel?

—¿Foncuberta?

—No, señor.
—¿Mangado?
—Tampoco.
—Pues entonces, me doy por vencido.
— ¡El espíritu de Prim!—me contestó.
Y entonces supe lo que brevemente voy á referir.
Era el buen Foncuberta un verdadero devoto del General Prim. Había servido con él, y no sólo le admiraba, sino que le reverenciaba.
Además de esto, era espiritista.
A así fué que cuando recibió la orden para sublevarse, debió mi buen amigo considerar que la cosa era peliaguda, no ya por la gravedad propia del caso, que era mucha, sino porque á aquellas horas, después del fracaso de Badajoz, hasta los más optimistas convenían en que era preciso esperar otras combinaciones.
Pero se había comprometido á obedecer, era hombre de palabra, republicano convencido; la orden era terminante, tal vez estaría en relación, no con lo pasado, que era funesto, sino con lo porvenir, que podría ser favorable, y ante este cúmulo de dudas, creo yo, porque nadie puede penetrar en el cerebro de otro para seguir el proceso de una resolución, se le ocurrió, y aquí entra ya lo positivo, evocar el espíritu del invicto Prim para oir su consejo y seguirle al pie de la letra.
Así lo hizo.
Y ocurrió que el espíritu, ni tardo ni perezoso, respondió al llamamiento, y consultado sobre la dificultad del caso, contestó que sí.
Ya no hubo vacilaciones.
La situación estaba despejada.

Y guardando el secreto, que luego refirió él mismo á D. Manuel, reunió á los comprometidos, que eran muchos y buenos, y Seo de Urgel se sublevó.

¡Es posible que el bravo Fonouberta, al verse emigrado en Francia, pasando grandes apuros con heróica resignación, allá en Montauban, donde fijó su residencia, pensara que no compareció el verdadero espíritu de Prim, sino algún espíritu *guasón* dispuesto á jugarle una mala pasada!

Y véase por dónde se reveló entonces un hombre excepcional, de condiciones raras: Higinio Mangado, de quien me ocuparé pronto, no sólo para ensalzarle cuanto pueda, no cuanto merecía, sino para referir la espantosa tragedia que le llevó á la muerte cuando estaba lleno de vida, de fe y de esperanzas.

CAPITULO VIII

Buenos propósitos de Castelar.—Una proclama que mata.—Complicaciones.—Heróica muerte de Mangado.—Fernández y Bellés.—Actitud de D. Manuel.

Los sucesos de Badajoz, Santo Domingo de la Calzada y Seo de Urgel demostraron al Gobierno que el enemigo contaba con poderosos medios de ataque, mal dirigidos, ciertamente, en aquella ocasión, pero que, desarrollados en otra con mejor fortuna, podrían dar al traste con la obra de Sagunto.

Por otra parte, esta empresa no debía parecer á los neo-borbónicos cosa muy difícil, porque uno de ellos, el Sr. Moret por más señas, habíase permitido comparar la restauración á un castillo de naipes. Cierto es que le pareció tan endeble, allá en sus albores, antes de decidirse él á democratizarla y vaticanizarla; pero también es verdad que, como lo dijo en el mismo París, donde después le estorbó tanto Zorrilla, y ante Zorrilla mismo, nada tiene de extraño que éste, teniendo en mucho la opinión de sus amigos, siguiera pensando de igual modo hasta el fin de su vida.

En rigor, el Gobierno había despejado una incógnita. Creyó siempre que Ruiz Zorrilla se agita-

ba en el vacío; que como hombre civil, sin el prestigio de un Prim, ni la autoridad de un O'Donnell, le sería imposible mover un soldado y que le faltaba, además, el nervio de la guerra: el dinero. Los relámpagos de Badajoz, Santo Domingo y Seo le hicieron ver todo lo contrario.

Despejada así la situación, iluminado el abismo, como dijo Castelar, acordó el Gobierno empezar contra el incansable y ya temible conspirador una guerra sin cuartel, una campaña odiosa, porque para desprestigiarle ante el país, se empleó hasta la calumnia.

Otra sorpresa tuvo el Gobierno. Pudo observar que en vez de abatirse el ánimo de los conspiradores se fortaleció, porque políticos influyentes, hasta entonces indecisos, sumáronse con los antiguos partidarios de Ruiz Zorrilla.

En cuanto á D. Manuel, después de los primeros momentos de desmayo, consiguiente á su temperamento nervioso y por consecuencia impresionable, recobró nuevos bríos.

Desde Cette, donde en vano esperó el momento de entrar en Barcelona, se trasladó á uno de los pueblecillos que cerca de París hay en las márgenes del Sena, y allí intentó permanecer oculto hasta que, despejada la atmósfera, le fuera posible trasladarse á la capital.

No pudo ser.

El Gobierno español, como comienzo de su campaña, planteó en el acto las reclamaciones más enérgicas, reforzándolas para su más rápido efecto, con indicaciones un tanto expresivas de dos Gobiernos europeos.

Contadas personas conocían el escondite de don

Manuel, y como el Gobierno francés quería satisfacer las exigencias del español, tuvo que apelar á un rodeo digno de ser referido.

El 10 de Agosto habían salido de España para visitar al jefe de la revolución, dos personas de toda su confianza: la que le acompañó en su expedición á Génova y su amigo de la infancia y condiscípulo D. Enrique Menéndez, partidario suyo, tan cariñoso y entusiasta, que más de una vez comprometió su tranquilidad, su dinero y hasta su vida en servicio de la revolución.

La familia de D. Manuel y estos dos amigos, eran los únicos que conocían el sitio donde se había ocultado.

En tal situación las cosas, un influyente político francés, amigo de Ruiz Zorrilla, que por entonces ocupaba un alto puesto, acudió al personaje político español, de quien D. Manuel había ido á despedirse antes de marchar á Cette, para suplicarle que si conocía, como era de suponer, el sitio donde Ruiz Zorrilla se encontraba, le instase á salir de Francia lo antes posible.

No tenía el encargado de esta comisión más conducto para comunicar al jefe revolucionario la resolución del Gobierno francés, que el amigo íntimo que acababa de llegar á París en compañía de Menéndez, y le llamó para decirle lo que ocurría.

D. Manuel cuando lo supo, volvió á trasladarse desde las orillas del Sena á las del lago de Ginebra.

***

Encontrábase en San Juan de Luz D. Emilio Castelar, cuando se desarrollaron en España los

sucesos á que acabo de referirme, y aunque ya se había dedicado á favorecer la política sagastina, mostró deseos de conocer á fondo la importancia del movimiento revolucionario que acababa de fracasar, y en el que no hubiera creído aun en el caso de anunciárselo anticipadamente el mismo Ruiz Zorrilla.

Enterado de que á una población inmediata habían ido á parar un Teniente Coronel que mandaba en Zaragoza un batallón de infantería y un hombre civil gran amigo mío, también comprometido, como el Teniente Coronel, en aquellos sucesos, indicó Castelar al Sr. Calzado, en cuya casa residía, deseos de hacerles una visita para que le enteraran de lo que pretendía saber.

No necesitó moverse de su residencia veraniega, porque al conocer aquellos emigrados los deseos del Sr. Castelar, se apresuraron á visitarle.

Oyó con mucho interés la exacta relación de lo ocurrido; se enteró de las ramificaciones que aquella conspiración tenía, y demostró más de una vez su sorpresa y su admiración.

Era natural. Consideraba á Ruiz Zorrilla como un iluso tenazmente empeñado en una empresa que, sobre ser superior á sus fuerzas, chocaba, según él, con la dura realidad, que Zorrilla, alejado del país, desconocía ó despreciaba. Así es que apenas pudo explicarse cómo aquel hombre, alejado de España, había influído en ella, hasta el punto de mover fuerzas militares de tanta importancia.

No volvía el inolvidable Castelar de su *apoteosis*, como decirse suele, al oir los detalles de aquella conspiración republicana, y mi amigo dió una

prueba de buen sentido y de amor á la República aprovechando aquel estado de ánimo del gran orador para acercarle á Ruiz Zorrilla. Hízole ver para ello que si á lo que acababa de oir había llegado *solo* Ruiz Zorrilla, ¡cuánto hubiera hecho contando con el apoyo y el prestigio del último Presidente de la República española!

No sonaron del todo mal estas razones en los oídos del famoso tribuno, que siempre los grandes hombres suelen rendir tributo á las grandes flaquezas; pero tales debían ser sus compromisos evolucionistas, que contestó:

«No puedo llegar á una inteligencia revolucionaria con Ruiz Zorrilla; pero dígale usted cuando le vea, que por ahora me parece conveniente poner término á las rudas campañas en que están empeñados nuestros periódicos y emprender de común acuerdo las luchas electorales, para llevar á la oposición republicana el mayor número posible de diputados.»

Faltó tiempo á mi amigo para trasladarse á Ginebra, con objeto de referir á Ruiz Zorrilla aquella especie de pacto propuesto por Castelar, que muy bien podía considerarse como precursor de más eficaces inteligencias.

Oyó Ruiz Zorrilla con agrado aquellas proposiciones de Castelar y encargó á mi amigo que le escribiera aceptando, no sólo la tregua que le proponía en la campaña periodística, sino la alianza electoral, puesto que convenía á los intereses políticos comunes, todo género de aproximaciones entre los republicanos.

Aunque indicó mi amigo á Ruiz Zorrilla que él mismo escribiera á Castelar, no quiso hacerlo, te-

meroso de que cuando llegase la carta hubiera variado de opinión.

Así fué.

Castelar había emprendido un pequeño viaje por el Sur de Europa y no fué posible darle la carta hasta su regreso á Madrid. Por cierto que le fué entregada en el Congreso de los Diputados.

Ocurrió lo que Ruiz Zorrilla había presentido.

Los aires de Madrid habían desvanecido aquellos buenos propósitos y la carta no tuvo la debida contestación.

Castelar perdió entonces un amigo.

***

¡Para qué describir el efecto que en el ánimo de Ruiz Zorrilla produjo el desconcierto con que se dirigió desde Barcelona el movimiento tan felizmente iniciado en Badajoz!

Para hacerse cargo de él será suficiente recordar cómo se desvanecieron algunos años antes las esperanzas que le llevaron á Génova, cuán difícil se haría su residencia en Suiza y mucho más en Francia, y sobre todo esto, que no es poco, el retroceso que en su marcha política suponía cada golpe en vago.

Para conjurar este último peligro, adelantándose en lo posible á las censuras de sus enemigos, creyó conveniente redactar una proclama que sostuviera las esperanzas y el espíritu revolucionario del país; pero la fatalidad le persiguió tan de cerca y con rigor tanto, que no sólo dejó de circular ó circuló muy poco en España aquel documento, sino que causó una víctima.

Desde Ginebra, donde se imprimió la proclama, fué remitida á dos amigos emigrados en Burdeos, para que vieran el mejor medio de hacerla llegar á España.

Estudiaba la carrera de comercio en aquella ciudad un joven, hijo de un excelente correligionario nuestro, cuyo joven, en aquellos momentos, disponía su viaje á España para disfrutar algunos meses de vacaciones, y fué el elegido para hacer sus primeras armas en las lides revolucionarias.

Naturalmente, se le confió esta delicada comisión con las reservas y precauciones que requería la dificultad del caso, y se distribuyeron los impresos en dos paquetes, uno de los cuales recogería en la estación de San Sebastián el Sr. Marín, notario en aquella ciudad, y el otro un correligionario residente en Miranda de Ebro.

Aunque estas instrucciones sólo las conocían los dos indicados amigos y el que debía pasar la frontera, algo pudo traslucir un emigrado carlista, que desde cabo de la Guardia civil había ascendido á Comandante de los reales ejércitos.

Este... caballero, habíase dado á conocer de los nuestros como furioso revolucionario, para mayor disimulo del *honroso* cargo de espía que estaba desempeñando.

No se enteró de lo que, en realidad, se trataba; pero las frecuentes entrevistas de nuestros amigos con el joven estudiante le indujeron á la sospecha de que se le confiaba alguna comisión, y no fué necesario más en aquellos tiempos de constantes recelos, porque en el momento de entregar el paquete en San Sebastián fué detenido por la policía el Sr. Marín, y reducido á prisión en un ca-

labozo inmundo, donde le retuvieron más de cincuenta días.

Tal efecto le produjo aquella detención inesperada, y de tal modo se apoderó el terror de su ánimo, que cuando fué puesto en libertad no era conocido.

Pocos días después dejaba de existir.

Al joven estudiante, que no se había enterado de la detención del Sr. Marín, le dejaron continuar libremente su camino hasta Miranda, donde fué también reducido á prisión; pero, afortunadamente, no tuvo tan fatales consecuencias. Vive aún, según mis noticias, y aprovecho la ocasión para decirle: «Viva usted muchos años, y yo que lo vea», aunque esto último resulta algo difícil.

Este contratiempo tuvo que apuntarlo D. Manuel en la columna correspondiente del *Debe* y el *Haber* de su gran diario de operaciones revolucionarias.

Desgraciadamente para la causa de la República, mientras una casilla aparecía con grandes sumas, la otra iba quedándose en blanco.

Sin embargo, D. Manuel no cejaba.

Temperamento el suyo sumamente nervioso, decaía cuando la adversa fortuna descargaba sobre él uno de sus terribles golpes; pero no tardaba mucho en rehacerse, y como si el golpe fatal le hubiera servido para redoblar las fuerzas, con nuevos y mayores bríos seguía su campaña.

***

Tenemos, pues, convertida á la capital de Suiz en centro de operaciones.

Entre otros muchos, allá fueron Ernesto de l

Guardia, que vivía en París desde 1883, Ginard de la Rosa, Ricardo López, Mangado, Maraux, Muñoz Epelde, Teniente de infantería y Secretario que había sido de la Junta revolucionaria de Badajoz, Ecequiel Sánchez, el famoso Siffler y un tal José Pomés y Morlins, que después de haber prestado algunos servicios en Cataluña á la revolución, con lo cual se captó la confianza de Ruiz Zorrilla, se pasó al enemigo y se convirtió en espía á las órdenes de Sagasta.

Afortunadamente, se enteró D. Manuel, llamó al *interesado*, le demostró con datos suficientes cuál era su indigno papel, y cantó de plano, ofreciéndose, como casi toda la gente de esa calaña, á servir á la revolución, sin perjuicio de seguir cobrando del Gobierno. Doble papel del que conviene siempre desconfiar.

Este compromiso de Pomés se hizo constar en un acta, que firmó él mismo con otros emigrados, en Ginebra, en 7 de Septiembre de 1883.

Empieza de este modo:

«Confieso ante D. Manuel Ruiz Zorrilla, á cuya disposición me pongo incondicionalmente, que he recibido la misión especial del Presidente del Consejo de Ministros, D. Práxedes Mateo Sagasta, de vigilar al Sr. Zorrilla donde se encuentre, para darle cuenta de cuanto dicho señor piense y haga con respecto á la revolución futura.»

Sería interminable el relato de incidentes parecidos á éste, y sólo referiré otro, consecuencia también de los últimos acontecimientos.

Siffler empezó á sentirse poseído de la monomanía persecutoria. En todos sus compañeros de emigración, y aun en el mismo Zorrilla, creía ver

furiosos enemigos que le amenazaban con el puñal y con el veneno.

Tan era así, que habiéndole regalado D. Manuel unas botellas de rico vino de España, obsequió con ellas al dueño de la fonda en que vivía, temeroso de que contuvieran una sentencia de muerte.

El fondista, después de apurar la última gota, le dijo que nunca había bebido cosa mejor.

Es que no hay nada semejante á una emigración.

La forzada ausencia de la Patria y de la familia; la lucha por la vida que casi siempre es preciso entablar al día siguiente de la derrota, donde hasta el idioma se desconoce; las esperanzas desvanecidas y el anhelo constante del desquite que un día créese próximo y al siguiente se aleja mucho, si no parece perderse para siempre, son motivos bastantes para sostener el espíritu en una tensión de tal naturaleza, que suele cambiar radicalmente el modo de ser de las personas.

Quién de alegre y expansivo, se convierte en hosco y reservado. Quién de humilde, se vuelve soberbio. Quien no había llevado nunca á sus labios una copa de licor, y busca en la embriaguez alivio para sus penas y descanso para sus fatigas.

Yo he podido observar cuán difícil es en ese constante mareo, en ese vaivén de la vida que se llama emigración, sostener el equilibrio para no dar de cabeza en abismos que ni soñados hubiesen podido presentarse á la imaginación, en los días serenos y normales.

No me extraña que la razón de Siffler, alma vida de la abortada conspiración, se trastornase.

En un momento había visto desvanecidas sus ilusiones, y ¡quién sabe cuántas y cuáles serían! En vez de recoger el lauro de la victoria con que seguramente había soñado, veíase convertido en mísero despojo de la batalla perdida.

Rodeábanle, sometidos á muy crueles pruebas, los mismos á quienes él había comprometido, prometiéndoles acaso toda suerte de bienandanzas.

Contemplábase él mismo lleno de necesidades imposibles de satisfacer, y no es extraño, repito, que se volviese loco y llegase como término de su locura á buscar para aquella situación inesperada y desesperante, la salida poco decorosa á que me he referido en anteriores páginas.

Y á todo esto, usando una frase gráfica y genuinamente española, D. Manuel *al quite.*

Que Fulano riñe con Mengano, á procurar avenirles para que no haya disensiones en la colonia; que á tal emigrado se le rompió una pierna y hay que amputársela, pues á encargar á París otra de goma que la sustituya; que da á luz la esposa de tal otro sin que haya en la casa recursos para bautizar al chico ni pagar al comadrón, pues ahí van los cien francos para salir del mal paso; que aquel se va á los periódicos diciendo que D. Manuel usa gabán de pieles en invierno mientras los emigrados visten de verano, pues á armarse de paciencia y á considerar filosóficamente que la ingratitud es inherente á la condición humana, porque al que tal dijo le había regalado un gabán que por venirle ancho creyó más acertado venderó empeñarlo.

Claro es que estas eran excepciones, porque la inmensa mayoría soportaba con resignación heroi-

ca las privaciones consiguientes á toda emigración; pero no por ser excepciones muy contadas, dejaban de pesar con pesadumbre inmensa sobre el espíritu de aquel hombre comprometido años y años en una empresa verdaderamente titánica.

Pero ya es hora de dejar á un lado consideraciones de esta índole para seguir el curso de los acontecimientos revolucionarios.

*
* *

Llegamos á Abril de 1884.

Los sagastinos habían dejado de hacer la felicidad de la Patria y los conservadòres estaban en el Poder; pero ya no eran los conservadores tolerantes de la primera época restauradora, como se verá pronto.

He dicho que al lado de D. Manuel Ruiz Zorrilla se encontraba en Ginebra el Capitán de Carabineros sublevado en Seo de Urgel, D. Higinio Mangado, y ahora diré que éste, por sus raras condiciones, llegó á merecer, además de la confianza de que eran dignos todos los emigrados, un especial afecto del jefe del partido.

Y lo merecía.

Era Mangado, además de valeroso, un republicano convencido y un hombre de aptitudes excepcionales. Su espíritu abierto, su inteligencia clara y su ilustración poco común, hacíanle simpático y atractivo.

Poseía perfectamente el idioma francés, tocaba el piano con gran habilidad, encontraba siempr en cualquier género de conversación, la fras oportuna y, con estas condiciones, donde estal

sobresalía sin él darse cuenta de ello, ni menos pretenderlo.

Era joven y tenía por delante gran porvenir.

Pues bien; Mangado, bajo la dirección de Ruiz Zorrilla, preparó el movimiento de Abril de 1884, tan desgraciado para él y para nuestra causa.

Al ocurrir los sucesos de Badajoz se encontraban en París muchos republicanos que más ó menos directamente auxiliaban á Ruiz Zorrilla en sus trabajos políticos.

Allí estaba José Guisasola, médico ilustre, director que fué de *La Igualdad*, y por consiguiente fervoroso republicano.

Era Guisasola en aquellos tiempos paño de lágrimas para los emigrados, porque ya facilitándoles recursos pecuniarios, ya buscándoles colocaciones, respondió siempre á lo que impone la verdadera fraternidad republicana.

La política de Guisasola puede decirse que se reducía entonces á evitar el temido rompimiento entre D. Nicolás Salmerón y D. Manuel Ruiz Zorrilla, porque de él no se prometía nada bueno para la República.

Desgraciadamente dejó la vida, y desde la casa núm. 5 de la calle de la Tour d'Auvergne, donde murió, fué conducido al cementerio de Clichy.

El cortejo fúnebre, constituído por sus amigos políticos y particulares, fué presidido por Salmerón, Estévanez y Rubaudonadeu.

Allí estaban también Ernesto de la Guardia, gran amigo de Ruiz Zorrilla, cuya confianza en absoluto poseía; Rubén Landa, ya conocido de mis lectores por su activa intervención en lo de Badajoz; Estanislao Arizmendi, joven entusiasta que á

consecuencia de sus escritos en la Prensa tuvo que ganar la frontera, como José Miralles, redactor de *El Porvenir*, conocido entre la gente del oficio como uno de los más hábiles é inteligentes; el catedrático ilustre Sr. Tarazona, que jamás se separó de Ruiz Zorrilla; Octavio Solís, escritor distinguido; Soldevilla, que sufría la pena de destierro por su famoso libro sobre Santa Teresa de Jesús; Ricardo López, á quien ya me he referido en otros capítulos; Ginard de la Rosa, que iba y venía cuantas veces era necesario, para desempeñar las comisiones que á su lealtad y consecuencia confiaba Ruiz Zorrilla, y por último, el Capitán de Caballería del regimiento de Santiago sublevado en Badajoz, Mariano de la Red, que contribuyó mucho á la preparación del movimiento revolucionario de Abril de 1884, por indicación de mi excelente amigo Ernesto de la Guardia, quien justamente le consideraba con las condiciones de capacidad y de valor que son necesarias para ciertos encargos.

La Red salió para la frontera con instrucciones verbales y pliegos de mucho interés para los más comprometidos en aquel movimiento revolucionario.

Se despidió de la casa de huéspedes en que vivía, diciendo que tenía que asistir á un compañero enfermo, y donde realmente se trasladó, para emprender el secreto viaje, fué á la casa de Arizmendi, á quien hizo dos encargos: que repartiera por él á los kioscos de París el periódico *La República* (así se ganaba la vida aquel buen correligionario), y que teniendo necesidad de hacer un viaje, dijera á cuantos preguntasen por él lo que quisiera, menos que había salido de París.

A las cinco y media de la mañana se despidieron los dos amigos, y pocas horas después otro emigrado de Badajoz, el Teniente Sr. Maraver, se presentó á Arizmendi preguntando por La Red con gran insistencia y manifestando deseos de verle sin pérdida de tiempo.

Creyó Arizmendi, aunque Maraver era de confianza, que había dejado de ser secreta la marcha de La Red, y sin perder momento corrió á la Avenida Víctor Hugo, donde vivía Ernesto de la Guardia, para comunicarle sus sospechas.

La Guardia hizo escribir una postal rogando á Maraver que aquel mismo día, á las seis de la tarde, se presentara en su casa, á la que también concurriría Arizmendi, y resultó lo que era de esperar.

La policía, en su forma propia, en la de mujer, había descubierto que La Red no estaba en París.

Sin embargo, Maraver quedó convencido de que la señora policiaca estaba equivocada cuando se le dijo que un rico americano le había nombrado jefe de sus caballerizas.

Desgraciadamente, fué inútil aquel viaje, que se relacionaba con la entrada del infeliz Mangado en España.

Esta vez la traición se interpuso.

Un sujeto se entendía con los revolucionarios llamándose León María Calvo, y con el Gobierno con el nombre de C. Alvarez Utrilla.

Este infame tenía en Orán el encargo de recibir ocumentos importantes para transmitírselos á ;cequiel Sánchez, quien por urgencias del moento había salido para una de las plazas fuertes

del litoral de Levante. Aquellos papeles, que señalaban el 27 de Abril para un movimiento revolucionario en Aragón, Navarra, Cataluña, Galicia y algún otro punto de la costa levantina, llegaron á manos del Gobierno antes que á las de la persona que debía recibirlos, y como tales órdenes no circularon, nadie se movió, y Mangado entró en España casi con la seguridad de que nadie le apoyaría.

Y digo esto, porque algo extraño pudo advertirse en el Centro revolucionario después de salir Mangado de Ginebra para Angulema, donde se le unieron el Alférez D. Vicente Díez, el sargento primero, Pedro Ramos, dos cabos y once carabineros más, cuyo algo le advirtió en San Juan de Pie del Puerto D. Pascual Millán, republicano de significación en nuestro partido y conocedor de aquellos trabajos por haber intervenido en ellos muy directamente.

Por desgracia, no hizo caso Mangado de aquella advertencia. Lo prudente hubiera sido detenerse en la frontera para *oir el ruido*, y así se lo aconsejó Millán; pero no suele ser la prudencia patrimonio de los temperamentos exaltados, y cediendo á los impulsos del valor, casi estaría mejor dicho de la temeridad, el día 28 de Abril pasó la frontera; cerca de Valcárlos, sorprendió á los carabineros que allí estaban prestando servicio y armó... á su pequeño ejército invasor. ¡Quince hombres tan valerosos y tan decididos como él!

La misma naturaleza parecía señalarle el riesgo.

Densísima niebla cubría la cima de los montes y la nieve fría azotaba el rostro de los valientes expedicionarios.

Así continuó Mangado su penosa marcha hasta Orbaiceta, donde pernoctó.

Al día siguiente, antes de las nueve de la mañana, se dirigió á Burguete, donde esperaba que se le unieran algunas fuerzas, que él mismo había comprometido.

Tenía completa confianza en ellas, y esta confianza fué su perdición.

Avanzaba pie á tierra porque el frío era intenso, llevando á muy poca distancia dos hombres en vanguardia, quienes al cruzar el monte de Navala advirtieron á través de la espesa niebla, que una columna se les venía encima.

—Adelante—gritó Mangado, cuando le señalaron el peligro;—son de los nuestros. ¡Viva la República!

Pero este grito obtuvo por contestación algunos disparos que instintivamente fueron correspondidos con otros por la fuerza de Mangado.

—Alto, no tirar—gritó éste á los suyos, mientras que sereno y confiado avanzaba hacia los otros, para decirles:

—Soy yo: Mangado.

¡Inútil empeño el del valeroso republicano!

O no eran aquellos los amigos que esperaba, ó si lo fueron habian dejado de serlo.

Su pequeña tropa obedeció; pero entretanto la columna enemiga se había desplegado en lo posible, y avanzaba haciendo fuego.

Apercibióse entonces para el combate de uno contra diez el insigne Mangado, y blandiendo el revólver á la cabeza de su pequeña tropa:

—¡Fuego!—gritó con acento desesperado.

—¡Fuego!—repitieron los ecos de los montes, y allá, sobre la cumbre del Navala, se entabló una

lucha desigual, violenta y horrible, digna de la epopeya.

La columna que mandaba el Comandante señor Sos, componíase de una compañía de Carabineros y una sección montada de la Guardia civil, á cuyo Instituto pertenecía también aquel jefe.

La lucha llegó á entablarse cuerpo á cuerpo, y el puñado de valientes que dirigía Mangado no cejaba.

Isidoro Duro y José Hurtado dieron allí su vida; Ceferino Carrasco y Francisco Coll quedaron heridos; tres fueron hechos prisioneros, y Donato Encage desapareció en un precipipio luchando á brazo partido con uno de sus adversarios.

De quince, contando entre ellos un Oficial, que habían pasado la frontera, ocho estaban fuera de combate al poco tiempo.

Mangado, dentro de un circulo de fuego y de hierro, vendía cara su vida. A un carabinero que se lanzó sobre él para sujetarle, le dió muerte con el revólver, pero al fin sucumbió.

Eran las once de la mañana. No sé si el sol rompería la niebla para presenciar la muerte del héroe; pero sí sé que no fué aquella una muerte obscura, sino digna de ser iluminada con rayos de gloria.

Después... unos descansaban sobre las armas victoriosas á la vista de los muertos, heridos y prisioneros, y otros desaparecían entre aquel laberinto de montañas buscando la frontera.

Pero esta tentativa revolucionaria debía ser más sangrienta.

*
* *

No sé qué error, parece que no puede atribuirse

á otra cosa, indujo al Comandante del batallón de Depósito de Santa Coloma de Farnés, D. Ramón Ferrández, y al Teniente del mismo Cuerpo, don Manuel Bellés, á abandonar su puesto en la madrugada del 27 de Abril; esto es, un día antes de atravesar la frontera el infeliz Mangado.

Era su propósito dirigirse á Gerona, donde es de suponer que hubiera fuerzas comprometidas; pero antes de llegar debieron enterarse de que las precauciones tomadas por el Gobierno á consecuencia de la ya referida delación, imposibilitaban el movimiento revolucionario, é intentaron ganar la próxima frontera.

Ya la tenían casi á la vista, cuando les alcanzó una columna mandada por un Coronel y les hizo prisioneros.

Me resistiría á creer el mal trato que recibieron aquellos vencidos, si no supiera cuánto ciegan las pasiones políticas, sobre todo cuando se trata de combatir á los republicanos.

Pacece ser, y ni lo afirmo ni lo niego, que al desgraciado Ferrández le fueron arrancadas violentamente las divisas de su empleo, con las cuales podía ser fusilado, con arreglo á la ley. No de otra manera murió el valeroso General León y tantos otros militares, víctimas de nuestro estado de perturbación política.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que Ferrández y Bellés fueron conducidos á Gerona, que allí comparecieron ante un Consejo de Guerra y que éste no consideró el delito digno de la última pena.

Y fué justo.

Ni Ferrández ni Bellés se habían sublevado.

Pudo ser ese su intento; pero las intenciones no sirven de base á la justicia para dictar sus fallos. El único delito de aquellos Oficiales fué abandono de su puesto, complicado, eso sí, con los acontecimientos de Navarra, ya descritos.

No conforme el Capitán General con aquella humana sentencia, pasó la causa al Consejo Supremo, y ¡oh contradicción digna de ser registrada!

Generalmente, estos altos Cuerpos ajustan su criterio, en caso de duda, á la benevolencia. Pero en éste no sucedió así, y el 28 de Junio del mismo año 1884 Ferrández y Bellés fueron fusilados en Gerona.

Reinaba D. Alfonso XII y era Presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Cánovas del Cástillo.

No he de hacerme cargo de cuanto entonces se dijo con motivo de aquel tremendo fallo. Ni siquiera atribuiré á un grave disgusto habido en altas esferas, la muerte casi repentina de un General ilustre.

Algún día, con datos más completos y mayor libertad para escribir, podrá saberse todo.

La política contemporánea siempre aparece cubierta de sombras.

No terminaré este capítulo sin decir que la revolución sufrió un terrible golpe y que el abismo de que nos habló Castelar apareció otra vez, pero en esta ocasión teñido en sangre.

Y, desgraciadamente para todos, lo mismo para los de un campo que para los de otro, no había de ser la última.

*
* *

Tampoco en esta ocasión permaneció quieto don Manuel.

En Ginebra burló la vigilancia de la policía; entró en Francia, á pesar de la prohibición de aquel Gobierno, y se estableció en Montpellier, donde le esperaba un político francés, gran amigo suyo, que luego llegó á ser Ministro de la República.

Como D. Manuel no podía hospedarse en una fonda sin correr el riesgo de ser conocido, aquel hombre político se instaló públicamente en la casa de un Diputado amigo suyo, que por cierto estaba vacía, y á ella condujo á D. Manuel con el mayor sigilo.

La casa no tenía más que dos habitaciones amuebladas: una alcoba con una cama pequeña y un gabinete con una mesa, un sofá y algunas sillas.

D. Manuel, á instancias reiteradas de su amigo, ocupó la cama, y el *casi ministro* durmió varias noches, vestido, en el sofá.

Allí estuvieron leyendo con avidez los periódicos, único medio de que disponían para estar al tanto de los asuntos revolucionarios.

D. Manuel se proponía entrar en España por Perpignan si la revolución estallaba en Cataluña, ó por la provincia de Huesca, á donde debía dirigirse Mangado desde Navarra.

Al cabo de algunos días de crueles incertidumbres, un periódico de Perpignan llevó á Montpellier la noticia del fracaso; pero la comunicó con tales reservas, que fué necesario esperar otro día para tener certeza de lo ocurrido.

¡Veinticuatro horas de angustia para D. Manuel, al cabo de las cuales se confirmó el desastre! ¡Mangado había muerto!

Al adquirir la certidumbre de aquella gran desgracia sufrió D. Manuel un ataque que puso en peligro su vida, y temiendo su amigo por ella, decidió llevarle á París, donde le sería posible permanecer oculto algún tiempo y reponerse de tantas fatigas morales.

En efecto, viviendo en Francia tendría por necesidad que evitar todo contacto con los políticos españoles y podría seguir los consejos facultativos.

Un mes permaneció atendiendo á su salud en la casa de un amigo español, sin recibir más visitas que la del médico. Su única distracción era pasear por el hermoso jardín de aquel obligado refugio.

Al cabo de dicho tiempo se trasladó á Inglaterra, ya porque su permanencia en Suiza hubiera sido tan difícil como lo era en Francia, ya porque se había propuesto no hablar de política, y mucho menos de planes revolucionarios.

Aquel gran infortunio fué para él una constante preocupación y acaso el origen de la enfermedad que poco á poco fué minando su robusta naturaleza, hasta acabar con ella.

Antes de terminar este capítulo diré que en un pueblo francés próximo á la frontera por la parte de Guipúzcoa, fué sorprendido, con las manos en la masa, un espía del Gobierno, que también fingíase amigo nuestro.

Se le ocuparon papeles importantes y una gran cantidad de dinero. Este le fué devuelto; aquéllos están hoy mismo en Madrid y á mi alcance.

Este descubrimiento lo hizo mi buen amigo Juan Manuel Zapatero, quien al hacerse cargo de tal

indignidad, hizo sentir al miserable la fuerza de sus puños.

Hubo conatos de arrojarle al mar; pero no están esas violencias en nuestro carácter.

Ya lo dijo un emigrado nihilista en Ginebra á varios amigos.

Más adelante diré con qué motivo.

CAPITULO IX

La caja de música.—D. Manuel en Londres.—D. Manuel y sus contemporáneos.—Paul y Angulo en París.—¿Quién tenía razón?—Movimiento insurreccional en Cartagena.—Ocasión propicia.—Indulto general.

Ya establecido en Londres, quiso conocer á la esposa y al hijo del infeliz Mangado, y allí estuvieron una larga temporada.

Quiso conocer á Encaje, al rudo carabinero que, luchando cuerpo á cuerpo con otro, rodó á un precipicio en los montes de Navala, é hizo de él su criado favorito.

Una caja de música que entretenía á Mangado en sus ratos de ocio, la convirtió en una especie de reliquia, que todo el mundo miraba con respeto y á distancia.

Yo ignoraba esto último, y así fué que dos años más tarde, cuando tuve ocasión de verla en París, recuerdo que, solicitado por la curiosidad, la puse en movimiento estando delante D. Manuel.

La caja dejó oir una de sus sonatas.

D. Manuel empezó á escuchar con mucha atención, y al cabo de un momento me dijo con profunda tristeza:

«Esa era la favorita de Mangado.»

Siguió D. Manuel oyéndola con el más profundo

silencio. Yo, arrepentido de mi indiscreción, no sabía qué hacer.

Acaso desde que murió Mangado no había vuelto D. Manuel á oir aquellas notas.

Al sonar la última fijó en mí sus ojos y pronunció estas palabras:

«Cuando me muera, si quieren ustedes convencerse de que no existo, hagan ustedes sonar eso á mi lado: si no me conmuevo, será verdad que he muerto.»

Jamás volví á poner mis manos en aquella caja.

Años más tarde, cuando allá en Burgos le ví extendido sobre el negro ataúd y puse una de mis manos sobre las suyas heladas por la muerte, recordé aquellas palabras. Y recordé también mi larga estancia en París al lado de quien las pronunció; nuestros constantes anhelos; los nombres de los amigos; las visitas no interrumpidas que recibía; la impaciencia con que se esperaba el correo y la actividad con que se contestaba; nuestros viajes; nuestras conversaciones; sus discursos políticos; sus proyectos para el porvenir; aquella vida tan llena de esperanzas como fecunda en desengaños; aquel vértigo inacabable que hacía de las horas minutos; todo un mundo de recuerdos me pareció que á la vista del cadáver desfilaba por mi mente y se desvanecía entre las sombras de un porvenir muy negro, al compás de aquella música misteriosa.

*
* *

Mucho tiempo permaneció D. Manuel en el estado de ánimo á que dió motivo la prematura muerte de Mangado; pero al fin se impusieron á su volun-

tad los deberes de hombre de partido y sus compromisos con la revolución y con la República.

Su larga permanencia en Londres, no fué señalada por ningún acontecimiento político importante.

Puede decirse que aquel espíritu fatigado se reconcentró en sí mismo, y solo se manifestó en la intimidad de la familia.

Allí vivía por entonces Ginard de la Rosa, y éste era quien le ayudaba más asiduamente en los trabajos políticos, que nunca abandonó.

Allí también recibió muchas visitas, entre otras, la de D. Rafael Calzada, español establecido desde los primeros años de su juventud en la República Argentina, donde ha llegado á adquirir gran reputación en el foro y donde ha demostrado también su acendrado españolismo, como propietario y director de *El Correo Español*, de Buenos Aires, y con motivo de nuestras recientes catástrofes.

Algo se dijo en aquella época de un atentado contra la vida de D. Manuel, y recuerdo que él mismo me lo refirió en París, aunque sin darle importancia. Lo que sí recuerdo es que intervino en el asunto la policía inglesa, y que llegó á tomar providencias con algunos españoles sospechosos.

Me habló D. Manuel de esto incidentalmente, recordando la fidelidad y el agradecimiento de aquel hijo del pueblo, de aquel carabinero llamado Encage, á quien me he referido en anteriores páginas.

Llegó á oídos de éste el rumor de aquel intento, y desde entonces se convirtió espontáneamente en guardián de la vida de D. Manuel; pero con tal in-

sistencia, que, como vulgarmente se dice, no le dejaba ni á sol ni á sombra.

Por la noche, recordando sus antiguas costumbres militares, se convertía en centinela del hotel, y cuando D. Manuel salía de casa, seguíale á respetable distancia, sin más arma que un fuerte garrote de que se había provisto. Verdad es que, esgrimido por su robusto brazo, era una sentencia de muerte.

Fué inútil que D. Manuel pretendiera tranquilizarle.

Hombre de cortos alcances, llegó á posesionarse de él la idea de que corría peligro D. Manuel, y no quiso desprenderse de ella.

Pues bien; á pesar de esta adhesión y del buen trato que en la casa recibía, no llegó á acostumbrarse á vivir en las nieblas londonenses, y convencido de esto D. Manuel, persuadido de que aquel hombre, casi primitivo, echaba de menos la la luz y los aires de la Patria, le dió permiso para volver á ella.

Tendió el vuelo hacia España el águila bravía de los montes de Navala, y nunca tuvo noticia don Manuel de su paradero.

***

Puede decirse que el tiempo de su permanencia en Londres, lo dedicó D. Manuel á la vida de familia casi exclusivamente.

Ya he dicho que después de la muerte de Mangado, en Abril de 1884, se trasladó á Londres don Manuel, y como en Septiembre del 86 estaba de regreso en París, poco más de dos años duró su residencia en la capital de Inglaterra. Ahora diré

que supo aprovecharlos, porque se dedicó con gran empeño á aprender el idioma, llegando á dominarlo casi tanto como el francés, que hablaba con mucha corrección.

Esto, sabido por cuantos vivieron á su lado, destruye otra de las muchas fábulas que corren en detrimento del buen nombre de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Pero se concibe. Así como el largo disfrute del Poder es imán para los aduladores, cuyas especies son tan variadas como sus coros ditirámbicos, así la vida en la oposición y en el destierro desata las más bajas y ruines pasiones de los adversarios.

D. Manuel Ruiz Zorrilla triunfante; desarrollando desde el Gobierno sus ideas políticas; repartiendo mercedes; dueño, en fin, de los destinos de la Patria, ¡quién duda que hubiera pasado á la historia con muy distinto concepto del que impíamente le atribuyeron sus enemigos y perseguidores, más envidiosos que justos!

Estoy por decir que no se hubieran contentado con declararle probo, justo, previsor, liberal y patriota, cualidades que había puesto á prueba tantas veces, sino que le hubieran declarado sabio, siquiera no hubiese dejado tras de sí obras monumentales que como tal le acreditaran.

Coloquemos por un momento en la situación de D. Manuel Ruiz Zorrilla á la mayoría de los doctos y concienzudos políticos que han pasado por el Poder en la época á que estoy refiriéndome, y hoy no habría ni rastro de su memoria. Y convengamos también, dejando á un lado la pasión política, considerando la situación del uno y de los otros en su positivo aspecto, que estos últimos sólo han

dejado ó dejarán tras de sí muy penosos recuerdos.

D. Manuel Ruiz Zorrilla era, ante todo y sobre todo, un hombre político, un hombre práctico, que es precisamente lo necesario para ser un buen hombre de Gobierno. Y como no aspiraba á otra cosa, inspirándose para ello en el más puro patriotismo; como para la política había nacido, según otros nacen para las artes ó para las ciencias, había cultivado su espíritu, tal vez sin darse cuenta de ello, para armonizarlo con aquellas nativas inclinaciones.

Por eso, entre sus libros figuraban en lugar preferente los discursos, coleccionados, de los políticos más importantes, así nacionales como extranjeros, empezando por los de D. Emilio Castelar. Por eso, en ese gran libro de hojas sueltas que se llama periodismo, seguía la marcha diaria de la política en todas las naciones, y aprendía á conocer al minuto las aspiraciones y las verdaderas necesidades de los pueblos.

Para realizar los fines á que su propio temperamento le conducía con fuerza tal que en vano hubiera intentado contrarrestarla, tenía condiciones suficientes.

Además manejaba bien el propio idioma, conocía á fondo el francés y el inglés y le eran familiares nuestros clásicos antiguos y modernos.

Dotado de una memoria feliz, en más de una ocasión le oí recitar grandes tiradas de versos de los más renombrados poetas, sin excluir á los latinos.

Pero he de advertir, porque á ello obliga la sinceridad, que D. Manuel, cuando esto hacía por

excepción muy rara, parecíame fuera de su centro y de su natural modo de ser. Lo hacía, tal es mi opinión, así como de pasada, como protesta contra la opinión que algunos tenían de él, y que no le pasaba inadvertida. En tales ocasiones, creía yo encontrarme frente á frente de uno de esos niños que, teniendo fama de traviesos y desaplicados, intentan sincerarse recitando de memoria y con buen sentido las fábulas aprendidas en la escuela.

D. Manuel sólo se mostraba tal cual era cuando hablaba de política y cuando, por profundo convencimiento, del que están hoy poseídos los que entonces le combatían, declaraba que sin la revolución violenta, como precursora inevitable de la que pacíficamente debía desarrollar el Poder republicano, no había salvación posible para España.

Cuando en los últimos tiempos, y á pesar de tantos y tantos desastres, aún hablaba con gran vehemencia de sus proyectos políticos, terminaba con estas tres palabras, que parecían surgir de un fondo de duda y de tristeza:

«¡Allá nos veamos!»

*
* *

Y el tiempo se ha encargado de darle la razón.

Recuerdo que en París recibió la visita de otro político eminente, de D. José Carvajal, y no pudieron ponerse de acuerdo para el hecho revolucionario. Temperamentos pacíficos, casi tanto como los de D. Emilio Castelar, predominaban entonces en el Sr. Carvajal.

Sin embargo, murió conspirando contra la monarquía: murió revolucionario.

D. Emilio Castelar, cuya era esta frase: «Jamás recogeré la República traída por las puntas de las bayonetas», murió solicitándolas para cambiar el régimen que había hecho perder á España 300.000 kilómetros cuadrados de territorio, y con ellos 10.000.000 de hombres.

D. Nicolás Salmerón, cuyos motivos de disentimiento con D. Manuel Ruiz Zorrilla son bien conocidos, está hoy al frente del partido republicano, cuya tendencia revolucionaria se mostró de modo evidente en la memorable Asamblea de 25 de Marzo.

Deduzco de todo lo dicho que D. Manuel Ruiz Zorrilla vivió y murió sin ser comprendido ni conocido de sus contemporáneos.

Achaque es este común á todos los grandes hombres.

Para que en España se conociera á Villamartín, fué necesario que nos lo revelaran desde Alemania.

Y sin embargo, el ejército no le ha erigido estatuas como merecidamente lo ha hecho con el General Cassola, siendo las célebres reformas de éste como un breve compendio de la obra inmortal de aquel insigne tratadista militar.

Y á propósito de Villamartín, he de recordar un interesante episodio de su vida, que demuestra lo que acabo de decir.

Era republicano, y sin hacer alarde de sus ideas políticas no dejaba de darlas á conocer cuando era oportuno.

Sin embargo, prendado del escritor el Marqués de Novaliches, le llevó á su lado como Ayudante y con él asistió á la batalla de Alcolea.

Pues bien; el insigne poeta D. Adelardo López de Ayala, cuyas ideas políticas eran monárquicas, redactó desde el campo revolucionario la intimación que el Duque de la Torre hizo al Marqués de Novaliches para que su ejército fraternizase con el sublevado, evitando así derramamiento de sangre, y la contestación negativa del Marqués de Novaliches fué escrita por el republicano Villamartín.

Sin embargo, tal vez pase á la historia con el dictado de monárquico.

Tampoco D. José Carvajal fué tan conocido y apreciado como en rigor merecía.

Era, según mi juicio, orador tan correcto como Castelar, y acaso más profundo, porque poseía más sólidos conocimientos en todos los ramos del saber humano. Como político hábil tampoco desmerecía al lado de aquél. Dígalo el tacto con que, siendo Ministro de Estado, resolvió decorosamente el conflicto con los Estados Unidos, á consecuencia del apresamiento del *Virginius*.

Ha pasado á la historia el invicto Espartero como caudillo de la libertad; y Narváez, que por sus compromisos políticos llegó á ser jefe del partido moderado, era, en el fondo, más liberal que el héroe de Luchana.

Pero estos errores no están vinculados solamente en España.

Mirabeau tuvo que morirse, para eclipsar á su émulo Barnave en los Estados Generales.

Moreau, General de división á los cuarenta años de edad, con su famosa retirada á lo largo del Rhin y con sus célebres victorias de Inn y de Hohenlinden, llegó á ser el ídolo del ejército y la es-

peranza de la patria. Bonaparte figuraba en segundo término.

En 1798, el juicio público, con absoluta unanimidad, colocaba á aquél muchos codos sobre éste. El error se evidenció más tarde.

Lafont fué preferido á Talma, Proudhon á Racine, Mairet á Corneille, y Talma, Racine y Corneille son los que han pasado á la posteridad.

Quiero decir con esto, que no son siempre acertados los juicios de los contemporáneos.

Por eso dijo el inmortal Víctor Hugo:

«Grandes hombres: si queréis que mañana se os haga justicia, moríos hoy.»

***

Llegó el año 1885, y D. Manuel continuaba en Londres. Tampoco este año fué escaso en acontecimientos de importancia, que no todos conocen.

En aquel año se efectuó en muchos catalanes que habían combatido por D. Carlos una reacción favorable á la causa revolucionaria.

Fué el alma de aquella transformación mi amigo Pedro Martos Anguita, á quien conocí en París el año 1886, como uno de los más leales servidores de nuestra causa.

Perteneció Martos como sargento á uno de los regimientos de Caballería de guarnición en Sevilla, cuando empezó la última guerra carlista, y seducido por los agentes de D. Carlos, desertó y se fué á Cataluña.

Emigrado después, como otros muchos, obtuvo colocación en París en la Compañía Trasatlántica, y entonces trabó amistad con algunos republicanos, y especialmente con la Red y Arizmendi.

En el delicioso parque de Buttes-Chaumont estaban los tres amigos una tarde, cuando Martos, no sólo se decidió por la causa de la República, sino que ofreció poner á la disposición de D. Manuel Ruiz Zorrilla muchos correligionarios suyos catalanes.

En menos de veinte días contestaron más de ciento que estaban prontos, no sólo á dar el grito en la frontera, sino á atraer á su nueva causa muchos carlistas desengañados.

Y así fué.

La Revolución pudo contar siempre con masas muy respetables de antiguos carlistas y republicanos, casi todos con armas. No llegó el caso de utilizar los servicios de Martos y de sus amigos en el campo, pero el iniciador de este movimiento prestó otros muy importantes á la causa republicana.

En el mismo año de 1885 llegó á París Paul y Angulo, tristemente célebre, pues si bien es cierto que los tribunules no llegaron nunca al descubrimiento de los asesinos del General Prim, la opinión pública se fijó siempre en aquel personaje señalándole como uno de los que directa ó indirectamente intervinieron en el sangriento suceso, cuyas consecuencias se han dejado sentir por largo tiempo en la política española.

Paul y Angulo fué á París con el propósito de hacer la revolución de acuerdo con Ruiz Zorrilla, Salmerón, Castelar y Pi. Para ello contaba, según decía, con mucho dinero.

¡Inútil intento!

Tan pronto como llegó á París se avistó con Eloy Perillán y Buxó, antiguo periodista de ideas

muy radicales que á la sazón estaba en la capital de Francia, ó llegó á ella llamado por Paul y Angulo. Lo cierto es que á este Sr. Perillán confió la misión de avistarse en Madrid con Pi y Castelar. Ignoro la contestación que uno y otro darían al embajador; pero deduzco que no sería satisfactoria, como no lo fueron las respuestas que de Salmerón y Ruiz Zorrilla obtuvo el emisario á quien confió el mismo encargo. Estas contestaciones me son conocidas.

D. Nicolás Salmerón se expresó de este modo:

«Siento mucho decir á usted que le participe mi propósito de no asistir á ninguna reunión pública ó privada en que él se encuentre mientras no consiga justificarse ante la opinión de cuanto ésta le atribuye sobre la muerte de D. Juan Prim. Además diré que me molestaría mucho recibir nuevos emisarios suyos.»

El mismo comisionado salió en seguida para Londres, y D. Manuel, dijo:

«Me es imposible entrar con Paul y Angulo en género alguno de negociaciones mientras exista la acusación que la voz pública hace pesar sobre él.»

Mucho disgustó á Paul y Angulo la respuesta de Salmerón; pero más le sorprendió y enfadó la de Ruiz Zorrilla, porque al conocerla dejó escapar algunas palabras gruesas, y paseándose por la pequeña habitación en que se encontraba, exclamó:

«Haré un folleto, un libro, lo que sea menester, algo que demuestre que no fuí quien asesinó á Prim.»

El folleto se publicó; pero sin los suficientes

datos justificativos, según dicen los que lo leyeron.

Poco tiempo después recibió D. Manuel, en Londres, un terrible anónimo que, enviado á París, resultó escrito en letra muy parecida, si no igual, á la de Paul y Angulo.

Este, después de escrito el folleto, se trasladó á Londres, donde murió dos años después.

***

En los últimos días del mes de Abril de 1885 ocurrió en Cartagena un movimiento revolucionario, al que fué completamente extraño D. Manuel Ruiz Zorrilla.

No he de decir quién lo dirigió, sin su consentimiento, aunque me consta positivamente quién fué.

Lo único que diré, con tal motivo, es que allí pereció el General Fajardo y que allí fué fusilado Bartual, uno de los más comprometidos.

Este conato revolucionario, por sus condiciones de aislamiento, hubiera resultado inútil aun en el caso de prosperar.

De todos modos, dignos son de respeto, para nosotros los republicanos, aquellos que exponen su vida por la causa común.

Cierto es que se equivocaron.

¡Pero acaso no nos hemos equivocado los demás!

***

En Londres continuaba D. Manuel cuando falleció en El Pardo D. Alfonso XII, y nunca como en esta ocasión demostraron los partidos republicanos su falta de unidad y su exceso de buena fe.

Los mismos monárquicos creían imposible que el tránsito á una regencia excepcional, por el hecho de no existir ni á quién regentar, se verificara en medio de la más completa calma. Y así sucedió.

Cierto es que D. Manuel, en previsión de aquel acontecimiento, preparó sus medios de acción, pero también es verdad que así los representantes de la política de D. Manuel en Madrid, como otros republicanos de prestigio y altura, separados de él, más que por la distancia material, por diferencias bien conocidas y ya juzgadas, pusieron en manos extrañas los intereses de la República. Esta confianza, verdaderamente ciega, aquietó los ánimos de los más impacientes; dejó escapar el momento crítico, bien aprovechado por los monárquicos para hacer el pacto del Pardo que, afirmando sus posiciones, les permitió proclamar la Regencia, cambiar de política y establecer el turno pacífico por tantos conceptos desastroso.

D. Manuel, alejado de España, *dejó hacer* á sus amigos y á sus afines en política, resuelto, sin duda, á no proceder aisladamente y por cuenta propia en momentos tan críticos para la política republicana.

Seguro estoy de que si estas consideraciones no hubieran influído en el ánimo de D. Manuel Ruiz Zorrilla, en el Sudoeste de España, y con elementos grandes, se hubiera recibido la noticia de la muerte del rey con el grito de ¡Viva la República!

***

El primer Ministerio de la Regencia que presidió el Sr. Sagasta, expidió un decreto de indulto por

causas políticas, y á él se acogieron, previa consulta á D. Manuel Ruiz Zorrilla, la mayor parte de los emigrados, así civiles como militares.

Entre los primeros regresaron á España Arizmendi, Miralles y Soldevilla, y entre los segundos el Capitán La Red y casi todos los Capitanes, subalternos y sargentos complicados en los sucesos ya referidos, excepto los que tuvieron la fortuna de encontrar fuera de la Patria una holgada manera de vivir. Asensio Vega, Foncuberta y algunos más, renunciaron al derecho á morirse de hambre en España, único que generosamente concedía á los militares emigrados aquel acto de magnanimidad realizado por el hombre del 22 de Junio.

La Red se estableció en Madrid en Agosto de 1886, lo que le permitió asociarse con Arizmendi y algunos otros al movimiento de Septiembre del mismo año, que bien merece capítulo aparte.

Desgraciadamente para la causa republicana, murió La Red, en el hospital de la Princesa, el 30 de Enero del año siguiente, en los brazos de su esposa y de su íntimo amigo antes citado.

Casi todos los periódicos republicanos de Madrid dedicaron sentidas líneas á la muerte de aquel gran patriota, y uno de sus compañeros de emigración, el Sr. García Goyena, tan modesto como ilustrado, porque ha sabido ingresar por oposición en otra carrera, le dedicó en *Las Dominicales* un bien escrito artículo necrológico.

El entierro civil de La Red lo costeó el Casino Republicano Progresista.

Las cuatro cintas que pendían del féretro fueron llevadas por los Sres. Chies, Arizmendi, Re-

venga y García Goyena, y además asistieron al fúnebre acto los Sres. Sardá, López y López (don Eduardo), el Teniente coronel Sr. Magallón y gran número de socios del Casino Republicano Progresista.

Decía el Sr. García Goyena en su citado artículo:

«La Red tenía la sencillez del niño y la fortaleza del héroe.»

Y aunque valga poco mi juicio, comparado con el de mi buen amigo García Goyena, diré que tenía razón al juzgarle así.

CAPITULO X

El sello republicano.—En la pendiente.—Preliminares del 19 de Septiembre.—A las tres de la tarde.—Momento crítico.

Muy personal tendrá que ser esta parte de mi relato, porque ha de contraerse á sucesos que me atañen; pero procuraré ser breve.

Partidario de la revolución de Septiembre, según consta en mis escritos de entonces, y muy especialmente en el semanario militar que fundé en 1869 y que refundí ocho años más tarde en *La Correspondencia Militar*, también por mí creado, seguí con vivo interés y entusiasmo aquel período de nuestra política.

Y por cierto que entonces intenté acercarme por primera vez á D. Manuel Ruiz Zorrilla, sin sospechar que, andando el tiempo, había de estar á su lado más de cinco años fuera de España y por una causa que no era entonces ni la suya ni la mía. Era Ministro de Fomento; tenía yo ciertos agravios de la revolución, y fuí á su casa provisto de una carta que me dió D. Pedro Solís, muy amigo de Ruiz Zorrilla y padre de Andrés, que luego fué director de *El Progreso*.

No estaba en casa el Sr. Zorrilla, y como el unto era poco importante, tampoco volví á vitarle.

Referido este incidente, volveré á mi asunto.

Confundido en el numeroso grupo que rodeaba el Congreso la tarde del 11 de Febrero de 1873, oí al Sr. Figueras, subido en una de las ventanas bajas de la calle de Florín, decir al pueblo:

«Saldremos de aquí con la República ó muertos.»

Tales ó muy parecidas fueron las últimas palabras de su discurso, acogidas con vivas entusiastas por cuantos las oíamos.

Desde aquella tarde senté plaza de republicano, y á nadie le oculté mi filiación, con tanto más motivo cuanto que la República fué el Gobierno que más legalmente se ha constituído en España.

Así ocurrió que, cuando el General D. Fernando Pierrard recibió á los jefes y oficiales empleados en el Ministerio de la Guerra y respondió al discurso de presentación que le dirigieron declarando á todos cesantes, varios amigos pensaron en mí para ocupar una de las plazas que resultaron vacías.

En ello insistió mucho el Coronel López Carraffa, y aunque me negué, porque nunca fué grato para mí el trabajo de oficinas, no lo hice sin afirmar á aquel buen amigo que mi actitud no obedecía á disentimientos con la nueva forma de gobierno.

Poco tiempo después, bajando una tarde por la calle de Alcalá, volví á encontrar á Carraffa, que salía del Ministerio, y parándome, me dijo:

«Entre otros ascensos, hoy ha firmado el Ministro el de usted á Comandante.»

Me sorprendió la noticia.

Me habían promovido á Capitán en el reinado de D. Amadeo, en recompensa de una obra que

escribí con motivo de la guerra franco-alemana, y no me parecía bien obtener el siguiente empleo, por alto y con causa menos justificada, porque aquellos ascensos tenían la coleta siguiente: «Por sus servicios prestados á la causa y advenimiento de la República». Y, la verdad, ni yo ni nadie habíamos prestado tales servicios.

El caso es que me faltó valor para rechazar aquella ventaja, y puse como única condición ir á campaña para justificarla, ya que no en la hoja de servicios, ante mi conciencia militar.

Y á campaña fuí, y justificada resultó, porque á los tres años de guerra, habiendo asistido á muchas acciones importantes, volví á la vida de guarnición con el mismo empleo. En cambio, todos los Comandantes de mi regimiento habían ascendido á Coroneles, con lo que quiero decir que fuí objeto de una indirecta postergación por mis antecedentes republicanos.

Verdad es que en todos mis actos procuraba demostrar que los merecía, conducta no imitada por todos los que con ellos fueron á campaña.

Por ejemplo: encontrábame destacado en Alberite con dos escuadrones, cuando una noche me llamó el Teniente coronel del regimiento para decirme:

—He recibido esos paquetes de impresos —señalando algunos que tenía sobre la mesa—y no he tenido tiempo para enterarme bien de lo que dicen. Véalos usted.

—¡Que no se ha enterado usted!—le dije después de leer uno de aquellos documentos.

Y con la mayor indiferencia contestó negativamente.

—Pues se trata de una proclama alfonsina.

—¿Qué me dice usted?—replicó haciéndose el sorprendido.

Es de advertir que mi interlocutor era, ó parecía ser, tan republicano como yo.

Después, como quien no dice nada, me dirigió esta pregunta:

—¿Y qué le parece á usted que hagamos con esos papeles?

—Esto—le contesté, haciéndolos pedazos y tirándolos por el balcón.

Ni remotamente sospeché que trataba de conocer mi actitud.

La suya estaba ya definida. Había vuelto la casaca, como vulgarmente se dice, y estaba entregado en cuerpo y alma al Coronel alfonsino de toda la vida. Aquella conspiración cundió rápidamente en todo el ejército del Norte; pero á mí nadie volvió á hablarme de ella.

Lo que hice fué, cuando ya era inminente la proclamación de D. Alfonso, presentarme al General Pieltain, que estaba en Logroño, para reiterarle mi adhesión á la causa republicana y mi propósito de defenderla con la fuerza que tenía á mis órdenes.

Como consecuencia, cuando el Coronel de mi regimiento me ordenó proclamar á D. Alfonso, me dí de baja por enfermo, entregué el mandó á un Capitán y obtuve una licencia para descansar al lado de mi familia, cuya licencia temporal utilicé para presentarme en Madrid á los republicanos.

En efecto, fuí á la casa de D. Emilio Castelar, y como me dijeran que no estaba en Madrid, me di-

rigí á la de D. Estanislao Figueras, ante quien hice nueva profesión de fe republicana.

El Sr. Figueras me aconsejó que volviera á mi destino, como lo hice después de terminada mi corta licencia.

Y pude hacerlo sin dificultad, porque los oficiales de mi regimiento, alfonsinos en su mayor parte, creo que en su totalidad, aplaudieron mi conducta. Tan es así, que en un café que había en la casa donde yo me alojaba en Alberite, celebraron bebiendo champagne el triunfo de sus ideas y me invitaron á bajar, lo que rehusé agradeciéndolo, porque decorosamente no podía yo participar de aquella fiesta. Mas como insistieran diciendo que se proponían brindar conmigo, no por D. Alfonso, sino por el regimiento, bajé, bebí con ellos una copa y volví á mis habitaciones.

Por esto, cuando salí desde Alberite para tomar el tren en Logroño, todos me acompañaron á caballo hasta la estación, y en ella me despidieron, diciendo: «Hasta la vuelta».

De este modo fuí republicano, y mientras muchos favorecidos como yo por la misma causa, no con un empleo, sino con dos ó tres, cuando vino la restauración se apresuraron á quitar aquella *mancha* con el barniz de la intriga; yo la dejé intacta y en mi hoja de servicios me acompaña siempre, como pregón de mi republicanismo.

Sabido ya cómo fuí republicano, diré cómo fuí revolucionario.

***

El hombre máquina que discurre por cuenta de otros, me ha parecido siempre la negación del hombre mismo.

Por esto he creido que el militar puede tener ideas políticas, en contraposición á los que opinan lo contrario, bien entendido, como dicen los franceses, que los que esto creen, por regla general, son los reacionarios. Cómoda manera de razonar, porque así resultan pecadores los que tienen ideas liberales más ó menos avanzadas, é incólumes, puros como blancas palomas, los que profesan ideas del siglo XV.

Ahora bien; que aquellas ideas se exterioricen, rompiendo los lazos de la disciplina, es cuestión muy distinta, que no he de tratar aquí.

Sólo diré, como de pasada, que cuando el ejemplo de la indisciplina en todos los órdenes de la vida social viene desde arriba, puede disculparse que de vez en cuando se revuelvan y subleven los de abajo.

Conocidos mis antecedentes, claro es que había de ser solicitado por el partido republicano, y lo fuí.

Por lo pronto, un furioso revolucionario de entonces, que concluyó su vida siendo Gobernador alfonsino, me presentó al General Acosta y luego á los Brigadieres La Guardia y Mariné, que por entonces se ocupaban más en sumar adeptos que en trabajos revolucionarios.

Estos empezaron después, y cuando empezaron yo no tenía mando de armas, y nadie contó conmigo para que me sublevara, ni yo pensé que esto pudiera ocurrir.

Mantuve, sí, ciertas relaciones platónicas con mis correligionarios y hasta con el mismo Ruiz Zorrilla, de quien recibía afectuosas cartas antes de los sucesos de Septiembre de 1886.

En este año era representante militar de don Manuel, un Jefe militar que hoy figura en las huestes monárquicas, con asiento en el Senado, á quien llamaré A. porque tendré necesidad de citarle algunas veces.

Preparábase entonces el citado movimiento, y llamándome cierto día sostuvimos en substancia el siguiente diálogo:

—¿Conoce usted al Capitán B.—también hay que llamarle de alguna manera,—que está de guarnición en Alcalá de Henares?

—Sí, señor; y es más, tengo con él gran confianza desde hace años.

—Pues puede usted prestar á la revolución un gran servicio.

—Usted dirá.

—Ese señor, después de haberse comprometido conmigo, hace tiempo que no contesta á mis cartas, y como es un elemento casi indispensable, quisiera que usted averiguase las causas de su retraimiento.

—Lo haré.

Escribí á B. diciéndole que cuanto antes viniera á Madrid para almorzar conmigo, y no se hizo esperar.

La explicación que me dió, fué la siguiente:

—Es cierto lo que dice A.; pero observo poca formalidad en los trabajos y he resuelto no hacer nada.

—En tal caso—le contesté—debes decírselo, para que sepa á qué atenerse.

Accedió á mi indicación, y al poco rato dije á .. que B. no tenía inconveniente en verle y irle.

—Pues esta tarde á las tres, en la Sección tercera del Congreso.

Acudimos puntualmente, y mediaron explicaciones. A. trataba de reconquistar á B., pero éste se batía en retirada, cada vez aumentando el aire. En vano A. agotaba todos los recursos de su fantasía, que son grandes.

—Pídame usted lo que quiera; dígame usted qué garantías necesita; para todo estoy autorizado y á todo llegaré, antes que se destruya una combinación que puede darnos el triunfo—llegó á decirle.

B. vaciló, y después de un momento de pausa, dijo:

—Sólo quiero una cosa.

—Concedida.

—Que este amigo—señalándome á mi,—en quien tengo completa confianza, se ponga al frente de las fuerzas que tengo comprometidas.

Nuevo momento de pausa: A. me interrogaba con la vista. Dependía de mi contestación, ó parecía depender, el triunfo de mis ideas políticas, y dije:

—Pues si esa es la dificultad, ya no existe.

Y así concluyó la entrevista, con gran satisfacción del Sr. A.

He aquí cómo sin persalo, ni casi quererlo, resulté dentro de la actividad revolucionaria.

Lo que menos se me pudo ocurrir es que B. dijo aquello para salir del paso.

Adelantado en mi carrera, bien establecido en Madrid, con una posición particular creada en fuerza de trabajo y de años, debió suponer que yo no era capaz de comprometerlo todo en empresas políticas.

B. vino á la revolución con reservas mentales.

Yo, desde aquel momento, me consagré á ella con alma y vida.

Así creo que resultará de la narración de lo ocurrido desde entonces hasta la noche infausta del 19 de Septiembre.

*
* *

Ya en mi casa, después de la entrevista con A., empezamos á trazar nuestro plan de campaña.

B. puso como condición precisa para cumplir su palabra, un imposible ó poco menos. Secundaría la sublevación de Madrid tan pronto como estallara; pero había de ser yo precisamente quien por telégrafo le dijera que estaban las tropas en la calle.

—Sólo en tí tengo confianza—me decía;—y si alguien, en asunto como este, me engañara, ten por seguro que le pegaba un tiro.

—Este hombre no te engaña—me dijo una persona que asistía á estos preliminares.

Yo, aunque lo del tiro podía parecer una alusión, no me dí por entendido. Al contrario, me pareció muy bien aquel rasgo de varonil energía.

—¿Y cómo voy á estar aquí para avisarte, y allí para lo convenido?—repliqué.

Por fin, después de dar muchas vueltas alrededor de este imposible, convinimos en que al recibir mi telegrama vendría sobre Madrid con sus fuerzas, y yo saldría á su encuentro por el ferrocarril.

Luego se verá cómo salí al encuentro... de un desengaño espantoso.

Poner un telegrama como éste: «María dió á luz sin novedad», que fué el convenido, era fácil. Pero,

¿y lo otro? Casi, casi tocaba en los límites de la odisea. ¡Preparar en Madrid un tren especial á viva fuerza!

Mientras llega el momento de referirlo, diré algo acerca del origen de aquella tentativa.

Obra de la coalición republicana que existía entonces, fué el movimiento de 19 de Septiembre de 1886.

Sobre este punto, muy discutido ya, hace fe la carta que publicó *El País*, suscrita por el General Villacampa en el presidio de Melilla, y en corroboración de cuanto en ella decía, copiaré unos párrafos de otra particular del mismo Villacampa, dirigida á un amigo mío.

Dicen así:

«No me ha valido querer callar.

No pude consentir que la prensa realista me insultara continuamente, y que algunos llamados republicanos hicieran poco menos, llamando noche luctuosa á la del 19 de Septiembre.

Tampoco mi honor me permitió guardar silencio cuando trataron de hacer creer que sólo nuestro partido inició aquel movimiento, faltando á los demás, y de ahí mi carta del 16 á *El País*, que ha puesto el sello á la cosa, dejando á nuestro partido en el lugar digno que le corresponde, y probando que nosotros no acometimos una empresa aislada, que no hacíamos una calaverada, ni una jugada de Bolsa, como alguno se atrevió á decir.

¡Cuánto más hubiera dicho! Pero no es oportuno.

Una cosa me consuela, y es que el clima y mi enfermedad me matarán; mas usted conoce y sabe cuáles son mis deseos, y como joven vivirá y podrá cumplirlos.»

Lo que ocurrió fué que todos los que constituían la junta revolucionaria habían salido de Madrid, no por falta de interés político, sino porque no creian en la proximidad de un movimiento, intentado ya muchas veces y aplazado otras tantas.

El caso es que de palabra, y más me inclino á creer que por medio de un volante, se autorizó al General Villacampa para que procediese con entera libertad, de donde resultó que en rigor no ordenó el movimiento la junta reunida en pleno, sino la persona debidamente autorizada por ella, lo que es equivalente.

Y ahora pregunto: ¿se hubiera eludido del mismo modo la responsabilidad en el caso de habernos favorecido la fortuna?

En tal estado las cosas, nos reunimos una tarde á eso de las dos en la redacción de *El Progreso* los Generales Merelo y Villacampa, Andrés Solís, director de aquel periódico, y yo.

Desde luego puso el primero algunos reparos, no porque faltaran elementos, sino por ser Madrid el punto elegido para iniciar. Y cierto es que expuso en defensa de su opinión muchas y muy sólidas razones. Pero, ya porque le convencieron las vehementes de Villacampa, ya porque no se atribuyera á exceso de prudencia su actitud, dijo que se ponía á las órdenes de su compañero, aunque éste era de menor graduación, en cuanto se refiriese á los preparativos, cuya dirección le dejaba íntegra, como más conocedor de las fuerzas con que contábamos, tanto en Madrid como en sus cantones, así como se reservaba el derecho de tomar el mando de todas cuando se reunieran.

Colocada la cuestión en este terreno, se convino

en que Villacampa, por el pronto, se pondría al frente de las fuerzas de Madrid y Merelo al de las de Alcalá de Henares, y algunas otras también comprometidas fuera de la capital, y que no cito porque la prudencia impide decir cuáles eran.

Recuerdo, como si lo viera, que Solís se levantó en el acto, sin decir una palabra, y se dirigió al teléfono.

—¿Qué se le ocurre á usted?—le pregunté.

—Pedir un billete á la Dirección del Norte, porque esta misma tarde saldré de Madrid para comunicar á D. Manuel lo convenido por ustedes.

D. Manuel estaba en París.

Cuando el movimiento se preparó algunos días antes del 19, el General Merelo estuvo oculto en Meco resuelto á cumplir lo ofrecido. A mí nada se me dijo y permanecí en Madrid.

Pero aquel intento se aplazó hasta el 22 y luego se adelantó al 19, y entonces Villacampa prescindió de Merelo y contó conmigo, si es que no quiso prescindir de uno y de otro, como diré luego.

¿Qué causas le obligaron á adelantar la fecha? Hay una que corre como muy válida entre los iniciados en aquel movimiento, pero no tengo la seguridad de su certeza.

¿Por qué prescindió del General Merelo?

Supongo que á ello contribuiría la exigencia de B. El disponía, al parecer, de las fuerzas de Alcalá, y estaba resuelto á no ponerlas más que á mis órdenes.

Como se irá viendo, lo que quería era no ponerlas á las órdenes de nadie; porque entre un General, de historia revolucionaria, y yo, Comandante desconocido en ese género de campañas, la elec-

ción no podía ser dudosa, aunque sólo se tuviera en cuenta la importancia que daría al acto el hecho de ponerse al frente un General.

Por cierto que el General Merelo sospechó que yo le había *quitado* el mando, y se disgustó conmigo.

Lo que le quité de encima fué una larga emigración.

Luego supo la verdad, y se convenció de que no tuve arte ni parte en aquellos manejos.

*
* *

Pensando en todo esto, allá en mis años de emigración, llegué á formar este juicio: Villacampa resolvió ir al movimiento sin contar con más fuerzas que las de Madrid.

He aquí el fundamento de esta sospecha.

Salí de mi casa á las doce de la mañana del 19, encontré á un amigo y me dijo que la revolución se iniciaría aquella noche.

—No puede ser—le contesté.

—Ahora mismo conferencia sobre ese asunto el General con varios amigos—me replicó; y como aquellas reuniones solían verificarse en una sastrería de la calle de Preciados, que ya no existe, y por eso la nombro, á ella me dirigí.

Mi amigo tenía razón.

A Villacampa no le sorprendió mi llegada, porque según dijo me había mandado llamar. Ni antes ni después, recibí aviso alguno.

Desde la sastrería nos dirigimos á una casa óxima, y allí acudieron: el Capitán Caicedo, re:esentante de Baleares; el Capitán Casero, de

Garellano; D. Angel Rodriguez Ballesteros, que se había entendido con los sargentos de Caballería de Albuera; el Sr. Soler, Teniente coronel de Infantería de Marina, retirado, que murió al poco tiempo; Ladevese, Gómez y algunos otros, hasta el número de veinte, poco más ó menos. Excepto estos dos últimos y el General, los demás me eran completamente desconocidos. Verdad es que nunca quise asistir á encerronas.

Expuso el General su plan, que en pocas palabras fué el siguiente:

Hora, las diez de la noche.

Punto de reunión, el cuartel de los Docks.

Para que las fuerzas sublevadas se reconocieran, dió una contraseña.

Alguna observación me permití hacer.

Sobre la hora; porque siendo aquel día domingo, la mayor parte de los sargentos no estaría en sus cuarteles (sabido es que los días de fiesta se les da permiso para ir al teatro), y porque siendo ya las dos y media de la tarde, no era posible avisarles.

Casero me contestó que más tarde no podía ser, porque en las horas de la madrugada era mayor la vigilancia de las autoridades; y en cuanto á los sargentos, que habiendo tiempo para avisar á algunos, éstos correrían la voz entre sus compañeros. Caicedo asintió.

Si los que debían sacar los regimientos estaban conformes, nada había que objetar, y callé.

Tampoco me pareció bien reunir las tropas en las afueras, porque era preferible ocupar por sorpresa las posiciones que acaso sería luego preciso ocupar por fuerza; pero no dije sobre este punto

una palabra, porque mi misión estaba fuera de Madrid.

Algo se habló de avisar á los representantes de otros regimientos, pero resolvieron no hacerlo así, por indicación del mismo Villacampa.

Pronunció un breve discurso animándonos á todos, y así hubiera concluído la reunión si un hombre civil, y federal por más señas, no hubiera pedido la palabra para decir que, si fracasábamos, él contaba con medios suficientes para asegurar el triunfo. Añadió que deseaba guardar el secreto de la medicina.

Y lo conservó.

Han pasado muchos años y aún no conocemos aquel específico infalible, antimonárquico.

El mismo día 19, sin duda como consecuencia del viaje de Solís, llegó á Madrid el Sr. Ladevese. Le invité á almorzar en mi casa, aceptó y brindamos con sendas copas de Champagne por el feliz éxito de la jornada.

Por cierto que mandé retirar de la mesa dos botellas, una de las cuales todavía conservo, para que brindáramos con el mismo Zorrilla, si el triunfo de aquella noche le devolvía á la Patria.

¡Ilusiones engañosas!...

Después de almorzar escribí algunas cartas participando, en lenguaje figurado, nuestro proyecto á varios amigos de provincias, y al ir á ponerlas en el correo encontré á Caicedo, que bajaba tranquilamente por la Carrera de San Jerónimo, con un amigo suyo, para darse un paseo por el Retiro. La tarde estaba hermosa.

Le llamé aparte, y muy sorprendido hube de decirle:

—¿Pero cómo está usted tan desocupado?

—Todo está corriente. Hasta la noche—me contestó.

—Bueno—dije, que equivale á *malo* en ciertas ocasiones, y continué mi camino.

***

Antes de las diez de la noche vestí sobre el uniforme un traje de paisano, y salí de mi casa acompañado de D. Julian Sanz, Alférez de Infantería, de un Teniente de la misma arma que estaba en Madrid con licencia y se me había ofrecido, y de un joven natural de las islas Canarias.

Este se agregó á nosotros por la siguiente causa:

Sanz había estado en aquellas islas por disposición gubernativa, como sospechoso de republicano, y en ellas sostuvo relaciones amorosas con una hermana del joven á que me refiero. Vino éste á Madrid poco antes del 19 para examinarse de Alférez de milicias, y me lo presentó como correligionario dispuesto á todo cuanto fuera menester. El simpático joven ratificó lo dicho por Sanz, y añadió que si *ocurría algo* deseaba estar á mi lado.

Se lo ofrecí y le llamé cuando llegó el momento.

Los cuatro salimos de mi casa, é inmediatamente nos dirigimos á la estación del Mediodía.

Conste, pues, á los que aseguran haberme visto en otra parte, que faltan á la verdad.

Todos los pasos que dí desde aquella hora hasta que me ví obligado á emigrar, voy á referirlos uno por uno.

Cuando dieron las once sin que nada anormal hubiera ocurrido, me dirigí sólo hacia Atocha, y en el camino encontré al amigo Cuadra, que ya ha muerto, quien, como yo, estaba poseído de gran inquietud. Nada sabía.

Volví sobre mis pasos y me encaminé hacia el café de Zaragoza, calle de Atocha, donde Cuadra me dijo que Villacampa había establecido su cuartel general.

En efecto, allí le encontré con Ladevese y otros amigos, sentados alrededor de una mesa que hay al pie de la escalera de caracol.

—¿Sabe usted algo?—le pregunté.

—Nada; pero me parece que debemos darlo tódo por terminado y marcharnos á casa.

En efecto, se dispuso á levantar el campo, pero accedió á esperar un rato más.

Me despedí de aquellos buenos amigos y volví á mi puesto.

En el momento de llegar al paseo del Prado, en la misma esquina de la calle de Atocha, oí á lo lejos el grito de ¡Viva la República!

No es posible describir mi emoción.

Por lo menos ya se habían sublevado cuatro batallones y dos escuadrones.

La gente que salía del teatro Felipe y del Hipódromo corría hacia sus casas.

Poco á poco se oían los vivas con mayor claridad.

Luego alcancé con la vista las tropas de infantería y de caballería.

En seguida pude contarlas.

¡Los cuatro batallones se habían convertido en cuatro compañías!

Se me cayó el alma á los pies, y en el acto razoné de este modo:

El movimiento debió empezar á las diez.

Está al caer la media noche.

El resto de la guarnición no ha respondido.

El fracaso es evidente.

Pero tal vez podrá rehacerse la partida si soy más afortunado que mis compañeros de Madrid. No vacilé.

Con mis tres amigos entré en la estación del Mediodía cuando aquella pequeña fuerza, después de recorrer la capital de extremo á extremo al grito de «¡Viva la República!», sólo iba seguida de una turba de chiquillos.

Sin embargo, muchos republicanos de Madrid, que los había, como los hay ahora, muy entusiastas y valerosos, hubieran respondido con voces más varoniles y más enérgicas á aquel grito, con tanta ansia esperado, si alguien les hubiera advertido lo que iba á ocurrir.

Nadie les avisó.

Los que hicieron algo, en la Plaza de Antón Martín, por ejemplo, fué espontáneamente.

¿Qué republicano de altura residente en Madrid tuvo noticia de lo que iba á ocurrir aquella noche?

D. Francisco Pi y Margall.

El General Villacampa, después de la reunión ya referida, comisionó á Casero y á Rodríguez Ballesteros para que le informaran del resultado de la reunión y le anunciaran que más tarde le visitaría él mismo. Así lo hizo.

El General Villacampa, aquella noche, en el café de Zaragoza y delante de todos, me dijo que había conferenciado con el Sr. Pi á la caída de la tarde.

CAPITULO XI

Primeros tropiezos.—En Atocha.—En la estación del Mediodía.—Tristes consecuencias.—Camino de Alcalá.—Retroceso á Vicálvaro.—Más detalles.—En la cama.

El desarrollo y, por consecuencia, el término feliz ó desgraciado de todos los sucesos, especialmente si con la guerra se relacionan, depende casi siempre de lo accidental y lo fortuito.

La piedra que hace descarrilar un tren; la lluvia que azota el rostro; el barranco desconocido que detiene á una tropa; una equivocada confidencia; el fuego que hacen veinte rezagados donde no se esperaba la presencia del enemigo, cualquier detalle en su esencia nimio basta para trastornar las operaciones mejor combinadas.

Y así pudo ocurrir la noche del 19, que si Villacampa, cansado de esperar desde antes de las diez hasta cerca de las doce, se retira á su casa, los pocos que dieron valor á su palabra, hubiéranse encontrado en la calle sin jefe que los dirigiera.

Por fortuna, en medio de tanta desgracia, no fué así.

He dicho sin jefe *que los dirigiera*, y habría sido mucho mejor decir sin jefe de autoridad que respondiese de aquel desastre.

En rigor, nada había que dirigir, porque el mo-

vimiento nació sin vida, y después no pudo fortalecerla, aunque el Gobierno hizo para ello cuanto pudo. He aquí uno de los factores con que previamente no podíamos contar.

En efecto, su pasividad fué tanta, tal su inacción, tan extraordinario su aturdimiento, que Villacampa, con cuatro batallones más, hubiera podido apoderarse de Madrid.

El Gobierno dió tiempo para todo; pero nosotros no teníamos fuerzas para nada.

Como ya se sabe que son muchos los llamados y pocos los escogidos, á nadie sorprenderá esta noticia: tanto en el regimiento de Garellano, que estaba en San Gil, como en el de Baleares, acuartelado en la Montaña, había más elementos comprometidos que los Capitanes D. Carlos Casero, D. Juan Serrano y Teniente D. Felipe González, del primero, y el Comandante Sr. Solano y Capitán Sr. Caicedo, del segundo; pero como éstos fueron los únicos que figuraron en aquellos acontecimientos, para nada tengo que referirme á los demás.

Poco antes de las diez entraban en el cuartel Casero y Serrano. Este con el encargo de sorprender la guardia y aquél con el de formar las compañías, auxiliado por los sargentos, que tampoco estuvieron todos en su puesto. El sargento prime- Eduardo Bernal, muerto después en Cuba con el empleo de Capitán, en documento que tengo á la vista, dice que dos ó tres, *huyendo de la quema*, salieron con permiso para ir al teatro, sabiendo lo que iba á ocurrir.

El Capitán Serrano procedió con tan mala suerte, que en vez de apoderarse de la guardia, resultó

prisionero de ella y fué encerrado en un calabozo, del que salió para ir ante el Consejo de Guerra que le condenó á presidio.

El Capitán Casero subió á los dormitorios y formó sin dificultad las compañías, pero habiendo fracasado el intento de Serrano, claro es que el Capitán de guardia le cerraba el paso y antes de establecer una lucha sangrienta entre compañeros, mandó al Sargento Velázquez que le llevara dos picos del almacén para abrir un boquete en la pared medianera con el local ocupado por el regimiento de Caballería de Albuera.

Esta operación dió tiempo al Capitán de guardia para comunicar á su Coronel y á la plaza la ocurrencia, y como aquél se presentara cuando aún las compañías estaban pasando al cuartel de Caballería, pudo impedir el desfile de algunos soldados y el de la música y apoderarse de una lujosa bandera tricolor.

Casero con cuatro compañías salió á la calle, y en ella se le incorporó el Teniente González, cuya presencia en el cuartel no se creyó necesaria.

Es de advertir que, mientras González esperaba, habló con Caicedo y otro Oficial que se dirigían á la Montaña. Esto, mucho antes de las diez. Pudo, por tanto, Caicedo formar su regimiento y salir antes que Garellano; pero prefirió, á tomar la iniciativa, esperar que saliera el otro. Desconfianza muy frecuente en tales casos. Conviene saber que cuando llegó estaba el regimiento formado y dispuesto á sublevarse.

El retraso inevitable á que me he referido antes aumentó aquella desconfianza, y fué completa cuando oyó el ruido de una descarga que mandó

hacer Casero, con la intención de que produjese el efecto contrario, cuando organizaba su pequeña fuerza frente á la calle de Ventura Rodríguez. En este momento llegó á la carrera un coche de punto, que Casero dejó acercarse suponiendo que conducía á alguno de los comprometidos, y quien iba dentro era un Ayudante de Campo del Capitán General.

Pudo detenerle mi amigo Casero, y acaso hubiera sido conveniente para sostener la incertidumbre de aquella autoridad, que por cierto estaba oyendo tranquilamente una ópera en el teatro de la Alhambra, cuando le comunicaron la noticia de la sublevación.

Casero se limitó, con mucha calma, á decir al Ayudante que había salido del cuartel con su regimiento para proclamar la República. El coche dió media vuelta y se dirigió á la Capitanía General.

En cuanto á Caicedo, lejos de creer que aquella descarga significaba «estoy en franquía», supuso que indicaba lucha y se mantuvo quieto, dando así tiempo para que el jefe del Cuerpo llegase al cuartel.

Explicó su anticipada presencia en él, diciendo á su Jefe que al tener noticia de la sublevación de San Gil, se había adelantado á formar el regimiento para ponerlo á las órdenes de su Coronel.

Es de advertir que el Capitán estaba vestido de paisano, y que su excusa era inadmisible en el terreno militar. Lo cierto, no se sabe á punto fijo.

Sábese que Caicedo no fué perseguido, y dícese que al poco tiempo obtuvo un buen empleo en Fipinas.

*
* *

La fuerza sublevada con el Capitán Casero al frente, se dirigió á la calle de Ventura Rodríguez, donde hizo un pequeño alto con objeto de destacar al sargento primero Bernal, para que con unos cuantos soldados protegiera la salida del regimiento de Albuera. Bernal lo encontró á caballo, y juntos alcanzaron á Casero en la confluencia de la calle de la Puebla con la de Valverde, desde donde continuaron la marcha hasta el cuartel de los Docks, entrando en el Paseo del Prado por la calle de Alcalá. Diré ahora cómo se efectuó la salida del regimiento Caballería de Albuera.

Algunos, con notoria mala fe, me han atribuído la preparación de aquel regimiento para el hecho revolucionario, y no sólo afirman esto, sino que aseguran haberme visto esperando su salida.

Lo uno y lo otro es completamente inexacto.

D. Angel Rodríguez Ballesteros, que había pertenecido al arma de Caballería, fué el único que se entendió con los sargentos de Albuera y él y cinco Oficiales más de la misma arma, vestidos de uniforme, se situaron aquella noche antes de las diez en un garitón que por entonces había frente á San Gil, para esperar la salida del regimiento. Allí estuvieron hasta las once y media, á cuya hora, creyendo el movimiento fracasado, retiráronse á una botica próxima, propiedad de un excelente correligionario, para cambiar los uniformes por el traje de paisano, y allí se despidieron.

Al poco rato, vió Rodríguez Ballesteros á las tropas sublevadas, y sin volverse á poner el uniforme, acudió à su puesto. Se incorporó á Villacampa, y con él siguió hasta el momento de la dispersión.

Muy poco después de llegar los sublevados á los Docks, llegó también el General Villacampa, á quien acompañaban los amigos que con él estaban en el café de Zaragoza. Allí arengó á las tropas, después de montar á caballo, no sin dificultad, porque le dieron uno de resistencia, pero receloso é inquieto.

Un Jefe de caballería y un Capitán de infantería, que Ariza se llamaba, reiteraron al General su ofrecimiento de entrar en el cuartel de los Docks, donde, según ellos, todo estaba corriente.

Allí estaba también, cumpliendo su palabra, el Comandante de Baleares Sr. Solano.

Conviene saber que éste no se puso desde luego al frente del regimiento, porque Caicedo se ofreció á sacarlo del cuartel para ponerlo después á las órdenes del Comandante.

Media hora esperó el General, y viendo que nada ocurría, envió al Teniente González para que se pusiera al habla, si le era posible, con aquellos emisarios. No consiguió esto, pero sin dificultad se puso en comunicación con los de adentro, y al preguntar por qué no salían, le contestaron que esperaban las órdenes del Capitán general (1).

Mandó entonces el Brigadier Villacampa que se intentara forzar á tiros la cerradura de la puerta, y como esto no diera resultado, ordenó el regreso á Madrid, no sé con qué propósito, porque había transcurrido tiempo muy suficiente para que las autoridades se apercibieran á la defensa. Así fué que al llegar los sublevados á la altura de la Basi-

(1) Tomado de apuntes que dejó escritos el mismo Teniente Sr. González.

lica de Atocha, un batallón, creo que de cazadores, rompió el fuego, aunque sin más consecuencias que la muerte de un caballo y algunas heridas que recibieron otros.

Por todos conceptos es inexplicable lo que ocurrió aquella noche.

Podría decirse que en uno y otro campo dirigía el azar las operaciones.

Porque de no ser así, ¿cómo se concibe que después de aquel primer acto de hostilidad penetrara Villacampa tranquilamente en la estación del Mediodía y se posesionara de ella y emprendiera la retirada hacia Vicálvaro, sin que nadie le hostilizase ni le persiguiera?

Aquel ataque de las fuerzas no sublevadas introdujo en éstas cierta confusión, y el Capitán Casero se situó con alguna tropa en el sitio que le pareció más conveniente, no para repeler la agresión, lo que hubiera sido inútil, sino para resguardarla por el momento y esperar. Esto le separó del resto de la columna, que siguió la marcha hacia la estación.

Viéndose aislado y sin conocer el punto á que los suyos se dirigían, dió un rodeo para llegar á los barrios bajos de Madrid que suponía sublevados ó en disposición de sublevarse.

No fué así, y vióse obligado á dispersar su gente y á ocultarse él mismo en la casa de un buen patriota.

Por esto llegó Villacampa á la estación con el regimiento casi en cuadro.

Fué simultáneo lo que ocurrió dentro de la estación y fuera de ella. En lo primero intervine; no así en lo segundo, porque nuestra incomunicación

fué completa desde las doce hasta muy cerca de las dos de la madrugada.

Público es lo que le ocurrió al General Villacampa; pero no todos saben por qué encontró adversarios donde esperaba dar con buenos amigos.

Los que con su inmediata entrada en el cuartel de los Docks ofrecieron á Villacampa poderosos elementos de combate, no cumplieron su palabra; ellos sabrán por qué.

En cambio un subalterno de Administración militar, D. Alfredo Jullher (1), á quien yo no conocía (á los otros sí), no faltó. Y más valiera que hubiese faltado.

Aquí de lo que dije al principio: La lluvia, el barranco, etc.

Antes de las diez se instaló en el cuerpo de guardia que en aquel cuartel tenía y creo que tiene el cuerpo de Administración militar, y pretextando que su propósito era pasar el rato con el compañero de guardia, allí estuvo... esperando los acontecimientos.

Esta prueba de compañerismo, un tanto inusitada á tales horas, no dejó de llamar la atención del Oficial, según el mismo Jullher me dijo, pero como éste hacía una vida un tanto irregular, concluyó por atribuir á una de sus rarezas tan intempestiva visita, y allí permaneció Jullher matando el tiempo con algunas copas de aguardiente que mandó traer, muy á disgusto, por cierto, del Oficial de guardia.

Cuando dieron las diez, y las once, y las once y

---

(1) Ha muerto en Cuba peleando como voluntario, en defensa de la Patria.

media, sin que nada anormal ocurriera, Jullher lo dió todo por perdido, y en vez de despedirse de su compañero con la frase sacramental «Buena guardia», cometió la ligereza de decirle el por qué de su visita.

El Oficial se echó á reir, atribuyendo aquella broma al efecto de alguna copa tomada de más, y se dispuso á terminar tranquilamente su servicio.

Pero apenas había salido Jullher, cuando oyó á lo lejos ese ruido extraño denunciador de todos los tumultos.

—No me engañaba ese... tal—supongo que diría el jefe de la guardia; como supongo también que además de tomar sus precauciones para no ser sorprendido, avisaría á la guardia de Artillería y á dos compañías de Infantería alojadas en el mismo cuartel.

He aquí el principal motivo, á mi entender, de la resistencia que encontró Villacampa.

En cuanto á Jullher, que por cierto iba vestido de uniforme, se agregó á las pocas fuerzas sublevadas que ya avanzaban sobre el cuartel.

La noticia cundió con la rapidez del rayo por aquellos contornos, y no es extraño que al entrar yo con mis tres amigos en la estación del Mediodía, encontrara relativas facilidades para cumplir mi misión. Fueron muchos los paisanos de aquellos alrededores que se pusieron á mis órdenes.

*
* *

Me dirigí al telégrafo, expedí á Alcalá de Henares el telegrama convenido con B., y es más: no me separé del aparato hasta asegurarme de que la

persona á quien iba dirigido lo había llevado á su destino.

A todo esto, la alarma que había cundido por la estación y sus inmediaciones subió de punto, cuando se oyeron algunos tiros sueltos y después descargas cerradas.

Sin preocuparnos los de adentro de lo que fuera ocurría, continuamos nuestra obra; pero ya éramos tres para realizarla, porque el Teniente que me ofreció sus servicios, había desaparecido.

No era labor sencilla preparar un tren especial.

Llamé al maquinista de guardia y le mandé colocar en la vía la máquina que hay siempre preparada en las grandes estaciones; pero el hombre se negó á hacerlo.

Ni mis razones ni mis amenazas le convencieron, aunque unas y otras resultaban fortalecidas por el ruido de la fusilería que oíamos á lo lejos.

Aunque le dije que sería pasado por las armas si no obedecía inmediatamente y, como último argumento, apunté á su pecho mi revólver, permaneció impasible como una estatua. O comprendió que no había motivo para tanto, ó que yo no tenía cara de matador de hombres indefensos que además cumplían su deber. Por último, me dijo que él no obedecía más que al jefe de máquinas, á quien mandé llamar.

Era un francés, y al manifestarle mi pretensión me pidió una orden por escrito que salvara su responsabilidad, y como se la dí en el acto, firmada, aunque no con mi nombre, á los pocos minutos estaba sobre la vía un tren compuesto de doce ó catorce vagones de tercera clase.

El severo y digno maquinista, antes tan indomable, me dijo con la mayor amabilidad:

—Ahora, sí, señor; estoy á las órdenes de usted.

Y las cumplió con tan buena voluntad en aquella triste noche, que no encuentro palabras para encomiarle.

—Prepare usted la máquina—le dije,—y vamos con ella á la altura del cuartel de los Docks.

Así lo hizo, y en ella monté con Sanz, el aspirante á oficial de Milicias de Canarias y un buen ciudadano que apareció por allí y me pidió permiso para unirse á nosotros, á título de republicano.

—¿Cómo se llama usted?—le pregunté.

—Narváez—me contestó.

No era el apellido garantía de liberal; pero me pareció un hombre decidido; subió con nosotros, y nos prestó muy buenos servicios.

Llegamos con la máquina á la altura del cuartel y se detuvo, dominándolo sobre un alto terraplén. El ruido de la fusilería había cesado.

La noche estaba iluminada por la luna, que de vez en cuando ocultaban algunos nubarrones.

Dejé á Sanz y á Narváez en la máquina, y el canario y yo descendimos para acercarnos todo lo posible al cuartel y enterarnos de lo que allí ocurría.

Apenas empezamos á descender por la pendiente del terraplén rompieron el fuego contra nosotros desde las ventanas del cuartel, y no tuvimos más remedio que echarnos en tierra y bajar rodando hasta un vallado de tablas, que nos ocultó. Allí, defendidos por grandes cascotes de yeso, permanecimos cerca de un cuarto de hora.

Tendidos en tierra oíamos el silbido de las balas y veíamos allá en lo alto dibujarse el perfil de la máquina en el azul del cielo.

Allí estaba inmóvil, silenciosa, esperándonos.

Al poco rato cesaron los disparos, y sospechando que acaso saldrían á hacer un reconocimiento por aquellos contornos, decidí emprender el regreso cuando uno de aquellos densos nubarrones ocultara la luna.

Llegó ese momento, y

—¡Arriba!—dije á mi compañero.

Los dos, inclinándonos sobre el áspero declive, trepamos por el terraplén, consiguiendo llegar á la máquina sin ser vistos, ó por lo menos sin que nos hostilizaran. Volvimos á la estación.

Ya estaba en el andén el General Villacampa con las fuerzas de infantería formadas en él. Descansaban sobre las armas. Muchos soldados habían perdido el ros. El Teniente D. Felipe González estaba al frente de la tropa. Jullher, el Teniente de la Guardia civil, Comandante de Ejército ya retirado, D. Antonio Muñoz, y D. Angel Rodríguez Ballesteros. formaban, por decirlo así, el Estado Mayor de Villacampa.

Entonces hablé con Jullher por vez primera. Acercóse á mí y me dijo que el General quería hablarme. Bajé de la máquina y lo encontré tan sereno, como convencido de que en Madrid había fracasado todo.

—Tengo dispuesto el tren para ir á Alcalá—le dije.

Esto fué para él un rayo de luz.

Una tabla á que asirse en aquel naufragio tremendo.

—Pues vaya usted—me contestó.—Yo seguiré por la carretera y en ella nos encontraremos.

Le pedí alguna fuerza, y ordenó á González que me diera un sargento y doce soldados.

Dificultad tuvo el buen González para elegirlos, porque eran muchos los que querían subir al tren.

Era natural. Ya estaba quebrantada la disciplina y un tanto perdida la fuerza moral. Lo desconocido atrae cuando lo que se conoce es malo, y el instinto del soldado le decía que aquéllo no presentaba buen cariz.

Por último, logró el Teniente González imponerse, y subieron al tren el sargento José María Velázquez y 12 ó 14 soldados de Garellano.

En seguida dije al maquinista:

—A Alcalá, con toda la velocidad posible; pero deteniéndose en las estaciones.

Y emprendimos la marcha, cuyo término fué un desengaño espantoso.

***

Dejaré al tren... *devorando distancias*, para ocuparme de cómo empezó también á devorar el infortunado y valeroso Villacampa las consecuencias de algunos errores que él mismo cometiera, no citando á la reunión del 19 á todos los representantes de los Cuerpos comprometidos; eligiendo un domingo; avisando á última hora al Teniente de infantería Vidaurreta, que con el Alférez Soler, de caballería, estaba encargado de comisión muy importante, y sobre todo ésto, que no es poco, efectuando el movimiento en ausencia de los republicanos civiles, excepto uno, que habían inter-

venido directamente ó por delegación, en los preliminares de aquellos sucesos.

Desgraciadamente, no se desarrolláron sin escenas sangrientas, tan sangrientas como inútiles, y con profunda pena voy á relatarlas, porque así lo exige la verdad de los hechos. Esto es historia.

Un grupo de paisanos detuvo al General Velarde cuando se dirigía al cuartel en un coche, y le mató un desalmado descargando un tiro de revólver á través del grupo que se disponía á conducirle á una casa próxima.

Las parejas de caballería, después de intimar al Coronel de artillería, Conde de Mirasol, á que se detuviera, viendo que este jefe despreciaba las voces de «alto» y con mayor resolución y firmeza seguía adelante, dispararon sus armas y le dieron muerte.

Al llegar á Vallecas la pequeña vanguardia que mandaba el sargento Pérez, salió á su encuentro el oficial de la guardia de prevención del regimiento de Albuera, Sr. Peralta, quien dominado por su ardor juvenil salió allí al encuentro de los sublevados con el propósito de reducirlos á la obediencia, y sin medir el riesgo que corría, trató de lanzarse sobre ellos, desoyendo las verdaderas súplicas con que los de la avanzada procuraran detenerle.

—Mi Teniente, retírese usted—le decían, para evitar el doloroso trance de romper el fuego contra él.

No cedió en su empeño el valeroso oficial, y cayó muerto de un balazo, en una de las cunetas de la carretera.

¡Nobles víctimas del cumplimiento del deber,

ante las cuales habría que descubrirse siempre con respeto, pero más en esta ocasión, porque el fracaso iniciado desde el primer momento no las necesitaba!

Con ellas y sin ellas, la derrota era inevitable.

*
* *

Mientras se desarrollaban estos tristes sucesos, de los cuales no tuve conocimiento hasta algunos días después, el tren avanzaba rápidamente hacia Alcalá.

La vía estaba libre.

Teníamos tiempo suficiente para ir y volver sin chocar con el tren que á aquellas horas se dirigía desde Zaragoza á Madrid.

Todo esto, contando con que al Gobierno, valiéndose del telégrafo, no se le hubiera ocurrido mandar cortar la vía ó hacer que nos recibieran á cañonazos en Vicálvaro.

Por este recelo entramos en la estación pausadamente, reconociendo yo con los anteojos de campaña el terreno que iluminaba la luna.

No había novedad y se detuvo el tren el tiempo necesario para recoger los aparatos telegráficos.

—¿Qué ocurre?—preguntaban las gentes que había en la estación, justamente alarmadas, en presencia de un tren que llegaba sin previo aviso y en hora extraordinaria.

—Que en Madrid se ha proclamado la República—contestaban mis acompañantes.

Y como nuestra presencia á aquellas horas con acompañamiento de soldados, daba verosimilitud á la noticia.

—¡Viva la República!—contestaban con el mayor entusiasmo, agitando las gorras y abrazando á los soldados y acercándose á los que íbamos en la máquina para estrechar nuestras manos.

¡Pobre República, pensaba yo, recordando lo ocurrido en Madrid, aunque muy lejos de sospechar lo que dentro de poco me iba á suceder en Alcalá!

El tren continuó su marcha, y la misma operación, con el mismo entusiasmo tolerada, se repitió en las restantes estaciones.

La entrada en la de Alcalá era peligrosa.

Lo mismo podían recibirnos con los brazos abiertos, que á tiros.

Lo primero, si los comprometidos habían dominado la situación. Lo segundo, si el Gobierno había comunicado al jefe militar de aquel cantón que iba sobre él un tren insurrecto, en cuyo caso podía el General haberse adelantado á la acción de los nuestros é impedirla y hostilizarnos.

Parecía natural lo uno ó lo otro, pero no sucedió ni lo otro ni lo uno, porque el aturdimiento de la sorpresa paralizó al Gobierno y porque los comprometidos en Alcalá no se movieron.

En previsión de lo que ocurrir pudiera, ordené al maquinista que acortara la velocidad todo lo posible y que al llegar al paso á nivel se detuviera.

Y en efecto, á paso de carreta llegamos al punto indicado, mientras yo examinaba las casas de campo, los árboles y las tapias que se extendían á nuestro frente.

Nada, la mayor quietud y el más absoluto silencio.

En el mismo paso á nivel debían estar algunos amigos para informarme del estado de las cosas, pero á nadie encontré. Cansados de esperar, y temiendo infundir sospechas, se habían retirado momentos antes.

Dicho está con esto cuál sería el estado de mi ánimo.

Acaso desde allí hubiera sido prudente desandar camino, porque aquella normalidad inesperada era más significativa y más temerosa que la lucha misma con que yo había contado como posible.

Sin embargo, siempre acosa la duda en ocasiones tales.

Así como cuesta trabajo persuadirse de que ha muerto un sér querido, y se le estrecha entre los brazos y se le llama una y mil veces con gritos de angustia, así, acercándome á ella, tocándola si era posible, quería convencerme de que la perversión humana no tiene límites.

Yo no había excitado á la rebelión á los que, al parecer, me abandonaban. Antes al contrario, ellos me habían llevado allí, como condición ineludible para rebelarse.

Quise, pues, convencerme de que era cierta tanta maldad, y

—Adelante, muy despacio, hasta dar vista á la estación, y preparado para retroceder cuando yo avise—dije al maquinista.

Llegamos, en efecto, á ver la estación.

Estaba completamente á obscuras.

La luz de un farolillo vimos moverse entre las sombras.

Algún empleado subalterno que tranquilamente cruzaba de un punto á otro.

Al llegar á las tapias de una heredad ó casa de campo que hay á la derecha de la vía, formando un ángulo casi recto, nos detuvimos y mandé que todos bajaran del tren.

Adelanté algunas parejas de Garellano, y los demás, con el sargento, permanecieron firmes á mi lado, dispuestos á todo, dicho sea en honor de aquellos valientes muchachos, andaluces en su mayor parte.

Parecíame imposible lo que ocurría, y deseando convencerme de toda la verdad, pregunté al buen patriota Narváez si estaba dispuesto á entrar en Alcalá. Me dijo que sí, y sacando una tarjeta, ya no había para qué andar con misterios, le dije:

—Lleve usted esto á D. Fulano de Tal, que vive en el número tantos de tal calle, y dígale usted que estoy aquí.

No pasarían cinco minutos cuando jadeante retrocedió el emisario, diciendo:

—No he podido llegar. Los serenos llaman á las casas. Algunos Oficiales van muy de prisa á los cuarteles. He temido que me detuvieran, y aquí estoy.

—Al tren—grité como única respuesta á estas fatales noticias. La traición ó la cobardía había levantado una muralla infranqueable delante de nosotros.

Y la máquina empujó aquellos vagones por los mismos rieles que momentos antes fueron para mí conductores de patrióticas esperanzas.

El tren adelantaba con mucha lentitud, y llegó un momento en que la máquina se paró.

Era el único contratiempo que nos faltaba.

El buen maquinista hizo un pequeño reconoci-

miento, y contestando á la ansiedad que adivinó en mí:

—No es nada—me dijo.—Sin embargo, en la primera estación dejaremos los coches que no sean necesarios y pondremos la máquina en cabeza.

Aquellos vagones que debían haber sido ocupados por defensores de la República, ya no tenían objeto.

En San Fernando me parece que se hizo la maniobra, y ya la máquina en cabeza, pudo arrastrar fácilmente tres ó cuatro carruajes, más que suficientes para tan pocos viajeros.

En cada estación fuí devolviendo los aparatos telegráficos.

*
* *

Ya había cambiado por completo el orden de nuestras ideas.

A la animación vehemente que parece centuplicar la vida, había sustituído el desaliento que enerva y casi mata.

El fracaso era evidente, y como la conciencia estaba tranquila con el deber cumplido, había llegado el momento de «¡sálvese quien pueda!».

No por lo que la vida representa, siendo mucho, para todo hombre constituído en familia, sino porque las derrotas suelen preparar el camino de la victoria, y la esperanza de *ganar* nunca se *pierde*.

Me despojé del uniforme, que mandé ocultar en la máquina, y me quedé con mi traje exterior: el de paisano.

Empezaba entonces á amanecer el día 20.

Antes de llegar á Vicálvaro, oímos la voz de

«¡Alto el tren!», que daba á lo lejos una fuerza de caballería.

Obedecimos, y nos preparamos para la defensa, si era menester.

—¡Viva la República!—gritó aquel grupo de soldados.

—¡Viva!—contestaron los nuestros.

Era una avanzada de Albuera, á cuyo frente iba el sargento Pérez, hombre que me pareció de bizarra y simpática figura. Por primera y última vez nos vimos entonces.

Acercóse á mí.

Le dije que en Alcalá tampoco habían respondido, y supe por él que el General Villacampa me esperaba en la estación de Vicálvaro.

Creí conveniente que aquella pequeña fuerza de caballería retrocediera hacia Vicálvaro con los infantes que yo llevaba en el tren, y así lo dispuse.

Pocos minutos después conferenciaba yo con Villacampa en el andén de la estación.

—Ya no hay remedio—dijo después de oirme referir en pocas palabras lo ocurrido, mejor dicho, lo no ocurrido en Alcalá.

Era el momento de tomar resoluciones, y no había tiempo que perder.

—¿Cree usted, mi Brigadier—le dije señalando á mis dos compañeros—que hemos cumplido nuestro deber?

—Con exceso—me contestó, y así consta en lo que á mí especialmente se refiere, en una carta que me escribió desde Melilla y que conservo; pero aunque no tuviera este testimonio, para mí de gran aprecio, sería suficiente el de mi conciencia, y ella me dice, como de lo referido se des-

prende, que llegué hasta donde pudo alcanzar mi deseo de servir bien y lealmente á la República.

Si hubiera yo comprometido uno solo de los pocos soldados que llevaba Villacampa, hubiera ido con él. Bien saben todos que en la estación de Madrid y luego en la de Vicálvaro nos vimos por primera vez.

Si, á pesar de esto, hubiera habido medios de resistencia que oponer á las fuerzas del Gobierno, que casi estaban á la vista, tampoco hubiera dudado.

Sin embargo, vacilé y tuve un caballo dispuesto para montar, desoyendo el consejo, casi el mandato, del General Villacampa, que fué...

Pero al llegar á este punto, dejaré hablar al caballeroso Teniente González, quien dice así en sus ya citados apuntes:

«Por fin llegó éste (se refiere á mí), manifestando que allí (en Alcalá) no le habían contestado, y entonces el General le dijo que viese la manera de ponerse en salvo, porque nosotros íbamos á ver si tomábamos los montes de Toledo.»

Para huir, tenía razón, era mejor huir cada cual por su lado. Y no teníamos otra defensa.

Al separarnos, ya para siempre, dándome un abrazo, me dijo:

—Si logra usted salvarse y ve á Ruiz Zorrilla, dígale usted que, aunque pocos, hemos cumplido como buenos.

Llevaba yo en los bolsillos de mi pantalón de uniforme un mapa de España y un croquis de las inmediaciones de Madrid en gran escala, que yo mismo había hecho, y para entregárselos, mandé sacar mi uniforme.

Como todo esto ocurrió en mucho menos tiempo del que he empleado en referirlo, no hubo el suficiente para ocultar mi uniforme nuevamente, y allí, sobre el andén, fué preciso dejarlo. Ya estaban las tropas perseguidoras sobre nosotros.

Al aspirante á Oficial de Milicias le dije que, como no era conocido, le sería fácil volver á su casa de Madrid, y aunque quiso seguir nuestra suerte, logré que aceptara mi consejo. Nada le ocurrió, y hoy vive en sus islas tranquilamente.

Desde ellas me escribió á París en Noviembre del 86, recordando nuestras aventuras en el siguiente párrafo de su carta:

«No puedo darme cuenta de cómo estoy libre y vivo, pues no puedo olvidar las tapias ó cercas de las Factorías militares, donde creímos no escapar. Aún siento el silbido de las balas en tan certera dirección.»

Desde aquí, después de tantos años, le saludo.

Dejando á retaguardia la estación, y casi perpendicularmente á la vía férrea, empezó á subir Villacampa una pequeña loma.

Sanz y yo también la faldeamos, pero inclinándonos mucho más á la izquierda.

A los diez minutos, Villacampa, con aquel átomo de columna, trasponía la altura y le perdíamos de vista.

*
* *
*

No fué lo dicho todo lo que ocurrió en Madrid, relacionado con aquellos tristes sucesos.

Lo referido fué lo más notorio.

Algunas otras ramificaciones de aquella conspi-

ración me parece que no ha llegado la hora de detallarlas.

Entre ellas, la ocupación de un gran edificio por los sublevados.

Dejaré hablar sobre ésto, omitiendo lo que omitirse debe, al Teniente D. Federico Rodríguez Vidaurreta.

Así me decía en una carta fechada en el Peñón de la Gomera el 23 de Mayo de 1889:

«Villacampa me nombró... (aquí la comisión) y en la última conferencia que tuve con él, me dió *orden terminante de tenerlo todo preparado para el día 22.*»

Las palabras subrayadas lo están también en la carta.

«El día 18 cité para el 19 siguiente, á las cuatro de la tarde en la Puerta de Atocha á...

A la expresada hora, acompañado del Alférez Soler, de Caballería, me reuní con ellos vestidos todos de paisano, y en diferentes grupos nos dirigimos detrás de la estación de las Delicias, y allí formé el *cónclave* y expliqué á cada cual su cometido.

Satisfecho de que todos lo sabían, me despedí de ellos cuando ya estaba anocheciendo, advirtiéndoles que el 22 les daría la hora...

A las ocho de la noche me dijeron... (en tal sitio) que un sujeto había estado á buscarme varias veces, y que en aquel momento se había presentado otra vez con el mismo objeto.

Era... (aquí el nombre) y me dijo que el General quería verme al momento.

Fuí á la calle de... y me saludó de este modo.

—¿Dónde diablos se mete usted que todo el día

le están buscando? He dado orden para que el movimiento sea esta noche á las diez en punto, en... y donde usted tiene el encargo de hacerlo.

Yo me quedé helado y no pude por menos de décirle:

—Mi Brigadier, vamos á dar una campanada atroz. Acabo de despedir á la gente fijando la fecha del 22, como usted me había dicho.

—Ya he dado la orden—me replicó—y no puedo retroceder: hoy veremos quién sabe cumplir con su palabra.

Al oir esto, un sentimiento de dignidad me hizo suspender toda objeción, y le dije:

—Mi Brigadier, ya sabe usted que estoy siempre dispuesto á jugarme la cabeza. Voy ahora mismo á cumplir mi encargo.

Entonces Villacampa, como arrepintiéndose de haberme tratado tan secamente, me dijo que estaba satisfecho de mí, etc., etc., y añadió:—Ya que lo de usted no ofrece seguridad porque no están avisados, prescindiremos de eso y véngase usted conmigo.

—Sé que voy á una ratonera; pero estoy decidido á ir.»

Prescindir de aquello era casi tanto como prescirdir de todo...

Lo que ocurrió á Vidaurreta en lo que él llamaba *ratonera*, no hay para qué referirlo. Será suficiente decir que Soler y él salieron de ella por milagro.

Y véase comprobado cómo una precipitación, para mí inexplicable, contribuyó al desastre final.

*
* *

¿Qué había ocurrido en Alcalá?

Lo voy á decir sin comentarios.

Persona que no solamente estaba en el secreto, sino que debía tomar en el hecho parte activa é importante, entregó mi telegrama á aquel que había ofrecido sublevarse con la guarnición, si yo me ponía al frente de ella. Es de advertir que no había compremetido ningún Oficial de superior categoría á la mía.

Allí estuve.

El recibió mi parte telegráfico en la cama, lo leyó y dijo al que se lo acababa de entregar:

—No ocurre nada: puede usted retirarse.

CAPITULO XII

Ruiz Zorrilla en París.—Dos hombres fieras.—Dos hombres... hombres. —En Madrid.—Retirada de Villacampa.—Después de la dispersión —Varios detalles.

A D. Manuel se le dió noticia por telegrama convenido que el movimiento sería aquella noche, y me consta que tuvo preparado el viaje para trasladarse á Hendaya de acuerdo con Rubaudonadeu y otros amigos. Mas como fueron casi simultáneas las noticias del alzamiento y de la dispersión de nuestras fuerzas, no salió de París y creyó oportuno ocultarse en un hotel poco conocido, durante algunos días, para eludir el riesgo de una detención.

Pero no tomó el Gobierno francés con este motivo ninguna providencia, y amargado el ánimo, presintiendo cuán desastrosas serían las consecuencias de aquel nuevo desastre, regresó á su casa.

Realmente, sólo le correspondía una parte de responsabilidad en el fracaso; pero la opinión, así en España como en el extranjero, se le adjudicaría toda.

Además, las consecuencias del desastre serían, por lo menos, una nueva emigración acompañada de su inevitable séquito de desventuras, á las

cuales se vería obligado á acudir más con la voluntad que con recursos materiales, ya agotados en tan larga serie de infructuosos intentos.

No es extraño que llegara á enfermar del corazón, sufriendo en él tan repetidos golpes.

Ya hablaré más adelante de lo que hizo y de lo que pensó hacer, cuando se creía seguro el fusilamiento del General Villacampa, del Teniente González y de los sargentos que con ellos llegaron á estar en capilla.

Ahora seguiré el relato de lo ocurrido después de despedirme del General en la estación de Vicálvaro.

* * *

Emprendimos nuestra marcha Sanz y yo por aquellos desolados campos, siguiendo al azar un camino carretero cuyo término desconocíamos, y aunque la noche había sido fatigosa, aún teníamos fuerzas para alejarnos á buen paso de aquellos sitios. Así es que alcanzamos muy pronto un carro conducido por un hombre cojo y un chicuelo de diez ó doce años.

No hubo para qué decirle quiénes éramos ni lo que pretendíamos, porque lo había visto todo al salir del pueblo.

Nos dijo á dónde iba y que no podía conducirnos á sitio seguro, pero que mejor podrían hacerlo dos hombres que estaban á poca distancia, á quienes llamó.

Eran dos trabajadores que se dirigían á unas canteras próximas, y se ofrecieron á ocultarnos.

Nos despedimos del carretero, encargándole

mucho la reserva, y nos dejamos conducir por aquellos dos... hijos del pueblo.

Largo rato caminamos con ellos, cayendo sobre todos un sol de justicia bastante fuerte, pero no tanto como la que nos obligaba á buscar la sombra y la distancia.

Las nueve de la mañana del 20 sería cuando llegamos á un terreno agreste, impropio de los alrededores de Madrid.

Cubríanlo espesos matorrales, estaba horadado por multitud de cuevas bastante hondas y terminaba en áspera vertiente hacia el próximo Jarama.

—Aquí estarán ustedes seguros—dijo el más alto de nuestros acompañantes.

Y al decir ésto, nos mostraba una cueva muy larga y muy pendiente que remataba, formando ángulo, en un espacio rectangular, donde se podía estar de pie.

En mitad de la cueva nos sentamos los cuatro y allí tuvimos nuestra primera conferencia, tan tranquilos como si aquel fuera otro mundo muy distante del en que acababan de ocurrirnos tan desagradables peripecias.

Yo había salido de mi casa con unos veinticinco duros. Sanz no tenía ni una peseta.

Adviertó, porque conviene adelantarse á la malicia, que aquella pequeña cantidad era mía (1).

---

(1) No está demás esta advertencia.

Un amigo y compañero mío, corresponsal en Madrid de *El Eco Militar* (diario de Cuba), en un momento de ligereza escribió á dicho periódico lo siguiente:

«En el Centro se decía que el Comandante de Caballería Sr. Prieto, no e había escapado sólo, sino que había llevado consigo 30.000 pesos según nos, y 50.000 según otros, de los fondos que tenía para los insurrectos. seguraban allí que tenía el nombramiento de Gobernador general de adrid, en caso de triunfo, cuatro empleos y buena colocación.

Nadie hubiera considerado á D. Emilio Prieto capaz de estas fechorías;

No era lo suficiente para tomar resoluciones á la altura de tan difíciles momentos, y malo ó bueno, tracé el siguiente plan.

Como no era prudente andar por el campo con gabán de entretiempo y sombrero hongo, á Pérez, así se llamaba el más alto, le encargué que nos subiera del pueblo dos trajes semejantes á los que ellos tenían; es decir, alpargatas, calcetines, camisa, pantalones, blusa, faja y sombrero, recomendándole mucho que lo comprara todo con las debidas precauciones para no llamar la atención.

Además, ¡oh flaca naturaleza!, le dije que nos subiera algo de comer y beber.

El hombre cumplió.

Al poco tiempo estaba de vuelta con los trajes, pero se le había olvidado comprar los sombreros.

Para almorzar nos trajo chorizos que sudaban grasa, pan bastante moreno, vino tinto muy fuerte encerrado en una bota y algunos racimos de uvas.

No era muy apetitoso el *menú*.

Sin embargo, comimos y bebimos.

Después de reponer las fuerzas y gastada ya una parte del capital, fué preciso pensar en reponerlo. Los trajes hubo que pagarlos con esplendidez. Y además de pagarlos se los regalé, porque para que no nos vieran vestidos de nuevo, cambié los pantalones, la blusa y las fajas por las mismas prendas que ellos tenían en uso y casi en desuso.

---

impulsos extraños parece que le han arrastrado á obrar de la forma que lo ha hecho. Alguien preguntó si se habían entregado los fondos recaudados para el barco *Ejército*. La contestación fué afirmativa.»

Menos lo último, menos que entregué días antes del 19 en la caja de Centro Militar algunos miles de pesetas que tenía en depósito para la construcción del torpedero *Ejército*, todo lo demás es inexacto.

Nunca traté de desmentirlo.

Sobre los calcetines finos, nos pusimos los gruesos que nos trajo, calzamos nuestras alpargatas nuevas y tiramos la ropa madrileña en el fondo de la cueva.

En un pequeño saco de viaje, había metido en Madrid unos pañuelos, algunas cuartillas de papel, un lápiz y un estuche de afeitar que me sirvió para dar en tierra con los bigotes y las perillas marciales, no muy en armonía con nuestra nueva indumentaria.

Yo hice sobre mí mismo la cruenta operación, y aunque Sanz se resistía á dejarse afeitar en seco, quieras que no, le rapé las barbas, aunque no tan á raíz como lo hice con las mías, porque á cada tajo que le daba ponía el grito en el cielo.

Ya con este disfraz me hubiera sido posible acercarme á una estáción inmediata y trasladarme á alguno de los pueblos próximos, donde vivían buenos amigos y correligionarios. Pero no quise abandonar á Sanz. Hubiera sido poco menos que entregarle á la muerte. ¡Dónde va un hombre sin dinero, sobre todo en tales circunstancias!

Para adquirirlo, no había más remedio que ponerse en comunicación con mi casa, á la que también urgía comunicar noticias.

—Así lo hice.

Escribí con lápiz en una de las cuartillas lo siguiente:

«Estoy en salvo: entrega al dador dos mil reales para mí, y cien más para él. EMILIO.»

—Este papel—dije al otro, que se llamaba Pedro uendía,—llévelo usted á... á la casa de D...., dígale sted de palabra que se lo entregue á mi esposa y spere usted contestación.

El que había ido por los trajes, que naturalmente sabía de lo que se trataba, me dijo:

—Yo iré, porque éste no conoce las calles de Madrid.

—Está usted cansado—repuse,—y me parece mejor que vaya Buendía.—Pero insistió y tuve que acceder diciéndole:

—¿Y á qué hora estará usted de vuelta?—miré el reloj y eran las cuatro de la tarde.

—Antes de las nueve.

—Pues vaya usted en seguida; en la inteligencia de que lo sobrante, después de tomar los billetes del ferrocarril, será también para ustedes.

El hombre partió como alma que lleva el diablo.

Nos quedamos sólos con Buendía y empezaron las expansiones.

Aquel desdichado, suponiendo que yo sería un personaje llamado á ocupar altos puestos, me pidió... un estanco, que yo le ofrecí generosamente para el día de nuestro triunfo.

Lo grave era no poder concedérselo en el acto, porque ni él, ni Sanz, ni yo teníamos tabaco.

Así pasó el tiempo, esperando con ansiedad la hora del regreso. Marcó mi reloj las nueve, las diez. ., la media noche.... y nada.

Buendía trató de disculpar á su amigo diciendo que como los caminos estarían vigilados, para no infundir sospechas, se habría quedado en su casa de Vicálvaro y vendría por la mañana.

Podía ser; pero no me satisfizo la explicación.

Llamé á Sanz y le dije:

—Sospecho que ese tunante, además de quedarse con el dinero, va á vendernos. No debemos pasar la noche dentro de la cueva.—En aquel mo-

mento empezaba á caer una lluvia menuda que no cesó en toda la noche.

Recelosos, mirando al horizonte, calados hasta los huesos, dispuestos á lanzarnos por aquella vertiente si venían en nuestra persecución, llegó el día 21.

—Pérez no ha venido—dije á Buendía—y ya no le espero. ¡Parece mentira tanta infamia!

—No tenga usted cuidado—me contestó;—cuando suba la gente á las labores del campo verá usted como viene.

—Vamos á esperarle.

Eran las siete de la mañana.

Pedí á Buendía su sombrero, que le pagué con un duro, y volviendo sobre nuestros pasos del día precedente, llegamos á dar vista á Vicálvaro.

La gente empezaba á discurrir por el campo.

Yo me senté en una piedra.

La estación estaba ocupada por las tropas.

Aunque un sol espléndido iluminaba aquella escena, sólo veía sombras delante de mí.

Apenas concebía cómo el corazón humano puede sentir ciertas miserias.

—Por allí viene—gritó de pronto Buendía;—voy á decirle que estamos aquí.

Y esto diciendo, me quitó el sombrero de la cabeza, se lo puso y echó á correr.

No he vuelto á tener noticia ni del uno ni del otro.

El asesinato, con todas sus agravantes, no puede compararse á la acción infame que con nosotros cometieron.

Allí, sin recursos, después de robarnos á la vista de las tropas que estaban de nosotros á distancia

de un tiro de fusil, y en un terreno desconocido, nos dejaron expuestos á lo que no es necesario decir.

¿Y eran aquellos hombres representación viva del pueblo por quien sacrificábamos el honor militar, la carrera, la hacienda propia y hasta la vida?

No: eran dos monstruos repugnantes con figura humana.

Al ver huir aquel hombre, aguijoneado tal vez por la codicia, temeroso de que su compañero no le diera participación en el robo, declaro que sentí por vez primera un gran desfallecimiento.

Me quedé inmóvil, sentado en aquella piedra que hoy mismo reconocería, sin fuerzas para moverme, sin valor para seguir luchando por la vida.

Tentaciones tuve de salvar la poca distancia que me separaba de las tropas, para entregársela.

¡Para qué vivir, si los hombres eran como los que vilmente nos habían engañado en Alcalá y en Madrid, y como los que huyendo de nuestra desgracia repartíanse las monedas de oro destinadas á nuestra salvación!

*
* *

Mi compañero Sanz estaba de pie á mi lado, y viendo que yo no hacía ni intención de moverme, me hizo observar que no debíamos permanecer allí ni un momento más.

Pero otra dificultad nos salía al paso.

No teníamos con qué cubrir nuestras cabezas, y aunque poco importaba defenderlas ó no de los rayos del sol, importaba mucho ocultar nuestro peinado que no estaba en armonía con el traje.

Me levanté decidido á entrar en Madrid por la noche en busca de refugio y dinero.

No sé cómo pudimos orientarnos para llegar á la cueva, pero dimos con ella. Sanz no encontró su sombrero, y yo abollando y casi rompiendo el mío, le hice perder su primitiva forma, y así nos lanzamos á la ventura, sin más propósito que esperar la noche.

La tierra que pisaba en aquella huída á través de los campos, hería mis plantas como si estuviese cubierta de abrojos.

Nunca me pareció más árido el terreno que á Madrid rodea.

Ni la sombra de un árbol, ni el agua de un arroyo, ni siquiera una roca en que apoyar la rendida cabeza. Todo llano; escueto, interminable, sin el más pequeño pliegue que pudiera ocultarnos. Si alguna casa descubríamos, la rodeabamos desde lejos como si fuese guarida de fieras. Aumentaba esta desconfianza el horror que inspira el abandono y la soledad.

Así es que, cuando yo hubiera querido ser invisible ó tener alas para volar como las avecillas que espantaban nuestros pasos, me parecía más plano el terreno y más grandes nuestras figuras, para que se destacaran á la vista de los hombres, en quienes veíamos implacables enemigos.

Con el soplo de mi voluntad hubiera querido apagar el sol que iluminaba nuestro rostro y nuestro camino, para hacer de aquel día espléndido, una noche muy negra.

Así, receloso, verdaderamente huído, sin apartarse de mí el recuerdo de la vileza de aquellos miserables, después de cuatro horas de marcha

por movedizos surcos, sangrando las plantas de los pies, no acostumbrados al calor de la alpargata, sedientos, más que hambrientos, porque la sed no espera, llegamos á Vallecas, cruzamos entre las tropas de Infantería que salieron en nuestra persecución, y agotadas las fuerzas, mucho más allá de aquel pueblo descubrimos una huerta y una casa.

Me era imposible dar un paso más y nos sentamos en tierra.

—Si usted quiere, entraremos—me dijo Sanz;—descansaremos á la sombra y beberemos un poco de agua.

—No—le contesté.—¿Y si nos conocen? ¿Y si conociéndonos nos delatan?

Seguiremos así hasta la noche.

Al cuarto de hora me puse en pie con el propósito de continuar adelante, hasta encontrar un sitio hondo donde ocultarnos, ó algún grupo de árboles fuera de poblado.

Pero confieso que me habían abandonado las fuerzas.

Sin dormir la noche del 19 y sin dormir la noche del 20, nos encontrábamos ya en la mitad del día 21. El espíritu estaba también rendido con tantas emociones.

—Sea lo quefuere, vamos á la casa—dije á Sanz, y cruzando antes un melonar, llegamos á la puerta y entramos.

Había en ella dos personas.

El que resultó ser dueño de aquella pequeña finca, parecía ser hombre como de cuarenta años; era fino, se expresaba bien y vestía como en las ciudades visten las personas de desahogada posición.

El otro era más joven, tenía una carabina en la mano y luego diré quién era.

Saludamos, procurando imitar las maneras y el lenguaje de las gentes cuyo traje llevábamos, y deseoso yo de apagar la sed, pedí una sandía que el mismo dueño se apresuró á ofrecerme.

Cuando crugió la corteza herida por la navaja y partida la hermosa fruta en dos porciones, me ofreció una de ellas con un exceso de cortesía que llamó mi atención; casi olvidé lo pasado.

Con tal anhelo quería calmar la sed que me devoraba.

Sanz se hizo cargo de la otra mitad, y cuando acabó con ella, sacó un chorizo que nos había sobrado del día anterior, un pedazo de pan y dió cuenta de todo con gran apetito.

En esto, me ofreció su petaca el dueño de la casa. Tomé un cigarrillo y lo fumé con tan buena gana como comí la sandía.

Sanz, olvidándose del papel que pretendíamos representar, encendió una cerilla y me la ofreció.

Después de estar allí como una media hora, me levanté para seguir nuestra peregrinación por los desiertos de Madrid y saqué dinero para pagar el pequeño gasto. Pero no hubo medio de que aquel hombre cobrara.

Nos despedimos y salimos de la casa, dándole las gracias.

Al rebasar aquel huertecillo cubierto de pequeños árboles, volvieron á presentarse á mi vista aquellos campos desolados. Era ya la una de la tarde. Hacía un calor insufrible. Los pies se resistían á andar. Aquellos sitios estaban vigilados. Cualquier incidente casual podía descubrirnos, y

hechas rápidamente estas consideraciones mentales, dije á Sanz.

—Volvámonos á la casa.

Aquel hombre me había parecido un hombre; no una fiera. Y acerté.

Entramos de nuevo, y en pocas palabras le dije quiénes éramos.

—Se lo estaba diciendo á este amigo—me contestó.

—¿En qué lo ha conocido usted?—repuse.

—En la cara, en las manos, en el respeto con que el señor—aludiendo á Sanz—le trata á usted. En todo.

—Ahora dígame usted si puede y quiere ocultarnos hasta que anochezca. En caso contrario, seguiremos nuestro camino hasta que á la noche podamos entrar en Madrid sin riesgo de ser conocidos.

—Esté usted completamente tranquilo—respondió.—El señor—refiriéndose á la persona que con él estaba—es guarda de campo y persona de toda mi confianza.

Huíamos de la autoridad y dimos con ella.

En resumen: el dueño de la huerta había sido profesor de instrucción primaria en Madrid. Disgustos, que no me reveló, le habían obligado á dejar la escuela y el mundo. Allí vivía con un criado que le ayudaba á labrar aquel pedazo de tierra. El guarda había sido sargento del Ejército y tendiéndonos la mano, nos dijo:

—Mientras estén ustedes aquí, yo respondo de ustedes.

Estábamos, pues, en buena compañía. La confianza en los hombres, había vuelto á mi espíritu.

Sanz aceptó la cama de nuestro protector y durmió lo atrasado y algo para el porvenir.

El exmaestro fué á Vallecas para hacer la compra y prepararnos la comida.

El guarda salió para cumplir con la obligación que se había impuesto de atender á nuestra seguridad.

Yo me quedé sólo, pensando en lo que aún pudiera ocurrirnos antes de ganar la frontera.

***

Y no fué poco.

Allí pasamos la tarde, después de habernos obsequiado aquel hombre excelente á quien no he vuelto á ver, aunque lo he intentado. El me refirió que por allí pasaron el día anterior fuerzas del Ejército en persecución de los sublevados, y él me leyó el bando que dió el General Pavía, Capitán general de Madrid, con motivo de nuestra sublevación.

Como Sanz iba sin sombrero y el mío no era propio del traje que llevaba, compré uno al criado de la huerta y Sanz se encasquetó el que yo tenía.

Poco antes de anochecer nos despedimos agradeciendo tantas atenciones, y tomamos el camino que en línea recta se dirige á Madrid desde aquella casa, cruzando á nivel y casi perpendicularmente la vía férrea.

Pero mucho antes, como á un tiro de fusil Remingthon, descubrimos en el paso á nivel una pareja de la Guardia civil, cuyos tricornios con fundas blancas se destacaban perfectamente sobre el azul del cielo.

—Alto—dije á Sanz, antes de que pudieran dárnoslo aquellos veteranos.

Y esperamos la noche sentados en el borde del camino.

A pesar de esta precaución lo dejamos por otro.

Dimos un largo rodeo; llegamos al Manzanares; nos detuvimos en un tabernacho para descansar un rato y tomar algún alimento, y derrotados, maltrechos, trocadas en negros desengaños las luminosas esperanzas de dos días antes, penetramos en Madrid por la calle de Embajadores, á eso de las nueve y media de la noche del 21.

Cuando salimos de aquella... *fonda*, lloviznaba; pero al llegar á la calle de Toledo, llovía á cántaros.

Frente á la iglesia de San Isidro tomamos un coche y emprendimos la carrera hacia la calle de Fuencarral, indicando al cochero un número, que no era el de la casa donde pensaba detenerme.

Pasamos por la Puerta del Sol, y me pareció imposible lo que era perfectamente natural.

El mismo ir y venir, los mismos grupos, el mismo rumor de colmena humana que dos noches antes.

Como para mí había cambiado todo en tan pocas horas, me parecía increible que al cruzar Sanz y yo aquel sitio ocultándonos en el fondo de un carruaje, siguieran las cosas inalterables.

Llegamos al punto indicado y bajamos del coche.

El agua caía de firme, y los transeuntes estaban guarecidos en los portales. Yo, con muy poca serenidad, he de decir siempre lo cierto, penetré en algunos preguntando por mi amigo E., oficial de

Administración Militar entonces y hoy difunto, sin que ningún portero me dijese: aquí vive.

Desesperado ya y temiendo llamar la atención, me dirigí en otro coche á la calle de las Minas, parando en la del Tesoro.

Los dueños de la casa estaban en el teatro, y los criados no nos invitaron á descansar. Tal aspecto teníamos Sanz y yo.

Otro nuevo desengaño y vuelta á tomar otro coche.

En esta tentativa fuímos más afortunados, porque me abrieron la puerta después de dar mi nombre por la ventanilla; pero al vernos la criada con aquellos disfraces, lanzó un grito que puso en movimiento á todos los de la casa. Nos creyó ladrones, y trabajo me costó convencerla de que yo, era yo.

En aquella casa, precisamente la misma de la Carrera de San Jerónimo en que murió Sagasta, permanecí una hora.

La escena que allí ocurrió no es para descrita. El dolor del mal causado me lo impide.

Desde allí nos dirigimos á una casa de la calle del Caballero de Gracia, donde pernoctamos, y recuerdo que al pasar por la calle llamada de Peligros—todas para mí lo eran en aquella noche—iba delante de mí un Teniente Coronel, muy amigo mío, que pocos días antes había intervenido conmigo en un lance de honor.

¡Cuánto había cambiado todo para mí en muy poco tiempo!

Nos dirigía á la casa donde debíamos ocultarnos aquella noche una persona que la conocía mucho, y en vez de entrar en ella entró en una inmediata,

tal era su aturdimiento. En mitad de la escalera, tuvimos que retroceder.

Por fin... llegamos.

Sanz se echó á dormir como un bienaventurado, y yo permanecí en vela toda la noche.

Aseguro que me preocupaba poco la pérdida de la carrera y de mi casa, y como consecuencia de esto, la emigración. Más que la muerte en un combate, si hubiéramos tenido que sostenerlo, me arredraba el temor de ser apresado y sometido á los trámites de un Consejo de Guerra, cuyo resultado no era dudoso.

Al día siguiente cambiamos de traje, y á las nueve de la mañana nos dirigimos en coche á un hotel que pertenece hoy á cierto Teniente General, muy conocido porque ha ocupado altos puestos, así en la Península como en Cuba, y del que entonces era propietario el padre político de un excelente amigo mío. Aquél ha muerto: éste vive aún, afortunadamente.

Por la tarde llegó un cuñado mío, resuelto á sacarme de Madrid. Era empleado en los ferrocarriles del Norte, y de acuerdo con el Sr. Castañón, que era entonces, si mal no recuerdo, Jefe del movimiento, entramos en la estación del Norte la noche del 22, convenientemente disfrazados; tomando billetes primero hasta Medina, luego hasta Burgos, y por último hasta Hendaya, salimos de Madrid.

Tanto mi cuñado, Castor Rivera, cuyo nombre no se apartará nunca de mi memoria, como el noble Castañón, ya no existen.

Tampoco viven Felipe Ducazcal, que se presentó en mi casa ofreciendo él solo ponerme en salvo,

ni el insigne actor Antonio Vico, que en parte facilitó mi disfraz.

¡Han pasado desde entonces acá diez y siete años!

No cito los nombres de otros que aún viven y me ayudaron en aquellos tristes días, pero bien saben todos que no he olvidado sus pruebas de amistad.

Las zozobras de aquel viaje, que me pareció interminable, fueron muchas, y mis lectores se harán cargo de ellas sin que yo se las explique.

La parada en Irún me pareció un siglo. Por fin... llegamos á la estación de Hendaya, y me senté en uno de los bancos fatigado, rendido, como si aquel largo trayecto lo hubiera andado á pie.

Mi buen hermano político, más asustado que yo, gritó, loco de alegría: ¡Viva Francia! ¡Viva la República! ¡Y bailaba de contento!

Nuestra vida estaba en salvo.

***

Diré ahora lo que ocurrió al General Villacampa y á los suyos desde que nos separamos en la estación de Vicálvaro.

Marchando primero á campo atraviesa, tomó el camino de Arganda, no sin descubrir, antes de perder de vista la estación de Vicálvaro, la llegada á ella de algunas tropas.

Había decidido el General racionarse en Arganda, pero antes de llegar al pueblo el cabo y los cuatro soldados que destacó con tal objeto, los mandó cambiar de rumbo, dirigirse á Colmenar de Oreja, pasando por Morata de Tajuña, y sacar en este pueblo las raciones.

Sin duda se propuso con este cambio de dirección interponer más pronto el Tajo entre él y sus perseguidores.

Al llegar la vanguardia á Morata estaban los individuos del Ayuntamiento en sus labores del campo, y cuando aquélla se dedicaba á buscarlos, con objeto de extraer las raciones, llegó el amigo Jullher para ejercer con mayor autoridad las funciones administrativas.

En esto estaban, cuando se incorporó la pequeña columna. El General, que venía acosado por fuerzas de Caballería, dispuso que sin sacar las raciones se continuara la marcha hacia Colmenar de Oreja con la rapidez posible, que no pudo ser mucha, porque además de no haber comido ni bebido el ganado, había traído á los infantes en las grupas desde Vicálvaro.

Como el enemigo estaba á la vista, no hubo más remedio que aceptar el combate, y mientras la Caballería tomaba el camino de Colmenar, la Infantería, unos 50 hombres, con el bravo Teniente don Felipe González, se hizo fuerte en las afueras del pueblo, logrando contener á la Caballería, hasta que se concluyeron los cartuchos.

Llegado este momento, llegó también el de la primera dispersión.

El bravo González pudo cubrirse con una estera vieja al lado de una tapia, y las tropas pasaron á su lado sin verle.

En cuanto á la mayoría de los soldados, unos entonces y otros más tarde, cayeron en poder de sus perseguidores.

Un honrado habitante de aquel pueblo ocultó á González dentro de una hacina, hasta que al día

siguiente lo sacó de su escondite y le dió un traje de paisano.

Disfrazado con él se dirigió á la estación de Ciempozuelos, donde, al pedir un billete para Madrid al jefe de la estación, infundió sospechas á un hombre que estaba con él.

Era el Alcalde.

Mostró el bastón de autoridad al desgraciado González y le pidió la cédula, que no tenía.

—Usted será uno de los revoltosos—le dijo.

—Soy un sublevado—contestó González;—pero suplicó á usted me deje marchar. Va en ello mi vida.

—Tengo orden de detener á los indocumentados. Dése usted preso.

Y fué conducido á un calabozo inmundo, después entregado á la Guardia civil y luego conducido á las Prisiones militares.

Desde Morata se dirigió la caballería, por un atajo, á Colmenar de Oreja, logrando con esto y con la obstinada defensa que hizo González, ganar tiempo y distancia para distribuir las raciones de pienso que, extraídas en un pueblecillo inmediato, habíanse conducido á Colmenar.

Además se sacó dinero para distribuir *dos pesetas* por plaza, y se colocaron algunas parejas en dirección del enemigo, previniéndolas que cuando le descubrieran, lo anunciaran con un tiro de carabina y se retiraran al pueblo á la carrera.

Pero, además de las tropas de la guarnición, perseguía á los sublevados la fatalidad.

Ocurrió lo siguiente mientras hombres y caballos descansaban y comían:

Una de las parejas, situada en lo alto de un ca-

mino, vió venir por él un paisano á caballo, y á uno de los soldados se le ocurrió obligarle á que dijera ¡Viva la República!

El hombre, algún Sancho de aquellos contornos, qui iba á su negocio sin cuidarse de repúblicas ni de monarquías, contestó que le dejaran seguir en paz su camino, y resuelto á no meterse en más contestaciones, arrimó al jaco las espuelas y salió corriendo.

Para qué te quiero, carabina, debió decir el *entusiasta* soldado, y sin más ni más se la echó á la cara y le descerrajó un tiro, que por fortuna no hizo blanco.

Pero no necesitaron más los que estaban en el pueblo, sobre todo al oir otro nuevo disparo, que, en efecto, anunciaba la presencia del enemigo.

Por el camino de Alcalá llegaban los regimientos de la Reina y María Cristina, y por el de Aranjuez el de Montesa, los tres de caballería.

Oídos los disparos, cundió la alarma. Cada cual montó en el primer caballo que á su alcance tuvo, y en completa dispersión, diéronse á la huída por aquellos campos.

No fué posible dominar el pánico.

Con el General se quedaron Rodríguez Ballesteros, Jullher, el sargento Pérez, algunos soldados y un trompeta. Montaron á caballo y salieron á escape; pero el General tuvo la desgracia de caerse.

Su caballo, espantado huyó. El sargento Pérez echó pie á tierra para ofrecerle el suyo; pero éste, que lo tenía el trompeta por las riendas, dió un sofrenazo y se escapó también.

Quisieron ofrecerle otro; pero el General, muy molestado por el golpe, no pudo aceptarlo. En-

tonces montó Pérez en el caballo del trompeta y condujeron á éste y al General á unas viñas, donde por el momento se ocultaron.

Rodríguez Ballesteros y Jullher huyeron por un lado, y por otro el sargento Pérez con algunos soldados.

Aquellos pudieron sustraerse á la persecución ocultándose el primero en la casa de unos parientes y el segundo disfrazándose y emigrando á Francia. Del sargento Pérez, ya diré lo que fué.

Cuando el General, magullado por el golpe é imposibilitado de montar á caballo, se encontró solo con el trompeta, cuyo nombre era Nicolás Matute, mandó á éste que se presentara á las tropas, y es de presumir que, apremiado á preguntas, concluyera diciendo dónde estaba el General.

Tal fué, en concepto mío, el origen de su prisión; viéndose solo, rendido de fatiga, acosado por la sed y el hambre, dirigió sus pasos el infortunado Villacampa al próximo molino de Aldehuela que, según mis informes, es propiedad del señor Duque de Frías, y que entonces tenía en arriendo un excelente ciudadano, cuyo nombre, Sergio Algara, hago constar con viva satisfacción.

Enterado Sergio, hizo que su criado, Vicente Huerta, le condujera á una cueva situada en un sitio llamado Barranco del Camino, al lado allá del Tajo, término de Noblejas, y le preguntase, además, lo que necesitaba. Es de advertir que el fugitivo, no se dió á conocer.

El General pidió unas sopas de ajo y tabaco.

Lo uno y lo otro le fué servido sin pérdida de ımpo, adicionando el frugal almuerzo con media cena de huevos, vino y melocotones.

El 20 por la noche se presentó en el molino el Capitán de la Guardia civil de Ocaña, con bastante fuerza del Instituto, en persecución de Villacampa; pero aunque manifestó á Sergio que él ó los suyos tenían oculto al General, sólo recibió la más rotunda negativa, sin que las amenazas, en tales casos consiguientes, intimidaran al noble molinero.

Temeroso Sergio de que pudieran acertar con el escondite, dispuso que aquella misma noche fuese trasladado el General á una gruta más desconocida que hay á unos tres kilómetros de distancia, en término de Colmenar de Oreja. Era, por lo tanto, necesario pasar el río por la pequeña barca que había y habrá probablemente agua arriba y no distante de la presa.

La noche era sumamente oscura, llovía mucho; el General era muy corto de vista y difícilmente podía marchar entre aquellos peñascos y malezas. Más de una vez dió con su cuerpo en tierra, hasta que, compadecidos sus bienhechores, el ya citado Vicente y Silvestre García, de oficio panadero, cargaron con él sobre los hombros para evitarle la fatiga y abreviar el camino.

Así llegaron á la barca, donde todos hicieron un pequeño descanso.

El barquero Luis Serrano, que fué el encargado de llevar el almuerzo al General, le obsequió en la casilla con pan, bacalao y vino, lo que sirvió de cena al perseguido.

El 21 á las dos de la tarde pasaron por el molino varias parejas de la Guardia civil, y como á eso de las tres y media, llegó el General Moreno del Villar con fuerzas de caballería y las de la be-

nemérita, que, procedentes de Ocaña, habían estado allí el día antes. Tanto el Capitán que mandaba la fuerza de la Guardia civil como el General, tenían la certeza, por denuncia de un guarda de viñas, de que quien ocultaba á Villacampa era el molinero, y resuelto á intimidarle le dijo estas ó parecidas palabras el General:

—Si no dice usted dónde está oculto el Brigadier Villacampa, prepárese usted á morir fusilado ahora mismo.

—Haga usted lo que quiera, mi General, pero yo no puedo decirle lo que no sé—contestó Sergio.

Sergio es un hombre sencillo, de inteligencia viva y de simpático aspecto. Para conocer lo ocurrido entonces he hablado con él, y casi transcribo sus propias palabras.

—Póngase usted de rodillas—replicó el General, y esto diciendo ordenó al Capitán que cuatro guardias se preparasen para llevar á cabo el fusilamiento.

No hay para qué decir cuál hubiera sido la situación de otro hombre no tan avisado y tan sereno como Sergio Algara.

—Yo sabía—me dijo al referir este episodio—que no se fusila á un hombre así como así, y me puse de rodillas sin pronunciar una palabra.

Impaciente el General viendo que no conseguía hacer hablar á aquel hombre, dió algunos pasos, se detuvo, contempló á Sergio, que con actitud resignada parecía esperar su última hora, volvió á ponerse en movimiento atusándose el bigote, y onvencido de que nada conseguiría, dijo, admiando la entereza de aquel hombre:

—Venga usted acá.

Sergio no necesitó que se lo dijera segunda vez.

A hombres así, hasta la Reina Regente podría confiarles la defensa de su hijo.

—Tenga usted un cigarro y ésta tarjeta.—Era la tarjeta del General con las señas de su casa.

—Sepa usted dónde vivo—añadió,—por si algo se le ofrece.

Convencidos todos de que el General Villacampa estaría cerca, no tardaron mucho en dar con el sitio donde estaba oculto.

Claro es que se entregó sin resistencia.

Villacampa no perdió la serenidad en aquel solemne y decisivo momento.

Saludó militarmente al General Moreno del Villar y se puso á sus órdenes.

Los dos cruzaron algunas palabras.

Y detalle curioso que demuestra el carácter sencillo y la energía moral del valeroso Villacampa.

Rompiendo el silencio propio de aquella situación que traía consigo una sentencia de muerte, después de las primeras palabras de cortesía, dijo con la mayor serenidad, como si aquel encuentro se verificara entre dos viejos amigos á la puerta del Suizo:

—Mi General, ¿tiene usted un cigarro?

—Sí, señor—contestó en el acto Moreno del Villar, ofreciéndole su petaca.

Villacampa tomó un cigarrillo de papel y fumó.

Momentos después dirigíanse todos á Noblejas.

Villacampa cabalgaba en un borriquillo que se trajo del molino, porque no le era posible montar á caballo.

Después... para qué decirlo.

La entrada en las Prisiones militares, la causa, la condena á ser pasado por las armas, la capilla, el indulto, Fernando Póo, Melilla y la muerte en un presidio.

Tal fué el término de una vida consagrada por completo á la causa de la República y de la Patria.

En grave apuro puso al Gobierno el General Moreno del Villar, cuando se presentó en Madrid con el infortunado Villacampa preso.

Tal vez le hubiera librado de un grave compromiso no extremando la persecución hasta el punto que lo hizo.

Casos semejantes registra nuestra historia política, y nadie se ha permitido censurarlos.

***

Concluiré esta parte de mi trabajo dando á conocer algunos detalles.

En la sublevación de Albuera figuraron los sargentos siguientes: Tomás Pérez, que fué el alma de la conspiración, y de cuya muerte me ocuparé más adelante; Bernardo Mata, José Pajares, Saturnino Redondo, Gerónimo Palazuelo, Juan García Torres, Domingo Santa María, Rafael Manjón, Primitivo Vicente, Ricardo Sousa y Baltasar Gallego. Este último tenía el encargo de sorprender la guardia de prevención, y por una fatal coincidencia, después de cumplir su cometido, no pudo salir del cuartel con el resto del regimiento, y fué preso en el acto.

Contribuyeron á la sublevación de Garellano, demás de los Capitanes Casero y Serrano, el Teente D. Felipe González y los sargentos Eduardo

Bernal, Pedro Serrano, Angel Tangredi, Velázquez, Recio y otros cuyos nombres no recuerdo.

Estuvieron en la misma capilla, como condenados á la última pena, el General Villacampa y el Teniente González, y en otra los sargentos Bernal, Gallego, Cortés y Velázquez; este último, como ya he dicho en otra ocasión, fué el que me acompañó á Alcalá de Henares.

Cuando fueron indultados de la pena de muerte, acto generoso del Gabinete Sagasta, que es justo reconocer, fueron conducidos á Fernando Póo en el crucero *Navarra*, que, si mal no recuerdo, mandaba D. Alejandro María de Ory, cuyo nombre cito porque, dentro del estricto cumplimiento del deber, guardó á los vencidos todo género de consideraciones.

A su mesa comió el General Villacampa durante la travesía. Con los Oficiales del barco, el Teniente González, y con los contramaestres y condestables, los sargentos.

Enaltece á nuestra marina de guerra tal conducta, y por más que no sea extraña á cuantos visten su honroso uniforme, debo hacerla pública, aunque sólo sea porque sirve de consuelo á las defecciones sufridas por cuantos hemos desempeñado en la política el triste papel de revolucionarios... vencidos.

Hubo ¿por qué no he de decirlo?, tanto en Fernando Póo como en Melilla, varias tentativas de evasión, llevadas á cabo por buenos patriotas, casi todos de nuestras costas de Levante, y con conocimiento de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Un barco con bandera francesa, cuyo nombre conozco y no revelo, estuvo en Fernando Póo, y

aunque los penados se encontraban á bordo de un pontón, todo estuvo dispuesto para producir en él una gran alarma que favoreciera la evasión.

Pero Villacampa se opuso.

Gozaba de cierta libertad, estaba agradecido al buen trato del Cuerpo general de la Armada, y esto le obligaba á corresponder con su nunca desmentida caballerosidad á tantas atenciones.

Pudo con la libertad salvar su vida, que por momentos se quebrantaba en aquel clima insano, y no quiso conducirse mal con los que le trataban bien.

Más de cuatro meses duró la prisión en Fernando Póo, y después fueron trasladados los delincuentes á los presidios de Africa.

En ellos estuvieron Vidaurreta y Muñoz.

Soler, después de ocultarle algunos días en los Jardines del Retiro otro hombre generoso, Felipe Ducazcal, emigró á Francia, con recursos que el mismo Ducazcal le proporcionó.

Cuantos hayan conocido á Felipe Ducazcal, convendrán conmigo en la imposibilidad de que él dejara de intervenir en aquellos sucesos con los arranques propios de su excelente corazón.

Además de haber salvado á Soler, cuando Vico le dijo que yo estaba oculto en Madrid, se presentó en mi casa, ofreciendo ponerme sano y salvo en la frontera, respondiendo con su cabeza de la mía. Hizo este noble ofrecimiento pocas horas antes de mi salida de Madrid, y por esta causa no fué aceptado, aunque sí muy agradecido.

Años después, estando yo emigrado, fué á París con el propósito de implantar el *género chico.* Vió á Ruiz Zorrilla y á mí para manifestarnos su

proyecto y ofrecerme la representación de la Empresa. Tanto Ruiz Zorrilla como yo le dijimos que en París no prosperaría ni el teatro por horas ni el género español, y como muchos otros debieron decirle lo mismo, desistió.

Pero voy á esto: hablamos de los sucesos de Septiembre; aproveché la ocasión para darle las gracias por su generoso ofrecimiento, y me dijo:

—¿Pero tú crees que hubieran fusilado á Villacampa estando yo en Madrid?

—¡Y cómo no!—le contesté.

—Porque tenía dispuesto lo necesario para salvar su vida.

Mostré deseos de conocer su plan, y no tuvo inconveniente en manifestármelo.

No diré cuál era el ardid de que pensaba valerse, porque no me parece oportuna esta revelación; pero debo declarar que era ingenioso y posible, contando con la circunstancia favorable de ser Felipe hermano de la Paz y Caridad, y sobre todo, con su audacia y con su suerte, que era mucha, aunque la maldecía tantas veces.

Sólo me resta referir dos trágicos sucesos, cuyos detalles no son conocidos, para dar por terminado el relato de la sublevación de Septiembre.

Uno, la muerte alevosa del sargento Tomás Pérez.

Este, con el grupo de soldados que le acompañaba, pasó en seguida el Tajo, sin más incidente que la resistencia á lanzarse al agua de los caballos que montaban los cabos Eulogio Fernández y César Frutos.

Tal vez, sospechando Pérez que la dificultad surgía de los hombres y no de los brutos, dirigió

contra aquéllos su carabina amenazándoles de muerte.

El caballo de Fernández pasó guiado por las riendas, y el de Frutos atraído por la querencia.

Pérez, y sigo al ocuparme en esto la hipótesis más razonable, no quería dejar rezagados que indicaran la pista que iba á seguir guiado por un paisano.

Pero apenas se incorporaron los rehacios, sin más altercado ni más motivo de desavenencia, antes al contrario, cuando todos parecían muy satisfechos con la conducta de su Jefe, porque les había arengado diciendo que su suerte sería la de todos, y que con ellos compartiría su pan y su dinero, César Frutos González se acercó á él por la espalda, y poniendo en contacto la boca de su carabina con el cuerpo del infeliz sargento, la disparó. De parte á parte le pasó la bala traidora, y apenas tuvo Pérez vida suficiente para mirar á su asesino y gritar: «Matarlo».

El cuerpo de Pérez fué conducido á Ocaña, donde se le dió sepultura.

Se repitió, pues, el caso de Cebrián; pero no hubo recompensa para el asesino. Como todos, fué capturado, y como todos, cumplió su condena en presidio.

Nació este monstruo en un pueblo de la provincia de Zamora, llamado Castro Nuevo.

El otro trágico incidente, tal vez sin relación alguna con estos sucesos, pero digno de ser referido, fué éste:

Dícese que el guarda que denunció á Villacampa, al cabo de algún tiempo apareció cosido á puñaladas en lo alto de un cerro que baña el Tajo.

CAPITULO XIII

Primeros días de emigración.—Más expatriados.—Entrevista con Castelar en Angulema.—A París.—Después del 19.—Boceto de Ruiz Zorrilla.—Ante propios y extraños.—Visitas y obsequios.

El movimiento de la noche del 19 de Septiembre de 1886 fué el último signo visible de vitalidad del partido revolucionario.

Y digo *partido revolucionario*, porque D. Manuel, creo haberlo dicho en otra ocasión, no contaba únicamente con los elementos propios, ó sea con el partido progresista, sino con todos aquellos extraños á él, que anteponían á otro orden de ideas la revolución como medio, y la República como fin.

Federal era entonces, como lo es ahora, Rubaudonadeu, y federales eran Estartús, Chies, Rispa, Balsera, Arderíus, Ranjol, Alcalde que fué de Figueras varias veces; Emeterio Huguet, jefe guerrillero como lo fué Estartús, y muchos otros cuyos nombres no retengo en la memoria, y sin embargo, todos ellos, en una ú otra forma, le auxiliaron eficazmente en los trabajos revolucionarios.

No permaneció ocioso Ruiz Zorrilla después de los sucesos ya referidos, y cuando llegue la ocasión de hacer su verdadera historia documentada

—este libro es una especie de avance—pueden examinar los encargados de hacerla el que yo llevé con el título militar de *Diario de Operaciones,* porque en él fuí anotando, día por día, y casi hora por hora, cuanto de notable ocurrió en mis cinco años bien cumplidos de emigración.

Claro es que casi todo lo recuerdo como si ahora mismo ocurriese, pero además de que resultaría pesada la narración de infinidad de tentativas infructuosas, ya porque D. Manuel no las consideró con suficiente arraigo, ya porque en los momentos críticos surgieran dificultades, pretendo dar otro giro á los últimos capítulos de este trabajo.

Quisiera en ellos poner de relieve la noble figura de D. Manuel Ruiz Zorrilla para destruir muchas fábulas que corren como verídicas historias, falseando el carácter de aquel gran hombre, digno del respeto de sus coetáneos, por su acendrado patriotismo, y de los que además eran sus correligionarios, por la perseverancia, la energía y el desinterés personal con que combatió á la monarquía, aun antes de ser el evidente origen de los desastres de la Patria.

Pero antes diré lo que ocurrió desde mi entrada en Francia hasta que llegué á París, porque hay en ello algo de interés, relacionado con el asunto de esta obra.

Por ejemplo: la entrevista que tuve con mi amigo de la juventud D. José Muro, en San Juan de Luz, y con D. Emilio Castelar, en la estación de Angulema.

Desde Hendaya, Sanz, mi inolvidable hermano político Cástor Rivera y yo, nos dirigimos á San

Juan de Luz, donde nos instalamos en el Hotel de la Poste. En él, después de cuatro noches seguidas de obligado insomnio, pude conciliar el sueño y reponer mis fuerzas.

Al día siguiente, 24, fuímos á Bayona, donde Sanz y yo nos presentamos en la Sub-prefectura. Sanz se quedó allí socorrido por un mes, como decimos los militares, gracias á mi cuñado; éste regresó á España y yo á San Juan de Luz, donde fuí cariñosamente acogido en el hotel que unos excelentes amigos míos tenían, y aún tienen, en Cibour.

Allí recibí la visita de Muro, que se encontraba en San Sebastián.

Hícele relación detallada y exacta de los acontecimientos; me dijo que si podía referir á Castelar lo ocurrido y le manifesté que sí.

Me oyó verdaderamente emocionado, sobre todo cuando le referí mis desengaños de Alcalá y los incidentes á que dió origen aquella inesperada defección.

Y aquí debo relatar, porque estoy haciendo historia, un rasgo de generosidad de aquel buen amigo, aunque sé que con ello habré de molestarle. ¿Pero no ha de tener este cuadro de sombras algún rayo de luz?

Comprendiendo que en aquellas circunstancias me haría falta dinero, sacó una cartera llena de billetes de Banco, y echándolos todos sobre el diván en que estábamos sentados, me dijo:

—Esto me sobra; coja usted lo que quiera.

Le dí las gracias con un fuerte abrazo; pero no quise aceptar su noble ofrecimiento. Precisamente me había trasladado á San Juan de Luz, para que os amigos dueños del hotel se pusieran en comu-

nicación con mi familia y me trajeran el dinero y la ropa que necesitaba, como así fué.

Insistió Muro en no guardar los billetes, yo en no tomarlos, y por último le dije:

—Puesto que usted se empeña, tomaré este, uno de *quinientas* pesetas; pero con el propósito de no gastarlo, sino de devolvérselo á usted cuando triunfe la República.

Guardé el billete; lo conservé mucho tiempo, aunque alguna vez tuve tentaciones de cambiarlo, cosa muy natural en un París, tan lleno de seducciones y atractivos, y se lo devolví... no quiero faltar á la verdad, porque tuvimos cierto disentimiento en el modo de apreciar la política palpitante.

No es esto extraño: desde la emigración, todo se abulta, y la sensibilidad crece también. No obstante, seguimos, y creo que seguiremos, siendo buenos amigos y correligionarios.

El día 26 me trasladé á Hendaya para recoger ropa y dinero que me traían de España, y allí encontré á Peña, director entonces de *La Voz de Guipúzcoa*, y á otro señor que había tenido la contrata de las canteras de Vicálvaro y conocía á los tunantes Pérez y Buendía.

Al día siguiente recibí en San Juan de Luz una visita que me contrarió mucho. El Comisario de policía me manifestó muy cortesmente, como Delegado de la Prefectura, que el Gobierno francés ordenaba mi traslación á Rennes ó Angulema. Elegí este último punto, y pedí cuarenta y ocho horas de plazo para emprender el viaje, que me fueron concedidas.

Salí, por lo tanto, de San Juan de Luz á las tres de la tarde del 29, y á las cuatro de la madrugada

del 30 llegué á Angulema, donde encontré á Sanz y á Jullher, de quien no había vuelto á tener noticia desde Vicálvaro.

Me invitaron á vivir con ellos, y acepté; pero se habían instalado, para dormir, en un camaranchón tan inhospitalario, que sólo la más extrema necesidad lo hacía tolerable.

Además, Sanz me anunció la visita de los periodistas republicanos de Angulema, y no era posible recibirlos allí decorosamente. Por estas razones me trasladé al *Hotel Rocher de Cancale*, que me recordó el del mismo nombre donde el gran Víctor Hugo leyó en París al célebre Talma su drama titulado *Cromwell*.

Era aquella fonda propiedad de un correligionario llamado Pérez, que de carlista dió en republicano, no sé si por haberse casado con una francesa muy partidaria de nuestras ideas, ó porque muchos hacen la guerra por la guerra, y se van con el primero que la declara.

El hecho es que el buen Pérez tenía recogido en su casa generosamente al Alférez de Caballería sublevado en Badajoz, D. José Lorenzo Polo, y que por otros medios favorecía á los demás emigrados, entre ellos al Teniente de infantería don Antonio Jiménez, también procedente de Badajoz.

Las consecuencias de nuestra tentativa revolucionaria no se hicieron esperar, porque el día 3 de Octubre nos anunció el telégrafo que Villacampa y sus compañeros habían sido sentenciados á muerte.

Aunque tanta distancia material nos separaba, cerca de ellos estábamos moralmente, y la terrible noticia produjo en nosotros hondísima pena. Por

fortuna, supimos el día 6 que habían sido indultados.

***

Ignoraba yo que había habido en Cataluña un conato de sublevación; pero lo supe el mismo día 6, cuando llegaron á Angulema, custodiados por la policía, algunos correligionarios que se habían visto obligados á emigrar.

Eran éstos D. Salvio Mercader, Capitán retirado de Infantería, y los paisanos Juan Surroca, Pascual Brinquis, Juan Carrera, Ceferino Carrasco, Domingo Rodríguez, José Rodríguez, Fabián Dausá y Gabino Rodríguez.

Todos ellos fueron acogidos por caridad en habitaciones desocupadas de la cárcel, y en ellas preparaban su rancho gracias al franco diario de subsidio que nos pasaba el Gobierno francés.

Digo que nos pasaba, porque yo también llegué á cobrarlo mientras estuve en Angulema, para distribuirlo entre Sanz y Jullher, con lo que vieron aumentado su escaso peculio nada menos que en un 50 por 100.

Por los periódicos supe que, procedente de Burdeos, se dirigía á París D. Emilio Castelar, con quien yo había sostenido muy buenas relaciones en Madrid. Como que fuí uno de los más asiduos concurrentes á sus reuniones de los viernes.

A las nueve y media pasaba el tren por Angulema, y deseando estrechar la mano del viajero ilustre, bajé á la estación. Viajaba con su señora hermana.

Me acerqué á él cuando se dirigía al restaurant,

y al oir que le saludaban en español, me tendió la mano; pero cuando supo qué mano estrechaba, porque no me había conocido y tuve que decírselo, la soltó bruscamente como si le quemara y me endilgó una catilinaria tan elocuente como poco merecida.

—Han hecho ustedes una locura. Estas algaradas no pueden tolerarse. Han retrasado ustedes *tres años* la venida de la República.

¡Tres años!

Y así diciendo, seguía redoblando sus menudos pasos hacia el restaurant, sin dar paz á la lengua para oir lo que humildemente la mía quería decirle, sometiéndome al papel de reo, cuando acaso me correspondía el de juez.

—Pero Emilio, pero Emilio—observó su hermana con muy buen sentido,—ya ves la situación en que se encuentra nuestro amigo.

Entonces se dignó mirarme y dijo á su hermana y á mí:

—Tienes razón. ¡Esta política!... Venga usted y hablaremos.

Entramos en el comedor, y quieras que no, me hizo sentar á su lado y almorzar con él.

Estuvo más humano, pero siempre hostil. A su modo, estaba entonces más cerca de la monarquía que de la República, y sobre todo muy lejos de la revolución.

¡Y pensar ahora que si Ruiz Zorrilla no hubiera muerto Castelar habría pensado en él en los últimos días de su vida!

Con tal desacuerdo entre los republicanos de gran talla, pensé yo entonces, ¡qué podemos esperar los apenas visibles!

Por lo pronto observé este contraste en los primeros días de mi emigración.

Mientras el republicano Castelar me trataba con gran dureza el día 6, los monárquicos me daban de baja en el Ejército el día 7.

Sólo faltaba que Ruiz Zorrilla me recibiera mal, y entonces no había más recurso que tirarse al Sena.

¡Todavía la repulsa del gran tribuno hubiera sido tolerable, si nuestra *locura* no hubiese retrasado la República más que tres años!

¡Cuántas veces ha entrado el factor *tres* en la suma de tiempo transcurrido desde el 86 acá! ¡Fácil es averiguarlo! Y suma... y sigue quién sabe hasta cuándo. Á no ser que los republicanos, fortalecidos con la unión, fijen la fecha.

El día 19, socorrido convenientemente por mí con 45 francos, marchó Sanz á París sin permiso del Gobierno francés, y yo lo solicité por conducto del Prefecto el día 28 para trasladarme al mismo punto.

Por telégrafo—aquí hubiera sido necesario un voluminoso expediente—puso el Prefecto mi deseo en conocimiento del Ministro del Interior, y por telégrafo me fué concedido lo que deseaba el día 2 de Noviembre, comprometiéndome por escrito y bajo palabra de honor á no residir en Francia más que en los departamentos situados al lado allá del Loire.

Á las cuatro de la madrugada salí de Angulema; á las ocho y media de la noche llegué á París, y á poco más de los nueve á la casa de don Manuel, que vivía entonces en la Avenida Mac-Mahon, núm. 3.

No estaba en casa D. Manuel. Había salido con su señora. Inés, á quien entonces conocí, me dijo que no tardarían y esperé.

Como D. Manuel había buscado por encargo mío un hotel cerca de su casa y yo no sabía cuál era, por eso me presenté en ella á hora tan intempestiva.

Pero hoy, pasado ya mucho tiempo, se me ocurre pensar que esa explicación fué como una disculpa á mi descortesía. ¿No hay en París centenares de hoteles donde pasar una noche? Haciéndolo así, ¿no hubiera podido visitarle al día siguiente, en hora menos desusada? ¡Qué duda cabe!

En rigor, era otra cosa.

Era, que ausente de la Patria, sin saber cómo, ni cuándo, ni por qué, volvería á verla, al llegar á aquel mundo desconocido para emprender en él vida nueva, una especie de apremio superior á mi voluntad me obligaba á encontrar cuanto antes quien sintiera y pensara como yo. Alguien con quien identificarme y convivir; en una palabra, *rehacer* con la mayor urgencia la perdida armonía, porque sin ella ya estaba viendo que la vida era cien veces peor que la muerte.

Tanto D. Manuel como doña María me recibieron con el mayor cariño, y después de aceptadas mis excusas, hablamos de lo que había de ser objeto de nuestras conversaciones durante más de cinco años.

Desde allí me trasladé á un próximo hotel de la calle Troyon, donde vivía Fominaya, un buen muchacho, muy listo, de mucha confianza, procedente de la sublevación de Badajoz, que por entonces llevaba la correspondencia de Ruiz Zorrilla.

Por todas partes iba encontrando náufragos de las pasadas tormentas.

Quiso D. Manuel oir *in extenso* lo ocurrido el 19, y me dijo:

—Mañana descanse usted del viaje, y pasado venga usted á almorzar con nosotros y hablaremos por una sola vez de todo eso. En adelante, nos ocuparemos mucho del presente y del porvenir.

*
* *

No hay para qué decir con cuánta ansiedad se seguirían en París los breves trámites de la causa cuyo resultado había de ser la más terrible de las sentencias.

Amigos de D. Manuel, que lo eran también de la Embajada, comunicábanle noticias exactas de la actitud del Gobierno, y no pocos políticos franceses intervinieron entonces, por diversos conductos, en la marcha de aquellos sucesos para darle verídicos informes. D. José Rubaudonadéu desplegó en aquellos días gran actividad para comunicar noticias á D. Manuel.

De todas ellas se deducían corrientes favorables á la gracia, que era precisamente lo que se deseaba averiguar, porque el resultado de los procedimientos nadie podía desconocerlo.

La causa de la revolución había costado ya muchas víctimas: cuatro sargentos fusilados en la Rioja; un Jefe y un Oficial en Cataluña; Mangado y dos carabineros muertos en Navarra; Cebrián y Pérez villanamente asesinados por los suyos, y sobre todo esto, las inevitables complicaciones de toda emigración.

A lo dicho había que agregar ahora la sentencia de muerte fulminada contra un General, un subalterno y cuatro sargentos.

No es extraño que D. Manuel sintiera agotadas sus fuerzas y decaído su ánimo; que al fin y al cabo era él solo, entre los jefes republicanos, quien asumía la responsabilidad de tantos y tan continuados desastres.

Haciéndose cargo de lo dicho, fácilmente se concibe que sintiérase á veces inclinado á adoptar resoluciones extremas para salvar á todo trance la vida de los sentenciados á muerte. Pero al ponerle á prueba, cuando Olías, que por entonces estaba en París, le aconsejaba que pidiera el indulto, presentándose en la Embajada, lo que era tanto como renunciar á la política revolucionaria, decía:

—¿Y usted me responde de que lo aceptarán á tanto precio los mismos condenados á perder la vida?

Si tal hubiera hecho, ¡cuán acerbas censuras habría merecido de los revolucionarios de café, incapaces de tomar un fusil para lanzarse al campo ó á la calle!

Yo he oído referir al mismo D. Manuel sus amarguras en aquellos tristes días. La lucha, verdaderamente despiadada, entre su corazón, que se inclinaba á seguir el consejo de aquel amigo republicano, y su deber de hombre político, que se resistía á cualquier abdicación de los principios que estaba sosteniendo.

Su vida por la de todos, hubiérala dado una y mil veces.

No he de concluir esta parte de mi relato sin hacer justicia á la actitud en aquella ocasión de

los republicanos influyentes, porque no omitieron medio alguno para salvar la vida de sus correligionarios.

***

Cincuenta y dos años de edad contaba D. Manuel Ruiz Zorrilla cuando llegué á París. Y como era hombre de sencillas costumbres y morigerado, llevábalos con tal desembarazo y arrogancia, que hubiera podido restar diez de aquella suma sin que nadie creyera que le faltaba ni una unidad.

Estaba el vigor de su cuerpo en relación con el de su espíritu; y la misma robustez y agilidad advertíase en el uno que en el otro. Alto era de estatura y elevadas eran también sus ideas.

Con la sencillez de sus razonamientos y la sinceridad con que los exponía, además de atraerse la voluntad y el afecto de sus oyentes, llevaba á ellos el convencimiento de que les hablaba un hombre leal y de firmes convicciones.

No por esto rehuía la discusión, siquiera los más humildes la plantearan, y aunque defendía sus ideas con gran vehemencia, haciéndole esto parecer apasionado, sólo era intransigente en la cuestión de principios. En cuanto á lo circunstancial, á lo que podría llamarse adaptación al medio, cedía fácilmente. Y aun aquellos principios que eran la firme base de su política los posponía, sin abandonarlos, á conveniencias de orden superior. Así, por ejemplo, cuando se trataba de la unión de los republicanos, decía: «Pongo mi firma en blanco, y dejo á los demás el cuidado de buscar la fórmula.»

No era de los que ponen cátedra hasta para dar los buenos días. Hablaba con naturalidad, se colocaba pronto en el mejor punto de vista para apreciar las cuestiones que se le proponían, y la palabra interpretaba bien y fácilmente su pensamiento.

Si el principal objeto de la elocuencia es persuadir, era elocuente, y no hay duda que persuadía, apelando á diferentes recursos, según el auditorio que tenía delante.

Así, pues, cuando discutía en la intimidad, era de ver la viveza, puramente española, con que expresaba sus ideas y cómo las acentuaba golpeando sobre la mesa con la mano izquierda.

En su trato era bondadoso y tal vez excesivamente confiado. Le costaba trabajo creer en la maldad de los hombres.

Como notas características de su modo de ser y de pensar señalaré algunas.

Nunca hablaba mal de nadie. Hasta para los que notoriamente le habían traicionado, conservaba cierto respeto. Cuando se hablaba de ellos incidentalmente, cambiaba de conversación, sin zaherirlos ni molestarlos.

Cualquiera otro en su posición, tal vez hubiera halagado á sus amigos ofreciéndoles futuras bienandanzas. D. Manuel Ruiz Zorrilla jamás indicó á los suyos cuál sería su destino, cuáles sus honores, cuál su recompensa el día de mañana. Al contrario; cuando, hablando del porvenir, contaba, como es natural, con sus amigos, sólo les ofrecía grandes trabajos, muchos sinsabores, si habían de colaborar con él en la obra revolucionaria que se proponía llevar á cabo desde el Gobierno.

Sin embargo, no hay regla sin excepción.

Cuéntase que censurando á D. Juan Prim un amigo suyo porque contaba para hacer la revolución con alguna que otra persona no muy justificada, contestó:

—¿Pero usted cree que las revoluciones se hacen sólo con ángeles?

Y recuerdo esto, porque á D. Manuel tampoco le faltaban algunos ángeles... caídos, cuyas aspiraciones le eran conocidas; y si alguna vez le preguntábamos:

—¿Para qué servirá mañana ese hombre tan desacreditado?

—Para mucho—contestaba; y añadía señalándole destino, según su categoría ó sus pretensiones mal encubiertas:

—Ese hará un buen Vista de Aduanas, ó será un gran Intendente de Filipinas.

¡Aún había Filipinas para España!

—Pero D. Manuel, ¡si sabe usted!...

—Por eso mismo, porque lo sé. ¿No les parece á ustedes que será de gran efecto ver cómo se aplica severamente la ley á una persona que pasa por amiga mía?

Si se hablaba de corregir la inmoralidad... *reinante*, solía decirnos:

—Eso no se arregla porque no quieren. Cuando pasen por la Puerta del Sol para ir á presidio, no los pequeños, sino los más altos representantes de las clases sociales donde ese mal tiene sus raíces, punto concluído.

En las cuestiones llamadas religiosas, cortaba por lo sano.

—Pediremos—decía—todo lo que el Papa tiene

concedido á las naciones católicas más adelantadas, y si nos lo niega, nadie podrá quejarse de que lo hagamos en seguida por nuestra cuenta.

Para plantear las reformas radicales que él creía necesarias, admitía la siguiente gradación:

—Decretaremos primero las que crean sin destruir; luego las que crean destruyendo, y por último las que destruyen sin crear; pero todo esto desde la *Gaceta*, con plan preconcebido y con mucha rapidez.

¡Que D. Manuel no quería entrar en España sino en triunfo!

Inexacto. Creo haberlo demostrado.

Si la revolución se hubiera hecho firme en alguna capital importante, siquiera quince días, la serie de decretos por él planeados estaría escrita á estas horas en la *Gaceta* revolucionaria. No deseaba otra cosa.

En su trato familiar era afable y comunicativo. Amenizaba la conversación con muy graciosos cuentos; pero le sucedía lo que á todos los *causeurs*, como dicen en Francia. Aunque era su colección muy numerosa, para todos los casos, para todos los gustos y de todos los colores, ocurría que los que vivíamos en su intimidad, al ver el giro de la conversación, solíamos decir: «Ahora encaja el cuento del Cristo que metían los aragoneses en el Ebro para que no se saliera de madre». Y no nos equivocábamos.

¡Pobre D. Manuel!

¡Cómo le persiguió la desgracia y qué mal comprendido fué!

***

Pero digo mal.

De su valer como hombre de Gobierno tenían pleno conocimiento los que temían ser sustituídos por él. Por eso procuraban desprestigiarle de mil maneras.

Para ellos, era un hombre del montón, elevado por la casualidad á los más altos puestos é incapaz de regir un pueblo.

Ni era ilustrado, ni era orador, ni mucho menos hombre de Gobierno. Casi, casi no era... ni Ruiz Zorrilla.

Ya se irá viendo, no con mi testimonio, que podría parecer apasionado, sino con el de personas extrañas é imparciales ó con la fuerza de los hechos, cuán malévolas eran tales suposiciones.

Y esto, prescindiendo de que sus detractores eran los mismos que habían solicitado su concurso casi de rodillas.

Por lo pronto diré que su importancia política se deduce del hecho siguiente, que nadie se atreverá á poner en duda: ningún hombre político sostuvo como Ruiz Zorrilla, en una emigración tan larga y tan desastrosa, el fuego sagrado entre sus amigos; ningún otro sostuvo una expectación semejante, y cada vez más viva, entre sus adversarios. Ruiz Zorrilla llegó á ser un ídolo entre los suyos, así como lo fué Espartero en otros tiempos.

Por eso su casa era visitada constantemente por los españoles. Los amigos acudían á verle por la satisfacción que esto les proporcionaba. Los indiferentes iban también... por curiosidad.

Estar en París y no haber visto á Ruiz Zorrilla, unos de lejos y otros de cerca, era algo así como haber dejado de visitar el *Jardín de Plantas.*

Ruiz Zorrilla lo sabía.

Le anunciaban la visita de un *D. Fulano de Tal* que no nos era conocido como amigo y correligionario, y cuando, después de recibirle y despedirle muy cortesmente, le preguntábamos:

—¿Quién es ese?—nos respondía con mucha gracia:

—Uno que viene á ver el *oso.*

Y es de advertir que todos estos salían encantados.

Creían que iban á encontrarse con una fiera, ó por lo menos con un hombre adusto, reservado, intransigente, terrible, sanguinario.

Y cuando se veían frente á frente de una persona amable, franca, sencilla, benévola y bien educada, salían haciéndose cruces y hubiéranse llamado á engaño si la entrada en el *Jardín de plantas revolucionario* les hubiese costado dinero.

Algunos tenían la franqueza de decírselo, y él... se reía.

¡Cómo no!

De la política tenía un concepto muy elevado, que no es, ciertamente, el de la generalidad. Para muchos está reducida á un arte de medrar como otro cualquiera; á un camino para llegar á un fin puramente personal. Él solía decirnos:

—En España hay muchos hombres públicos y muy pocos hombres políticos, porque para los más es la política como un detalle de la vida al que consagran el tiempo que les sobra, siendo así que exige una atención constante, un estudio continuo y un batallar á toda hora.

Por eso, entre sus adversarios políticos, presen-

taba como tipo á D. Francisco Romero Robledo por lo batallador é incansable.

No comprendía la oposición á medias, convencional y por compromiso, y ponía como ejemplo digno de ser imitado, la de los progresistas contra O'Donnell, y eso que en el abuso del Poder no llegó nunca á donde han llegado descaradamente en estos últimos tiempos los mismos Gobiernos liberales.

Recordaba á *La Iberia*, que dirigía Sagasta, revolviéndose airado contra aquel Ministro porque llevó un cirio en la procesión de San Pascual, creo que en Aranjuez, y con este motivo hacía muy curiosas y acertadas comparaciones entre tiempos y tiempos.

Sin desconocer que las costumbres políticas se han suavizado, que no debe retrocederse á los días en que moderados y progresistas formaban corro aparte en el salón de conferencias y apenas se saludaban; no comprendía cómo los diputados de oposición visitaban los ministerios, ni mucho menos cómo eran más atendidos en sus pretensiones particulares que los mismos ministeriales.

Para terminar este ligero bosquejo, diré que nunca cobró su cesantía de Ministro, ni quiso jamás ser Consejero de las empresas ferroviarias.

No acabaría, si continuara por este camino; pero lo expuesto me parece suficiente para dar idea del carácter del hombre.

*
* *

He dicho antes que la casa de Ruiz Zorrilla era visitada por muchos españoles, y que supo, como

ningún otro hombre político, hacerse respetar y querer de los suyos, en un tan largo período de oposición. Y así era verdad.

Cuando la Exposición de 1889, se convirtió su casa en un jubileo. Para muchos, fué un pretexto la Exposición.

Cierto día recibió una visita que le conmovió mucho.

Un hombre del pueblo, ya octogenario, se presentó en la casa acompañado de otro mucho más joven. Ambos eran naturales de una de nuestras provincias de Levante.

El más anciano era ciego, y al saber que ya se encontraba en presencia de D. Manuel, se arrojó á sus brazos, llorando de alegría.

Cuando pudo dominar su emoción, habló de este modo:

—Mi nieto quería venir á la Exposición y le dije que me trajera, no para verla, puesto que he perdido la vista; porque no quería morirme sin dar á usted un abrazo.

Ahora... sea lo que Dios quiera.

Rasgos parecidos, cuya espontaneidad no admite duda, he presenciado muchos, y eran los únicos que compensaban en parte á D. Manuel de los sufrimientos y desengaños que por muy diversas causas se repetían casi á diario.

El nieto y el abuelo se sentaron aquella mañana á la mesa de D. Manuel, y yo creo que para el viejo progresista fué aquél día uno de los mejores de ı vida.

Recuerdo que D. Manuel recibía con frecuencia sequios de sus admiradores y correligionarios, nque procuraba evitarlos.

Con las historiadas botas, imposibles de calzar, que le remitió un maestro de obra prima, creo que de Baleares; con la navaja monumental que le enviaron de Albacete, tan monumental que abierta tendría bien cumplidos dos metros de longitud, y con otros objetos semejantes, hubiera podido formar un curioso museo.

Debo suponer que todos los obsequios serían desinteresados; resultancia sólo de esa especie de veneración que inspira lo que se ve á lo lejos rodeado de la aureola que el tiempo crea y la constancia afirma, pero nadie me negará que sobre algunos no podía recaer ni la sospecha de que á otro móvil menos puro obedecieran.

Un día, dentro de un estuche de palo, porque era en realidad la rama recta de un árbol convenientemente ahuecada, recibió un bastón, cuyo puño representaba el busto de D. Manuel, bastante parecido, copia, sin duda, de uno de sus retratos, y cuya caña, que con el puño constituía una sola pieza, era, sin exageración, una obra de verdadero arte. Estaba primorosamente tallada, representando los atributos de la República combinados con hojas y flores.

Era regalo de un pastor extremeño, y dentro del estuche venía la tosca navaja que sirvió para hacer aquellas delicadas labores entre los jarales de las sierras, quién sabe con cuánto derroche de tiempo y de paciencia.

Ni el viejo octogenario, ni el desconocido pastor podían prometerse nada de D. Manuel el deseado día de la República, aquel en que todos esperábamos, cuál más, cuál menos, en una ú otr forma, el debido resarcimiento.

CAPITULO XIV

Cosas de la emigración.—El Louvre.—*Los dos procedimientos.*—Don Manuel en la intimidad. — Sus costumbres.

Y empezaron para D. Manuel nuevas complicaciones.

¿Qué hacer con los emigrados cuyos recursos se reducían al franco diario que les suministraba el Gobierno francés?

Sanz, por mediación de Estévanez, que por entonces vivía muy retirado, creo que en Saint-Cloud, donde le visitamos todos, se colocó en un periódico que se publicaba en español con destino á América; pero por desavenencias con su propietario, lo dejó muy pronto y se quedó en la calle.

Soler se las arreglaba bien con la colonia americana, muy numerosa en París. El era cubano.

Casero se presentó á Rochefort, con una carta de Ruiz Zorrilla, y le buscó acomodo en la orquesta de un teatro para tocar la flauta.

Cuando D. Manuel preguntó á Jullher á qué pensaba dedicarse, esperábamos todos la misma contestación. Un Oficial de Administración militar tenía ancho campo donde elegir, ya en el comercio, ya en las industrias, y sobre todo en la conta-

bilidad; pero cuál sería nuestro asombro cuando dijo que pretendía ser cochero.

Llegamos á pensar que estaba loco.

—¡Cochero!—exclamó D. Manuel, como si hubiera oído mal.

—Sí, señor; yo sé dirigir muy bien un carruaje.

—¿Pero no estaría usted mejor llevando los libros en una casa de comercio?...

Jullher insistió en su descabellada pretensión, y aunque trató D. Manuel de disuadirle, tanto porque aquella posición, aunque alta, no era la más indicada para un Oficial, cuanto por las dificultatades que ofrecía la singularidad del caso. No hubo medio.

Y no era esto sólo: á D. Manuel le costaba trabajo decir que un Oficial de nuestro Ejército no tenía otras aspiraciones.

Además, ¿cómo iba á dirigir un coche de punto en un París, sin conocer el idioma ni las calles?

Jullher todo lo resolvía de plano.

En un par de meses sabría hablar francés, y en cuanto á las calles, con estudiarlas, punto concluído.

Y era de ver cómo paseaba sus ocios de pretendiente por los boulevares, con el plano de París, empeñado en metérselo en la cabeza.

A todo esto, como para Jullher, según él, se resolvía el problema de la vida en esa forma, don Manuel cedió é interpuso su influencia para que, después de sufrir el examen allí necesario, le dieran el permiso para guiar un coche de punto.

Consiguió aprender la entrada y salida de todas las calles, pero no el camino más recto para dirigirse á ellas, y en cuanto al francés... imposible.

Así, le ocurrió muy pronto lo que era de esperar cuando no se tiene el oído acostumbrado á un idioma.

Algunos, impacientes ó nerviosos, dábanle las señas con mucha rapidez al meterse en el coche, y como Jullher, aunque estaba en el pescante, solía no pescar una palabra, pedía en un francés detestable explicaciones que el viajero ni esperaba ni entendía, dando esto motivo á que más de un francés saliera del carruaje echando venablos y hasta dudando si estaba en París ó en la China.

Este caso lo habíamos previsto, y lo refiero para que se vea hasta qué límite llegaba la paciencia y la tolerancia y la bondad de D. Manuel cuando se trataba de servir á los emigrados.

Y eso que profesaba esta máxima: «No hay nada peor en la vida que perder el tiempo en cosas inútiles.»

Se lo he oido con mucha frecuencia.

Y á sabiendas de que era inútil lo que hacía, molestó á muchas personas para que Jullher *se ganara la vida*, dirigiendo en París un coche de plaza.

Bueno será decir que Jullher, en mejores tiempos para él, había tenido gran afición á ese género de *sport*.

Después de este fracaso trató de ingresar en la Legión extrangera, y sabido es, sobre todo entre militares, lo que son esas legiones.

Luego desapareció de París con rumbo á América, y por último, murió en la Isla de Cuba, peleando como voluntario en defensa de la Patria.

¡Glorioso término de una vida tan irregular y tan extraña!

Patricio Calleja, paisano que emigró á consecuencia de los sucesos de Septiembre, porque en ellos tomó parte muy activa como antiguo y buen republicano que era y es, vivió en Cette, en París y en Orán, no sin dificultades, sobre todo en la capital de Francia, á pesar de que D. Manuel procuró evitarlas cuanto buenamente pudo.

Sanz, después de renunciar los cien francos que le daban en el periódico, ya he dicho que se quedó con el día y la noche.

Verdad es que ya no era el Sanz que conocí, cuando siendo sargento escribiente de la Dirección de Infantería, me proporcionaba las noticias del movimiento del personal para *La Correspondencia Militar*.

Naturalmente, no me era posible sostenerle á mesa y mantel, ni él tampoco lo hubiera permitido, pero ya sabía que en el modesto restaurant donde yo almorzaba, tenía siempre un cubierto en caso de necesidad. Y la tuvo no pocas veces.

Digo esto, no en alabanza propia, porque no la merece lo que es natural y humano; sino para que más adelante se vea comprobado lo que ya dejo dicho respecto á cómo se modifican las ideas y cómo se cambia el carácter de muchas personas en la emigración. Añadiré que, por su parte, hacía todo lo posible D. Manuel para buscarle colocación y sacarle de apuros del momento.

Yo, como cada cual, tuve que buscarme la vida, y la primera colocación que encontré, mediante la influencia de mi excelente amigo, ya muerto, el Coronel de Caballería D. Lorenzo Rubio Guillén, fué en los almacenes del Louvre.

Muchos españoles conocerán el Louvre por

fuera; pero no por dentro, como yo tuve la suerte y la desgracia de conocerlo.

Diré brevemente lo que aquello es.

*
* *

El 15 de Diciembre del 86, recibí carta de uno de los principales socios del Louvre, coronel que había sido del ejército francés, para que me presentara á él, el día siguiente á las ocho de la mañana.

Hícelo así, y aquel mismo día fuí destinado á la sección de correspondencia extranjera para hacer mis pruebas, que consistieron en traducir cartas del castellano al francés.

Tres días duraron estas pruebas, y al cabo de ellos, el jefe de mi oficina, un joven que por cierto se daba mucho tono, me manifestó que definitivamente estaba colocado en los Grandes Almacenes del Louvre.

Era mi oficina la torre de Babel; había un inglés, un italiano, un portugués, un alemán, un ruso, un holandés y un español, que era yo. Aunque todos hablábamos en francés, el diablo que nos entendiera cuando nos comunicábamos unos con otros, porque cada cual, más ó menos, conservaba su peculiar acento y sus giros propios.

A mí me colocaron al lado del holandés, y aunque recordaba con terror lo que la historia dice de los tiempos del Gran Duque de Alba, nos hicimos pronto muy buenos amigos y fué mi protector y mi guía. ¡Dios se lo pague al excelente Zwan, que así se llamaba!

¿Qué había de hacer yo cuando el primer día que entré en funciones me iban entregando paque-

titos de cartas, para despacharlos con gran premura y según su contenido á los diferentes *rayons*, ó secciones de aquel vastísimo comercio?

Una señora pedía medias de seda; otra, tantos metros de tela, cuya muestra enviaba; tal madre cariñosa, un *bebé* de tales dimensiones; aquélla, unas enaguas, y etc., etc. El cuento de nunca acabar.

Según la muestra de la tela ó la calidad del encargo, habia que hacer el pedido á tal ó cual sección, y aquí del buen holandés.

—¿Qué es esto?—le preguntaba mostrándole el *échantillon*, y él me decía por lo bajo:

—*Calicot*, *soie*, *merino*... y así salía del paso.

—¿A dónde se destina tal cosa?—volvía á decirle.

—A juguetes, á género de París, á puntillas... y suma y sigue.

Después de hechos los pedidos en papeles que tenían diversos colores, según las secciones, volvían á nosotros las cartas para contestarlas, diciendo cuándo salían los géneros, cuál era su precio, etc.

Allí no se decía nunca: «De lo que usted pide no hay». Tenía que haber de todo.

Si no había una cosa se buscaba en los demás almacenes, y en el caso de no encontrarla, mandábase hacer.

Esta operación de la correspondencia duraba hasta la hora de almorzar, y por la tarde se despachaban las facturas.

Como entre hombres y mujeres calculo habría más de tres mil empleados en el Louvre, todas las operaciones exigían el mayor orden.

En primer lugar, teníamos nuestro número y señalada una puerta para entrar y salir.

En una de las pequeñas tribunas que, cuando se abría el establecimiento al público se convertían en cajas para efectuar los pagos, había un empleado con una lista, y al pasar ante él, sombrero en mano, decíamos en voz alta nuestro número y seguíamos nuestra marcha á la oficina, en la cual había unos cajones para guardar los abrigos y los sombreros.

Todas estaban en el penúltimo piso, muy alto, y sobre éste los comedores, con separación absoluta de empleados y... empleadas. Tanto rigor había en ésto, que estaba prohibido hablaran entre sí los empleados de distinto sexo, siquiera fuesen hermano y hermana.

Cuando llegaba la hora de almorzar ó comer, sonaba un timbre eléctrico, y en el acto subíamos al otro piso por una escalera muy angosta para que sólo entraran por la puerta uno ó dos de frente.

En seguida nos encontrábamos en una gran sala que tenía extendido á lo largo un mostrador, y en él tres ó cuatro platos diferentes, de los cuales cogíamos uno. Más allá se tomaba una media botella de vino, y así, con las manos ocupadas, llegábamos al extenso comedor, en cuyo piso había tendidos rieles para la más fácil conducción del servicio en pequeñas vagonetas.

Ya en el comedor, llegábamos á la mesa que nos estaba señalada, tomábamos nuestra correspondiente servilleta y nos sentábamos.

Frente á cada asiento había vasos, botellas con agua, vino, cubiertos y raciones de pan.

Una vez instalados, venían los mozos con la humeante sopa ó *potage* y nos servíamos.

Luego, dábamos cuenta del plato elegido, que siempre era bueno y abundante, y después volvían á presentarse en escena los criados para servir los postres.

¡Pero cómo los servían!

A lo largo del brazo izquierdo, formando escalera y apoyados unos en otros, traían diez ó doce platos con dulce, frutas, quesos, etc.

Cada cual decía: «manzanas» por ejemplo, y si las manzanas ocupaban el centro de aquella escalinata de platos, el mozo no se apuraba por ello.

Entresacaba el pedido y los de arriba se deslizaban por el brazo, resultando firme otra vez aquella cadena.

Se comía y se bebía á la carrera.

¿Por qué? Porque después teníamos media hora para salir del establecimiento á tomar café.

Yo seguía á mi buen holandés como un autómata.

Y aquí viene otra cosa digna de atención.

Para bajar había una interminable escalera de caracol, por la cual se precipitaban como locos las doscientas personas que á la vez solían reunirse en el comedor.

Yo, las primeras veces, no bajé por mi propia iniciativa; me bajaron confundido y prensado en aquella especie de tromba humana que con ímpetu vertiginoso y produciendo un ruido ensordecedor, se desarrollaba por la estrecha, retorcida é inacabable escalera.

Tanto más larga, cuanto que no terminaba al nivel de la calle, siendo el piso muy alto, sino más

abajo, y luego había que subir algunos peldaños para salir á la calle de Rívoli.

Ya en pleno aire y plena luz, tomábamos carrera y nos distribuíamos en los muchos cafés que hay en la plaza del Teatro.

En seguida nos servían café y una copa y fumábamos con ansia, porque en el establecimiento estaba prohibido. A todo esto, mirando el reloj para no retrasar el regreso ni un minuto.

Y vuelta al trabajo, para contestar á la señora que se quejaba porque el corsé remitido era muy ancho, ó los guantes tenían un punto más de la medida.

A las ocho y media de la noche salíamos de aquella casa, y tomando unos el ómnibus y otros el ferrocarril, nos dirigíamos á nuestros respectivos domicilios.

Recuerdo que entre las muchas cartas que despaché, fué una del Sr. Salaya, amigo mío y secretario entonces del Ayuntamiento de Madrid.

Deseaba un gabán de pieles y pedía precios.

Yo le contesté de mi puño y letra, aunque con la firma Heriot y compañía.

No pude menos de recordar entonces que, poco antes del 19 de Septiembre, nos vimos en un banquete que dió el Ayuntamiento de Madrid á unos periodistas portugueses.

¡Cómo pensar entonces que, pocos meses después, había yo de decirle desde París cuánto costaba un gabán de pieles en los Almacenes del Louvre!

Otro detalle que me molestó mucho.

De todas partes llegaban pedidos de muestras de telas y á todas partes se remitían inmediatamente.

A España estaba prohibido enviarlas.—¿Por qué?—pregunté.—Y me contestaron:—Porque no llegan á su destino.—Y sentí vergüenza de ser español.

Aquella inmovilidad de doce horas, aquella ocupación tan contraria á mis costumbres, hubiera dado al traste con mi salud de hierro. Ya empecé á notarlo. Por fortuna, tenía pendiente otra colocación en la casa editorial de Mr. Garnier, y en los primeros días de Enero del 87 me mandó hacer un diccionario de bolsillo y una nueva traducción de «Los Misterios de París».

Esto me salvó.

Al despedirme del amable Coronel francés, socio del Louvre, me dijo:

—Celebro mucho que haya usted encontrado otra colocación más en armonía con sus aficiones; pero estoy muy satisfecho de usted y aquí tendrá usted un puesto siempre que lo necesite.

Mi principal mérito consistió en ser el primero que ocupaba su asiento todos los días.

Rogué al Coronel que en mi plaza vacante colocara á Soler, y así lo hizo. Pero no tuvo paciencia. Antes de quince días lo dejó.

No me extraña: el Louvre era la esclavitud de los blancos.

Y eso que los sueldos se aumentan según los años de servicios; que se hace á los empleados un descuento considerable cuando adquieren géneros ú objetos para su uso; que se dan pensiones á las viudas y huérfanos de los empleados, y que anualmente obtienen éstos una pequeña participación en los beneficios.

A mí, como por especiales circunstancias no era

posible aplicarme la mayoría de esos gajes, me señalaron doscientos francos mensuales, lo que llamó mucho la atención de mis compañeros. Nadie había sentado plaza en el Loubre con sueldo tan crecido.

Debí ésto á la amabilidad del Coronel, que era republicano. No cito su nombre porque resulta ilegible en la carta que me escribió.

Así y todo, cuando me ví en Montrouge, entre mis amigos y compatriotas Toro, Sawa, Vinardell, Romo-Jara, Picouto y la Rosa, este último peruano, haciendo papeletas para un gran Diccionario enciclopédico, bajo la dirección del inteligente y para mí inolvidable Elías Zerolo, creí haber nacido á otra vida.

*
* *

Recobrada así mi libertad, pude distribuir el tiempo á mi gusto y al de D. Manuel.

Dedicaba toda la mañana á los asuntos políticos, las tardes al Diccionario, y las noches á mis trabajos particulares: que eran ejercer mi cargo de corresponsal de varios periódicos españoles y americanos ó traducir ó escribir alguna obra para la misma casa editorial (1).

D. Manuel se levantaba muy temprano, y cuando yo llegaba á su casa, á eso de las ocho, ya estaba en el despacho fumando un cigarrillo de pa-

---

(1) Fueron las siguientes:
Traducidas: «Educación de las Madres de familia», «Tratado de Medicina veterinaria», «Los Misterios de París», «Manual de Equitación», «Las Ruinas de Palmira». Originales: «Diccionario portátil de la Lengua Castellana,» «Manual de Topografía práctica», «La Familia de Rillé», «El agua y sus misterios», «El mundo de las flores», «Insectos y Pájaros».

pel, distribuyendo el trabajo del día ó leyendo la prensa de París, de Madrid y de nuestras provincias.

Cuando había mucho que hacer, tenía preparada una nota para que nada se nos olvidase. Aún conservo una de ellas, que voy á copiar tal como él la redactó, porque me parece interesante: Dice así:

«Cerrar las cartas de Prieto.

Cerrar las cartas de Sol.

Despachar las tarjetas.

Hacer las cartas de recomendación para los candidatos.

La carta á Bouteiller.

Los asuntos de Masó.

Entregar á Prieto las recibidas en estos últimos días.

Hacer la circular para contestar á telegramas.»

No tiene fecha esta nota, pero por su contenido, deduzco que debió escribirla en los primeros días de un año.

He dicho que la nota transcrita me parece interesante, porque en ella dice:

«Hacer las cartas de recomendación para los candidatos.»

Y esto demuestra que no se oponía á las luchas legales, como después han dado á entender algunos partidarios suyos equivocadamente.

No esperaba el triunfo de la República de la lucha en los comicios, por dos razones que le hemos oído infinitas veces los que estuvimos á su lado.

La primera, porque las elecciones se falsean en nuestro país con un descaro que no se concibe fuera de él.

La segunda, porque aun en el caso inverosímil

de que no se falsearan, autorizando la Constitución al rey para disolver las Cortes, las disolvería por decretro si le fueran adversas.

Más que opuesto á las elecciones, era partidario de ellas, porque los retraimientos, decía, cuando no traen por inmediata consecuencia la revolución, empiezan prostituyendo á los partidos y concluyen condenándolos á muerte. Doctrina que expuso muchas veces de palabra ante sus amigos y que escrita aparece en documentos públicos. Léanse los siguientes párrafos del Manifiesto de Londes (26 de Febrero de 1888):

«¿Quiére decir esto que todos deben dedicarse á la conspiración, que sólo á la lucha armada han de dirigirse las fuerzas y las aptitudes republicanas? No; y con hechos repetidos durante estos últimos trece años, hemos demostrado que no es este nuestro pensamiento y menos aún nuestra aspiración.

La lucha de los comicios, ayuda al hecho de fuerza. La integridad é independencia de nuestros ediles y diputados provinciales, y la voz de nuestros oradores en ambas Cámaras, son elementos que pueden coadyuvar eficazmente á que la Nación crea en la virtualidad de nuestras doctrinas y en la conveniencia de nuestro triunfo.»

Y añadía:

«Pero es á condición de no hacer la causa de los monárquicos, de defender siempre que sólo en la República puede encontrar el país el reposo que reclama, el progreso á que aspira y la moralidad que echa de menos.

Por esto hemos recomendado á cuantos candidatos... etc.»

La nota copiada, dice: «Hacer las cartas de recomendación...»

En cuanto á la observación con que empieza este último párrafo, tal vez parezca ociosa; pero no lo era del todo.

Véase lo que por entonces decía un periódico monárquico, quejándose de la pasividad de los diputados republicanos:

«Esos republicanos de ambrosía y menta, que llevan el frasquito de sales inglesas entre los pliegues de la levita.»

D. Manuel quería una campaña decidida, enérgica, valiente, sin cuartel, porque la consideraba como complemento de la revolución; así es que cuando las oposiciones monárquicas tomaban iniciativas que en su concepto correspondían á nuestros amigos, lo lamentaba en silencio, porque reservaba la censura para cuando pudiera hacerla frente á frente de los censurados.

Pero no necesitábamos más explicaciones los que le conocíamos.

Al contrario, si habíamos leído los periódicos de Madrid, ya sabíamos qué género de influencia habrían ejercido en el impresionable temperamento de nuestro jefe.

Cualquier mala noticia cambiaba el color de su faz, amortiguaba el brillo de sus ojos, sumíale en profunda tristeza, causaba en él una especie de laxitud que daba miedo.

Era otro hombre.

Al contrario, cualquier nueva satisfactoria, remozaba su espíritu y le daba la vida.

No había nacido para el disimulo.

***

Entre doce y una almorzaba D. Manuel, y pocas veces sentábase á la mesa sin tener en ella uno ó más convidados.

Y ya porque los tenía, ya porque dejaba de tenerlos, obligaba á almorzar con él á alguno de los que vivíamos en su intimidad. Esto sucedía siempre en ciertas ocasiones.

D. Manuel no tenía entrevistas políticas sin que alguna persona de su confianza las presenciara.

Habíale ocurrido muchas veces que, después de prometerle algunos hasta lo imposible en sentido revolucionario; después de ofrecerle cambiar radicalmente tal ó cual actitud política ó pronunciar un tremendo discurso con éste ó aquél motivo, se olvidaban de lo dicho al repasar la frontera. Y como tenía en mucho la seriedad de los hombres, se le ocurrió algunas veces la duda de si habría interpretado mal la actitud y las palabras que creía haber visto y oido. Y hacía más.

Cuando las conferencias á que me refiero eran muy interesantes, hacíamos un acta que conservaba luego entre sus papeles importantes.

Apropósito de ésto, recuerdo, porque él me lo dijo pocos días después de mi llegada á París, que su representante militar en Madrid estuvo á verle para tomar consejo y saber á ciencia cierta cómo debería tratar de los sucesos de Septiembre si se veía obligado á ocuparse de ellos en el Congreso.

D. Manuel le hizo el discurso que él pronunciaría en caso tal, y no sólo el dicho representante se manifestó conforme, sino que expresó su admiración al ver el acierto con que D. Manuel evitaba los escollos de tan grave asunto.

Y en efecto, cuando llegó á Madrid, se le olvidó el discurso al Diputado republicano entonces y Senador monárquico hoy.

Verdad es que padecía olvidos muy singulares. Como que, á pesar del carácter de que estaba investido, se le olvidó encontrarse entre nosotros la noche del 19 de Septiembre.

Y por cierto que estando yo en San Juan de Luz y él creo que en Bayona, no se molestó en ir á verme como el amigo Muro, aunque éste no tuvo arte ni parte en aquéllo, sino que tratándome como superior á subordinado me hizo saber por conducto de un amigo sus deseos de recibir mi visita para conocer los detalles de lo ocurrido.

Mi contestación fué breve: «Dígale usted que hubiera estado allí como yo y lo sabría todo.»

No es extraño, pues, que D. Manuel no supiera en muchos casos á qué atenerse cuando trataba con algunos hombres... al parecer.

Bien puede decirse que D. Manuel había *entrado* en Francia, porque seguía las costumbres francesas, sobre todo en las comidas.

No digo ésto solamente porque le gustara tratarse bien, sino porque hacía de esa función indispensable á la vida, un acto, que siendo suyo, había de ser político, amén de interesante.

Dotado de una feliz memoria y consagrado á la política desde que recién terminada su carrera organizó en el Burgo de Osma un batallón de Nacionales, del que fué Comandante, creando y arraigando allí el espíritu liberal, conocía al dedillo la historia de los hombres públicos contemporáneos y la marcha y desarrollo de todos los sucesos políticos de su tiempo.

En tales ocasiones resultaba su esposa verdadera víctima, porque veíase obligada á oir la repetición de los mismos discursos sobre los mismos temas.

A los demás, como nos sucedía lo contrario, le estimulábamos con preguntas sobre tales ó cuales hechos, cuyos pormenores desconocíamos.

Y recuerdo que muchas veces, ya en los últimos años de mi permanencia en París, cuando se repetían, desgraciadamente, con alguna frecuencia los ataques que le hacían perder el conocimiento y desplomarse; cuando nos hacía observar, pulsándole, cómo se interrumpían por breves momentos los latidos de la arteria; en una palabra, cuando ya los médicos le habían sometido á un régimen y tenía el presentimiento de que su enfermedad del corazón era incurable, solía decirme con tono de amistosa reconvención:

—Todo esto debía usted apuntarlo, porque si yo muero, convendrá que alguien lo sepa y lo diga cuando llegue el caso.

Diez y seis años, por lo menos, han transcurrido desde que me hablaba así, y creo que no ha llegado el momento de decir todo lo que apunté siguiendo su consejo, y lo mucho que tengo fuertemente grabado en la memoria.

Sin embargo, parte de aquellos apuntes, de aquellos recuerdos y de documentos que él me dió á conocer y para copiar, constituyen la esencia de este libro. Siguiendo, pues, la costumbre francesa, no rezaba allí el refrán español que dice: «comida echa, compañía desecha»; sino muy al contrario, e prolongaba la sobremesa hasta bien entrada la ırde ó la noche.

Entonces, cuando se había servido el café, que D. Manuel tomaba en pequeños sorbos y el último ya completamente frío, retirábase doña María para dejarnos entregados con más libertad á nuestras invariables lucubraciones.

D. Manuel, por su parte, había olvidado la especie de tiránica dictadura que sobre él ejerciera la excelente Inés durante la comida, y mostrábase locuaz y contento entre sus amigos.

He dicho ya quién era Inés en aquella casa, y por su entrañable afecto á los señores de Ruiz Zorrilla, bien merece un recuerdo especial en estas páginas.

Conocía el régimen facultativo á que D. Manuel debía sujetarse en las comidas, y cuando servía algún plato de los *prohibidos*, pasaba con él, prescindiendo del dueño de la casa.

—Pero Inés, ¿y yo?—decía D. Manuel reclamando su parte.

Entonces, Inés, que como buena hija de Castilla era concisa en el decir y un tanto áspera, le replicaba:

—Usted no puede comer de esto.

Y no había apelación, aunque algunas veces la intentaba D. Manuel, observando que aquellas salsas ó aquellas farináceas no debían ser motivo de abstinencia. Pero cuando terminaba su alegato, Inés, sin tomarlo en consideración, había desaparecido del comedor.

Yo creo que algunas veces extremaba su celo maternal la buena Inés; pero lo cierto es que D. Manuel no hacía cuestión de gabinete aquel disentimiento. Lo más que nos solía decir, contemplando su plato vacío:

—¡Pero ustedes han visto!

Y continuaba su interrumpida conversación, en espera de que el plato siguiente no mereciera el mismo veto del tirano de la casa.

Tenía razón D. Manuel para respetar aquellas rarezas, dado caso que lo fueran.

Cuando se sentía enfermo, para oirle respirar y encontrarse más cerca si llamaba, Inés tendía un colchón á la puerta de la alcoba y en él pasaba la noche. Aunque hacía esto muy en silencio, cuando todos descansaban, algunas veces solía enterarse D. Manuel y la reprendía. Pero era inútil.

Además de estas condiciones, tenía la de ser muy reservada y muy leal.

¡Cuántas conversaciones importantes oyó en su vida!

D. Manuel la dejó en su testamento una modesta pensión para que viviera decorosamente el resto de sus días, que no se prolongaron mucho. Cerca de dos años hace que dejó de existir.

Ya de aquellos tiempos, vamos quedando pocos.

***

Así como era D. Manuel invariable en sus ideas, siempre fué un gran demócrata, era también constante en su modo de vestir y hasta en su modo de ser dentro de la familia.

Vestía siempre de negro y de levita.

Sus corbatas, negras también, eran de la misma forma: de lazo grande.

Los cuellos de sus camisas, altos.

Usaba largo el cabello, cortado siempre en forma tal, que resultaba su peinado algo semejante al de

moda en los tiempos de nuestro romanticismo literario.

Nunca introdujo modificación alguna en el corte de su barba. Así en sus primeros retratos, como en los últimos, se le ve siempre con bigote y mosca.

Dedicaba los días laborables de la semana á la política, y ésto desde la mañana hasta la noche.

Por las tardes hacía sus visitas ó paseaba sólo.

Las noches las pasaba en su casa. Cuando no iba al teatro con su esposa, única distracción que se permitía, las pasaba con ella... jugando al dominó.

Por cierto que una noche, la del 4 de Agosto de 1890, recibió un telegrama de la Presidencia del Congreso de los Diputados, invitándole á la primera reunión de la Junta del Censo, y en la cuartilla de papel que le servía para apuntar los tantos ganados en el dominó redactó en el acto la contestación, que dice así:

«Cuando no haya proscriptos, cuando la ley permita el restablecimiento de la República, si la mayoría del país la desea, prescindiré de las graves ocupaciones que hoy me impiden tomar parte en las tareas de la ilustre Junta que usted dignamente preside.»

Al día siguiente me leyó esta contestación; la puse en limpio, mejor dicho, la redacté en forma legible y la mandé al telégrafo.

Guardé la cuartilla y la puse en un cuadro que aún conservo, adicionando el autógrafo con un retrato de D. Manuel que hice á lápiz.

Aquel pedazo de papel, que sin duda creía roto, lo vió un día en mi casa poco tiempo después.

—¿Conque un autógrafo?—me dijo;—¡pues no hay muchos míos por ahí!

Y es la verdad; como tenía una letra indescifrable, tal que muchas veces representaba una palabra con un rasgo, sobre el cual ponía, eso sí, los puntos y los acentos que necesitaba el vocablo, no había manera de entender un escrito suyo, y escribía poco.

Yo, cuando apremiado por la urgencia escribo á escape, suelo también hacer mala letra, aunque no tan mala como la suya, y algunas veces, cuando estaba de buen humor, al firmar las cartas que le presentaba, escribía: *Porvenir*, pseudónimo que solía usar, ó Ruiz Zorrilla, con caracteres muy claros, y decía confrontando la carta con la firma:

—Vea usted: parece un autógrafo.

Tenía razón.

Y digo ahora que tampoco dejarán de tenerla los que lean esto, si se les ocurre pensar que salto con mucha frecuencia de unos á otros asuntos. Es que se enlazan sin que yo pueda evitarlo, ó por lo menos sin que se me alcance otro modo de referirlos.

Volveré á tomar el hilo donde lo dejé cuando estaba llegando á su fin.

Los domingos, ya lo reconoció así D. Emilio Castelar en una de las cartas que dejo transcritas, los consagraba á la familia. Almorzaba en casa, paseaba por las tardes con su señora en un modesto coche de alquiler, generalmente por el Bosque de Bolonia, y juntos comían en algún restaurant de los boulevares.

Tales eran las invariables costumbres de D. Manuel en su vida íntima.

CAPITULO XV

D. Manuel visita á D. Carlos.—La Monarquía y la República, según don Andrés Borrego.—Influencia de D. Manuel en la política española. —Fiesta republicana.—El espionaje.—Cartas de los espías franceses al Gobierno Español.—D. Santos y Dulong en París.

¡Cuán cierto es que no hay profeta en su Patria! Mientras aquí hostigaban y calumniaban á don Manuel Ruiz Zorrilla, á todas horas y con cualquier pretexto, ya los demócratas que habían solicitado su concurso en el Gobierno, ya los conservadores que á él se dirigieron en nombre de los que aún tenían camisa limpia, realzábase su figura y su nombre en tierra extraña, no solamente entre sus afines en política, sino entre los que representaban ideas diametralmente opuestas á las suyas.

D. Carlos, por ejemplo.

No hacía misterio ¿para qué? de la entrevista que tuvo en París con el pretendiente á la Corona de España; pero tampoco creo que en letras de molde se haya tratado de ella hasta ahora.

Separaban abismos infranqueables al uno y al otro.

Coincidían sólo en un punto, y en él seguiremos coincidiendo republicanos y carlistas, con muchos

que no son ni carlistas ni republicanos: en que á todo trance es necesario acabar con estos gobiernos de artificio, con estas ficciones engañosas, que ni tienen la fortaleza saludable á veces de los gobiernos absolutos, ni la elasticidad siempre beneficiosa de los gobiernos democráticos; que son, en en suma, burladores de la libertad, galeotos de cuantas impurezas puedan imaginarse, salteadores de ideas que explotan á todo trance en beneficio de sí mismos y de sus encubridores, no ya con menosprecio de los intereses públicos, sino á costa de ellos y contra ellos.

Partió, naturalmente, de D. Carlos la iniciativa de la entrevista á que estoy refiriéndome, y para facilitarla se ofreció á visitar á D. Manuel en su casa, á que fuese á la suya ó á personarse en el sitio que se le indicara.

No había para qué hacer salvedades de cierto género, porque cada cual tenía su campo bien acotado y sus linderos bien conocidos.

Era una entrevista para la cual se invocó por don Carlos el deseo de conocer personalmente al hombre político que con tanto tesón sostenía la bandera revolucionaria, y por consecuencia hablar en términos generales de *las cosas* de España.

Dícese que los extremos se tocan, y esta verdad se comprobó entonces una vez más.

D. Manuel manifestó al emisario de D. Carlos que no tenía inconveniente en verse con él, y al efecto señaló día y hora en la casa de D. Gabriel Landaluce, persona acaudalada é íntimo amigo de Ruiz Zorrilla.

Vivía entonces el Sr. Landaluce en la calle de Saint-Georges.

¿De qué hablaron?

De política, naturalmente, pero no de política personal ni de partido, porque no trataban de convencerse ni de conquistarse, sino de alta política, para que resaltara más la política menuda *ad usum Hispaniæ.*

Después de esta entrevista, las relaciones de uno y otro se limitaron á saludarse cortesmente cuando de vez en cuando se encontraban al paso en el Bosque.

Al poco tiempo fué D. Carlos expulsado de Francia y no volvieron á verse.

***

Claro es que lo dicho respecto á los políticos españoles se refiere á los de *servilleta prendida,* porque entre los alejados del presupuesto, muchos sostenían con D. Manuel frecuentes relaciones, aunque sus puntos de vista no eran los mismos.

Entre otros que pudiera citar, corriendo el riesgo de fatigar á los lectores y de hacer interminable este libro, haré referencia á D. Andrés Borrego, persona de cuya cultura, sensatez, autoridad y experiencia nadie dudará.

Con esto me propongo destruir otra de las muchas fábulas torpemente inventadas por los enemigos de D. Manuel, y cándidamente acogidas y propagadas por los que acostumbran á discurrir con criterio ajeno.

D. Andrés Borrego creo yo que no era republicano, si se me permite la frase, *por cortedad.* En el fondo lo era; tal parece deducirse de los párrafos que voy á transcribir de una interesante

carta suya dirigida á D. Manuel desde Madrid el 8 de Junio de 1888.

Prescindiré de las fórmulas puramente corteses, para entrar de lleno en la parte política de aquella misiva.

Dicen así algunos párrafos; advirtiendo que lo subrayado lo está también en el original:

«El largo intervalo que ha interrumpido nuestra grata correspondencia me da una ocasión, que celebro, para ofrecerle la prueba de que siempre que tengo ocasión oportuna de hablar de usted con el público, sigo haciéndolo en los términos que siempre debe usted esperar de mí.

Había pensado dar á luz, en 1.° de Enero último, una *Revista semanal de política y de economía pública*, para cuyo primer número tenía destinado un trabajo titulado: *Diagnóstico de la situación que atraviesan los partidos políticos en España.*

Al ocuparme en él de los partidos republicanos, lo hacía en los términos que verá usted, respecto á la numerosa colectividad que usted dirige.

No siendo nuestros ideales los mismos en política, no podía ocuparme de su persona de usted en términos más amistosos.

....

....

Después que haya leído usted el impreso, que también le incluyo, y que tiene de fecha *medio siglo cabal*, podrá decirme si de haberse seguido (desde 1837, en que se juró la Constitución de aquel año) por los moderados y progresistas el plan de conducta que yo formulé, no se hallarían en el día preparados los españoles para optar por

un cambio que sustituyese el régimen electivo al hereditario.

Entendía yo entonces, y todavía entiendo, que en los países meridionales de raza latina el régimen constitucional monárquico, tal cual yo lo he formulado y entendido en todo tiempo, sirve para una cosa: para sér el *tapón de la botella de cerveza* de un pueblo que, saliendo de manos de los poderes tradicionales, si no es educado convenientemente, se conduce como los libertos á quienes se da una libertad que no entienden ni saben digerir.

Demos mañana establecida la República, como quiera que se la formule. En el estado actual de nuestras costumbres y nuestras ideas, cualquiera que sea la plataforma de la elección, no será la fiel expresión de la mayoría concienzuda é inteligente.

Digo más: si llegase á tener Presidentes de talla, capaces de traernos *la unión peninsular* ó una sólida alianza con Italia, sin intrigas y sin que ellos la solicitasen, el pueblo les pondría la corona en la cabeza, de donde yo deduzco que primero es tener un pueblo republicano que instituciones que nominalmente lo sean, y por eso, al formular en 1838 mi monarquía *de paso*, la sujeté á tales condiciones que equivalen, en cuanto á poder real, á una presidencia electiva.»

El Sr. Borrego remitió, en efecto, al Sr. Ruiz Zorrilla un impreso, titulado así:

«Programa de la organización política y de las instituciones de interés social por mí iniciadas, sostenidas y propagadas durante los años 1836, 37, 38, 39, 40 y 41.»

Además, agrega á esto, en la referida carta, un examen de la situación de los partidos republicanos, haciendo en él grandes elogios de sus hombres más salientes.

Decía del Marqués de Albaida: «Sincero y consecuente demócrata, cuya clara y familiar palabra hizo impresión en el corazón de las muchedumbres». De D. Nicolás María Rivero: «Que siguió al anterior en el terreno de las ideas é inspirado por un vigor y patriotismo que á la vez honrará su talento, su carácter y su soberano menosprecio de los aullidos populares, cuando éstos no respondían á un verdadero móvil de interés público».

«Al lado del insigne D. Nicolás María Rivero—sigue diciendo—se formaron el Sr. Figueras, el Sr. Castelar, el Sr. Pi y Margall y el germen de las agrupaciones republicanas que hoy prevalecen».

Ocupándose luego de la República federal, dice: «Que tuvo por órgano la desdichada inspiración (refiérese al federalismo) voces tan elocuentes que bastaron para infiltrar en el ánimo de las muchedumbres el federalismo, que pronto acabó por devorar á sus mismos iniciadores, excepción hecha del Sr. Pi y Margall, cuya perseverancia y propósitos merecen, si no simpatías, respeto».

Añade á lo dicho que, «á manera de tercero en discordia entre aquel plantel de escuelas republicanas, ha surgido el partido francamente revolucionario é intransigente que dirige mi amigo, ¿por qué he de negarlo? el Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, en quien reconozco calidades de precio».

Por último, se ocupa del partido posibilista, y después de hacer del Sr. Castelar grandes enco-

mios, se expresa de este modo: «Mas ha de ser sumamente difícil al Sr. Castelar separar su misión docente de la acción genuinamente revolucionaria que envuelve el decir todos los días y á todas horas que se trabaja para acabar con lo existente, al mismo tiempo que, en cambio de la benevolencia prestada á los Ministros de la Corona, se les piden actos que directamente habrán de conducir á suprimir la realeza».

Resulta, pues, que merecía la atención de personas ilustradas y distinguidas, no solamente la política del partido republicano progresista, sino la personalidad de su jefe, aunque esto mortifique á los que le han supuesto desprovisto de simpatías y aislado.

No tardarán mucho en convencerse, los que siguieren leyendo, de cuántas consideraciones le rodearon en Francia muchos hombres notables y no pocas colectividades de gran importancia.

Pero antes citaré, porque á ello obliga la galantería y la gratitud también en nombre de muchos desgraciados compañeros míos de emigración, á la Sra. de Buschental, que hizo por los emigrados y por la causa de Ruiz Zorrilla mucho más que algunos devotos suyos del sexo fuerte.

D. Manuel profesaba á tan ilustre dama tanto cariño como respeto, y ella le correspondía con pruebas constantes de adhesión á la causa revolucionaria.

Los que frecuentaban sus reuniones en Madrid, compuestas de hombres políticos de todos los partidos, vieron siempre en aquel verdadero campo neutral, y ocupando lugar preferente de la casa, un gran retrato al óleo de Ruiz Zorrilla, que él mismo le envió desde París.

Y muchas veces decía jovialmente aquella ilustre dama á sus amigos:

—Aquí se permite hablar mal de todos, menos de ese—aludiendo al retrato.

El día que murió la Sra. de Buschental fué para D. Manuel un gran día de duelo.

* * *

Quitar fuerza á la revolución, desarmarla, ha sido durante muchos años el eje de la política de los Gobiernos españoles.

Tan es así, que si les hubiera sido posible suprimir á Ruiz Zorrilla, ¡quién sabe si á estas horas estarían consignadas en las leyes muchas concesiones democráticas, molestas hoy mismo para los que tuvieron que transigir con ellas!

Esto, podrán objetar algunos, se dice fácilmente, pero no se demuestra del mismo modo.

Vamos á ver si lo consigo, aunque sea refiriéndome á un solo caso, porque habiendo uno que por lo evidente no deja lugar á la duda, será justo convenir en que pudo haber otros.

Decía el Sr. Ruiz Zorrilla en una carta, especie de *manifiesto militar* que publicó el 10 de Abril de 1890:

«Me falta poco que decir, y terminaré consignando una vez más que todas las reformas orgánicas serían insuficientes, si no aparecieran acompañadas del aumento de sueldos y de su unificación posible dentro de cada categoría militar.

La opinión pide, y la razón natural exige, que sólo haya dos clases de sueldos: el de activo y el de reserva.

Es decir, el sueldo íntegro y los cuatro quintos, sin más descuento que los reglamentarios.

Los sueldos que yo propondría, si las circunstancias me lo permitieran, serían los siguientes:

Coronel.	7.000	pesetas.
Teniente Coronel. . .	6.000	—
Comandante.	5.000	—
Capitán.	4.000	—

y los Tenientes y Alféreces, un aumento de 25 pesetas mensuales.»

Pues bien; el Ministro de la Guerra, General Azcárraga, consignó en los presupuestos inmediatos á la publicación de la carta de referencia, los siguientes aumentos:

Tenientes Coroneles que perciben 5.400, 6.000 pesetas.

Comandantes que cobran 4.800, 5.000.

Exactamente los mismos que proponía D. Manuel Ruiz Zorrilla, en el citado documento público algunos meses antes.

Sin extremar mucho la malicia, se puede suponer que sin la carta de Ruiz Zorrilla, no hubieran conseguido esa ventaja los Tenientes Coroneles y Comandantes.

¿Razón para creerlo así? Porque el aumento de sueldos venía siendo en el Ejército, como lo es ahora, un clamor constantemente desatendido. Y sólo tomó cuerpo y lo oyeron hasta los sordos en el Palacio de Buenavista, cuando resonó desde París como una parte del programa revolucionario.

Verdad es que el Ministro se quedó corto. No llegó á mejorar los otros sueldos; pero algo, es algo.

*
* *

Después de los sucesos del 19 de Septiembre, recibió D. Manuel una prueba más de las simpatías que su causa política inspiraba en la Francia republicana.

Varios amigos suyos organizaron una gran fiesta musical en favor de los emigrados.

Como allí se hacen las cosas en grande ó no se hacen, la fiesta resultó brillantísima, porque á ello contribuyeron, con otros artistas franceses de mucho mérito, el eminente tenor Tamberlick, que era un buen republicano y gran amigo de Ruiz Zorrilla, y la célebre Elena Sanz, famosa y bella cantante española, que á pesar de sus relaciones palaciegas de otros tiempos, se prestó gustosa á intervenir en aquella fiesta republicana. Verdad es que por entonces era muy revolucionaria.

En cuanto á Tamberlick, como hacía ya mucho tiempo que estaba retirado de la escena, y además se negaba siempre á tomar parte en conciertos particulares, fué más digna de agradecimiento su intervención.

Como no volvió á cantar en público, porque desgraciadamente murió al poco tiempo, bien puede decirse que las últimas manifestaciones de sus prodigiosas facultades fueron dedicadas á España y á la República.

Elena Sanz, también ha dejado de existir no hace mucho.

Yo... no crean mis lectores que voy á decir que escribo desde el otro mundo, yo no asistí á la fiesta, porque aquella tarde tenía que entendérmelas con las americanas y españolas clientes del famoso Louvre.

Si eran tan bonitas como, en su mayoría, imper-

tinentes, puedo vanagloriarme de haber sostenido correspondencia con las mujeres más hermosas del mundo.

***

Uno de los aspectos de la emigración más interesantes, más curiosos y hasta más divertidos, era el que nos ofrecía, con todos los caracteres de ópera bufa, el espionaje organizado aparatosa y ridículamente por los señores Moret y compañía.

Recién llegado á París, me presentó el amigo Soler á un sujeto que se había hecho amigo suyo y revolucionario tan furioso, que estaba resuelto á volar con dinamita medio Madrid, si con una atrocidad semejante se conseguía el triunfo de la revolución.

Sus planes, ya se deducirá de lo dicho, eran tan tremebundos como descabellados.

Para estar más en contacto con la emigración, se instaló en el mismo hotel en que Soler vivía, y á este le vino Dios á ver, como suele decirse, porque su nuevo amigo gastaba como un potentado, y junto á él no había nadie pobre. Decía ser de buena familia, y una casualidad descubrió á Soler, cuando ya entró en sospechas, que efectivamente estaba criado á los pechos... del Ministro de la Gobernación.

Cierto día cometió la imprudencia de dejar abierto su baúl, y como Soler ya había aguzado la malicia, se lo registró minuciosamente.

Lo primero que se echó á la cara fué un bastón con borlas y algunas cartas denunciadoras de la misión que estaba desempeñando aquel intruso. Todo ello lo sustrajo, y cuando se presentó en el

hotel el fingido revolucionario, vió con gran sorpresa que Soler le salía al encuentro mostrando el distintivo de la autoridad, y diciéndole con tono enfático y guasón:

—Dése usted preso.

Cantó de plano y suplicó á Soler que le dejara vivir á costa del Gobierno, y claro es que Soler le concedió esta gracia.

¡No faltaba más!

Pero duró poco aquella ganga.

Hacía frecuentes viajes para dar cuenta al Gobierno de los planes que nosotros inventábamos y de los que él improvisaba en el camino, y ocurrió que estando en Madrid, leímos en los periódicos que había matado de un tiro á una mujer en un café, por lo que le condenaron á presidio.

Por cierto que, como se prestaba á todo en nuestro obsequio, le rogué que rocogiera en mi casa un bastonero y me lo llevara; pero lo perdí, porque después de tenerlo en su poder se le ocurrió matar á su amante.

Otro día se presentó en mi casa un sujeto diciendo que había sido soldado de Garellano. Casero no le reconoció, pero tampoco aseguraba que no pudiera ser cierto su dicho.

En resumen.

—Vuelva usted —le dije—pasados unos días, para que yo averigüe si figura su nombre de usted en las listas de revista. Y no volvió.

D. Manuel, por su parte, tuvo necesidad muchas veces de poner en la calle á varios sujetos, convencido hasta la evidencia de que sólo la frecuentaban para saber quién entraba y salía, y para recoger al vuelo alguna conversación que, bien es-

tirada, como los telegramas periodísticos, pudiera servir de base á una novela delatoria.

Lo singular en esto del espionaje, es que el Gobierno pagaba el suyo y el nuestro.

Los servicios de conducción de cartas cifradas no nos costaban dinero, y aunque me consta que algunos paquetes se copiaban en el tránsito y se remitían las copias al Gabinete negro (para ello apelaba el Gobierno á los fondos secretos y no sé si á los públicos, porque debió gastar mucho dinero en tal servicio), también es verdad que las comunicaciones más importantes no entraban en España por el conducto ordinario y periódico, sino por otros mucho más seguros.

Además, estábamos provistos de sobres de muchos hoteles de París y de otras capitales importantes, que se utilizaban para remitir directamente cartas de cierto interés, echándolas al correo en Burdeos, Bayona, Biarritz, etc., según la procedencia de los sobres.

Algunas veces salían para España comunicaciones importantes desde Londres ó desde Ginebra.

Casi todo el espionaje con que contaba el Gobierno en París le engañaba.

Algunos se habían ofrecido, de acuerdo con don Manuel, para desempeñar tal servicio, y cuando semanalmente recibían instrucciones de la Embajada, se trasladaban á casa de Ruiz Zorrilla para comunicarle por escrito lo que se pretendía averiguar.

D. Manuel hacía redactar las contestaciones al mismo que debía darlas, y á fin de mes pagaba el Gobierno en buenos francos un servicio del todo inútil, que era precisamente lo que se deseaba.

En efecto, se había conseguido que el Gobierno diera de comer á unos cuantos infelices emigrados.

¿Que lo dicho son invenciones mías?

Poco á poco.

Si el Gobierno creía contar entre sus auxiliares á personas comprometidas por la causa republicana, nada tiene de extraño que le engañaran. Es perfectamente verosímil que lo hicieran.

Lo raro es que se dejara engañar también por los espías franceses, sobre todo si se tiene en cuenta que éstos se hacían pagar con más esplendidez. No se contentaban con la miseria de 200 ó 300 francos al mes.

Pues bien; si éstos le faltaban, ¿qué de particular tiene que le faltasen también los españoles?

***

Y de que aquéllos estaban en comunicación con nosotros, dan testimonio las siguientes copias de cartas remitidas al Gobierno por los polizontes franceses.

Para que nadie dude de su autenticidad, voy á transcribirlas en el idioma en que están escritas, sobre papel de seda:

«*2-12-90.*

Excellence: Nous n'avons pas aperçu Maria de la journée, ayant resté en observation tout ce jour devant la demeure de Josefa, que nous n'avons pas aperçu. Nous nous mefions d'une feinte de sa part, c'est à dire, qu'au lieu de partir à Portugal il serait ailleurs. Si demain nous ne le voyons pas nous userons d'un moyen pour savoir exactemen

où il est. Demain nous vous en aviserons sans faute.

Hier soir nous avons causé avec le concierge de Maria et son domestique, nous avons bien essayé d'amener le sujet de la conversation sur Maria, mais n'y avons pas reussi. Il est vraie que nous n'insistons jamais.

Nous savons neamoins qu'il est grande question d'un projet d'amnistie du Gouvernement espagnol et laquelle amnistie Maria ne veut pas accepter pour differentes causes, et la plus importante d'après nous et les conversations qui nous tenons, qu'il a peur d'être trompé. Il est très mefiant. Il est entouré de grandes precautions. C'est l'heure du courier. Votre tout devoué.—*E. F.*»

Claro es que esta carta llegó á nuestro poder... porque nos la dieron.

Y lo mismo digo de la siguiente, que también conservo en mi pequeño archivo:

«*28-11-90.*

Josefa est arrivé ce matin, il etait près de onze heures, il est entré chez la concierge pour demander s'il n'etait rien arrivé, ce qu'il ne fait pas habituellement.

Il etait accompagné d'une autre monsieur que nous voyons par la prèmiere fois et qu'il doit être un député d'ici, car à déjeuner chez María il y avait (aquí el nombre de un diputado francés, que aún vive, y que en efecto era buen amigo de don Manuel), que nous avons vu arriver accompagné d'un autre personnage.

Comme le domestique descendait pour faire un complément de provisions, en prenant un petit

verre avec lui, il vient à nous dire qu'il y avait chez son patron 3 députés à déjeuner.

Nous n'en connaisons qu'un et vous le signalons.

Après le déjeuner ils sont sortis tous, María compris. Sont venus par l'omnibus jusqu'a la Place de la Concorde et sont entrés par la petite entrée à la Chambre des Députés. Nous les avons abandonnés, pour revenir à notre domicile afin de voir le domestique et jusqu'a cette heure nous n'avons pas eu l'avantage de le voir descendre.

Il nous à dit, que la prochaine fois que son patron serait de sortie avec sa dame qu'il nous inviterait à venir déguter un verre à la cuisine. Nous vous assurons que nous n'en manquerons pas l'occasion; nous pourrons visiter l'appartement et nous assurer de differentes choses.

Peut être que dimanche prochain nous aurons ce bonheur.—*E. F.*»

Después de leer esto falta poco para desternillarse de risa, estando en antecedentes, porque parece imposible que llegue á tanto la candidez—no me atrevo á decir imbecilidad—de hombres que se llaman de gobierno.

Que D. Manuel (María) almorzó con algunos Diputados; que montaron en el ómnibus y fueron al Congreso... todo esto pudo ser ó no pudo ser.

Pero lo gracioso es que esos señores espías hablaron con un criado de D. Manuel, siendo así que nunca le conocí criado alguno. Su servicio doméstico se reducía á la Inés y á una cocinera francesa, que guisaba tan bien como bebía, por más señas.

Y en cuanto á entrar franceses en casa de don Manuel cuando éste saliera con su señora para

reconocer la habitación, copear en la cocina y enterarse de diferentes cosas, imposible, estando Inés de guardiana, como lo estaba siempre.

Si los señores que pagaban á buen precio esa serie de embustes hubieran sabido cómo estaba constituída la casa de D. Manuel, además de ahorrarse mucho dinero hubieran evitado pasar plaza de tontos de capirote ante los franceses.

¡Cómo se reirían entre *petit verre* y *petit verre*, al escribir tales sartas de disparates, de la poca *sindéresis* de los *excelencias* españoles!

***

Uno de los primeros correligionarios que visitaron á D. Manuel después de los sucesos de Septiembre fué D. Santos Lahoz, antiguo amigo suyo, muy consecuente, muy leal y muy abnegado.

Alma grande y fuerte la suya, aunque encerrada en cuerpo pequeño y débil; no pudo resistir al deseo de encontrarse al lado de su amigo y jefe en aquellos momentos.

Verdad es que era cosa sabida.

Siempre que D. Manuel sufría algún contratiempo, lo dejaba todo D. Santos para correr al lado de su jefe y fortalecerle con su palabra y con su presencia.

Pronto se enteró por mi conducto de las necesidades de algunos emigrados, y fueron por él generosamente socorridos.

Además, con objeto de conocer á todos nos obsequió con un almuerzo, al que asistió D. Manuel.

Al poco tiempo de separarse de nosotros don Santos para regresar á Madrid, recibió D. Manuel

una carta de D. Santiago Dulong anunciándole su próxima visita.

Gran alegría experimentó D. Manuel con este motivo.

Conocía á Dulong por sus hechos, pero no personalmente.

Sabía que era un republicano consecuente, un hombre íntegro, un ciudadano valeroso, un carácter en toda la extensión de la palabra, y estas cualidades indiscutibles, porque en muchas ocasiones las puso á prueba, hacían sentir á D. Manuel por el antiguo alcalde republicano de Zaragoza una especie de respeto, rayano en la veneración.

Tan era así, que faltó á su costumbre.

Hablando una noche con D. Manuel acerca de la próxima llegada de Dulong, ensalzó mucho sus cualidades y llegó á decirme:

—Hará un buen Ministro de Gracia y Justicia.

Dulong era abogado.

No volvió á repetirlo. Yo creo que, después de decirlo, se arrepintió de aquella espontaneidad.

Dejaré esto para referir un lance histórico que parece un cuento aragonés.

Llegó Dulong en compañía de un joven, creo que pariente suyo, y tan aragonés de pura raza como aquél lo era.

Ni el uno ni el otro entendían el francés, y como no avisaron el día de su llegada, nadie fué á recibirlos y se instalaron en un hotel muy distante de la Avenida Mac-Mahon, donde D. Manuel vivía.

Llegaron por la mañana, y por la tarde, después de almorzar, se lanzaron á la calle en busca del domicilio de D. Manuel, *Aveniu Mac-Mahon, troa*

No sabían decir otra cosa; pero esto fué suficiente

para que, informándose de unos y otros, llegaran, después de mucho andar, á la Plaza de la Concordia. En ella volvieron á preguntar, y claro es que los encaminaron por la Avenida de los Campos Elíseos, que es interminable, al arco de la Estrella, donde está la Avenida donde D. Manuel tenía su domicilio.

Llegaron rendidos; D. Manuel no estaba en casa, dejaron tarjetas y en un coche regresaron al hotel para esperar el nuevo día.

Llegó y decidieron ir por la mañana; pero á pie.

Empezaron la caminata, confiados en que, conociendo el camino, se les haría más corto, y cuando, después de mucho tiempo y muchos rodeos, llegaron al Arco de la Estrella, esto es, á veinte pasos de la casa de D. Manuel, viéndose sin alientos para continuar, celebraron consejo para resolver lo que harían, en vista de que, habiendo andado mucho, sintiéndose cansados y debiendo aún estar muy lejos de la casa, era llegado el momento de tomar una resolución.

Del consejo resultó que lo más razonable y práctico era tomar un coche. Por ahí debían haber empezado.

Pronto acertó á pasar uno y lo detuvieron.

Dulong, dirigiéndose al cochero, le soltó de una vez todo el francés que sabía:

—*Aveniu Mac-Mahon, troa.*

El cochero se quedó estupefacto. ¡Como que la casa estaba á la vista!

El auriga, hombre concienzudo, que no quería estafar á aquellos dos señores, que á la legua demostraban ser extranjeros, les dijo muy cortesmente que no tenían necesidad de carruaje

para ir tan cerca, y les indicaba la casa con la mano.

Pero como los aragoneses no entendían, supusieron modestamente que hablaban tan mal el francés, que el cochero no les había comprendido, y en voz más alta:

—*Aveniu Mac-Mahon, troa*—volvió á repetir el buen Dulong.

Y el cochero volvió también á repetir su discurso.

Y los otros á no entenderle y á dar las señas *Aveniu Mac-Mahon, troa*, cada vez más alto, hasta que el cochero se encogió de hombros y los dejó entrar en el coche.

Antes de medio minuto ya estaban en la puerta.

¡Sorpresa de los aragoneses!

Entonces comprendieron, sin oirlo, todo el francés que les había hablado aquel cochero ejemplar, quien no por eso dejó de decirles:

—Deux francs.

¡Dos francos que pagaron por una carrera de medio minuto!

Cuando, después de los abrazos y saludos de rúbrica, explicaron lo que acababa de ocurrirles, D. Manuel se reía con toda su alma y ellos también.

Ya en Zaragoza Dulong, cuando yo le escribía, recuerdo que, después de la firma de D. Manuel, solía ponerle como recuerdo de la aventura.

¡Aveniu Mac-Mahon, troa!

CAPITULO XVI

Quién era Dulong.—Las huellas de la muerte.—Un Borbón republicano —Los escapados de las Prisiones Militares.—Sol y Ortega en París. —Viaje frustrado.—L'Alouette.—Paralelo entre Castelar y Ruiz Zorrilla hecho por un periódico italiano.

Suele decirse de algunos hombres, exagerando la misma hipérbole, que son todo corazón, y si esto fuera cierto, con mucha justicia pediría un puesto en esa falange de hombres excepcionales para el enérgico Alcalde que fué de Zaragoza, D. Santiago Dulong. Para aquel hombre singular, que era en lo físico un átomo y en lo moral inmenso.

Y en esto sí que no hay exageración.

Tan pequeña era su estatura, de tal modo parecía opuesta su insignificancia material á los actos valerosos de que habia dado pruebas, que era preciso tener presente la notoriedad de aquellos hechos y aun hacer un esfuerzo de imaginación, para convencerse de que cosa tan menuda hubiera servido de dique poderoso á muchedumbres exaltadas por las pasiones políticas.

Verdad es que aquel pequeño cuerpo, perfectamente proporcionado, sostenía una cabeza inteligente con unos ojos grandes y expresivos.

No exagero, pues, al decir que era todo cabeza y corazón.

Su paso por la alcaldía de la ciudad invicta en momentos muy difíciles, dejó marcado el sello de la moralidad y demostró que se puede aliar el orden con las libertades públicas.

Como sentía el valor en sus dos manifestaciones más esenciales, se batió con un fusil en las barricadas inspirando á los suyos confianza y transmitiéndoles los alientos que le sobraban, y convertido en autoridad supo sostenerla, saliendo él sólo á contener al pueblo con su presencia y su palabra. Además, fué tal su prudencia, y su tacto fué tan exquisito, que inspiró confianza á los amigos y á los adversarios.

Cuando fué á París, no era ya aquél hombre de la leyenda popular. Su ánimo había decaído. Los desengaños, el olvido en que sus propios conciudadanos le tenían, hasta el punto de no producirle su bufete lo preciso para vivir, habían operado en él ese cambio tan radical.

Todo lo veía á través de sombras; mostrábase descreído y desalentado; la desconfianza y la indiferencia habían sustituído en él á la fe y al entusiasmo de otros tiempos, y fué á ver á Ruiz Zorrilla, acaso haciendo un esfuerzo superior á sus propios recursos, porque era para él la representación viva de su antiguo modo de pensar y de sentir.

El primero á quien oí hablar en tono pesimista fué él.

No creía en la revolución, aunque estaba dispuesto á dar por ella la vida. Lo único que le quedaba.

Los partidos republicanos, según su juicio, no

harían nada útil mientras francamente no entraran por el único camino que podía conducirlos al triunfo.

Pretender que la República resultase modelada á gusto de tal personaje ó de tal partido, le parecía un absurdo. Sería lo que el pueblo quisiera, porque manda en todos; y en *último caso*, aun lo que el pueblo no quisiera, sino lo que exigiese el crítico momento de su proclamación y la necesidad de ponerla á salvo de los golpes enemigos.

—Esta es una casa de locos—decía;—porque ¡á quién se le ocurre discutir lo que será, sin ocuparse de que sea!

Una de las sombras que nublaban su espíritu, era el triste convencimiento de que ciertos republicanos, tan fieros y arrogantes entre sí, allá en el año de 1873, contribuyeran, unos con su mansedumbre y los más con sus discordias, á arraigar lo que era exótico por su naturaleza, anticuado por su forma y endeble por su constitución.

Y como todo esto no querían entenderlo los directores de la política republicana, y el pueblo ni discurría por su cuenta, ni veía más que por los ojos de los que le dirigían por aquí ó por allá, él, ni creía en la República, ni en la revolución, ni en nada.

En resumen, dijo á D. Manuel: «Gastamos el tiempo y todo está perdido.»

Conviene tener presente que hablaba así, no un progresista, sino un republicano de siempre: un federal.

D. Manuel, que esperaba la visita de Dulong, no sólo para conocerle, sino porque le suponía portador de nuevas agradables, recibió un desengaño.

El tiempo ha demostrado que aquel gran patriota aragonés, además de conocer á los suyos, veía claro y á mucha distancia.

La atmósfera que se respiraba en París era otra, y D. Manuel consiguió reanimar aquel espíritu abatido, casi muerto.

Cuando se despidió de nosotros, ya no era el mismo. Parecía haber recobrado por arte mágico sus antiguos bríos.

Aquella nube de tristeza habíase disipado, y lleno de fe y de esperanza dió á D. Manuel el abrazo de despedida.

Fué aquello como la mejoría y la lucidez que preceden al trance de la muerte.

Bien pronto hubimos de convencernos por el sentido de sus cartas, escritas desde Zaragoza, que había vuelto á dejarse dominar por el pesimismo más desconsolador. Era que en España vivía dentro de la realidad, y la realidad era que los republicanos no querían entenderse.

No es extraño que poco tiempo después leyéramos en un periódico de Zaragoza, adicto á nuestra causa, la siguiente noticia:

«ENTIERRO DE DULONG

Ayer se dió sepultura á Santiago Dulong. Las plazas y calles de la carrera estaban llenas de gente. Abrían la marcha de la comitiva los guardias municipales á caballo; seguían á éstos largas hileras de personas, entre las cuales iban representantes de todas las clases sociales.

El féretro fué llevado á hombros por cuatro subjefes municipales, é iba materialmente cubier-

te de coronas, dedicadas á la memoria de Dulong por nuestro ilustre jefe Sr. Ruiz Zorrilla, el Comité Central Progresista, los republicanos de Zaragoza, el Ayuntamiento y otras colectividades.

La de nuestro jefe llevaba la inscripción siguiente:

«A la lealtad, consecuencia y abnegación del »ilustre republicano, cuya muerte lloraré toda mi »vida.»

Formaban el duelo el Ayuntamiento, la Junta de coalición electoral y Comisiones de la Diputación, del Colegio de Abogados y de los partidos republicanos.

Detrás del duelo marchaba una muchedumbre inmensa. Puede decirse que todo Zaragoza acudió á rendir el último tributo al caballero, al amigo.

El acto, como manifestación pública, fué solemne é imponente.»

*
* *

No poco á poco, sino con mucha rapidez, perdía D. Manuel sus mejores amigos, porque la muerte iba haciendo entre ellos terribles estragos; parecía ser anti-republicana.

Muchos en la mejor edad, cuando aún podían haber prestado á la revolución y á la Patria grandes servicios, habían dejado la vida... y el gran problema en pie. Los que habíamos llegado después, sin historia política y sin méritos propios, no podíamos sustituirlos ante D. Manuel. Acaso en su afecto, sí; pero de ningún modo como auxiliares eficaces de la gran obra en que estaba empeñado.

Murió D. Nicolás María Rivero, cuyas condicio-

nes de carácter no necesitan encomios míos. Tal era, que de haber vivido no hubieran tomado tan fácilmente algunos republicanos actitudes dudosas, si no contrarias á los intereses de la revolución y de la República.

Murió Saulate cuando estaba, al parecer, lleno de vida; cuando sus energías, sus entusiasmos y su elocuente palabra hubieran sido útiles á nuestra causa.

Murió el insigne Figueras, de cuya autoridad no puede dudarse, cuando estaba con D. Manuel de perfecto acuerdo.

Dejó de existir el Marqués de Montemar, que representaba la política del jefe revolucionario, su amigo de siempre, con gran fidelidad é inteligencia.

Murió D. Santos Lahoz, que á nadie cedía en adhesión á la causa republicana, ni en cariño al jefe.

Murieron Trompeta y Somalo, dos viejos progresistas que dejaron ejemplo de constancia política y de fe inquebrantable.

Desapareció Dulong, cuyos grandes méritos he intentado describir en muy pocas palabras.

Y en el elemento militar también dejaron la vida Generales de tanto prestigio como Izquierdo, Córdova, Gándara, Pieltain, Oreyro, Lagunero, Ripoll, La Guardia, Guerrero, Padial y algunos otros.

Así, ocurrió que mientras las filas revolucionarias iban debilitándose, ya porque la muerte arrebataba á los mejores, ya porque los Gobiernos reaccionarios apelaban á todo género de halagos para reconquistar á los débiles, la causa monárquica creaba intereses y ganaba adeptos, si no en

las esferas populares, en aquellas que podian absorber á éstas y casi anularlas, cuando hubieran de chocar unas con otras.

Ese es el gran obstáculo en que tropiezan los partidos condenados á larga oposición.

Cuando desaparece el núcleo que les dió significación, resistencia y vida, difícilmente se renueva.

Por eso, cuando para desgracia de todos sus partidarios y de la Patria, llegó el turno á Ruiz Zorrilla, su partido se deshizo y en vano buscaríamos hoy su verdadera representación.

Y es que los partidos políticos obedecen á esa ley eterna que crea hoy lo que luego transforma y por último destruye; pero no por destruir, sino para que de esa dispersión y aniquilamiento, surjan otros organismos, con vida potente y orientaciones nuevas.

***

Poco después de mi llegada á París, leimos en un periódico francés, creo que de Marsella, un Manifiesto del Duque de Sevilla declarándose republicano, revolucionario, y, por consecuencia, adicto á Ruiz Zorrilla.

Además, llegaron á nuestro poder hojas impresas en castellano que contenían el mismo documento.

El Duque de Sevilla, hijo, como es sabido, del Infante D. Enrique de Borbón, desembarcó en rancia procedente de las Islas Baleares, donde l Gobierno le tenía desterrado á consecuencia de n ruidoso incidente ocurrido cierto día siendo

jefe de la guardia exterior de Palacio, y tan pronto como puso el pie en tierra francesa, hizo su nueva profesión de fe política, aderezada con tales cargos á la Regencia y á sus Gobiernos, que ni á nosotros mismos nos supieron á poco.

¡Ahí es nada! ¡Ver á un individuo de la familia reinante ponerse frente á ella para sumarse con el partido revolucionario!

Me parece inútil decir que el suceso lo registramos los emigrados con la nota de favorable á nuestra causa, tanto por la calidad de la persona como por la resonancia que había de producir en el extranjeró, como en efecto la produjo.

Pero no contábamos con la huéspeda, según suele decirse.

Muy contentos, y hasta entusiasmados, corrimos todos, sin ponernos de acuerdo, á la casa de D. Manuel, para comunicarle aquella nueva sensacional, como si fuera posible que, sabiéndola nosotros, la ignorara él. Y en efecto, no le sorprendió la noticia, pero sí observamos que la había recibido con la mayor indiferencia, porque cuando nosotros procurábamos encomiarla, él respondía con monosílabos á nuestras frases calurosas.

Si el obrero más modesto de la más pobre aldea hubiera realizado un acto semejante, creo yo que le habría dado más importancia.

Llegó el Duque de Sevilla, visitó en el acto á D. Manuel, reiteró de palabra cuanto había consignado por escrito, y claro es que D. Manuel le recibió cortesmente y le oyó.

A los pocos días correspondió á su visita.

¿Y qué más?

Absolutamente nada.

D. Manuel era, en ciertas cosas, un liberal absolutista.

Aborrecía de tal modo á los Borbones, que ni la República hubiera tomado de sus manos.

Yo visité al Duque de Sevilla en Noviembre del 86, y la verdad, me pareció que estaba francamente á nuestro lado y resuelto á todo.

Pero no hubo manera de convencer á D. Manuel.

Baste decir que, teniendo por costumbre sentar á su mesa, no ya á las personas de cierto viso que le visitaban, sino á los correligionarios de la más humilde esfera, hizo una excepción con aquél nuevo correligionario de alta estirpe.

¿Pagaría el Duque de Sevilla culpas de otros parientes suyos?

¡Quién sabe!

***

A todo esto había ocurrido en Madrid un lance singular, que demostraba la vitalidad de los elementos revolucionarios. Me refiero á la fuga de varios sargentos detenidos en las prisiones de San Francisco, suceso que, por lo inesperado y por la habilidad con que se desarrolló, tuvo gran resonancia.

Para realizarlo, fué necesaria la complicidad de muchos, lo que centuplica su mérito.

Se contó con unos, para dar dinero; con otros para preparar ropas de paisano, y con no pocos para ocultar en sus casas á los evadidos.

Todo ello se efectuó con tal sigilo, que resultan inútiles las pesquisas de la policía.

Ocurrió esta escapada el 5 de Enero de 1886, á las ocho de la noche, y la prepararon dos excelentes patriotas: Eugenio Granés, que ya no existe, y otro que vive aún, afortunadamente, y cuyo apellido es el de una planta montaraz y olorífica.

Aquél se puso de acuerdo con los sargentos llaveros Ildefonso López, Eugenio Sánchez y Valentín Rubio, quienes, noble y desinteresadamente, afrontando para ello el riesgo de la vida, se prestaron á facilitar la fuga de sus compañeros Gaspar del Cerro, sargento primero de Artillería; Domingo Santamaría, Juan García Torres, Primitivo Vicente, Jerónimo Palazuelo y Rafael Manjón, todos estos del regimiento de Caballería de Albuera.

Reunidos estaban en el mismo calabozo, y sin más trabajo que abrirles la puerta, fueron saliendo, después de cambiar los uniformes por trajes de paisano.

Hecho esto en el mismo calabozo, ganaron sin dificultad la puerta de la calle, no sin que antes cerraran los llaveros las puertas de las habitaciones que ocupaban otros presos. Algunos eran Oficiales, y quedaron encerrados con los amigos ó personas de su familia que estaban visitándolos.

A pesar de estas precauciones, ocurrió un lance que pudo impedir la evasión.

El aturdimiento y la precipitación natural en casos tales les hizo dejar abierta la puerta de la jaula, lo que era tanto como decir antes de tiempo que habían volado los pájaros, y Manjón se decidió á correr el riesgo de ir á cerrarla, lo que efectuó, no sin tropezar en el camino con un cabo de la guardia, que por fortuna no le conoció.

En la calle esperaban varios republicanos de

toda confianza que los condujeron á diferentes casas.

Para despistar á la policía los tuvieron ocultos en Madrid cerca de dos meses, y así fué que mientras los sabuesos husmeaban por las estaciones, vivían algunos en la misma Puerta del Sol.

Los primeros que emigraron fueron Torres y Manjón. Por la vía de Cáceres llegaron á Cañaveral, donde un excelente amigo mio, muy conocido en aquella provincia, les tenía preparados dos caballos para que se internaran en Portugal. Los demás siguieron la misma marcha, excepto los tres llaveros, que por la vía del Norte pasaron la frontera de Francia y llegaron á París el 27 de Febrero de 1887. Cerca de dos meses estuvieron ocultos en Madrid, cambiando con frecuencia de casa, sin que nadie se enterase, á pesar de la intervención del bello sexo, lo que demuestra que son las mujeres tan discretas ó más que los hombres cuando se trata de asuntos graves. Sobre todo de gravedad política.

*
* *

Casi con la llegada de los sargentos llaveros coincidió la de una Comisión de la Asamblea del partido y la del Sr. Sol y Ortega, á quien acompañaban los buenos correligionarios Guardiola, Galindo y no sé si algún otro. Con la Comisión llegó el inolvidable Zuazo.

Distinguía mucho D. Manuel á Sol y Ortega, no solamente porque en las Asambleas del partido expuso sus doctrinas y tendencias con suma precisión y talento, sino por su carácter franco y su amor á la verdad.

Siempre expuso á D. Manuel la situación de Cataluña tal como era, sin hacerse ilusiones ni transmitirlas.

Secundó á su jefe con entera lealtad, protegió cuanto le fué posible á los militares revolucionarios acogidos á indulto en Barcelona, y con mucha frecuencia se trasladaba á París para dar cuenta personalmente á D. Manuel de los asuntos que le tenía encomendados.

Yo creo que le costaba menos trabajo ir á París desde Barcelona, que escribir una carta. Verdad es que no necesitaba más equipaje que una gran petaca llena de habanos.

Obsequioso también con los emigrados, nos invitó á un banquete, que presidió D. Manuel.

A él asistieron los que algunos días antes llegaron escapados de las Prisiones.

***

Antes de inaugurarse la Exposición de Barcelona, varios barceloneses amigos de D. Manuel rogáronle que fuera su esposa á visitar la Exposición, ya que á él no le era posible, diciéndole, además, que sería recibida en la capital de Cataluña con tal cariño, tal adhesión y tal entusiasmo, que excedería á cuanto pudieran hacer los elementos oficiales con cualquier otra persona por elevada que estuviese.

No puede dudarse que la proposición era tentadora desde el punto de vista en que estaba colocado siempre D. Manuel.

Nos leyó la carta á varios amigos, tan dominados como nuestro jefe por la pasión política, y

todos convinimos en que debía aceptarse la invitación.

Pero, ¿quién acometía la empresa de inclinar el ánimo de la interesada hacia el lado que á nuestra política convenía?

Todos sabíamos que en el carácter de doña María, templado por el dolor y los desengaños, la incredulidad era la nota dominante, y sobre todo, que sería necesario chocar con su modestia, verdaderamente excesiva.

Pero era necesario llevar á cabo aquel nuevo género de conspiración para ver si podíamos seducirla y atraerla á nuestro campo.

La empresa era árdua.

Nuestra única esperanza era el deseo que siempre manifestaba de venir á España.

D. Manuel se arriesgó á abordar el asunto, y cuando, después de mil preámbulos y rodeos, entró en materia y hubo de decir lisa y llanamente de lo que se trataba, la primera impresión de doña María se tradujo en la más completa y rotunda negativa.

Y lo peor fué, para nosotros los auxiliares de D. Manuel, que nos increpó diciendo que si en su marido no le extrañaba lo que había oído, porque acostumbrada la tenía á proposiciones semejantes, en nosotros sí, porque debíamos pensar más despacio y más friamente esas cosas.

Nos dejó hechos una pieza, como vulgarmente se dice. Nos miramos unos á otros y permanecimos mudos, sin saber qué partido tomar.

A todo esto, se levantó con aire resuelto y resuelta también á dejarnos solos con nuestra carta y nuestras ilusiones.

—Pero doña María...—se atrevió á decir no sé quién, con acento de súplica y de persuasión.

Doña María volvió á su asiento, no sin decir á secas:

—Hablemos de otra cosa; si no, me marcho.

Que si quieres. Dominado aquel primer arranque, ya nos las creíamos felices, y dando por supuesto que no se trataba del viaje, discutimos ampliamente la cuestión en todos los tonos y terrenos que nos parecían propios del caso. Y de esta manera volvimos al punto de partida, invocando los intereses de la revolución, el efecto que ese recibimiento produciría en el extranjero, donde necesitábamos acreditar más y más nuestra causa; el hecho de que cuanto hicieran los amigos de Barcelona daría á entender lo que harían con el mismo D. Manuel, etc., etc.

Doña María arrugaba y estrujaba el pañuelo que tenía entre las manos, fruncía cada vez más el ceño y callaba, hasta que, por último, rendida, no vencida, levantándose otra vez del asiento, pronunció con el tono más seco que pueda imaginarse:

—Bueno; iré.

Y desapareció de entre nosotros.

—No va—dije á D. Manuel cuando cruzó la puerta su señora.

—No la conoce usted; ha dicho que va, y va.

En efecto; empezó á hacer los preparativos de viaje; pero como no tenía nada de diplomática, se revelaba en su semblante la contrariedad; tanto, que el mismo D. Manuel llegó á no tenerlas todas consigo.

Por último, un día, estando comiendo, no pudo

contenerse, y sin más preámbulos, dijo á su marido:

—Mira, Manuel: estoy dando vueltas á eso del viaje, y no voy.

—Pero...

No dejó hablar á su marido.

—Nada, que no voy.

—Pero ¿por qué?—dijo D. Manuel, terminando su interrumpida frase.

—Porque ni á tí te conviene ni á mí tampoco, y sobre todo porque no quiero darme aires de lo que ni soy ni quiero ser.

Tenía razón, y no fué.

Ha pasado mucho tiempo, y yo, que fuí uno de los más insistentes, así lo declaro.

La pasión política nos cegaba.

Un efecto político favorable, cualquiera que fuese su forma, nos seducía y encantaba.

En aquella ocasión, como en otras muchas, doña María se puso en terreno firme.

*
* *

Es la Alouette una antigua sociedad fundada para propagar la unión de la raza latina.

Carece de domicilio propio, pero es costumbre tradicional que los socios se reunan todos los meses en fraternal banquete, como aquí decimos, cuándo y dónde determina la Junta directiva.

Claro es que nunca se reunen todos, pero no suele bajar de 80 á 100 el número de los concurrentes.

Pues bien; en el año de 1888 presidia la Sociedad M. Edmond Thibaudier, uno de los más popu-

lares novelistas franceses, y tuvo la feliz idea de reunirla el 23 de Abril, aniversario de la muerte del gran Cervantes, no sólo para rendir un tributo de admiración al insigne autor de *Don Quijote*, sino para dar un testimonio de afecto al Sr. Ruiz Zorrilla.

Efectivamente; fué designado para presidir la reunión, según palabras de M. Thibaudier, por su calidad de español, y español en desgracia, por las simpatías que Francia entera le tributaba, puesto que á todas partes había llegado su nombre con el prestigio y el respeto que merecen siempre las convicciones honradas y constantes.

Hablaron en aquella reunión M. Raqueri, redactor de *L'Etandart*; M. Dextrem, que había viajado por España; M. Iskenden, Presidente de la Sociedad patriótica armeniense; M. Penel, redactor de *La Republique Française*; el corresponsal de *La Perseveranza*, de Italia, Sr. Capponi; Xavier Carvalho, periodista portugués; el Conde Laboissiere, Presidente de la Sociedad de corresponsales extranjeros simpáticos á Francia; el Dr. Betances; M. Musset; M. Eschenauer, autor de un libro muy notable sobre España, y por último el señor Ruiz Zorrilla, que habló en francés, haciendo una apología del inmortal Cervantes, muy justamente celebrada.

Recordó los juicios emitidos sobre él por los más ilustres escritores franceses, las numerosas traducciones hechas del *Quijote*, los artistas que habían ilustrado sus páginas, y aprovechó la ocasión para referirse al estado político de las naciones latinas allí representadas.

Recuerdo que, entre otras cosas, dijo:

«Si vosotros, franceses é italianos, habéis arrojado á los Borbones, ¿cómo podréis pretender que nosotros los conservemos? Y si volvieran, para desgracia vuestra, y os arrebataran las libertades que disfrutáis, como á España han vuelto para arrancar de raíz las que teníamos, ¿no os colocaríais dignamente en actitud de enérgica protesta?»

Aludiendo en general á los republicanos, dijo «que con este título deben enorgullecerse más aquellos que, teniendo en cuenta el bien de la República, hagan mayores sacrificios de vanidad, de orgullo, de cuantas pequeñas pasiones agitan á los hombres para dividirlos en bandos que se hacen cruda guerra, aunque profesen las mismas ideas en lo sustancial y para ellos inmutable.»

Dijo de Portugal que «lo miraba con el mismo interés que á su propia patria; que la deseada unión ibérica sólo podría hacerse en la forma de federación republicana, con la completa aquiescencia del pueblo portugués, en la forma que á sus propios intereses conviniera y alejando toda idea de absorción por nuestra parte.»

De Italia dijo «que la monarquía de Saboya estaba allí respetada, porque representa el progreso y la libertad, y porque la unión de la Patria está simbolizada por aquella ilustre casa».

De este modo siguió examinando, con tanta lucidez como prudencia, la situación política de los diferentes pueblos de raza latina allí congregados.

Cito este notable discurso, porque un periódico italiano hizo en Roma, pocos días después, un parangón entre Ruiz Zorrilla y Castelar, que algunos meses antes había concurrido á otro banquete,

pronunciando un discurso político en idioma español.

A los que se obstinan en sostener falsas ideas respecto á las condiciones del Sr. Ruiz Zorrilla como hombre de gobierno, negándole, que tanto ciegan las bajas pasiones, hasta las de orador político, podría recordarles el famoso discurso llamado de los *puntos negros*, que pronunció á bordo de la *Numancia* antes de partir con rumbo á Génova, y, entre muchos más, los que oyó el Congreso de los Diputados cuando, con sumo tacto, trató de cuestiones tan delicadas como la del Cuerpo de Artillería y la renuncia de D. Amadeo de Saboya.

No era un orador brillante, de los que seducen más con el aparato de la palabra que con el fondo de sus razonamientos; pero en cambio palpitaba en todos sus discursos la sinceridad y la firmeza.

No era orador en concepto de los que creen que la palabra sirve para disfrazar el pensamiento.

Como hombre de arraigadas convicciones, lealmente profesadas, marchaba con paso libre, derecho al fin que se proponía, dejándose guiar por la razón y la conciencia en todas las situaciones de su vida.

Por eso, cuando hablaba en público, iba rectamente en busca de la verdad, prescindiendo de rodeos que pudieran retardar la ocasión de evidenciarla. Y como la política es lucha, es guerra, tenía algo de la elocuencia militar, que en suma viene á ser la elocuencia en acción, y contaba con esa serenidad ó frialdad de juicio que no suele ser patrimonio de los grandes oradores en los momentos graves.

«Perdóname la vida», dijo el maestro de la elocuencia, el gran Demóstenes, postrándose ante un matorral cuando huía de Queronea, después de haber arrojado sus armas. La fuerza de la imaginación, exaltada por el terror, le había hecho ver en aquel inofensivo arbusto un terrible adversario, y el gran orador ateniense, el que con su elocuencia contribuyó á la guerra, sólo encontró esas tres palabras para expresar el miedo que le dominaba después de la derrota.

No es lo mismo hablar en el foro ó en la cátedra, que pelear con las armas en el circo ó en el campo de batalla.

Es que la calidad de orador no trae consigo la de sabio, ni ésta la de hombre de gobierno.

Bajando un poco el tono, puede decirse de los grandes oradores que suelen ser admirables como teóricos; en cambio, cuando descienden al terreno práctico, no tenemos á nadie.

A lo sumo, Demóstenes de menor cuantía, huyendo al primer asomo de peligro y pidiendo á un chinarro que les perdone la vida.

***

He aquí el paralelo á que me he referido antes, hecho por el *Fanfulla* de Roma:

«Castelar grueso, con una cabeza que se parece mucho á la de Bismarck, con los ojos redondos al nivel de la cara y su bella calvicie, es un incomparable *dilettanti.*»

Hablando de su oratoria, se expresa de este modo:

«La frase está bien hecha, redondeada, poética. La idea se inicia, se afirma y se desarrolla en

conceptos elevados, buscando siempre un final grandilocuente.

Habla con todo el cuerpo: con los ojos, con los brazos, que los eleva en movimientos paralelos, y así, los argumentos, creciendo y creciendo, aseméjanse á las olas del mar en deshecha borrasca.»

No puede negarse la fidelidad del retrato, y siendo así, motivos hay para creer que deberá ser exacto el parecido del que se verá á continuación, hecho por la misma mano.

Habla de Ruiz Zorrilla, y dice:

«Es un hombre alto, de faz noble y expresiva mirada. Nótase en él cierta reserva, que denuncia al revolucionario.

Dice lo que quiere decir, y su discurso no lo acompaña ni con los gestos ni con el aparato académico.

Sus frases no están construídas musicalmente, pero tienen algo de la estocada ó de la metralla.

Su palabra no es tan aparatosa, pero sí más nutrida que la de Castelar. Y sin embargo, cuando la ira enciende su ánimo, elévase á la mayor elocuencia.

En suma: Castelar es un poeta; Zorrilla, un tribuno. He aquí mi conclusión.»

No tenía el Sr. Ruiz Zorrilla género alguno de relaciones con el periódico italiano. Conocíalo, como toda persona ilustrada, por su justo renombre, y, por consecuencia, puede afirmarse que publicó las precedentes líneas con entera imparcialidad de juicio.

Es de advertir que el *Fanfulla* es un periódico monárquico.

CAPITULO XVI

François 1er—Fiestas íntimas.—Florián y Aubanel.—Ruiz Zorrilla juzgado por Mad. Ratazzi.—Conferencias de Pi y Margall en París con Ruiz Zorrilla.

D. Manuel consideraba á Francia como su segunda patria, y razón sobrada tenía para ello.

Allí vivió, casi sin interrupción, sus mejores años, y puede decirse que allí perdió la vida, porque en París contrajo la enfermedad que obligó á sus amigos á traerle á España casi moribundo. Por lo menos cuando no era dueño absoluto de su voluntad.

Estaba, por lo tanto, identificado con el país que le dió generosa hospitalidad, y procuraba siempre extender en él el círculo de sus relaciones y amistades.

No es extraño, pues, que repetidas veces manifestara deseos de conocer á los que yo justamente llamaba mis amigos de *Francisco I*, por ser éste el nombre de un café del Boulevard Saint-Michel, donde nos reuníamos algunos franceses y españoles para hablar de literatura y de política, cosas bien antagónicas á primera vista, pero que en el fondo no dejan de tener relación.

Allí pasábamos el rato todas las noches, excepto una, que destinábamos á comer juntos, por la módica suma de dos francos cincuenta, en algún restaurant de las inmediaciones, desde el cual teníamos también por costumbre trasladarnos á una de nuestras casas para *hacer música* y recitar versos hasta las doce de la noche, hora en que á todos los ciudadanos se reconoce allí *el derecho al sueño*, y no está permitido turbárselo ni con la más deliciosa sonata de Chopín.

Más que café parecía aquel recinto un templo de Marte. Tapices de color muy oscuro cubrían sus paredes, y constituían su decorado armaduras, cascos, escudos, lanzas y espadas de antigua época.

Y no sé si por esto, ó por su situación en pleno barrio latino, concurrían á él estudiantes y *estudiantas*, que empezaban haciéndose cruda guerra con disparos de miradas y frases, de mesa á mesa, y concluían estableciendo armisticios más ó menos duraderos, si es que no entraban ya con las paces firmadas, ó lo que es lo mismo, por parejas en amorosa y dulce compañía.

Si á la animación natural de tan alegre clientela se agrega el ruido de una música con bombo y platillos con que la obsequiaba el dueño del café, no necesito decir más para que mis lectores formen cabal idea del bullicio y del estruendo reinante é imperante en aquel privilegiado sitio del más bullicioso y estruendoso boulevard de París, sobre todo desde el anochecer hasta la media noche.

¡Y cosa rara! Allí, como dejo dicho, nos reuníamos para discutir muy seriamente sobre la novela

recién publicada, sobre la tendencia modernista de algunos vates franceses y sobre cuestiones sociales y políticas. Más ó menos disentíamos respecto á las primeras cuestiones; pero en cuanto á las últimas, todos coincidíamos en la necesidad de dar al traste con las monarquías habidas y por haber.

¡Y quién nos hubiera dicho entonces que, pasados algunos años, no muchos—esto ocurría por los de 1887 y 88 del siglo pasado,—se habían de erigir estatuas y confiar carteras de ministros y báculos pastorales á algunos de los que allí nos reuníamos!

¡Ni pensarlo!

Claro es que esto se refiere á los franceses, porque allí, se progresa. En cuanto á los españoles, no sé de ninguno que haya llegado á más. Al contrario, me parece que todos hemos venido á menos.

Los más asiduos, los que constituíamos aquella verdadera piña internacional, éramos: Raymond Daly, Pierre Baudin, Charles Morice, Louis Le Cardonnel, Jean Carrére é Ivanoe Rambosson, franceses, y Alejandro Sawa y yo españoles. Algunas veces aparecían por allí Alba, Romo-Jara y Vinardell.

Paul Verlain no faltaba nunca, y rara vez dejaba de sentarse á nuestro lado para terciar en los debates poéticos; pero era tan excéntrico, tan incapaz de amoldarse á orden ó método alguno, que no se podía contar con él, sobre todo para comer juntos. Verdad es que para esto tenía una razón poderosa. Gastaba veinte francos en almorzar como un capitalista y por la noche no contaba con dos

cincuenta para comer. Algunas veces, ni de este último pico disponía á las diez de la noche para beber una copa de cognac, lo que no quiere decir que dejara de tomarla ó de tomarlas á cargo de los amigos, quienes, con tal de oirle recitar versos ó discurrir sobre asuntos literarios con lucidez, profundidad y competencia admirables, se daban por muy contentos con aquel pequeño *surplus.*

Pequeño he dicho, y á veces no lo era, porque bebía mucho, y si bien es verdad que cuando tenía dinero pagaba lo de todos, cuando frecuentemente ocurría lo contrario, despedíase de nosotros diciendo: Ustedes se harán cargo de este montón de *soucoupes.* (1)

Todos los que nos reuníamos en *François 1er*, con la única excepción del que esto escribe, tenían, aunque eran jóvenes, antigua historia literaria ó política.

Raymond Daly era y es un abogado distinguidísimo y un escritor muy notable, hijo de un hombre eminente que ha dejado fama de gran arquitecto. Era además un notable conferenciante.

Pierre Baudin, sobrino del célebre Alfonso Baudin, diputado francés que murió en las barricadas protestando contra el golpe de Estado del 2 de Diciembre. (2) Llegó á ser presidente del Con-

(1) Platillos. En Francia ajustan los mozos la cuenta de lo que se bebe, por los platillos en que sirven las copas.

(2) Morir en una barricada, no constituye, ciertamente, ningún mérito extraordinario. ¡Han sucumbido tantos así, sin que su nombre pase á la posteridad!

La muerte de Baudin fué solemne y trágica.

Un hombre del pueblo, le dijo que como diputado lo que defendía con tanto ardor era la pensión que cobraba, é indignado Baudin replicó: «Vas á ver cómo se hace matar un diputado por 25 francos.» Y cogiendo una bandera la tremoló en lo alto de la barricada gritando: «¡Viva la República!» hasta que las balas de los soldados ahogaron su voz y cayó muerto.

Por este hecho memorable se le acaba de erigir una estatua en París.

sejo Municipal de París y ministro de Trabajos Públicos en el ministerio Waldeck-Rousseau.

Charles Morice, autor de la *Literature de tout à l'heure*, de cuyo libro dijo el eminente é inolvidable Zola, en la *interview* que tuvo con él Jules Huret, publicada por éste en su libro *Enquète sur l'evolution literaire*, que por su mérito ha de formar parte de todas las antologías, con especialidad el estudio de la literatura del siglo XVII, y sobre todo lo referente á Pascal.

Le Cardonnel cambió de rumbo: se dedicó á la carrera eclesiástica, y es hoy Obispo, no sé si de Troyes ó de Blois.

Jean Carrère era periodista. Fué como corresponsal de *Le Matin* á la última guerra sud-africana, y se permitió el lujo de tomar las armas contra los ingleses, quienes le hicieron prisionero y le desterraron á Santa Elena, de donde se fugó, mereciendo en París un entusiasta recibimiento.

Continúa, según mis noticias, dedicado al periodismo.

Ivanoe Rambosson, poeta, es hoy crítico de arte en el *Mercure de France*, y autor del notable libro titulado *Le Verger Doré*.

Alejandro Sawa se había abierto ancho camino en la literatura patria con sus obras *Noche* y *Crimen legal*. Pero el amigo Sawa opina como Henry Mürger, autor de *Scenes de la vie Bohème*, que hay *años* en que no está uno para trabajar.

Yo, sin más mérito que mi calidad de emigrado, puedo decir, usando una frase muy francesa, que era el *enfant-gaté* de aquella reunión.

Tanto, que cuando el buen Daly supo que mis correligionarios de Toledo trataban de hacerme un

obsequio después de mi regreso á España, se apresuró á contribuir, desde París, á la realización de aquel propósito.

En cuanto á Baudin, baste decir que, habiendo yo tenido necesidad de ir á París en Octubre de 1899, donde sólo pude detenerme veinticuatro horas, le escribí una carta saludándole, y de su puño y letra (era ministro entonces) correspondió á ella con tal premura, que en el mismo tren en que yo regresé á Madrid vino la contestación, diciéndome, entre otras cosas:

«La carta de usted ha evocado el tiempo en que conversábamos durante aquellas reuniones tan sinceras y tan llenas de encanto.

»Hubiera sido muy dichoso estrechando á usted la mano, y espero que otra ocasión nos aproximará.»

¡Qué mayor prueba de afecto!

Aquel Baudin, ministro, suspendía sus ocupaciones para coger la pluma y dirigir al amigo extranjero palabras tan sentidas y cariñosas.

Su alta posición no le había hecho olvidar lo que él llama en su carta «le temps de nos causeries, et de relations très sinceres et pleines de charmes».

Conservo también del bondadoso Charles Morice muy afectuosas misivas.

En cuanto á Paul Verlain, al gran poeta, ya muerto por desgracia, solo diré, y esto basta, que ha llegado á la inmortalidad. Hoy tiene en París erigida una estatua.

Aquél que me distinguió con su amistad y que ya no existe, digno es de muy especial mención en esta obra que despierta en el que la escribe tantos y tan variados recuerdos.

Era Paul Verlain de elevada estatura, corpulento, y su cara traía á la memoria los bustos con que nos representan á Sócrates.

Había puesto á contribución tal todos los resortes de la vida moral y material, que cuando le conocí solía dedicar la grandeza de su inspiración poética á verdaderas extravagancias, á genialidades raras.

Así, por ejemplo, dedicó una composición á todas las gentes de vida airada, dándolas el título de «hermanos».

Arrastraba una de las piernas, molestada por el prosáico reuma, y burlándose hasta de sus males, dijo una vez de aquella pierna, que con toda confianza llamaba *ma patte* (mi pata), que la estimaba en más que la otra y que todos sus versos, porque le servía para ir al hospital cuando no tenía ni casa ni dinero.

Muchas veces, ya lo he dicho, entre copa y copa de cognac, le hacíamos recitar versos, y aún recuerdo los que dedicó á una mujer concebida en sus sueños de poeta:

«Je fait souvent ce rêve etrange et pénétrant
D'une femme inconue et que j'aime et qui m'aime
Et qui n'est pas ni tout-à-fait la même
Ni tout-à-fait une autre et m'aime et me comprend.
Car elle me comprend, et mon cœur transparent
Pour elle seule ¡hélas! cesse d'être problême
Pour elle seule, et la moiteur de mon front blême
Elle seule le sait refraichir en pleurant.
Est-elle brune, blonde ou rousse? Je l'ignore.
Son nom? Je me rapelle qu'il est doux et sonore
Comme ceux des aimées que la vie exila.
Son regard est semblable au regard des statues
Et pour sa voix lointaine et calme et grave
Elle à l'inflexion des voix chéres qui se sont tues.»

Otras veces, cambiando de asunto y de metro, nos demostraba la flexibilidad de la lengua francesa, en que muchos no creen, con composiciones tan ligeras y tan armoniosas como la siguiente:

«Les sanglots longs
Des violons,
De l'automne,
Blaissent mon cœur
D'une langueur
Monotone.
Tout suffoquant
Et blême quand
Sonne l'heure,
Je me souviens
Des jours anciens
Et je pleure.
Et je m'en vais
Au vent mauvais
Qui m'emporte
De ci de là
Pareille à la
Feulle morte.»

Natural era que al hablar á D. Manuel, con los debidos encomios, de tan excelentes amigos míos, quisiera conocerlos, y á casi todos se los fuí presentando.

Aparte de los méritos propios de cada uno, tenían otro que para él no podía pasar inadvertido: eran republicanos é íntimos amigos de una persona á quien él distinguía con su confianza y con su afecto.

*
* *

Al tributar á todos ellos este homenaje de cariño, inspirado por la gratitud, quiero decir también que D. Manuel no era solo entrañable con sus

amigos, sino con los amigos de sus amigos, y así sucedía que el primer día del año, una de las pocas fiestas que en Francia se celebran, y doble fiesta en casa de D. Manuel por ser el día de su santo, invitaba á pasar en ella la noche á la colonia española adicta á nuestra causa y á las familias francesas de su mayor intimidad.

¡Veladas aquéllas por muchos motivos memorables, porque á éllas se asociaban con el pensamiento y el corazón muchos amigos y correligionarios residentes en España, á juzgar por los centenares de telegramas y cartas que se recibían!

Vinardell, distinguido periodista catalán, emigrado por haber esgrimido la pluma contra el clericalismo; Toro y Gómez, también periodista, autor y traductor de varias obras importantes; Elías Zerolo, encargado de la librería española de Mr. Garnier y uno de los hombres más cultos que he conocido; Romo-Jara, gran tocador de guitarra, que tenía el privilegio de reirse de la adversidad; Casero, indispensable en todas las reuniones íntimas de D. Manuel, como lo era Ladevese; Enrique de Alba, amigo de las artes y escritor notable, que concurría con su amable esposa, su malogrado hijo, que había heredado, acaso con creces, las condiciones de su padre, y sus dos lindas hijas, que son hoy las señoras de Fe y de Juvera; Viñes, el *pequeño prodigio*, como le llamaban los franceses, porque mereció, siendo niño, el primer premio de piano en el Conservatorio de París; Granados, joven pianista que también obtuvo la misma recompensa; Muñoz, el inseparable de D. Manuel, amigo suyo de siempre y entusiasta revolucionario que hoy vive retirado de la política en las

montañas de Santander; Alejandro Sawa, de quien he hecho mérito en líneas anteriores, y acaso algunos otros cuyos nombres siento no recordar, constituían el núcleo principal de aquellas reuniones íntimas, verdaderamente fraternales, especie de paréntesis en las constantes preocupaciones del dueño de la casa.

No faltaban elementos para que aquellas veladas resultasen gratas.

Después de rendir á los clásicos el merecido tributo con la interpretación habilísima en el piano de sus obras maestras, llegába el turno á lo que propiamente podíamos llamar *ecos de España*, tanto más expresivos y resonantes, cuanto más larga es la ausencia de la Patria.

Y aquí de la guitarra, que Romo-Jara pulsaba con mucha intención y maestría, y de la flauta de Casero, que llegó á ser muchas veces un motivo de preocupación para nuestro querido D. Manuel.

Naturalmente. Y permítaseme esta breve digresión.

Como dicen los estadísticos, era aquella flauta el *instrumento del trabajo*, y requería cierto respeto y veneración.

Pero todo tiene sus límites, á veces impuestos por la dura necesidad, y esta solía exigir que la flauta sufriera un temporal traslado de dominio, que no necesito puntualizar.

Y aquí de los apuros de mi buen amigo para comunicarle á D. Manuel la crisis en que se encontraba, y la necesidad apremiante de darle solución satisfactoria á plazo fijo.

El bueno de D. Manuel la resolvió siempre, no sin alguna previsora protesta.

Pero recuerdo que una noche al regresar Casero á su casa desde el teatro, se encontró sin la flauta. ¡La había perdido!

Al día siguiente muy temprano, acudió á nuestro natural paño de lágrimas.

El conflicto era grave, y me le confió antes de plentearlo frente á frente del supremo juez.

Yo no sabía qué hacer. No encontraba notas bastante suaves para que llegase á los oidos de D. Manuel aquel conflicto musical, sin que al escucharlo, desentonara.

Me había visto salir del despacho, llamado misteriosamente, y me preguntó.

—¿Qué es eso?

—No... nada—murmuré, hasta que por último me atreví á decirle:—Es Casero.

—¡A que ha empeñado la flauta!—me dijo, con su natural viveza.

—No, señor—le repliqué;—es algo más grave.

—¡Más grave!

—Sí, señor: se le ha perdido.

D. Manuel pegó un puñetazo en la mesa con la indispensable mano izquierda, y mirándome con ojos de asombro, me dijo:

—¿Pero se puede perder una flauta como un pañuelo? Dígale usted que entre: á ver qué ha sido eso.

Y entró

Y sucedió... lo que había de suceder.

Aquella noche era indispensable aquella flauta en la orquesta. Y si no aquella, otra.

Y la hubo.

D. Manuel no tenía hijos; cuatro habidos en su matrimonio se le desgraciaron; pero ejercía con los

emigrados las funciones de padre, á veces regañón y bondadoso siempre.

*
* *

Pues bien; la guitarra y la flauta, de común acuerdo unas veces y aisladas otras, nos hacían oir desde la melancólica música andaluza, hasta la retozona jota aragonesa, sin olvidar tampoco las más populares piezas del repertorio de Arrieta y de Barbieri.

Cuando concluía el improvisado concierto se bailaba, porque es de advertir que la excelente doña María, á pesar de su carácter seco y muchas veces agrio, era tan aficionada al baile como su marido á la política, que es cuanto puede decirse.

Yo, que en ese arte no pasé de la polka, ni en mis tiempos juveniles, la invité muchas veces á que me dejara lucir, honrándome con ello, mi única habilidad bailable.

La fiesta terminaba en el comedor, y en él, rebosando las copas vino de España, concluíamos brindando por la Patria ausente y por el triunfo inmediato de la República.

Momentos después, nos despedíamos los contertulios en la ancha plaza donde se levanta el soberbio Arco del Triunfo.

Era ya el segundo día del año, y mientras el termómetro señalaba algunos grados bajo cero, el indicador de nuestras esperanzas había subido y subido con el calor que nos prestaba la presencia del jefe revolucionario.

*
* *

Pocos días antes de la fiesta á que voy á referirme, decía *Le Mois Cigalier:*

«Las fiestas literarias de Sceaux, estarán consagradas este año á la doble y fraternal glorificación de Florián y Teodoro Aubanel y tendrán un brillo y una importancia especiales, puesto que contribuirán á reiterar los sentimientos de cordial simpatía que unen á nuestro país con España, el Mediodía de Francia á Cataluña, los felibres españoles á los del otro lado de los Pirineos, sentimientos que justificará la presencia de uno de los más ilustres hombres de Estado de la nación hermana de la nuestra: del Sr. Ruiz Zorrilla, que se ha dignado aceptar la presidencia de honor.»

En efecto; el 15 de Julio de 1888 llegaba á Sceaux, á treinta minutos de ferrocarril desde París, el Sr. Ruiz Zorrilla, á quien acompañábamos Ladevese, Toro, Muñoz y Gabriel Montero, que solía pasar muy largas temporadas en París al lado de nuestro jefe.

Después de visitar la casa en que murió el ilustre vate provenzal Florián, uno de los traductores del *Quijote*, nos dirigimos al Ayuntamiento, donde el presidente efectivo de la sociedad y diputado Mr. Sextius Michel, saludó con un breve discurso al Sr. Ruiz Zorrilla y le ofreció la presidencia, discurso y honor que fueron agradecidos con elocuentes frases del Sr. Ruiz Zorrilla.

Se procedió al reparto de premios obtenidos en los juegos florales, y recuerdo que mereció el primero, por la composición titulada *La mort de Zani*, un cabo del ejército de guarnición en Montpellier.

Después fueron coronados los bustos de Florián y Aubanel, ante los cuales se leyeron poesías y se

pronunciaron discursos, y por último, á las seis de la tarde el clásico tamboril de los provenzales nos anunció la hora del banquete, al que asistieron, además de los socios y del alcalde de Sceaux, los diputados Michel, Gallard, Maurice Faure, Mondenard, Clovis Hugues, el de las largas melenas, y escritores tan distinguidos como Paul Aréne, Fouquier, Laffit, y varios corresponsales parisienses.

Recuerdo este acto, porque el discurso que pronunció entonces D. Manuel—año de 1888—contiene párrafos de gran oportunidad en este año de 1903, lo que demuestra el sentido político de aquel gran hombre.

El entusiasta y fogoso Clovis Hugues, con cuya amistad me honro, dijo entre otras cosas:

«La República francesa no solamente ha abierto sus puertas al ilustre Ruiz Zorrilla, sino que le ha abierto también todos los corazones republicanos.

Aquí podemos decir: ¡viva la República francesa!

Yo hago votos por que pueda decir pronto: ¡viva la República española!»

Prescindiré de la parte literaria del discurso del Sr. Ruiz Zorrilla, aunque fué muy notable, porque citó los nombres y analizó las obras de los poetas provenzales, que así en España como en Francia describieron armoniosamente no sólo la sencilla vida del campo, sino hechos memorables, intimamente unidos en la historia de las dos naciones y recordaré las palabras conque, á modo de exordio, contestó al joven diputado Clovis Hugues:

«Cuando me encuentro en sociedades como esta, me olvido de que estoy consagrado á la más noble de las causas y de que estoy proscripto; por esto

suplico á Mr. Clovis Hugues que me dispense si no respondo á sus nobles y elocuentes palabras.»

Aludiendo al regionalismo, dijo que no merecen el calificativo de separatistas los que cultivan los dialectos provinciales y cantan las glorias de su patria chica. Como demostración de que en España así se entendía, recordó que la Academia de la Lengua acababa de premiar una obra escrita en catalán, y añadió:

«Así como el hombre amante de su familia es siempre buen ciudadano, así el amor á la región en que se nace, no excluye el amor á la Patria, que está sobre todo. Por eso, los hijos de la Provenza vendrán á cobijarse bajo vuestras gloriosas banderas, entonando sus cánticos populares, y al encontrarse con las armas en la mano para defender los intereses ó el suelo de la Patria, todos sus acentos se confundirán en uno solo, en los sublimes acordes de vuestro himno nacional: *La Marsellesa.*»

Explicó cómo entendía el amor á la Patria; hizo una excursión histórica para demostrar que las excisiones y las luchas entre los pueblos débense á los reyes, citando, entre otros hechos, nuestras guerras de Flandes, las de América y la intervención del Duque de Angulema en España, para deducir que sólo con una forma de Gobierno, la República, podría establecerse la fraternidad entre los pueblos.

Habló luego de la unión de la raza latina, así en Europa como en América; dedicó un elocuente párrafo á la misión que con respecto á ella puede ejercer el Mediterráneo, y recordó con mucha oportunidad la famosa fábula de Florián, titulada

El paralítico y el ciego. Con este motivo dijo: «Así como ellos se auxiliaron y complementaron, así deben auxiliarse y complementarse las naciones que tienen el mismo origen histórico y semejantes aspiraciones.»

Regionalismo; unión de la raza latina; Mediterráneo... He aquí los epígrafes de verdaderos dramas políticos cuyo desarrollo puede empezar de un momento á otro, pero cuyo desenlace es difícil de prever.

De todos modos, las palabras de Ruiz Zorrilla, pronunciadas hace quince años, son hoy mismo de indiscutible oportunidad.

***

Este libro tiene una significación que se revela en todas las páginas, y que creo haber señalado explícitamente en algunas de ellas.

Es un desagravio al hombre menos comprendido y más torpemente juzgado por muchos políticos de la generación que va desapareciendo. Urge, pues, destruir las marañas que han hecho brotar en torno suyo sus implacables detractores, porque mientras esto no se haga será imposible estudiar de cerca aquella gran figura y pasarán inadvertidos ó desfigurados los principales rasgos de su fisonomía moral ó política.

Esta labor corresponde á los que fueron sus amigos, y yo pretendo, en cuanto alcancen mis facultades, que se le juzgue tal y como fué, no como pretendieron y aún pretenden presentarlo sus enemigos ante el pueblo español y ante la historia.

Y por eso, ni acompaño su nombre de pomposos

adjetivos, ni dejo de ser parco en los juicios propios. Me atengo á los de personas que podrían juzgarle desapasionadamente, y ahora toca el turno al que formó la ilustre escritora Mme. Ratazzi, no sólo de la personalidad de Ruiz Zorrilla, sino del discurso que pronunció en las fiestas á que voy refiriéndome, siendo de advertir que la señora Ratazzi no participaba de las ideas políticas de Ruiz Zorrilla, y más aún, que éste no asistía á las frecuentes reuniones con que aquella obsequiaba á sus amigos. Aunque fué repetidas veces invitado, siempre encontró alguna atenta disculpa para eludir el compromiso.

Véase, sin embargo, lo que escribió en su periódico *Les Matinées Espagnoles*, con motivo de la presencia de Ruiz Zorrilla en las fiestas de Sceaux, á las que asistió también la señora Ratazzi con su bella hija Isabel Roma.

....

....

«Este año, Ruiz Zorrilla había aceptado la presidencia.

Conozco hace ya tiempo al hombre eminente á quien llaman el *feroz revolucionario*; pero no había vuelto á verle desde Florencia, cuando allá, en fecha remota, fué á ofrecer al duque de Aosta la corona de España. Su fisonomía me impresionó entonces vivamente; hubiera deseado volverle á ver, hablar con él; pero caí enferma y tuve que guardar cama: mi pequeña Isabel vino entonces al mundo. Desde aquella época no había vuelto á verle. Lo único que ví fué su firma al pie del decreto que me anunciaba una alta distinción que me

habia sido concedida: la banda de Damas Nobles que me enviaba la duquesa de Aosta.

Me fué presentado en la estación de Sceaux y entramos en el mismo vagón. No le encontré aviejado; solo advertí una inmensa tristeza en sus frías y severas facciones. Lleva consigo la muerte de un partido.

Si la comparación no fuera vulgar, diría que es un león que siente en la médula de sus huesos el mal que produce la patria ausente. Nada menos que la frase brillante de Mauricio Faure, el entusiasta felibre que lleva siempre un libro de Mistral en el bolsillo—iba á decir bajo su jubón,—que el gracejo del poeta Alberto Tournier, que las agudezas y los brindis afectuosos de Sextius Michel, fué necesario para disipar la melancolía que yo observaba en aquel hombre, en la fuerza de la vida, en esa madurez que constituye la juventud, el saber y la elocuencia, pero dominado por un dolor silencioso, profundo é insondable, al que solo su mirada hacía traición.

Experimenté al oir á Ruiz Zorrilla una sensación inexplicable que no olvidaré jamás.

Fuera, el cielo estaba nublado, un cielo de otoño. A lo lejos y por intervalos, dejaban oir las campanas sus metálicos ecos, velados y suaves, que llegaban hasta nosotros casi extinguidos. De los labios de Ruiz Zorrilla salían lentamente palabras de paz, de fraternidad ideal, modeladas con una voz grave, varonil y profunda... Sus palabras, el remoto sonido de los bronces, el cielo oscuro, todo esto se armonizaba de tal modo que parecíame ver confundidos el infinito y la tierra en estrecho abrazo, ardiente é inefable á la vez.»

Es de advertir que la señora Ratazzi ocupaba en el banquete un asiento al lado del Sr. Ruiz Zorrilla, y en los copiados párrafos, magistralmente escritos por cierto, refiérese á la conversación general sostenida por D. Manuel con la misma señora Ratazzi y otros comensales.

He aquí ahora lo que dice del discurso del señor Ruiz Zorrilla.

Nada más cierto, ni tampoco mejor dicho:

«Al ponerse en pie Ruiz Zorrilla hácese el silencio: esa especie de calofrío que produce la expectación y la curiosidad y que siente todo el auditorio.

¿Qué irá á decir?

¿En qué aliento revolucionario saldrán envueltas sus palabras?

¿Qué protestas, qué censuras se escaparán de su alma, ulcerada por el destierro?

Pero Ruiz Zorrilla está dotado del tacto supremo que distingue á los hombres de su temple.

El hombre político no es el que está en aquel banquete fraternal: es el pensador, es el literato el que va á dejarse oir.»

Continúa extractando el discurso, y termina tan interesante artículo de este modo:

«El desterrado, el proscripto, el hombre que nos hace recordar á Juárez vencido, levanta su vaso y bebe por la paz universal, por las manos que se han de enlazar para no desunirse nunca.»

¡Tal era, en verdad, el hombre intransigente, díscolo, poseído á todas horas y en cualquier ocasión del furor revolucionario!

Motivos más que suficientes para abordar la cuestión política habíale dado el fogoso discurso

de M. Clovis Hugues, terminado con un ¡viva la República española!, y sin embargo, haciéndose cargo de la calidad del auditorio y de que era aquella fiesta genuinamente literaria, sorteó la dificultad y pronunció un discurso de tonos templados, que á todos satisfizo.

Al terminarlo resonó una triple salva de aplausos, y los comensales se apresuraron á estrechar las manos del hábil orador.

Su discurso había interesado igualmente á monárquicos y á republicanos.

***

En los últimos días de Noviembre de 1888, llegó á París el Sr. Pi y Margall. Se instaló en el hotel Richmond, y en él tuvo varias entrevistas con el Sr. Ruiz Zorrilla.

Acompañaba al Sr. Pi su íntimo amigo y correligionario el docto catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros, D. Ambrosio Moya, hombre tan modesto como sabio, y en política muy federal, pero al mismo tiempo muy transigente. Señalo esta última cualidad, porque tengo para mí que no suele ser la predominante entre los políticos de altura.

¿Para qué y por qué fué D. Francisco Pi y Margall á París?

Fué, según mis noticias, y no descubro con esto ningún nuevo continente, á ponerse de acuerdo con D. Manuel Ruiz Zorrilla en la cuestión revolucionaria. Y fué, creo yo, no por impulso propio, sino empujado por la corriente de opinión desarrollada en aquel sentido y con fuerza tal entre

sus mismos correligionarios, que no pudo ni contenerla ni siquiera desviarla de su propio cauce.

Porque es preciso reconocerlo y decirlo.

Ni D. Francisco Pi y Margall ni D. Manuel Ruiz Zorrilla podían entenderse en la cuestión antes citada.

Eran dos temperamentos, en lo físico y en lo moral, completamente opuestos, por cuya razón, siendo ambos revolucionarios, lo eran de diverso modo.

D. Francisco Pi gustaba más de la propaganda hecha magistralmente, como él sabía hacerla, por medio del libro y del periódico, mientras que don Manuel Ruiz Zorrilla sólo se preocupaba de cegar cuanto antes, con todos los materiales posibles, el manantial que consideraba como origen único de los males de la Patria.

A esto último no se prestaba, sin violentarse, el carácter de D. Francisco Pi y Margall.

Por esta razón opino que fué á París á sabiendas de que su viaje no daría resultados positivos.

Y que D. Manuel estaba dispuesto á hacer en el terreno político cuantas concesiones creyera oportunas D. Francisco, no necesito decirlo, porque dicho está en el Manifiesto de las minorías republicanas á que más adelante habré de referirme, y que fué el único resultado de aquellas conferencias.

En cambio D. Francisco Pi y Margall no quiso ceder en un punto, relativamente secundario.

Según él, era preciso ir al hecho de fuerza, estimulando al pueblo á constituirse en Juntas revolucionarias, las cuales deberían dar, por decirlo así, el tono á la revolución.

Y no sólo era preciso llevar á las masas ese con-

vencimiento, sino que además era indispensable convenir previamente, que la República habría de tomar la forma determinada por el pueblo, representado en dichas Juntas.

D. Manuel no podía transigir en este punto.

Las juntas revolucionarias, según él, surgirían espontáneamente, por costumbre, y acaso por desgracia—la experiencia había demostrado cuán difícil era reducirlas,—y creía que sus poderes debían tener por límite el punto y hora en que se constituyera un Gobierno provisional con representantes de todos los partidos republicanos.

Opinaba también que la forma republicana no debía decretarse en los tumultos revolucionarios, tanto porque las Juntas que los representan no suelen ser la verdadera expresión del criterio político de las regiones ó provincias, cuanto porque una cuestión de tanta trascendencia debía ser el resultado de amplia discusión en Cortes Constituyentes, elegidas por sufragio universal.

Y afianzó la primera parte de este argumento recordando que algunas Juntas creadas al estallar la revolución de Septiembre, talaron montes, echaron abajo árboles seculares que protegían con su sombra las carreteras, y hasta llegaron á suprimir las escuelas de instrucción primaria; cosas todas que pugnaban con el espíritu y las tendencias de aquella revolución memorable.

¿Quién estaba en lo justo?

Mi voto, sumado desde luego al del Sr. Ruiz Zorrilla, ni quita ni pone.

Den respuesta á la pregunta formulada los que tengan más autoridad y competencia en este género de asuntos. Yo me limito á señalar cuál fué,

en aquella ocasión, que pudo ser decisiva para la República, el criterio de los dos conferenciantes.

Me consta que D. Manuel agotó cuantos argumentos estuvieron á su alcance para convencer al Sr. Pi de que no había para qué hablar de Juntas previamente, diciéndole, entre otras cosas, que surgiendo todas en momentos de lucha y por consecuencia de desorden, era frecuente ver en ellas á los más osados, á los que se creían más fuertes, no á los más constantes y más probados por su adhesión á las ideas triunfantes y por sus sacrificios en pro de la causa revolucionaria.

Todo fué inútil.

Inútil fué también que D. Manuel Ruiz Zorrilla llegara á decir éstas ó parecidas palabras:

—Será de malísimo efécto en España que no nos hayamos puesto de acuerdo, habiendo usted venido con el propósito de entendernos.

Y convino en ello D. Francisco Pi y Margall.

—Pues bien—dijo D. Manuel;—si estamos conformes en este punto, dejemos á un lado eso de las Juntas y vamos unidos á la Revolución, que es lo importante.

—¿Y cómo?

—Suponiendo que no hemos hablado de lo que es entre nosotros motivo de discordia, y diciendo usted á sus correligionarios, y yo á los míos, que estamos de acuerdo, como ciertamente lo estamos, en todo lo demás.

—No puede ser—contestó el Sr. Pi,—porque yo no tengo en mi partido la representación que usted tiene en el suyo. Yo no puedo decir al Consejo federal que estamos de acuerdo. Necesito decirle cómo y por qué.

Así concluyeron las entrevistas entre los dos jefes de los partidos republicanos y revolucionarios.

Tampoco haré comentarios.

El resultado fué que D. Francisco Pi debió regresar á Madrid disgustadísimo, porque como lo cortés no quita á lo valiente, el mismo día de su partida le invitó D. Manuel á almorzar en su casa, como asimismo á Ladevese, á D. Ambrosio Moya y á su esposa y á mí con la mía.

Cito á las señoras para que se vea cómo procuró D. Manuel no dar á aquella invitación carácter político, haciendo entender así discretamente á D. Francisco Pi que no se volvería sobre lo pasado.

Se presentó poco después de la hora señalada para el almuerzo D. Ambrosio Moya, con su señora, pero sin el Sr. Pi.

Estaba algo indispuesto.

Por fortuna, la indisposición no le impidió regresar á Madrid por la noche.

CAPITULO XVIII

Manifiesto de las minorías republicanas.—El partido único.—Manifiesto de Londres.—La escuadra del Támesis y otros infundios policiacos.—Muerte de Villacampa.—La República en el Brasil.—Blasco en *El Fígaro*.—Una embajada de la Embajada.—¿Somos revolucionarios?

En Abril de 1891 publicaron las minorías republicanas del Congreso un Manifiesto, cuya lectura denuncia á su autor D. Francisco Pi y Margall, y á tal documento voy á referirme, por la relación que tiene con las conferencias acabadas de relatar.

Empieza con esta gran verdad:

«Sienten hace tiempo los partidos republicanos la necesidad de concertarse para vencer á la monarquía. Han hecho, con el fin de conseguirlo, una serie de coaliciones que, si por de pronto han producido entusiasmo, no han satisfecho del todo las esperanzas que despertaron. Se han convencido, al fin, de que sólo en *la identidad de principios* podían adquirir la fuerza que buscaban, y han ido aproximándose.

Afortunadamente han llegado ya en las Cortes á una comunidad de ideas suficiente para que marchen unidos. Sólo el posibilista, cosa muy de sentir, ha rehuído tan saludable concordia.»

De lo subrayado se deduce que pareció lo que en vano se había buscado durante largo tiempo: la identidad de principios.

Otro importante párrafo del Manifiesto es el siguiente:

«No basta, á nuestro juicio, suprimir la monarquía; es preciso reducir la acción del Estado á los intereses generales y proclamar la *autónomía de las regiones y la de los municipios*, dentro de la Patria.»

Esto quiere decir que las teorías de D. Francisco Pi y Margall triunfaron en toda la línea, puesto que consiguió *federalizar* á los que él mismo calificaba de unitarios. Pero no se ve en dicho documento alusión alguna directa ni indirecta al problema religioso ni á la cuestión, tan debatida siempre, del procedimiento, y desde este punto de vista no podía satisfacer por completo á la mayoría del partido progresista, ni aun á muchos federales.

En el último párrafo, dice á los correligionarios aludiendo á las bases del Manifiesto:

«Si las aceptan, únanse, *por ahora*, para todas las elecciones que en adelante ocurran.»

De donde resulta que la finalidad conseguida reduciáse á los términos de una coalición electoral permanente. Y para esto, para tan poca cosa, no era necesaria la identidad de principios, es decir, la aceptación íntegra de los más sustanciales del partido federal, puesto que muchas veces habían luchado juntos en los comicios unos y otros, sin previa modificación de sus programas respectivos.

Por eso, porque el Manifiesto no tenía más alcance, resultó baldío. Nadie hizo caso de la saludable concordia que establecieron á tanta costa para conseguir tan poco, los señores Diputados firmantes, que son los siguientes:

Azcárate, Ballestero, Baselga, Becerro de Bengoa, Cervera, González Chermá, Labra, Marenco, Melgarejo, Moya, Muro, Palma, Pedregal, Pi y Margall, Puig y Calzada, Rodríguez y Vallés y Ribot.

***

Basta leer estas firmas para convencerse:

Primero. De que á la cuestión clerical no podía tocarse, porque entre el modo de apreciarla el Sr. Pi y el Sr. Becerro de Bengoa, por ejemplo, mediaba un abismo.

Segundo. Que una declaración francamente revolucionaria la hubieran rechazado entonces los elementos centralistas.

Tercero. Que en la cuestión social, había casi tantos puntos de vista como firmantes.

Bien pronto advirtió todo esto el instinto popular, y dedujo que la identidad de principios era una ficción, como tantas otras, y que la llamada *saludable concordia* redújose á la simple aplicación de paños calientes á un enfermo gravísimo.

Así fué.

El cuerpo republicano continuó atacado de la parálisis que contrajo, cuando en noche muy fresca abrió á tiros las puertas y ventanas del Congreso el General Pavía, para que los señores Diputados cambiasen al momento de temperatura, saliendo á la calle por donde mejor les pareciese.

Sin embargo, el documento á que estoy refiriéndome, si entonces no tuvo importancia, podría tenerla hoy, aun después de felizmente realizada la nión republicana, cuyos resultados se han visto

en toda España, pero muy especialmente en Madrid, el 26 de Abril del año en que escribo.

En efecto; las elecciones de Diputados á Cortes hechas el citado día, demuestran dos cosas: el arraigo que tienen en nuestro país las ideas republicanas y el poder incontrastable de la unión.

Hágase esta unión extensiva á todo, y caerá la monarquía.

*
* *

Antes de la llegada de D. Francisco Pi á París, había publicado D. Manuel Ruiz Zorrilla en Londres el 26 de Febrero de 1888, un Manifiesto que tuvo en España gran resonancia, como lo demuestra el hecho que voy á relatar.

Tal fué el número de telegramas llegados á París con destino al Sr. Ruiz Zorrilla, al día siguiente de reproducir el Manifiesto nuestro periódico *El País*, que un empleado del Despacho central de Telégrafos se dirigió al Sr. Ruiz Zorrilla manifestándole, en muy atenta carta, el deseo de conocerle, aunque sólo fuera por retrato.

D. Manuel correspondió á esta atención remitiéndoselo, dándole las gracias por las expresivas frases que le dedicaba, y ofreciéndole su amistad y su casa.

No tardó mucho en llamar á ella para dar las gracias personalmente por el envío del retrato y estrechar la mano de quien le había obligado á leer su nombre en el aparato tan repetidas veces.

Y es indudable que aquel documento escrito hace quince años, despierta hoy mismo gran interés porque la mayor parte de las reformas ofrecidas en

él, no han podido realizarlas los Gobiernos monárquicos.

Lamentábase, por ejemplo, el Sr. Ruiz Zorrilla, de que mientras se emplean algunos miles de pesetas para aliviar una calamidad pública, se gasten miles de duros en fiestas cortesanas.

Bilbao tiene la palabra, y puede luego cedérsela á los pueblos infestados por la langosta.

Pretendía acabar con el parlamentarismo, tal como hoy se entiende, esto es, quería romper esa máquina que maneja el Ministerio en favor del Diputado protegido por el cacique, quien á su vez obedece á la presión de los encargados de seducir, intimidar, cuando no asesinar á los electores.

Infiesto puede decirnos á dónde llega la moralidad electoral.

Quería que las Cámaras legislasen, que el Ministerio gobernara y administrara, y que la Magistratura fuese independiente, digna y responsable.

Aspiraba, y con esto ya tenía el Sr. Pi y Margall anticipada respuesta á sus pretensiones sobre las Juntas, á que el primer Ministerio de la República sometiera al sufragio universal la forma de gobierno para presentar á Europa el *único título de reconocimiento válido* en la legislación internacional.

Para nivelar el presupuesto, se proponía discutir primero el de ingresos, con objeto de acomodar á él los gastos del Estado.

Aspiraba á que si la supresión del odioso impuesto de consumos, la rebaja de las contribuciones, el desestanco y libre cultivo del tabaco y otras reformas semejantes exigían la rebaja de los grandes sueldos y la supresión de centros que ningún

servicio prestan, se hiciese todo esto, porque no es tan atendible la queja del alto empleado que cobra dos mil duros, como las lágrimas de centenares de familias á quienes hay que vender sus fincas para pagar aquellas grandes asignaciones. Copio sus mismas palabras.

Proponía el servicio general obligatorio, la reorganización del Ejército y el fomento de la Armada, la instrucción profesional fácil y gratuita, la indemnización á los inválidos del trabajo, la construcción de casas para obreros en condiciones tales que pasaran á ser de su propiedad sin más desembolso que el alquiler que hoy pagan, generalmente para vivir en miserables tugurios, y á manera de digno remate de éstas y otras medidas verdaderamente democráticas, como el establecimiento del crédito agrícola y la prohibición del trabajo de los niños, declaraba que el maestro debe ser el primer magistrado de la nación y que su sueldo, la construcción de escuelas y el material de enseñanza deben correr por cuenta del Estado.

Y aquí no cabe aquello de que *del dicho al hecho hay gran trecho*, porque D. Manuel Ruiz Zorrilla, como hombre de palabra, tenía en su abono la historia del tiempo en que fué Ministro y Presidente del Consejo, y además estaba dotado de carácter bastante firme para no ceder á esas presiones extrañas que tantas veces tuercen los mejores propósitos de los gobernantes.

Era incapaz de ofrecer lo que lealmente no podía cumplir.

***

El día 8 de Enero de 1890 tuvo necesidad don Manuel de ir á Londres para asuntos particulares,

y emprendió este viaje sin el menor misterio. Como que en pleno día le despedimos en la estación del Norte varios amigos.

Sin embargo, tan inocente expedición alarmó al Gobierno... nacional, de tal manera, que hasta el mismo Moret, Ministro entonces de la Gobernación, hubo de enredarse en sus propios hilos.

Así nos lo hicieron saber *Daily News*, de Londres, *Le Matin*, *La France* y *Le Temps*, de París, cuyos corresponsales en la corte de lo que entonces llamábamos *Españas*, publicaron sendos telegramas anunciando á Europa que á nuestro Gobierno no le llegaba la camisa al cuerpo.

El miedo todo lo abulta, y para dar idea del que entonces se apoderó de los sagastinos, será suficiente decir que vieron, por los ojos de su bien informada policía, dos barcos en el Támesis, preparados por el Sr. Ruiz Zorrilla para trasladarse á España. Uno sería para conducir al revolucionario con su Estado Mayor, y otro para llevar las fuerzas de desembarco.

¿Qué habría sucedido en las posesiones fusionistas en el caso de desaparecer el Sr. Ruiz Zorrilla de la noche á la mañana con rumbo desconocido?

¡Asusta pensarlo!

Aquellos dos barcos, creados por la fantasía policiaca, hubiéranse convertido en poderosa escuadra, agobiada bajo el peso de baterías formidables y de ejércitos de desembarco superiores á los que llevó sobre Grecia el mismísimo Xerjes.

Ahora se explicarán mis lectores las cartas de la policía francesa, copiadas en otro capítulo de este libro. En una de ellas, escrita sin duda cuando Ruiz Zorrilla dejaba su casa de París para pasar

en el campo uno ó dos días, se habla de un viaje á Portugal en que no pensó nunca D. Manuel.

Verdad es que ya estábamos acostumbrados á las falsas alarmas, tan frecuentes en la guerra.

Antes de la famosa invención de los barcos, salió un día *Le Matin* anunciando á sus lectores que el Sr. Ruiz Zorrilla había desaparecido de París con la mayor parte de los emigrados.

Le Matin era uno de los periódicos que D. Manuel leía todas las mañanas, y ¡cuál sería su sorpresa al enterarse de tan estupenda noticia!

Un acto tan natural y tan público como el viaje á Londres, dió origen á la alarma del más funesto de los políticos españoles: del exdemócrata don Segismundo, y á esta otra, el hecho siguiente:

Días antes había salido de París para sus posesiones de Castilla la señora de D. Manuel, y todos ó casi todos los emigrados acudimos á la estación de Orleans para despedirla.

No fué necesario más para que se estremeciera el globo, quiero decir *El Globo* del Sr. Castelar, quien, haciendo coro á *La Epoca*, pidió al Gobierno que ejerciera sobre nosotros la mayor vigilancia.

Debe tenerse en cuenta que el miedo es contagioso. Y ya por esta causa, ya porque directamente lo transmitiera el asustadizo Moret á los agentes consulares, muchos carecían de la serenidad de ánimo suficiente para evitar ridículas alarmas.

Así como el cónsul que tenía el Gobierno en Bayona, estaba dotado de sentido común, carecía de él por completo un tal García, que por entonces desempeñaba el mismo cargo en Perpignan.

A este García, hasta sus propios dedos se le antojaban revolucionarios, y era por consiguiente

un gran inventor de noticias espeluznantes y un despiadado perseguidor de cuantos españoles no merecían su confianza.

El supo que en cierta ocasión había viajado don Manuel por la frontera de Aragón, conducido, al efecto, en una silla de manos. ¡Fuerte sería, y robustos también sus conductores!

Era un cónsul... sin freno, digno de aparearse con aquel que tuvo Calígula la humorada de nombrar.

Interminable sería el relato de cuantos viajes, entrevistas y otros actos ilusorios se atribuyeron á D. Manuel Ruiz Zorrilla durante el período revolucionario.

Citaré dos para terminar.

El corresponsal de un periódico madrileño tuvo la osadía de telegrafiar que D. Manuel había conferenciado con Paul y Angulo.

D. Manuel no se ocupó, como era su costumbre, de desmentir tan absurda noticia; pero pasado algún tiempo, se presentó su autor, como si tal cosa hubiera hecho, en la casa del calumniado, y al tender á éste la mano, retiró D. Manuel la suya, y le dijo:

—Me deshonraría más cruzando mi mano con la de usted, que la palabra con la persona con quien usted me supone en relaciones. Puede usted retirarse de esta casa para siempre.

Esta escena ocurrió delante de muchas personas.

Otro corresponsal, también de periódico madrileño, descubrió un nuevo viaje de D. Manuel.

Según sus noticias, para despistar á la policía montó en el ferrocarril de circunvalación, hacien-

do así una especie de marcha estratégica, y por último se dirigió á Bayona por la línea del Mediodía.

Este lujo de detalles no dió á entender al periódico que se trataba de una torpe invención, y publicó el telegrama.

La verdad es que la emigración hubiera sido mucho más aburrida sin estos incidentes de género cómico. Y lo más gracioso era que cuando don Manuel salía de París para asuntos políticos, nadie se enteraba, como lo demuestra la expedición que hizo conmigo á Burdeos, algún tiempo después.

***

En todas las cartas que á Ruiz Zorrilla dirigía desde el presidio el infortunado Villacampa, hacíanos presentir su próximo fin el fondo de tristeza que en ellas se advertía.

El clima de Africa le mataba; pero en vano se gestionó decorosamente su traslado á un presidio de la Península.

Sus carceleros mostráronse implacables, aunque eran aquéllos condenados á muerte por el intento de destronar á Isabel II.

Así fué que el 13 de Febrero de 1889 llegó á París la noticia del fallecimiento, ocurrido en Melilla dos días antes.

Al referir este triste suceso, copiaré un breve párrafo escrito y publicado por mí el 22 de Febrero del citado año:

«¡Cuántos remordimientos, si es que tienen entrañas de hombre, sentirán, no solamente los que se han complacido en hacer más lenta su agonía,

sino aquellos otros que le abandonaron en la que también puede registrar la historia con el dictado de *Noche triste!*»

* * *

La revolución del Brasil, iniciada por el General Fonseca el 16 de Noviembre de 1889, y cuyo término fué la caída del Emperador D. Pedro y la proclamación de la República, produjo, por lo inesperada y por su rápido desenlace, extraordinaria sensación entre los emigrados portugueses y españoles residentes en París.

Al frente de aquéllos estaba el abogado señor Alves da Veiga, iniciador del movimiento revolucionario de Oporto, persona respetable, de gran inteligencia y de patriotismo á toda prueba. Pero desgraciadamente para la causa republicana estaba en desacuerdo completo con el Sr. Magalhaes Lima, republicano no menos convencido y periodista notable en Lisboa, donde contaba con gran número de admiradores y adeptos.

Por algo es Portugal hermano de España.

Poco después de proclamada la República brasileña, se fundó en París un periódico titulado *El Correo del Brasil*, escrito en idioma francés y defensor del nuevo orden de cosas creado por la revolución.

El director del periódico, Sr. Simoes da Fonseca, solicitó la colaboración del Sr. Ruiz Zorrilla, pidiéndole con gran insistencia una carta ó un artículo para el primer número; pero por entonces contrajo el ilustre Marqués de Montemar la enfermedad que había de privarnos para siempre de su valioso concurso, y el Sr. Ruiz Zorrilla no pudo

do así una especie de marcha estra' ... pronto
último se dirigió á Bayona por l ... primer
diodía. ... siguiente

Este lujo de detalles no dió ...
dico que se trataba de una t ... o eminente
blicó el telegrama. ... a á retrasar

La verdad es que la ... el gran repu-
mucho más aburrida si ... l Brasil.»
ro cómico. Y lo más ... do número del
Manuel salía de P ... , dice así:
die se enteraba,
que hizo conm ... *Diciembre de 1889.*
pués.

...nseca.

...correligionario: Al aplaudir la fun-
En t ... *El Correo del Brasil*, para el que deseo
desde ... próspera vida, tengo la satisfacción de
ciar ... á los deseos que usted me ha manifesta-
z ... honrándome mucho.

Cuando se lucha por el triunfo de la República, cuando por ella se está en el destierro durante quince años y además se pertenece á un país desgraciado que ha hecho esfuerzos heróicos para conquistarla, necesariamente hay que saludar con el más vivo entusiasmo el despertar de un gran pueblo como el vuestro, que nace á la vida del derecho como por milagro, reivindicando su soberanía merced al acendrado patriotismo de los hombres de gran espíritu, cuyos gloriosos nombres repite el mundo lleno de entusiasmo y admiración.

No puede estar lejos el día en que el pueblo español y el portugués imiten vuestro feliz ejemplo, transformándose en dos libres Repúblicas, y ¡ojalá consigan una victoria tan rápida y tan decisiva co-

la de la República brasileña, y puedan, como mostrarse tan generosos y magnánimos!

'ase usted aceptar mi más cordial y sincera ión.

MANUEL RUIZ ZORRILLA.»

antes que coincidió con la proclama- epública brasileña el fallecimiento del lontemar, y en efecto, en la noche nbre de 1889, dejó de existir aquel D. Manuel Ruiz Zorrilla.

erificó el entierro, y milagrosamente, a la prudencia del Sr. Salmerón que lo sidía, se evitó en las calles de Madrid un conflicto grave entre los agentes de la autoridad y los miles de republicanos que formaban el duelo.

Aquéllos tenían orden de encaminar el cortejo fúnebre por las afueras, y éstos intentaron oponerse al cumplimiento de una disposición tan abusiva como innecesaria.

Hubo un momento en que el carro fúnebre que conducía los restos de aquel gran patriota tuvo que detenerse, porque agarrados al rendaje de los caballos, luchaban polizontes y pueblo para dirigirlos en sentido opuesto.

Aunque á tales provocaciones nos tienen acostumbrados los gobiernos restauradores, siempre parecen nuevas, porque el buen sentido las rechaza y hasta el respeto á los muertos parece que las condena.

Sólo espíritus asustadizos ó ruines pueden temer que el acto de un entierro sea el momento elegido para trastornar el orden ó hacer una revolución.

***

«No hay peor cuña que la de la misma madera.»

El corresponsal que comunicó á su periódico, con malísima intención, la falsa noticia de haber visitado Ruiz Zorrilla á aquel Paul y Angulo huído de España porque se le suponía complicado en el bárbaro asesinato del General Prim, había sido republicano, y republicano fué también Eusebio Blasco, que escribía en *El Fígaro* correspondencias de Madrid, hechas en París, con el seudónimo *Mondragón*.

Pues bien; uno y otro, no perdonaban cuantas ocasiones se les venían á... los puntos de la pluma para molestar á Ruiz Zorrilla, no sé si porque tenían ese encargo, ó porque D. Manuel había cerrado las puertas de su casa al otro... y al uno.

Sin embargo, aquél era peor intencionado, más dañino.

Este, el antiguo redactor de *Gil Blas*, el compañero de Rivera y Roberto Robert, Blasco, en fin, era del género inofensivo. Se limitaba á salir del paso representando su papel de monárquico por compromiso, sin ensañamiento, como quien nada y guarda la ropa. Así es que cuando refería al público parisiense las precocidades del rey niño, en un artículo titulado familiarmente *S. M. Bebé*, precocidades que á fuer de buen vasallo presentía desde muy larga distancia, nos desternillábamos de risa, obligándonos también á exclamar filosóficamente, como resultado de la comparación de tiempos con tiempos:

«¡Qué cosas hacen los hombres
por un pedazo de pan!»

Y cómo no reirse cuando, encarándose con el público francés, decía:

«¡Si supiérais cuán conmovedor es contemplar sobre el trono de San Fernando y de Carlos V una nodriza teniendo sobre sus rodillas un niño soberano de diez y siete millones de súbditos!»

Seguro estoy de que, conmovidos los franceses, exclamarían al leer esto, llorando á lágrima viva: «Yo quiero uno».

Pues, y cuando exclamaba:

«S. M. Bebé es muy hermoso, con sus cabellos rubios caídos sobre las espaldas; es alegre por naturaleza y sonríe graciosamente al primero que llega. Comprendiendo su alta situación, sus futuros destinos, sabe que es el más feliz y el más amado de todos los soberanos de la tierra.»

Conste que todo esto lo comprendía y lo presentía cuando estaba mamando.

¡La verdad es que este fervor monárquico vale cualquier dinero y cualquier carcajada!

¿Pues y cuando descubrió en su biografiado lactante instintos anticlericales? ¡Atención!

Describe una ceremonia religiosa y dice, copiado al pie de la letra:

«S. M. Bebé estaba sobre las rodillas de su nodriza, y quitándose su gorrita, la arrojó al suelo, mirando al predicador, como diciendo: ¡Ah! no, monseñor; yo no quiero *raseurs* (1) en mi reino.»

Aquí, lo verdaderamente admirable es la sagacidad del escritor, porque tiene tres bemoles eso de interpretar el acto de despojarse de la gorrita como señal de impaciencia porque el predicador

---

(1) De *raser*, hacer la barba, afeitar.

no acababa el sermón, y más de tres... docenas lo de descubrir que con la mirada decía el bebé: «*Señor cura, me está usted haciendo la... barba, y yo no lo permito.*»

Pero el colmo del monarquismo *tout á l'heure* está en los párrafos siguientes:

«Cada vez que nos mira, que nos sonríe ó que nos saluda, según costumbre militar, con la mano en la frente (usaba gorrita y estaba en brazos de la nodriza), parece quiere decirnos: «No soy más que una pequeña muestra de rey, y sin embargo, represento el régimen tan deseado después de las guerras civiles, de la miseria, de la ridícula autoridad de 300 advenedizos y de la gran caída nacional que á poco hizo desaparecer á España del mapa de Europa.»

No hay para qué decir que aquellos advenedizos fueron los republicanos y que la gran caída nacional fué la del 73.

Seria inútil salir á la defensa de advenedizos como Castelar, Figueras, Pi y Margall, Salmerón, Sorní, Tutau y otros muchos.

En cuanto á caída nacional, ahí está la del 98, que borró más de media España del mapa europeo.

Y sigue:

«Niño, pero rey; representante de una cosa querida en España, que prefiere un niño pequeño sobre un trono á una República muy grande en la calle.»

¿Y no habian de divertirnos estos grandes sainetes, escritos en prosa vil? Mucho más que los conocidos versos del *Joven Telémaco.*

Cuando le daba la vena por atacar á Ruiz Zorrilla, se limitaba á decir que en París nadie le hacía

caso, que estaba completamente solo, sin más compañía que la de su perro. Y no era verdad. Ruiz Zorrilla no tenía perro, y cuando advertía que algunos... perrones, con forma humana, entraban en su casa, los ponía en la calle.

Todo lo dicho sirve de explicación á lo siguiente.

*
* *

La soledad de Ruiz Zorrilla en París está demostrada en este libro. No había reunión importante á que dejara de ser invitado. Y lo que es más, oído con gran atención y respeto.

Pero he aquí lo que sacaba de quicio á *Le Figaro*, que parecía ser el tornavoz de la Embajada española. Prueba al canto.

En Diciembre del 89 obsequiaron los venezolanos residentes en París á su nuevo Ministro plenipotenciario, Sr. Orbaneja, con un banquete al que invitaron al Sr. Ruiz Zorrilla, y como le hicieran ocupar el primer puesto á la derecha del Presidente, no necesitó más Mondragón ó *Le Figaro* para dar una campanada en la siguiente forma:

«La presencia del Sr. Zorrilla en el banquete ofrecido al nuevo Ministro de Venezuela y el sitio que se le había reservado, son cosas que han causado cierta sorpresa en la Embajada de España. Ha llamado la atención que en un banquete á que asistían Ministros de países amigos de España y dos representantes de Estados que sostienen las mejores relaciones con el Gobierno de la Reina, se haya tolerado el brindis antimonárquico del señor Ruiz Zorrilla.»

Lo mejor hubiera sido, en vez del discurso re-

publicano, una paráfrasis del soberano artículo *S. M. Bebé.*

Pero el privilegio exclusivo de este género de oraciones lo tenía el antiguo redactor de *Gil Blas.*

***

Meditando algunas veces sobre el cúmulo de sucesos á que voy refiriéndome, me he hecho la siguiente pregunta:

¿Somos revolucionarios? ¿Nuestro temperamento nacional se presta fácilmente á la realización de los actos de violencia, muchas veces terribles, que las revoluciones piden y acaso necesitan?

La verdad es que si á la historia hubiéramos de atenernos, la contestación á mis preguntas sería negativa. No conozco en la de España revoluciones como las de Francia é Inglaterra, por ejemplo.

Las hemos iniciado muchas veces; pero nunca hemos sabido llevarlas hasta sus límites naturales. Ahí está la de 1868. Hasta los hombres que la llevaron á cabo, reaccionaron, en su mayor parte. Por tímidos ó calculadores, llegaron á postrarse ante el ídolo que habían derribado.

Ni tuvieron fe en aquella revolución, ni hoy la tienen en la política contraria, que al parecer defienden. Todos han tenido el patriotismo en los labios, muy pocos en el corazón. Por eso han pospuesto la Patria á otros intereses.

¿Estará el secreto de tantos fracasos revolucionarios en nuestro suave temperamento meridional?

¿Será que cada español lleva dentro de sí un Don Quijote, que le obliga á colocar desde la barricada un centinela en las casas habitadas por sus enemigos?

¿Acaso las revoluciones han de ser terriblemente sangrientas para que arraiguen y prosperen?

Dejaré estas preguntas sin contestación.

Tal vez nos la dé, por modo indirecto, la siguiente positiva anédocta:

Encontrábanse en Ginebra, cuando la traición ya relatada de Siffler, varios revolucionarios españoles sentados en torno de la mesa de un café, y en otra inmediata estaba un joven nihilista ruso, emigrado, de aspecto simpático, que había inspirado á los nuestros gran confianza.

Discutíase en la mesa de los españoles lo que se debería hacer con Siffler para evitar... *que hablara*, y al enterarse de esto el nihilista, tomó parte en la conversación de esta manera:

—¿Pero ustedes tienen seguridad de lo que dicen?

—Indudable.

—¿Y no saben qué hacer con ese presunto delator?

—No.

—Pues es cosa muy sencilla. Está anocheciendo; el lago convida á pasear sobre él en una lancha. Vamos á invitarle á que nos acompañe. Iré con ustedes. Brindaremos muy adentro por la revolución, y después... después volveremos á tierra con un hombre menos que se cayó al agua.

Los españoles rechazaron el proyecto.

El ruso les volvió desdeñosamente la espalda, pronunciando estas palabras:

—Entonces no digan ustedes que son revolucionarios.

Aún vive en Madrid uno de los actores de esta escena.

¿Tendría razón el ruso?

CAPITULO XIX

España y Portugal.—Juicio de Castelar y Ruiz Zorrilla sobre la política portuguesa.—Protesta de la colonia portuguesa contra Inglaterra, y discurso de Ruiz Zorrilla.—Tentativa revolucionaria en Andalucía.—Un amigo que se vende.—Disgustos con los emigrados.

El descalabro del 19 de Septiembre, ni amenguó los bríos de Ruiz Zorrilla, ni fué considerado por el Gobierno como una victoria decisiva sobre la Revolución.

Y tenía motivos para creerlo así.

Opinen como quieran los adversarios de aquel movimiento, tuvo un mérito poco tranquilizador para los monárquicos.

Se hizo en la residencia del Gobierno, en el centro de la Península y con tal sigilo, no obstante su laboriosa gestación, que las autoridades sólo se enteraron de que tenían minado el terreno cuando oyeron en las calles el grito de ¡viva la República!

¿Y quién aseguraba que otro golpe de audacia semejante no podría repetirse en el mismo Madrid ó en otra capital?

La prudencia aconsejó al Gobierno vivir prevenido. Pero no contento con dictar reglas terminantes para la formación de las tropas en los cuarteles y su salida de ellos; no satisfecho con expulsar á los sargentos primeros del Ejército en un mismo día y á una misma hora, como expulsó Carlos III

á los jesuitas, llegó al extremo de resucitar los procedimientos absolutistas del odiado Fernando VII, porque persiguió cobardemente á las familias de los sublevados. En efecto, dos hermanos míos, militares que ni conocimiento tenían de aquellos sucesos, tuvieron que ponerse á salvo de continuas vejaciones, separándose *voluntariamente* del servicio activo; es decir, perdiendo sus carreras.

El Gobierno portugués también se creyó amenazado, y empezó á curarse en salud.

Motivos tenía para creerse mal seguro, porque había elementos en Portugal muy valiosos en inteligencia con el revolucionario de París; pero esto no justificaba las airadas persecuciones de que algunos republicanos fueron víctimas.

Desgraciadamente para la causa de la República, la dificultad estaba en armonizarlos, porque los portugueses rivalizaban con los españoles en la intransigencia, y no pudieron constituirse nunca en partido robusto y bien organizado, como hubieran podido hacerlo con los elementos de que disponían, sobre todo cuando en el año 1890 se puso de relieve la vergonzosa sumisión del Gobierno portugués al de Inglaterra.

Y no cabe duda. Los elementos intelectuales de más valía en Portugal estaban con la República, como asimismo la juventud de las Universidades, especialmente la de Coimbra.

D. Manuel procuraba ponerlos de acuerdo con el mismo empeño con que perseguía la inteligencia entre los españoles; pero tales abismos los separaban, que no podía hablar en París de política con Magalhaes Lima delante de Alves da Veiga ni

con éste en presencia de aquél. Y esta discordancia era el reflejo de lo que en Portugal estaba sucediendo.

Por el lado de Occidente, tampoco parecía la tan decantada fraternidad.

Así y todo, D. Manuel procuraba siempre atraer á la causa republicana peninsular los elementos portugueses, destruyendo, al efecto, en aquel país tan celoso de su independencia, toda idea de absorción por parte del nuestro.

Su política, en este punto, reducíase á demostrar que la Península ibérica podía constituir una gran nacionalidad con la forma republicana y federativa, única que, dejando á salvo aquellos escrúpulos, crearía recíprocos intereses, estrecharía todo género de relaciones y atendería á la mutua defensa de aquéllos.

Esta política nacional y patriótica tendía á resolver el eterno problema de la unión ibérica *posible*, en contra del de la separación *á todo trance* sostenido por los Braganzas y los Borbones en beneficio exclusivo de ambas dinastías, no de los pueblos, que mansamente las soportan. ¿Para qué? En Portugal, para humillarse ante Inglaterra, y en España para hacerla caer en abismo ignominioso, empujada con sublime desprecio por los Estados Unidos de la América del Norte con el apoyo moral de Inglaterra.

¡Que no han dado otros frutos más *reales* en estos últimos tiempos las dos monarquías peninsulares!

*
* *

En muchas ocasiones, sobre todo cuando se di-

rigía á los portugueses, expuso el Sr. Ruiz Zorrilla sus ideas respecto á la unión ibérica.

Recuerdo, con este motivo, el banquete de la *Unión Mediterránea* que presidió el día 3 de Diciembre de 1891. Asistieron 120 comensales, entre ellos el presidente de la Sociedad, M. Gromier; varios diputados franceses, el brasileño Oscar d'Araujo, el portugués Alves da Veiga, los griegos Nicolaïdes y Stassinopoulos, el Cheik Abu-Nadar, por Egipto, emigrado en París porque no transigía con la mal disimulada dominación inglesa en su patria; Pou, representante de la República del Salvador; Zuazo, concejal del Ayuntamiento de Madrid, y los Príncipes de Casanno y de Surignan, en representación de Italia y Armenia, respectivamente.

Hablaron en aquella importante reunión M. Destrem; Alves da Veiga, que arremetió contra la casa de Braganza; D'Araujo, para ensalzar la revolución brasileña; Abu-Nadar, que dió un buen *recorrido* á los ingleses; el griego Nicolaïdes, director del periódico *El Oriente*; nuestro malogrado amigo Zuazo; Pou; el Príncipe de Casanno, para tratar de los fines que persigue la Unión Mediterránea; Clovis Hugues y Hubbart, que empezó hablando en francés y concluyó en correcto castellano, por deferencia al Sr. Ruiz Zorrilla, de quien era gran admirador y excelente amigo. El Sr. Hubbart nació en Madrid, recibió su primera educación en nuestra patria, y la ha hecho siempre justicia con su palabra y con su pluma.

Por último, el Presidente saludó á la concurrencia é invitó al Sr. Ruiz Zorrilla á tomar la palabra.

Hízolo así, y pronunció un largo y elocuente discurso.

He aquí el extracto de algunos párrafos:

Dijo que era aquel banquete el banquete del patriotismo, y que no podía atribuir la elección hecha en él para presidirlo más que á su condición de patriota; á la constancia con que procuraba cuanto en su concepto puede hacer la felicidad de su Patria; á la tenacidad con que defendía todo lo digno y honrado; á la lealtad con que estaba al lado de las causas justas, como la que había dado origen á la Unión Mediterránea, y, por último, porque los propósitos de aquella Sociedad exigían mucha paciencia, y él había demostrado tenerla.

En efecto, dijo: «El principal obstáculo lo presentan las naciones que nada tienen de mediterráneas, como Inglaterra, y por esto será muy difícil que llegue esta Sociedad á conseguir sus propósitos, si antes no se constituyen en Repúblicas todas las naciones de Europa. Mientras esto no suceda, la raza latina continuará tan dividida como hoy lo está, y además subordinada á las otras. La República en España y en Portugal no sólo ejercerá influencia decisiva en el porvenir de la Península, sino en el de Europa.»

Aludiendo al discurso del Sr. Alves da Veiga, manifestó: «Que la Península extendida al otro lado de los Pirineos no será grande hasta que los dos pueblos que en ella viven sacudan el yugo de las monarquías y aparezcan unidos, dentro de la forma republicana, por el mismo espíritu democrático.»

«Los republicanos españoles—continuó dicien-

do—somos la mejor, la única garantía de la libertad portuguesa, porque los lazos fraternales entre ambos pueblos serán tan estrechos como Portugal quiera, como á Portugal convenga. La unión, que es incompatible con las monarquías, hemos de fundarla nosotros, portugueses y españoles, respetando la libertad y la independencia de ambos pueblos.

La Federación Ibérica sería un hermoso despertar para los dos pueblos de la Península. Un solo Ejército, un solo Gobierno, la misma especie de moneda.

Esta federación no puede hacerse más que con la forma republicana, porque ella sola podría reunir los elementos necesarios para allanar los obstáculos que hoy oponen los intereses dinásticos.

Ella constituiría el más glorioso acontecimiento de la historia de las dos naciones hermanas. Ella es el ideal que persigo con más vehemencia.

En los dos pueblos se ha hecho ya mucho camino en este sentido. Los rozamientos, que fueron consecuencia inevitable del dominio de los reyes sobre Portugal, ya no existen; pero si de ellos quedase hoy alguna traza, sería suficiente para borrarla dejar á los portugueses árbitros de fijar el alcance y las condiciones de la Federación Ibérica, así como de señalar el momento en que obra tan grande debiera realizarse.»

Nadie negará á estas ideas la condición de prudentes y patrióticas.

En cambio, D. Emilio Castelar no creía capacitado al pueblo portugués para gobernarse por sí mismo. Ni más ni menos que si tuviera por límites

los desiertos del Sahara ó estuviese escondido en las islas oceánicas.

No otra cosa se deduce de los siguientes párrafos de una correspondencia dirigida por él á *El Monitor Republicano*, periódico de México:

«Como viejo republicano que soy, republicano de convicción, republicano de nacimiento, republicano de abolengo, interésame con vivísimo interés el estado y suerte de nuestra idea y de nuestro régimen predilecto en Portugal. Y yo debo decirlo con toda lisura: observo en Portugal muchedumbres entusiastas, nutridas por el espléndido apostolado político de ciudades como Lisboa, Oporto y Coimbra; observo catedráticos y estudiantes muy creyentes de las ideas nuevas y muy exaltados en su complexión política y muy resueltos por la democracia republicana; observo filósofos y escritores de primer orden á quienes cualquier pueblo culto podría escoger por maestros y por guías en elocuencia y sociología; mas no veo, no, aquella práctica y aquella experiencia de los negocios públicos, sin las cuales ¡ah! se frustran los mejores propósitos y se tornan plagas como las del antiguo Egipto, las más verdaderas y más justas y más progresivas ideas.»

Ciego de entendimiento ha de estar aquel que no vea una monstruosa contradicción en cuanto acabo de copiar. Después de describir con tan vivos colores el estado de cultura del pueblo portugés, no espera el curioso lector una negación absoluta de lo que es inmediata consecuencia del progreso intelectual: la positiva capacidad para entender en asuntos de Gobierno.

¿No puede considerarse el arte de gobernar

como una derivación de la sociología que se ocupa en la formación y desarrollo de las sociedades humanas?

Pero es que por entonces el Sr. Castelar empleaba su prodigioso talento en contener la marcha de la revolución, y por consiguiente, en contrarrestar con su palabra y con su pluma la política de aquél cuyo concurso le pareció indispensable para dar estabilidad á la República española, proclamada en 1873.

Por esto, mientras D. Manuel Ruiz Zorrilla sostenía desde París, como principio fundamental de su actitud revolucionaria, que la soberanía nacional está detentada allí donde la Constitución no admite el cambio legal de las instituciones, si la mayoría del país lo exige con su voto en las urnas, el Sr. Castelar sostenía en el citado periódico una doctrina opuesta, como se verá en lo que seguidamente copio:

«Para mí, los problemas políticos todos de España se resuelven á una con el advenimiento de la democracia, secular entre nosotros, al poder público (1); y el advenimiento al poder público de la democracia española, se contiene todo entero en el sufragio universal.

Políticamente, cuando un pueblo ha llegado al gobierno de sí mismo por medio de una delegación suya, como las Cámaras elegidas por todos los ciudadanos sin excepción, igualmente libres, *no tiene progreso alguno que pedir á su tiempo en*

---

(1) Rey demócrata era D. Amadeo, y Constitución más democrática que la vigente la de 1869, y, sin embargo, el Sr. Castelar pedía á voz en grito la República... y la Repúlica federal, á la que él mismo calificó de *miel sobre hojuelas*, en uno de sus más célebres discursos.

esta fase de la civilización y en este período de la humanidad.»

»Elijan los republicanos entre una y otra doctrina la que les plazca. Yo diré que con la última podrían darse por muy bien servidos los monárquicos españoles, porque el desahucio de los republicanos resultaba terminante.

Así pensaba en 1890 el que ya en 1854 puso su elocuencia maravillosa al servicio de la democracia, y nos enseñó á todos á ser republicanos.

La política de un hombre tan grande, se había empequeñecido: redújose á oponer al enérgico *sí* de Ruiz Zorrilla un *no* tan rotundo, tan expresivo y tan altisonante, que, á través del Océano, se oyera en América.

* * *

Ignoro el efecto que estos desahogos circunstanciales producirían entre nuestros hermanos de América, regidos por instituciones republicanas; pero lo que sí afirmo es que los portugueses correspondían á ellos, distinguiendo al Sr. Ruiz Zorrilla con muy señaladas pruebas de consideración.

Una de ellas fué invitarle á la reunión con que la colonia portuguesa se proponía adherirse á las manifestaciones hechas en la metrópoli para protestar contra la debilidad del Gobierno portugués ante las exigencias de los ingleses.

Ocupó la presidencia de aquella importante Asamblea el Sr. Alves da Veiga, quien á su calidad de exdiputado reunía la de ser jefe del partido republicano de Oporto, y fueron nombrados Secretarios los Sres. Xavier Carvalho y Pita.

Asistieron al acto, además de unos doscientos

portugueses, el célebre revolucionario italiano emigrado en París Amilcar Cipriani, el Doctor Cobos, notable médico y publicista americano, y el Sr. Ruiz Zorrilla, que ocupó la derecha de la presidencia.

La invitación se había hecho en los periódicos de París con el objeto antes indicado, y para demostrar agradecimiento á la prensa francesa por su actitud favorable á los intereses de Portugal; así es que concurrieron al acto monárquicos y republicanos.

Pero la elección del Sr. Alves da Veiga para presidirlo, demostró cuáles eran las tendencias políticas de la mayoría.

Empezó el Sr. Alves da Veiga dando cuenta del objeto de la reunión, y entró en materia calificando de acto de *piratería* el de Inglaterra, y haciendo responsable á la casa de Braganza de las humillaciones que sufría Portugal.

No necesitó más un devoto de la monarquía, para lanzar con toda la fuerza de sus pulmones el grito de ¡Viva la casa de Braganza!

Pero... ¡aquí fué Troya!

Alves da Veiga tuvo que suspender su discurso, porque las voces de ¡Viva Portugal! ¡Abajo los Braganzas! ¡Viva la República! atronaron la sala, hasta que la abandonó corrido y maltrecho aquel inoportuno protestante.

Restablecido el orden, pudo terminar su discurso el Sr. Alves, entre aplausos unánimes.

Ya no cabía duda. La colonia portuguesa éra republicana.

Habló después con gran elocuencia el joven Secretario Sr. Pita, y terminó proponiendo las con-

elusiones que del objeto de la convocatoria se deducían.

Aprobadas éstas, se dispuso el Sr. Alves á levantar la sesión; pero el público pidió con insistencia que hablara Ruiz Zorrilla.

Pocas veces he visto mayor entusiasmo que aquel con que fué aclamado, cuando al ponerse en pie, se destacó su noble figura en el fondo de la amplia sala de la *Asociación Republicana.*

Nunca se sigue con mayor interés el curso de la política nacional que cuando se vive forzosamente en el extranjero, y como aquellos portugueses conocían cuanto acabo de decir en líneas anteriores, batiendo palmas y gritando ¡viva Ruiz Zorrilla! querían demostrarle su adhesión personal y su conformidad con las ideas por él tantas veces sustentadas al ocuparse en la política hispano-portuguesa. Cuando cesaron los gritos de ¡Viva España! ¡Viva la República! ¡Viva Ruiz Zorrilla!, fué oída la voz del revolucionario con crecientes demostraciones de simpatía.

Empezó diciendo que no era necesario ser monárquico ni republicano; que bastaba ser hombre para ponerse al lado del pueblo portugués; que cuando los Gobiernos no son populares, tampoco pueden sentir como sienten los pueblos, y que la fuerza impera, representada por las bayonetas y los cañones de que disponen los reyes. El derecho está en las democracias; la fuerza está en las monarquías, y hay que arrancarles la fuerza para que el derecho impere.

Hablando de la unión de España y Portugal, dijo que había de hacerse cuando los portugueses quieran y como quieran.

Refiriéndose á eso que llaman neutralidad, manifestó que ni en las naciones ni en las personas le parecía bien la palabra *neutro*, porque ser neutro no es ser nada, ni en la naturaleza, ni en la política, y para que las situaciones sean siempre francas, los pueblos y los hombres han de ser viriles.

«Esta patriótica peroración—dijo al día siguiente el periódico *Le Matin*—fué acogida con una explosión de bravos. Todos los concurrentes se pusieron en pie, y las aclamaciones á Francia y á la República duraron mucho tiempo.»

***

Los actos á que acabo de referirme, y otros semejantes, eran para D. Manuel como los puntos de descanso que encuentra el viajero en un largo y áspero camino.

Separaban su atención de lo que era objeto de sus diarias preocupaciones, y dábanle fuerzas para seguir la marcha y *esperar andando*, según su propia frase, á los indecisos, á los calculadores que, á mayor ó menor distancia, no perdían de vista los movimientos de la Revolución.

Flujo y reflujo sin periodicidad marcada, pero que se advertía perfectamente desde París, y hasta podíamos anunciarlo los que estábamos en el secreto de las alteraciones prósperas ó adversas que habían de presentarse en el horizonte revolucionario.

Dicho está y sabido es que la tentativa infructuosa de 1886 fué la última revelación de nuestra actividad revolucionaria; pero esto no quería decir que el volcán estuviese apagado.

Tarea larga, y además indiscreta, sería la de referir los planes concebidos desde aquella fecha hasta que la mal llamada amnistía me abrió las puertas de España para correr en ella más furiosos temporales que en el período de emigración.

Aludiré solamente á uno de aquellos intentos, porque tuvo alguna transparencia, puesto que á punto estuvo de estallar, y porque demuestra cómo D. Manuel lo sacrificaba todo al éxito que perseguía, y cómo los hombres honrados llegaban á inspirarle confianza, sin pararse á examinar su filiación política.

Aquel movimiento debió estallar en la parte occidental de Andalucía, no diré en qué fecha. Los iniciados en él recordarán que Cuadra, ya muerto, fué su principal agente preparador y organizador.

Menudearon con tal motivo extensas cartas cifradas y telegramas convenidos entre París y Andalucía, hasta que por último llegó el momento en que aquel buen amigo anunció que todo estaba dispuesto, y que sólo esperaba la indicación de día y hora. Esto había de decidirse en París, porque aquel movimiento estaba combinado con otros más secundarios, á muy larga distancia del foco principal.

No era D. Manuel ni fácil de alucinar, ni siquiera impaciente. Al contrario, gustaba de compulsarlo todo y de caminar despacio.

Porque si bien es cierto que no depositaba á medias su confianza en los amigos, comprendía que con la mejor intención podían equivocarse y hasta exagerar, dominados por la misma pasión política y revolucionaria. Así, pues, en la ocasión á que voy refiriéndome, como en otras muchas, comisio-

nó á un amigo para que, poniéndose al habla con Cuadra, examinase *friamento* la situación de las cosas antes de lanzarse á una aventura temeraria.

Pero el amigo designado, aunque conocido en España como comerciante, podía infundir sospechas por haber permanecido largo tiempo en París al lado de D. Manuel, y se resolvió esta dificultad mediante una especie de *aleación* política que merece ser conocida.

Hay muchos carlistas, yo sé de algunos, que preferirían la República al régimen actual, y el comisionado por D. Manuel tenía un amigo íntimo, también residente en París, hombre honrado á carta cabal, navarro él, que desde luego se prestó á secundar fielmente los propósitos revolucionarios de D. Manuel en aquella ocasión.

Aceptó éste y partieron los dos amigos con instrucciones y poderes suficientes para desempeñar su comisión.

Uno y otro eran conocidos en España como hombres de negocios, y no era fácil sospechar que un republicano y un carlista estuvieran de acuerdo para hacer la revolución.

Asesorado D. Manuel por estos dos amigos, que se entendían telegráficamente con él; convencido de que había medios suficientes, señaló el momento.

Dificultades de última hora, tan frecuentes en tales casos y que no conviene sacar á luz, motivaron una orden de suspensión, que llegó á ser indefinida.

El carlista y el republicano regresaron sin novedad, y no tuvo motivo D. Manuel para arrepen-

tirse de la confianza que en uno y otro depositara.

*
* *

He dicho que las atenciones dispensadas á don Manuel en París servíanle como de descanso á sus fatigas, y ahora añadiré que también de lenitivo á sus grandes amarguras, tantas y tales, que únicamente los que estuvimos á su lado podemos apreciar su número y la intensidad espantosa de algunas.

Voy á demostrar que no exagero.

En aquella casa no había hora fija para recibir el correo, porque como la correspondencia de algún interés llegaba por diversos conductos, en cualquier momento podía esperarse una noticia buena ó mala. Y generalmente eran más las desagradables que las satisfactorias.

De regreso de la de D. Manuel llegué un día á mi casa, cuando al poco rato oí llamar á la puerta apresuradamente.

Era la buena Inés, que venía jadeante, desencajada, medio muerta. Apenas podía articular una palabra.

—¿Qué ocurre?—pregunté, obligándola á tomar asiento.

—Que vaya usted en seguida.

—¿Pero qué ha sucedido en tan poco tiempo?

—El señor—así llamaba siempre á D. Manuel—acaba de recibir una carta, y temo que le dé un ataque como el de hace pocos días.

Por entonces ya empezaban á ser frecuentes.

D. Manuel estaba solo. Doña María en España. Yo acababa de dejarle animado y contento.

Salí á escape, haciendo en el breve trayecto los más tristes augurios, y lo encontré paseándose en una habitación, lívido, en tal estado de abatimiento, que no parecía el mismo de quien acababa de separarme.

Al verme, sin pronunciar una palabra, me dió una carta. Se sentó en una butaca, hundió la cabeza entre las manos y ví preñados sus ojos de lágrimas. No es extraño.

Estaba, naturalmente, dotado D. Manuel de exquisita sensibilidad, y ésta llegó á adquirir extraordinarias proporciones cuando se inició, en mal hora, su padecimiento al corazón.

Leí la carta.

En ella estaban las pruebas agobiadoras, terminantes, de que uno de nuestros amigos de mayor confianza le traicionaba.

En efecto, se había vendido á uno de los hombres más funestos para la Patria y para la causa revolucionaria, al que con mayor ensañamiento persiguió y martirizó á D. Manuel Ruiz Zorrilla, olvidándose de que cuando con él era Ministro le debió su rehabilitación política al defenderle de terribles cargos en una sesión del Congreso de los Diputados: á D. Segismundo Moret.

No había excusa ni atenuación posibles.

La demostración era evidente, y la actitud de aquel desdichado era tanto más grave, considerándola en su aspecto político, cuanto que por aquellos días estaba en el secreto de negociaciones revolucionarias cuya revelación al Gobierno podía causar muchas víctimas.

La carta era muy extensa, y además venía adicionada con los comprobantes del aserto.

Cuando acabé de leerla, no encontré palabras que pudieran acomodarse á aquella situación, y mucho menos capaces de atenuar la pena de que D. Manuel estaba poseído.

Pero D. Manuel tenía una debilidad entre sus muchas energías.

No podía estar solo. Casi puede decirse que no sabía andar solo.

Necesitaba á su lado alguien á quien comunicar en el acto sus dudas, sus esperanzas, sus dolores, sus desengaños, todo. Si yo hubiera estado allí al llegar la carta, hubiera compartido conmigo la impresión desastrosa que le produjo. Y si no llego tan á tiempo, seguramente las consecuencias de aquella lectura hubieran sido peores.

Y no digo esto por ser yo quien soy, porque empiezo por no saberlo. Hubiera sucedido lo mismo con Ladevese, con Montero, con Muñoz, con Casero, con cualquier otro de los que frecuentábamos su casa y su trato.

Así fué, que al poco tiempo se repuso y se dirigió al despacho.

Yo le seguí maquinalmente.

Me dió una pluma, colocó delante de mí papel de cartas y dijo, sentándose enfrente de mí:

«Señor D...».

Y empecé á escribir.

Fué la primera y única vez que me dictó una carta.

Su gran espíritu había dominado la primera impresión y estaba tranquilo.

Al oir que me dictaba el nombre de la persona que le había causado tan hondo disgusto, no pude menos de pensar: ¿Qué irá á decirle? ¿Qué justas

recriminaciones va á inspirarle tamaña deslealtad? ¿Con qué epítetos calificará la conducta del amigo traidor?

Nada de eso.

Quisiera haberme quedado con copia de aquella notable misiva para trasladarla aquí.

Palpitaba en ella la nobleza de aquel gran corazón, la dignidad de aquella alma grande y generosa. Sólo á través de la sencilla elocuencia del escrito se advertía el dolor sin manifestarlo; saltaba la queja sin proferirla; brotaba la censura sin puntualizarla; se daba por perdida la amistad sin el menor denuesto.

¿Pues quién hablaba? se podrá objetar.

Hablaba el jefe de un partido, el revolucionario, el representante de una causa tan noble como desgraciada; el que tenía en su mano la suerte de muchos.

No hablaba en su propio nombre, sino en el de sus adeptos, de sus correligionarios, y en vez de condenar con frases duras la conducta del que fué su amigo, recordábale su antigua lealtad, sus pasados servicios á la causa republicana y los daños que con su inexplicable actitud podía causarla.

No se hizo esperar mucho tiempo la contestación.

En todos sus párrafos había palabras de arrepentimiento, sinceras protestas de lealtad que sometía á todo género de pruebas.

¿Explicación de su conducta? ¡La de siempre!

Necesidades, acaso vicios imposibles de satisfacer.

Y además... además el propósito torpe de ejer-

cer el espionaje en favor nuestro, á costa de su fingida y bien pagada adhesión al Gobierno.

¡Ciertamente tiene la política muy odiosos aspectos, y éste es uno de ellos!

Pero colocados en la realidad, no había duda.

Como amigo, podía prestar á la revolución buenos servicios; como enemigo, podía serla fatal.

Ejerció, pues, su nuevo ministerio; comunicó á París muchas é interesantes noticias; pero nunca volvió á confiarle D. Manuel, como lo había hecho antes, los intereses de la revolución.

Poco tiempo después dejó de existir.

***

Que algunos amigos íntimos, conspiradores con él, se cansaran de tan larga peregrinación y de la noche á la mañana aparecieran monárquicos fervientes, lo deploraba; pero, á decir verdad, no le producían tales mudanzas emoción profunda.

«Vea usted», solía decir, entregándome con la mayor indiferencia la carta de alguno que, después de mil rodeos y protestas de cariño y respeto, terminaba diciendo que no había republicanos ó que era imposible entenderse con ellos.

Y, en efecto, lo demostraba tomando la resolución salvadora y heróica de pasarse al enemigo.

El secreto de la evolución resultaba luego. Ya era un acta de diputado, un Gobierno de provincia, una Alcaldía de Real orden, y de ahí para abajo, según la calidad ó las pretensiones del desengañado.

Esos papeles iban al archivo provisional donde D. Manuel tenía la costumbre de guardar los poco

interesantes: á un gran bolsillo de su traje de casa, donde permanecían hasta que se llenaba. Llegado este momento, procedía á hacer un expurgo. Releía aquel montón de papelotes; rompía lo inútil; coleccionaba lo que podía servirle de *aide-memoire*, como dicen los franceses, y dejaba el bolsillo en disposición de llenarse otra vez.

Otros disgustos, los que ponían de manifiesto la ingratitud del corazón humano, eran los que llegaban al suyo, hiriéndolo de muerte.

Puede decirse que las dos emigraciones ocasionadas por los sucesos ya referidos fueron modelo de abnegación y de cordura. Prueba de ello es que jamás los Tribunales franceses tuvieron que entender ni en la más leve cuestión, dicho sea en honra de mis compañeros.

Sin embargo, no todos hicieron justicia á don Manuel, y, desgraciadamente, el más unido á mí, el infortunado Sanz, fué el iniciador de una campaña tan odiosa como injusta.

Aquel para quien yo había sido, más que amigo, hermano, llegó á cambiar por completo sus ideas y sus sentimientos desde que se vió emigrado.

Tuvo celos de mí. Según él, D. Manuel debía consultar con todos los emigrados sus proyectos revolucionarios.

Intenté demostrarle con buenas razones que eso no debía ser tratándose de cosas secretas, y que yo tenía cerca del jefe del partido la representación de los compañeros; pero todo fué inútil. Delante de unos amigos que acababan de llegar de España me dijo, en un momento de ofuscación ó de locura, que al pasar la frontera desaparecieron las categorías y que todos éramos iguales.

¡Pobre Sanz!

—Hemos concluído—le dije, y así fué.

Con este motivo dejó de visitar la casa de nuestro jefe, y se desató contra él en algunos periódicos de Madrid adversarios nuestros.

¡Cuántas amarguras devoró en silencio D. Manuel!

¡Qué desastroso efecto le produjeron los ataques inmerecidos de aquel emigrado!

Pasó tiempo.

Aquella triste campaña, como todas las cosas, tuvo su término, y después pretendió en vano reanudar sus amistosas relaciones conmigo.

Agravios inferidos en un momento de ofuscación deben olvidarse; pero no me sentía dispuesto á hacer lo mismo con aquella campaña tenaz, un día y otro sostenida para regocijo de nuestros adversarios y daño de la causa republicana.

Por último, viéndose enfermo, sin amparo y sin recursos, escribió á D. Manuel, y éste le recibió como siempre le había recibido: con cariño, borrando de la memoria lo pasado.

Desde aquella casa fué á una de Salud y en ella le sostuvo D. Manuel.

Allí le visitaron el doctor Betances y el doctor Esquerdo.

Allí fué D. Manuel y allí fuimos todos á prodigarle consuelos y á infundirle esperanzas.

Pero no había remedio para él, desgraciadamente.

El 27 de Diciembre de 1890, en una tarde de niebla y espantoso frío, D. Manuel presidió el duelo que acompañó al infortunado Sanz hasta el cementerio.

Ladevese, Sawa, Vinardell, Casero, Estartús, Lapuya, Bark y yo seguíamos á D. Manuel.

Sobre el féretro colocamos una corona, en cuyas cintas se leía:

«Los emigrados republicanos á su amigo Sanz.»

CAPITULO XX

La coalición de la prensa y el *Paradis Latin*.—El Marqués de Santa Marta en París.—Atenciones de que fué objeto.—En honor de los emigrados. —Banquete de despedida.—Un artículo de Blasco Ibáñez.—Nueva ruptura.

El contento que produjo en nosotros la noticia de haberse unido los republicanos por iniciativa de la prensa, subió de punto cuando supimos que el Marqués de Santa Marta, cuyo nombre prestigioso en la República había estimulado tan buenos propósitos, se disponía á visitar en París á Ruiz Zorrilla, como Presidente de la Junta de coalición.

Nuestro pecho... según la frase corriente, se abrió una vez más á la esperanza y con mayor motivo en aquellos momentos, porque nos encontrábamos en la estación propicia para todo género de expansiones y alegrías.

Habían concluído las negruras y las frialdades del invierno.

Respirábamos el aire tibio de la primavera, y no el viento helado de los inviernos de París, que parecen interminables.

Posábamos las plantas sobre la limpia arena de los paseos ya cubiertos de flores, y no sentíamos al pisar el áspero crugido de la nieve.

Los árboles ostentaban ramilletes de hojas y á través de los grupos infantiles que corrían, jugueteando en los parques, cruzaban las golondrinas con rápido vuelo y caprichosos giros.

Por fin... después de una noche muy oscura y muy larga, veíamos amanecer un día espléndido, lleno de luz bastante poderosa para sacudir nuestro sueño invernal é invitarnos á gozar de la vida.

No pudo haber llegado en mejor tiempo tan buena noticia.

Pero ¡ay! que siempre quedan en las almas enamoradas de las ideas ó de las cosas, resquemores que las torturan.

Por entonces, cuatro veces había yo visto cubrirse de hojas los mismos árboles, y cuatro veces había repetido: este año será el último. El que viene, habremos hecho la revolución, estará instaurada la República en España, y serán los árboles que arraigan en la tierra donde nací, los que veré cubrirse con las galas primaverales.

Y sin embargo..... Esto ocurría en 1890.

Por eso me preguntaba: ¿será esta nueva coalición como las otras? ¿Necesitaremos algún nuevo cambio de postura, ó será cierto que hemos entrado todos en razón y estamos dispuestos á prescindir de lo que nos aleja y á ir todos á una al mismo fin?

Estas ideas me inquietaban y entristecían. Eran como nube que empaña un cielo azul.

Por esta razón, cuando aquel mismo día leí en un periódico que, bajo la presidencia de Mme. Marie Huot, se reunía por la noche, en el *Paradis Latin*, la Sociedad *antiviviseccionista*, adversaria de todo género de *mutilaciones*, resolví asis-

tir á la sesión, suponiendo que sería bastante divertida para hacerme olvidar aquellos presentimientos.

D. Manuel estaba también preocupado con el nuevo giro que iban á tomar nuestros asuntos, y poco antes de empezar la sesión *antimutiladora*, me presenté en su casa.

Acababa de comer, y estaba, como de costumbre, jugando una partida de dominó con su esposa. De noche, muy rara vez salía de casa.

—D. Manuel—le dije,—tengo un coche á la puerta, y vengo á buscar á usted.

—¿Ocurre algo?—me preguntó.

—Sí, señor. Esta noche hay una sesión revolucionaria.

—¡Revolucionaria!

—Justamente: las señoras toman la iniciativa, y no me parece bien desairarlas.

—¿Alguna conferencia de Luisa Michel?

—No, señor. Se trata de Mme. Marie Huot.

—No la conozco.

—Ni yo tampoco.

Expliqué de lo que se trataba. D. Manuel se echó á reir, y no necesitó muchas instancias para decidirse á venir conmigo.

—Pues yo voy con ustedes—dijo doña María, muy resuelta.

—Nada más natural, tratándose de una Sociedad de señoras—contesté.

Montamos los tres en el carruaje, y dije al cochero:

—*Paradis Latin, rue du Cardinal Lemoine.*

—¿Nada menos?—dijo D. Manuel.

—Al otro lado del Sena. Supongo que con-

currirán muchos estudiantes y habrá emociones...

Cuando llegamos estaba el salón casi lleno. Nos acomodamos en unas sillas, y al poco rato empezó su discurso la presidenta de este modo:

«Señores y señoras: La Liga antiviviseccionista tiene una perfecta explicación, que no se ocultará á la inteligencia de mis oyentes.

Todos los animales son hermanos nuestros.»

El público empezó á sentirse molestado por la tos.

Habría en la sala más de cuatrocientos estudiantes decididos á echarlo todo á barato.

Calmadas las toses, continuó la oradora... recargando:

«Y porque son nuestros hermanos, les debemos ayuda y protección.

No podemos permitir que los Brown-Sequard (este señor era entonces catedrático de Patología experimental en la Facultad de Medicina de París) y sus secuaces hagan sufrir á los animales, en nombre de la ciencia, las torturas más horribles, más crueles que pueden concebirse.»

El público coreó esta parte del discurso con los gritos de ¡Viva Charcot! ¡Viva Pasteur! ¡Abajo los sentimentalistas!

Calmada esta tormenta, la emprendió Mme. Huot con las corridas de toros, diciendo:

«Por haber protestado contra ellas y contra los que toleran esa barbarie, he tenido que comparecer ante los Tribunales. Hay que distinguir entre Francia y España.»

—¿Pido la palabra? —dije por lo bajo á D. Manuel.

Pero no fué necesario. Como siguió declamando

en favor de los pobrecitos conejos de Indias, elegidos para terribles pruebas, empezó un verdadero tumulto que pudo dominar un estudiante, poniéndose sobre una silla y gritando con poderosa voz:

«Silencio, señores; voy á refutar las doctrinas de Mme. Huot.»

Y dijo:

«El doctor Magnan, nuestro ilustre maestro, ha demostrado que existen tres nuevas clases de locura:

1.ª La del Ejército de la Salud.

2.ª La locura política de los candidatos perpetuos á la diputación á Cortes.

3.ª La locura especial de los antiviviseccionistas.

Hablaré de esta última, que es la más grave...»

Pero no pudo.

Los estudiantes empezaron á gemir imitando ladridos de perros y maullidos de gatos, de tal modo, que daba lástima oirlos.

Mme. Huot procuraba dominar aquella casa de fieras, pero el tumulto no había llegado á su completo desarrollo. Lo obtuvo, cuando á un estudiante se le ocurrió echar al aire un conejo de Indias disecado.

El conejo, convertido en pelota, cruzaba sobre nuestras cabezas de un lado á otro, en medio de las risas consiguientes, y de una algazara más para vista que para descrita.

Por fortuna, como habíamos llegado de los últimos, estábamos cerca de la puerta, y pudimos abandonar la sala sin detrimento de nuestras personas.

Aquella sesión... tan movida, fué durante mucho tiempo objeto de nuestras conversaciones.

***

A las seis y media de la tarde del 24 de Abril de 1890, estábamos en la estación de Orleans esperando al Marqués de Santa Marta, Ladevese, Muñoz, Campillos, correligionario muy entusiasta, que reside hoy, como entonces, en Valencia; Nakens, alma de aquella coalición; Casero, Murviedro, un buen patriota, más conocido por su nombre, Juan, que por su apellido, y yo. Llegaron con el Marqués de Santa Marta, su secretario particular, Sr. Urrestarazu, y el director de *La República*, D. Enrique Vera.

D. Manuel á aquella hora estaba convidado á comer en casa del Consejero de Estado M. Herbette; pero á las diez visitó al marqués en el Hotel Terminus. Esta primera entrevista se prolongó hasta las doce de la noche, y en ella quedó convenido que el Marqués asistiría en la noche del 26 á una reunión de la Sociedad *Unión franco-italiana*, que debía presidir el diputado republicano Conde de Douville, quien á su vez había invitado al Sr. Ruiz Zorrilla.

Tenía por objeto aquella sesión honrar la memoria del famoso triunviro Aurelio Saffi, modesto hijo del pueblo, elevado por éste á la primera magistratura del Estado, cuando, después del asesinato del Ministro Rossi en 1848, abandonó Pío IX á Roma y se proclamó allí la República.

El local elegido para la reunión fué el mismo donde algunos años antes había dejado oir su voz aquel insigne patriota italiano.

He aquí cómo se constituyó la Mesa:

Presidía un individuo de la antigua nobleza francesa, republicano; tenía á su derecha otro republicano español, también de origen aristocrático, y á su izquierda á Ruiz Zorrilla, representante de la democracia y de la revolución. Al lado de éste se sentaba el joven diputado de Seine et Oisse, señor Hubbart, cuya presencia recordaba aquel tercer Estado que proclamó los derechos del hombre. A la derecha de Santa Marta, un hijo de Oriente, Abu-Nadar, como viva protesta de la oscuridad en que yacen los pueblos por donde brota la luz, y á la derecha del egipcio estaba la Prensa, dignamente representada por Enrique Vera, director de *La República.*

Hablaron en aquella sesión: el Conde de Douville, para ensalzar los hechos de Aurelio Saffi y presentar al Marqués de Santa Marta.

Hubbart, verdadero tribuno por su aspecto varonil y fogosa palabra, para decir que los pueblos no son responsables de las insensateces regias, traducidas con tanta frecuencia en intervenciones armadas.

Ruiz Zorrilla, refiriéndose al discurso del diputado Hubbart, dijo que los pueblos emancipados ó en vías de emancipación, no conservan rencor á Francia; antes bien, reconocen sus servicios á la causa de la libertad y de la civilización. Elogió cumplidamente al Marqués de Santa Marta é hizo votos por la unión de la raza latina.

El Marqués habló luego para ensalzar la República, y por último hicieron uso de la palabra Abu-Nadar y Enrique Vera.

Tal fué, rápidamente descrita, la primera reu-

nión pública á que asistió el Marqués de Santa Marta, después de su llegada á París.

*
* *

Las conferencias de los dos republicanos españoles tenían por objeto, como debe suponerse, activar por todos los medios posibles el advenimiento de la República, y claro es que en este punto hubo completa conformidad entre ambos personajes. Pero estaba escrito que tampoco aquella concentración de muy valiosas fuerzas republicanas, había de dar el resultado apetecido.

¿Por qué?

Procuraré explicarlo más adelante.

La presencia en París del señor Marqués de Santa Marta, demostró lo que sistemáticamente niegan hoy mismo al Sr. Ruiz Zorrilla, no ya los monárquicos, sino algunos republicanos: demostró cuán amplias y cuán importantes eran sus relaciones en la sociedad francesa.

El Dr. Betances obsequió con un espléndido banquete en el restaurant Riche al Marqués de Santa Marta y á las principales notabilidades médicas de París, como Fauvel, Labbé, médico que fué del gran Gambetta, y otros. En representación de las artes españolas asistió al banquete el pintor Domingo, y de la política americana el doctor Cobos, Altamirano, Cónsul general de Méjico, Santa Ana Mery, corresponsal del *Journal do Comercio*, de Río Janeiro, y Gutiérrez Coll, político americano y excelente poeta.

Era Altamirano de raza india, simpático, de no-

ble corazón, de gran inteligencia, de mucha cultura y de una elocuencia maravillosa.

Fué uno de los que iniciaron, con el invicto Juárez, la campaña contra Maximiliano, y contribuyó á la famosa toma de Querétaro, dirigiendo en persona el primer asalto.

Cuando en su discurso aludió al Marqués de Santa Marta, pronunció estas palrabras:

«Que yo, hombre de raza inferior, nacido de las entrañas del pueblo en las selvas americanas, sea demócrata y republicano, ¿á quién puede extrañarle? Lo meritorio y lo plausible está reservado para aquellos otros que, ocupando altas posiciones, debidas á su nacimiento y su fortuna, como el Marqués de Santa Marta, aquí presente, se ponen sin reserva de ningún género al lado de las causas populares.»

La estancia en París del ilustre viajero se prolongó más de lo que él había pensado, porque el Sr. Ruiz Zorrilla, con la sinceridad que le caracterizaba, dió al hecho de la coalición gran importancia entre los republicanos franceses, y muchos quisieron conocer y saludar al que había tenido la suerte de realizarla.

Y como, hay que decirlo, en aquella sociedad democrática se da un valor, que aquí nò reconocemos, á una cinta de color en el hojal ó á un título nobiliario, la presencia del Marqués republicano en París desarrolló cierta expectación entre los muchos amigos del Sr. Ruiz Zorrilla.

Este, como era natural, quiso presentarle en su casa á lo más selecto de la sociedad parisiense en el mundo de la política, de las artes y de las ciencias.

Para ello, el 4 de Mayo obsequió al Marqués y á sus amigos con un banquete.

Concurrieron á él M. René Goblet, diputado y expresidente del Consejo de Ministros; M. Millaud, exministro de Trabajos Públicos; M. Durier, decano del Colegio de Abogados y Subsecretario que había sido del Ministerio de Justicia; M. Mounet-Sully, el gran trágico del Teatro Francés; M. Wecquer, oculista de renombre universal; M. Bartholdi, escultor famoso, autor de la estatua colosal que representa *La libertad iluminando al mundo*, regalo de Francia á los Estados Unidos; M. Mariani, farmacéutico y autor de obras científicas muy notables; M. Lapeyre, ingeniero de caminos; M. Lefèvre, primer taquígrafo de la Cámara popular, y el médico y escritor americano Sr. Cobos. M. Eiffel, que también era de los invitados, no asistió por encontrarse ausente.

Después de la comida, recibieron los señores de Ruiz Zorrilla á muchos amigos, así franceses como españoles, y se prolongó la reunión hasta las altas horas de la noche.

El joven Viñes hizo alarde de sus prodigiosas facultades como pianista, y el célebre actor Mounet-Soully no pudo resistir á las instancias de algunas señoras francesas y españolas y recitó de un modo admirable algunas escenas de sus obras favoritas.

Tal era èl *aislamiento* en que vivía en París el Sr. Ruiz Zorrilla.

La Sociedad titulada *La Marmite*, que presidía entonces M. Eiffel, también obsequió al Marqués de Santa Marta, invitándole á que asistiera al banquete en que se reunen los socios mensualmente.

M. Eiffel tenia á su derecha al Marqués y á su izquierda al exministro M. Millaud. Ocupaba la otra cabecera M. Leon Bourgeois, Ministro entonces de Instrucción pública y Bellas Artes, entre M. Goblet y M. Herbette, quien tenía á su izquierda al Sr. Ruiz Zorrilla. Asistieron también, entre otros muchos que no recuerdo, Benjamín Constand, Fauvel, Claretie, Regnault, Girardin, Le Grain, David y Callot, todos muy conocidos en la política y en las letras.

Después de la comida, que se sirvió en uno de los lujosos salones del Hotel Continental, fuimos sorprendidos agradablemente los comensales con un concierto preparado por la Sociedad para que el Marqués de Santa Marta conociera á algunos notables actores y actrices de los teatros franceses.

***

El último día de Abril del ya citado año obsequió con un almuerzo á los militares emigrados el Marqués de Santa Marta, al que asistieron también los Sres. Ladevese, Nakens, Muñoz, Campillos, Vera, Urrestarazu y Estartús, éste emigrado.

Hubo en él verdaderas explosiones de entusiasmo.

El Marqués de Santa Marta dijo, dirigiéndose á nosotros, que se consideraba dichosísimo viendo á su lado á los que tan abnegadamente sufrían la emigración por haber intentado restaurar la República.

Ensalzó también á los correligionarios residentes en España, porque procuraban hacer más tole-

rables los rigores de la expatriación. Como Tesorero de la Junta Benéfica, abonando cuotas de diez céntimos en adelante, dijo que habían pasado por sus manos, hasta aquella fecha, más de 20.000 duros.

«En esta coalición — siguió diciendo — hemos contado con la adhesión y apoyo de D. Manuel Ruiz Zorrilla, y ha contribuído en primer término á que salgamos airosos en una empresa que parecía, no ya difícil, sino imposible, después de tantas y tan inútiles tentativas.»

Declaró que seguía siendo federal, pero que para él estaba ante todo el triunfo de la República, y que manteniendo íntegras sus ideas consideraría reprobable todo acto de fuerza contra la decisión del pueblo, una vez triunfante la República.

«La guerra civil entre nosotros—añadió—nos mataría y nos deshonraría.»

Concluyó diciendo: «Esperemos á aquellos que por causas que ahora no debo examinar, están hoy alejados de nosotros», y brindó por los emigrados, por Ruiz Zorrilla y por la República.

Todos los que asistimos al banquete, según el orden de colocación, dijimos algunas palabras, y por último habló el Sr. Ruiz Zorrilla.

Empezó relatando los servicios prestados por el Marqués de Santa Marta á la República, y declaró que la coalición estaba hecha y que á todo trance debía intentarse la Revolución. Hablando de los emigrados, dijo que los consideraba como Napoleón á su guardia, porque todos quieren ser los primeros en el puesto de peligro, hoy para sacar triunfante la República y mañana para sostenerla y consolidarla.

«Hay en Madrid—dijo—muchos que hablan de lucha legal, adicionada con acomodamientos, transacciones y tolerancias que no debo calificar. Desearía que por esos medios á los cuales nunca podré recurrir, porque no me gustan los caminos tortuosos, llegaran á resultados favorables, pero lo cierto es que después de quince años de benevolencias, apenas comprensibles, la situación de España empeora de momento en momento, y digan lo que quieran esos republicanos tolerantes, ya no hay para las clases honradas y productoras más horizonte que la República; ya el país que sufre y paga no puede depositar su confianza en otros elementos que no sean los revolucionarios, porque nosotros somos los únicos que nos sostenemos en actitud de enérgica protesta contra el constante estado de violación del derecho en que gime nuestra Patria.

Cierto es que por miedo á la Revolución hizo la monarquía algunas concesiones democráticas, como el sufragio universal, pero con el propósito de no aplicarlas lealmente.»

Recordó una á una todas las sublevaciones militares, ensalzó á los que en ellas tomaron parte y dedicó un sentido párrafo á los que dieron la vida por la causa de la República, con especialidad al heróico Mangado.

—«Sólo este recuerdo—dijo con gran entereza—hará imposible que yo transija con la monarquía. En obsequio de la causa común, dispuesto estoy á unirme con todos los republicanos, á hacer, aun con los que hoy más nos agravian, todo género de transacciones; pero, eso sí, á condición de que reconozcan y aplaudan los generosos sacrificios y la

noble conducta de los emigrados. Si me dijeran que el cabo que hoy está en el hospital, no había de merecer de los republicanos la consideración á que tiene legítimo derecho; desde el momento en que el último de los soldados que están en presidio no pudiera entrar en España con la frente alta; si yo supiera que habían de quedar en nuestra Patria bajo el sambenito del desdoro y en una situación humillante, no transigiría y moriríamos todos en la emigración.

Al contrario; hay que decirlo en voz muy alta y hay que reconocerlo sin reserva alguna. Sin ellos, nadie creería, ni en España ni en el extranjero, en el Poder, en la virtualidad de la República, ni mucho menos en que ésta pudiera restaurarse.»

Terminó brindando por la coalición y por el Marqués de Santa Marta. Este, levantándose de su asiento, tendió la mano al Sr. Ruiz Zorrilla, diciendo:

—Estamos conformes.

***

Como era natural, correspondió el Marqués á tantas atenciones, obsequiando con un banquete en el café Riche á las personas que á su vez le habían obsequiado. En total unas 30, cuyos nombres recuerdo en su mayor parte.

Los diputados Hubbard, Millaud, Clemenceau y Conde de Douville, el eminente médico M. Faubel, Eugenio Meyer, director de *La Lanterne*; Simón, de *L'Echo de Paris;* Saisy, de *Le Mot d'Ordre;* Meulemans, de la *Revue Diplomatique*, y Paré, también periodista y digno de mención es-

pecial, porque con cierto célebre artículo publicado en *La France*, estuvo á punto de provocar un conflicto internacional. En efecto; M. Paré fué el autor de *El rey hulano*, artículo que escribió cuando Alfonso XII estuvo en París, después de su visita al emperador de Alemania.

Además de las personas citadas concurrieron los Sres. Herbette, Lapeyre, Wecquer y de Bouteiller, concejal este último del Ayuntamiento de París, íntimo de Ruiz Zorrilla, y casado, por cierto, con una andaluza que dejaba bien puesto el pabellón de las damas españolas por su hermosura y distinción.

Los españoles que también fueron invitados por el Marqués no hay para qué citarlos, puesto que sus nombres figuran ya en reseñas anteriores.

El Marqués de Santa Marta inició los brindis con un buen discurso en idioma francés.

He aquí uno de sus párrafos:

«Si yo fuera partidario de la evolución, no estaría aquí; me separé de los antiguos republicanos, amigos míos, que la iniciaron con Castelar, hoy más afecto á la monarquía que á la República, y he venido porque deseo verla restablecida por el procedimiento proclamado en la Asamblea de Coalición».

M. Clemenceau, cuya elocuencia recuerda la de D. Estanislao Figueras, concluyó su discurso tendiendo la mano al Marqués de Santa Marta.

El Sr. Ruiz Zorrilla se defendió de los ataques que le dirigían algunos periódicos españoles cada vez que en Francia hablába en público, á pesar de los respetos que siempre habia guardado al Gobierno francés, y dijo:

«El único apoyo que aquí deseo, es el del partido republicano.

»Ahí está mi amigo M. Millaud, que siendo Ministro me ha dispensado el honor de visitar mi casa. El sabe que mientras ha ocupado las altas posiciones que debe á sus muchos merecimientos, jamás le he hablado de política.»

M. Millaud hizo signos afirmativos.

Habló de su intimidad con Clemenceau y aludió á M. Durier, su Abogado cuando el Gobierno de Mac-Mahon le llevó á la cárcel y le condujo á la frontera de Alemania, según ya he referido.

M. Durier declaró que siendo republicano consideraba como un timbre de gloria haber defendido la causa del Sr. Zorrilla contra un Gobierno autoritario, y por consecuencia dotado de la menor cantidad posible de republicanismo.

M. Millaud hizo justicia á la conducta digna y correcta observada siempre por el Sr. Ruiz Zorrilla, no obstante su difícil situación política.

Hablaron también en aquella ocasión los señores Herbette, Betances, Gutiérrez Coll, Douville, Cobos, Ladevese, Hubbart, Prida, Carrillo Navas, Vera y en nombre de la prensa parisiense republicana, M. Mayer.

El Sr. Ruiz Zorrilla, á ruego de muchos franceses que comprendían el español, tuvo que hablar de nuevo en nuestro idioma.

Puede decirse que la estancia del señor Marqués de Santa Marta en París produjo gran efecto entre los republicanos franceses, y parece deducirse de todo lo expuesto que no faltaban al Sr. Ruiz Zorrilla en Paris numerosas é importantes relaciones; que no permanecía *encastillado* en su casa

de la Avenida de la Grande-Armée, y que por consecuencia, todo París y Francia entera no ignoraba entonces que en España había republicanos.

Sin embargo...

*
* *

Sin embargo, cuando me ocupo en traer á la mente estos recuerdos, leo el siguiente párrafo en un artículo titulado «Política republicana», que lleva al pie la firma del Sr. Blasco Ibáñez:

«Ruiz Zorrilla fué en París un político castellano. Vivía en la Avenida de la Grande-Armée, como en la calle de Alcalá, rodeado de españoles, y aparte de Lockroy, no obtuvo la amistad (tal vez por no buscarla) de los políticos influyentes ni de un potentado opulento de los que se arriesgan en empresas internacionales.»

En efecto; M. Lockroy fué muy buen amigo de Ruiz Zorrilla. Acaso uno de los primeros con quienes contrajo íntimas relaciones políticas; pero, ¿será preciso refutar aquí, después de lo dicho, la afirmación escueta de que, aparte de M. Lockroy, no obtuvo la amistad de los políticos influyentes?

O el Sr. Blasco Ibáñez desconoce cuán estrechas fueron las relaciones políticas del gran Gambetta con Ruiz Zorrilla, ó considera como políticos de última fila á Naquet, Clemenceau, Millaud, Goblet, Rochefort y otros, cuyos nombres he repetido con éstos muchas veces.

Hasta el mismo Víctor Hugo distinguió á Ruiz Zorrilla con entrañable afecto por ser español, y además de español, republicano y revolucionario.

Potentados no se encuentran tan fácilmente.

Sin embargo, hubo, si no potentados, hombres

con caudal suficiente para contribuir á las empresas revolucionarias. Algunos viven hoy, y sería imprudente dar al público sus nombres. Entre los muertos citaré al Sr. Landaluce, cuyo desinterés excedió á toda ponderación.

Agrega á lo dicho el Sr. Blasco Ibáñez, que cuando él y otros distinguidos amigos suyos, que también lo son míos, estuvieron ha poco tiempo en París, se asombraban los políticos franceses y hasta los periodistas más revolucionarios, de que hubiera en España grandes fuerzas republicanas, sobre todo en Barcelona, Valencia y otras ciudades.

No lo dudo; pero reconozcamos que andan faltos de memoria, porque todos ellos debían recordar que no hace muchos años en París, Rennes, Burdeos, Montauban, Angulema, Cette y Marsella especialmente, había no pocos emigrados republicanos. Esto, prescindiendo de la significación política que siempre tuvo en París el castellano de la Avenida de la Grande-Armée debida, en no pequeña parte, según el Sr. Ruiz Zorrilla reconoció en uno de sus discursos ya citados, á los alzamientos militares también referidos y muy comentados por la prensa francesa.

Cierto, ciertísimo es que los franceses, por regla general, se ocupan muy poco de lo que ocurre más allá de sus fronteras.

Prueba de lo que acabo de decir es lo siguiente:

Recuerdo, como si fuera hoy, que en cierta ocasión me preguntó, no mi *femme de menage*, como allí dicen, sino un viajante de comercio, si el ejército español estaba dotado de cañones.

Otra vez se le ocurrió á persona de más viso, saber si en las calles de Madrid teníamos tranvías.

Podrá ser que los jóvenes de 1891 ignoren hoy que en España hay republicanos. Los que algunos años antes figuraban en política, como el Sr. Hubbart, gran amigo también de Ruiz Zorrilla, no ignoran que los hubo.

Después de todo, es natural que la nueva generación no lo sepa, porque los mismos monárquicos españoles preguntaban en 1898: ¿qué hacen, dónde están los republicanos? Y la respuesta hemos tardado en dársela cinco años nada menos.

***

Poco tardaron en confirmarse los tristes presentimientos á que hice referencia en la primera parte de este capítulo.

La coalición de la Prensa, no resolvió el problema revolucionario.

Y no lo resolvió, en mi concepto, por un motivo que está al alcance de cuantos quieran meditar un poco sobre el estado moral de nuestro desgraciado país en aquel período.

Ni el intento de la demostración admite esta verdad comprobada por la experiencia: Los Gobiernos hacen á los pueblos.

Y el nuestro, ya en el año de 1890, se encontraba en el estado de flaqueza y decaimiento que le permitió presenciar impasible, años más tarde, la serie de terribles desastres á que puso digno remate en 1898 el vergonzoso Tratado de París.

Si ya entonces la política restauradora, el diablo sepa de qué, había completado su odiosa labor, reducida en muy pocas palabras á desarrollar el egoísmo en todas las clases sociales; si para ello

corrompió á los hombres que á su vez podían corromper á las masas por estar más en contacto con ellas; si al fin consiguió desviar de su propio cauce muy sanas corrientes para convertirlas en mar de cieno; si á la transformación exigida por los tiempos en las ideas y en las costumbres, habíase opuesto ya un dique insuperable amasado con la ignorancia, el fanatismo, la incultura, la indolencia y la rutina; si con todo esto la abnegación, la fe, el patriotismo, el entusiasmo y el desinterés eran palabras vanas, si no ridículas, ¿cómo pretender que por la voluntad de unos cuantos recobrara el país la virilidad arrebatada expresamente, para que en ningún caso, ni con ningún motivo pudiera revolverse contra sus malos gobernantes, aunque viera con toda claridad sus menguadas tendencias políticas?

Reducíanse á términos bien concretos: á salvar á toda costa las conveniencias y los intereses dinásticos, anteponiéndolos á los intereses y conveniencias nacionales, como si los pueblos no tuvieran otros horizontes para desenvolverse.

Aquella ingenua frase de nuestros antepasados: «sálvense los principios, aunque perezcan las colonias», ahora, con desfachatez escandalosa y á sabiendas de que se dirigía á un pueblo enervado, se ha convertido en esta otra: «perezca todo, hasta el honor nacional, con tal de que el Trono permanezca en pie sobre las ruinas de la Patria».

Por esto se fueron debilitando cada vez más las energías revolucionarias, y así como Ruiz Zorrilla en los primeros tiempos de su emigración, cuando el pueblo aún conservaba el recuerdo de la revolución del 68, reunió fuerzas y más de una vez con-

movió con ellas los cimientos de la monarquía, así después era punto menos que imposible contar con un pueblo á quien se había hecho creer que su bienestar no dependía de la forma de Gobierno, ni con un Ejército, falto de caudillos capaces de pensar en los males de la Patria, como cuando no eran tantos ni tan hondos, pensaron, aunque desde diversos puntos de vista los Narváez, Espartero, O'Donnell, Dulce, Topete, Serrano y Prim.

En aquellos momentos, además, ¿para qué no decirlo? el papel revolucionario estaba en baja. D. Manuel, no contaba ya con ninguna persona de elevada jerarquía que pudiera servir de intermediario entre los elementos cuyo concurso necesitaba en primer término.

Y esto era independiente del efecto producido por las tentativas infructuosas ó por los escarmientos duros. Ocurría, porque aquella situación la explotaban hábilmente los gobiernos para restarle fuerzas y desacreditarle.

Y si hoy se ha llegado á constituir un gran partido republicano, atribuyámoslo, más que á nuestra propia virtud, á la interminable serie de torpezas con que los gobiernos de la monarquía provocean al país, siendo una de las más graves é inconcebibles la de no haber rectificado sus procedimientos, después de habérseles tolerado pacientemente el usufructo del Poder á raíz de los tremendos desastres á que con aquellas mismas torpezas nos condujeron.

Reconozcámoslo así, porque al reconocerlo afirmaremos nuestra fe en la República y en la Revolución que ha de implantarla, no solamente porque

somos republicanos, sino porque hemos atraído una gran masa de opinión que antes nos era hostil, ó por lo menos indiferente.

Volviendo al asunto en que me ocupaba, diré que la coalición de la Prensa hubiera llegado al fin nobilísimo que se proponía, si á ella se hubiesen sumado otros elementos republicanos, cuya hostilidad se dejó ver muy pronto.

Resultó, pues, que á los elementos naturales y propios de D. Manuel Ruiz Zorrilla, sólo se agregó la personalidad ilustre y respetable del señor Marqués de Santa Marta. Y siendo mucho por la valía de la persona, era poco, como elemento de fuerza positiva, para colocar en el nivel perdido el empeño revolucionario.

Así es que pasó un año en la inacción. Y aunque el Marqués de Santa Marta facilitó—esto se hizo público—algunos recursos pecuniarios, no sé si desconfiado ó impaciente hubo de reclamarlos á los pocos meses, y le fueron devueltos.

Con esto se estableció una tirantez en las relaciones políticas de ambos personajes que llegó á ruptura cuando el Marqués de Santa Marta se creyó en el caso, allá por Agosto del 91, de publicar un Manifiesto recogiendo la bandera revolucionaria y haciendo en él cargos, no muy oportunos, á los emigrados que habíamos aceptado la llamada amnistía.

Así concluyó, desgraciadamente, la coalición de la Prensa.

CAPITULO XXI

Elecciones de diputados.—Carta de Ruiz Zorrilla sobre la Unión republicana.—Conferencias de Biarritz.—«La Atalaya».—En vísperas de marcha.—A París.—Una cita en Burdeos.

Una de las mayores satisfacciones que sus correligionarios podían proporcionar al Sr. Ruiz Zorrilla era cualquier demostración de afecto que dedicaran á los emigrados militares.

Así, pues, cuando supo que mi querido compañero de emigración y amigo de siempre Asensio Vega y yo, habíamos sido proclamados candidatos para la diputación á Cortes en las elecciones de 1891, por Málaga y Madrid respectivamente, se apresuró á manifestar su agradecimiento en muy expresivos términos á los republicanos de ambas poblaciones; y como dijeran los periódicos monárquicos que veía con disgusto las elecciones, dirigió al Sr. Llano y Persi, con fecha 27 de Enero de 1891, el siguiente telegrama, ratificando aquellas primeras demostraciones de agrado:

«Considero una infamia el afirmar que no deseo ardientemente el triunfo de los candidatos.

»Felicite usted á los que se han acordado de los nombres de dignos compañeros míos de proscripción.»

Y cito esto como nueva demostración de que

nunca se opuso á las luchas electorales y para que se ponga de relieve una vez más su tacto político.

Necesitaba contar con el Ejército, y no quería que apareciesen postergados por sus propios amigos los que, con mala fortuna, pero con gran abnegación, lo habían sacrificado todo por la causa republicana.

Aquello de que los últimos serán los primeros, era para él apotegma mandado recoger.

Claro es que entonces fué derrotado el partido republicano en toda la línea.

Se presentaron en Madrid seis candidaturas cerradas, nada menos. Tres monárquicas, dos republicanas y una socialista, para que hubiese donde elegir.

Las primeras eran: la conservadora, cuyo partido estaba en el poder; la fusionista, cuyo mayor número de votos fué 16.798, y la llamada reformista, con el Sr. Romero Robledo á la cabeza, obteniendo éste 6.639.

Las dos republicanas se titulaban: la una de coalición nacional republicana, que era la iniciada por Santa Marta y secundada por Ruiz Zorrilla, y de coalición republicana federal, centralista-posibilista, la otra.

En la primera figuraban: Esquerdo, que obtuvo 11.298 votos; Llano y Persi, 10.008; Chies, 9.340; Zuazo, 8.178; Nebreda, 7.449; Prieto, 7.296.

En la segunda: Salmerón, 10.775 votos; Pi y Margall, 9.932; Pulido, 8.751; Estévanez, 6.471; Palanca, 6.448; Ortiz y López, 6.373.

Hubo, además, otras dos candidaturas.

Una con cuatro independientes, siendo el primero de ellos Felipe Ducazcal, que obtuvo 7.099

votos, y otra de unión obrera, en que figuraban tres compañeros, de los cuales el que más consiguió 348.

Iglesias, que figuraba en la candidatura completa de los socialistas, mereció 1.398 sufragios.

En total: para ocho puestos cuarenta y tres aspirantes.

La candidatura de coalición nacional republicana se formó en un principio con los cinco primeros nombres y el del Marqués de Santa Marta; pero habiéndose retirado éste pocos días antes de la elección, me eligieron para sustituirle por iniciativa del distrito del Hospital, cuya voz llevó en aquel conflicto electoral D. Emilio Muñoz, distinguido arquitecto y gran patriota, que ya no existe desgraciadamente.

Las ideas liberales y progresivas de D. Manuel Ruiz *Zorrilla*, resultarán con la mayor evidencia leyendo los siguientes párrafos de una especie de carta-manifiesto que publiqué en *El País* del 29 de Enero de aquel año, claro es que con la completa conformidad del Jefe del partido.

Después de indicar cuáles eran mis puntos de vista en las cuestiones militares, tan embrolladas entonces como ahora, decía textualmente:

«He aquí, volviendo al punto de que me separé hace un momento, lo que yo reclamaría para las clases trabajadoras:

1.° El establecimiento de Sindicatos al amparo de una ley que permitiese la libre manifestación de las aspiraciones ó tendencias que hoy constituyen la lucha entre el capital y el trabajo.

2.° La obligación que podría exigirse á los Municipios libres, de llevar el alta y baja de las

clases obreras de ellos dependientes, con expresión de los que tuvieran trabajo y de los que careciesen de él, para que estos últimos pudieran ser trasladados en buenas condiciones donde el Estado ó los particulares necesitaran sus servicios.

3.° Solicitar, en la forma debida, de las Empresas de ferrocarriles una rebaja razonable en el transporte de las primeras materias, para hacer más fácil la creación de pequeñas industrias.

4.° Participación prudente en los beneficios, tal y como está establecida en muchas industrias extranjeras, como, por ejemplo, la de electricidad de Edisson.

5.° Aumento del salario de las mujeres y prohibición para ellas del trabajo de noche.

6.° Remuneración en todos los casos de inutilidad por causa del trabajo, cuando esta causa dependa de imprevisión ú otra falta del que mande trabajar; principio admitido hoy en la autocrática Rusia.

7.° Asilos para la vejez.

8.° Limitación de las horas de trabajo.»

No dejó de llamar la atención de las clases interesadas lo que acabo de copiar, puesto que *El Obrero*, periódico de Barcelona, en su número del día 6 de Febrero, dijo lo siguiente:

«En estos ocho párrafos está condensado en principio todo el programa socialista, y el célebre Carlos Marx, fundador del socialismo científico moderno, estaría satisfecho de ver que su doctrina haya encontrado un prosélito tan importante en España.

El santo *derecho al trabajo*, la base de nuestras

reivindicaciones, está implícita y prácticamente reconocido en el párrafo segundo y el cuarto, afirma el gran principio de la *participación en los beneficios*, única solución seria del conflicto entre el capital y el trabajo, recomendada por el socialismo científico.

Felicitamos al Sr. Prieto por este trascendental acto de valor cívico, que á la vez demuestra sus relevantes dotes de hombre político, el primero entre todos los prohombres republicanos de hoy, que ha sabido prescindir de las frases generales y vagas, y, por tanto, huecas en favor de las clases trabajadoras, aceptando con sincera franqueza las bases del socialismo.»

* * *

Después del fracaso de la coalición de la Prensa, volvieron los republicanos á pensar en nuevas fórmulas de unión, y me parece oportuno reproducir los párrafos de la contestación de D. Manuel á uno de sus amigos que sobre tal asunto le consultaba.

Cuanto yo diga por mi propia cuenta respecto á las condiciones que como hombre político adornaban á Ruiz Zorrilla, sería poco para destruir las opiniones contrarias de los que le declararon guerra sin cuartel; pero trasladando aquí sus propias ideas, nadie creerá inspiradas por el afecto que le tuve las cualidades que le atribuyo.

La carta á que aludo pone de relieve su previsión política.

Está escrita en París el 16 de Febrero de 1892, y en ella proponía lo que acaba de hacerse.

He aquí los párrafos de referencia:

«Yo creo que siendo como es la política republicana una política de sufragio universal, debe apelarse á éste en la ocasión presente, tratándose, como se trata, de un asunto de tanta trascendencia. En mi opinión, lo más acertado sería que los republicanos de todas las poblaciones de España, unidos, sin distinción de partidos ni de matices, decidieran en grandes reuniones públicas quién ó quiénes merecían su confianza para dirigir la acción común, y que á esta dirección, así por todos elegida, se le dieran en esas mismas reuniones públicas, no sólo las facultades necesarias para procurar el triunfo de nuestro ideal, sino además el mandato que tuviese que cumplir, formulado en términos claros y concisos.

Inútil es decir á usted que yo acepto de antemano lo que el sufragio de los republicanos españoles unidos decida, cualesquiera que sean sus acuerdos, y que á ellos debe someterse todo el que sinceramente aspire á realizar la unión y á que ésta sea verdadera y fecunda.

Ahora, una vez expuesto mi pensamiento, debo añadir que si se encontrara mejor fórmula para establecer la unión apetecida, por mi parte no habría obstáculos para que se llevase á la práctica. Podré estar equivocado, y yo no he hecho con el error pacto alguno. Pero no he de ocultarle que si la unión para la acción común que ahí pueda concertarse no fuese completa y no respondiera, por lo tanto, á la aspiración general de los republicanos, convencidos de que sólo por la revolución puede llegarse á la victoria; si de nuevo se tratara de una de esas fórmulas que sólo por prestarse á

diversas y contradictorias interpretaciones producen la ilusión de una inteligencia, en el fondo vana y ficticia, yo me reservaría mi libertad de acción, pues considero que una unión estéril y engañosa sería funesta después de las repetidas decepciones que en materia de unión vamos sufriendo.»

Después de conocidos los precedentes párrafos, paréceme que cae por tierra el dictado de intransigente que, atribuido á D. Manuel Ruiz Zorrilla, figura en la falsa leyenda que han inventado contra él sus poco piadosos detractores.

Ahora séame permitido decir:

¡Cuál otra hubiera sido la influencia del partido republicano en los destinos de la Patria si en 1892 se hubiese resuelto el problema de la unión, aplicando la única fórmula posible entonces, como lo ha sido ahora!

¡¡Once años después!!

*
* *

Pero no había medio.

El Sr. Pi y Margall sostenía en aquella época la integridad de su programa federal, y sólo aceptaba la unión para hechos concretos y en momentos dados.

El Sr. Castelar opinaba, como dejo dicho, que cuando un pueblo ha conseguido el sufragio universal, no tiene que pedir nada más... á los cielos, como no sea tocarlos con las manos, cuando el tal sufragio se practica con la sinceridad al uso. Y por eso, porque ya no había más que pedir, decretó la disolución del partido posibilista, que contaba con hombres de probado republicanismo.

No todos, porque algunos, después de licenciada la hueste, sentaron plaza de monárquicos en el partido liberal y hasta en el conservador.

El Sr. Salmerón era partidario de la unión permanente, pero conservando los partidos sus jefes, sus programas y su peculiar organización.

Debían, pues, existir las consabidas diferenciaciones.

Ruiz Zorrilla era el único que decía: reúnanse los republicanos todos, elijan jefe ó jefes, den instrucciones concretas al elegido ó elegidos por sufragio universal, sometámonos los demás sin reservas á lo que acuerde la mayoría de los correligionarios, y manos á la obra.

Reconozcamos, por ser de justicia y porque en ello no hay ofensa para nadie, que D. Manuel Ruiz Zorrilla, en eso de la unión, veía más claro que todos los demás, puesto que su opinión, claramente expuesta en 1892, ha prevalecido en 1903.

Estos continuados vaivenes de la política republicana, ocasionados por la incertidumbre de sus resoluciones, por lo inseguro de sus alianzas, por la notoriedad de sus fracasos en el terreno llamado legal y en el revolucionario, y por sus frecuentes rupturas más ó menos ruidosas, podían influir en los partidos mismos y romper la cohesión que necesitaban para llenar sus fines.

A todo esto podía D. Manuel agregar otra consideración importante. Llevaba largos años ausente de España, y muchos correligionarios suyos no le conocían personalmente. Puede decirse que en este caso se encontraba la generación que en 1875 entró en la política.

¡Son muchos años diez y seis en la vida de un

partido y más en la de un hombre, y diez y seis años llevaba D. Manuel Ruiz Zorrilla expatriado, cuando en 1891 resolvió pasar unos días en la frontera para ponerse en contacto con sus viejos y nuevos amigos!

***

El punto elegido fué Biarritz, y á Biarritz se trasladó en los últimos días del mes de Febrero del año que acabo de citar.

Yo, cuando fuí á despedirle, sentí deseos de ir con él, no sólo por el placer de acompañarle y el consiguiente de saludar á los correligionarios, sino porque el punto elegido estaba en la frontera, á la vista de España.

Se lo dije, y en el acto, en la misma estación, escribió cuatro letras en una tarjeta que me entregó.

Era para su buen amigo Clemenceau, director entonces del periódico *La Justice*.

Al día siguiente, por la mañana, se la entregué. Aquella misma tarde estaba servido, y el 1.º de Marzo viajaba hacia Biarritz, con billete gratis de ida y vuelta, un redactor de *La Justice*. Era yo.

Y cumplí como tal para satisfacción de mi conciencia, porque al mismo tiempo que á *El País*, de cuyo diario era efectivo corresponsal, comuniqué noticias telegráficas á aquel periódico parisiense.

Los primeros amigos que encontré en Biarritz fueron Campillo, Dualde y Ginard de la Rosa, y los cuatro nos dirigimos al hotel de Europa, donde estaba D. Manuel en aquellos momentos.

Eran las nueve de la noche. Acababa de comer en compañía de algunos correligionarios, y des-

pués de haber apurado algunas copas de champagne, disponíanse á tomar el café departiendo amistosamente sobre las cosas de España, cuando nos presentamos en la sala.

Lo recuerdo bien.

D. Manuel ocupaba el fondo de ella, y frente á él estaba la puerta por donde entramos.

Al verme, como si nos reuniéramos después de una larga ausencia, se puso en pie, y verdaderamente conmovido, se dirigió á mí con los brazos abiertos.

Era yo para él en aquellos momentos, porque no había otro, la representación de los emigrados á quienes consideraba tanto; estaba á la vista de España, rodeado de los buenos amigos que acudieron á su llamamiento, para reiterar su adhesión á la causa que le tenía alejado de la Patria, y habían transcurrido diez y seis años desde que le obligaron á abandonarla.

¡No es extraño que se sintiera conmovido!

Por Biarritz pasaron en aquellos días Zuazo, Hidalgo Saavedra, Gilsanz, Chies, La Hoz, Ternero, Vela, Fernández Carvajal, Oria, ya muertos, y otros muchos que afortunadamente viven, como Muro, Menéndez, Dualde, Nebreda, Esquerdo, Baselga, Perotes, Campillos, Zapatero, Llano y Persi, Corona, Murviedro, Arroyo, Sol y Ortega, Ullana, Catena, Marenco, Sánchez, Madariaga, González Amigo, Ginard de la Rosa, Gallegos, Revuelta, Romero, Blases, Peña, Pardo, Biardeau, hermano político del valeroso Mangado, y muchos más, cuyos nombres no acuden á mi memoria, muy á pesar mío.

Allí estaban, como corresponsales de periódicos,

el inolvidable Vargas, por *El Liberal;* Peris Mencheta y otro compañero de *El Imparcial*, cuyo nombre no recuerdo. Además, algunos de los antes citados, tenían la representación de otros diarios de Madrid y de provincias. Varios periódicos parisienses, también tenían allí sus corresponsales.

***

Tan pronto como la señora de Buschental supo que D. Manuel pensaba ir á Biarritz, puso á su disposición el precioso hotel que poseía en aquella ciudad, propiamente llamado «La Atalaya», porque, frente á frente del faro, alzábase sobre una altura cuya base de rocas se hundía en el mar.

Ocupaba D. Manuel el priso primero y el segundo.

Componíase aquél de un espacioso salón con las paredes revestidas de cretona, en cuyo fondo claro resaltaban simbólicos ramos de flores amarillas y rojas.

De la misma tela estaban cubiertas las butacas y los divanes.

Dos grandes veladores, con periódicos españoles y franceses, y varias sillas y mecedoras de rejilla, completaban el mobiliario de aquella sala, destinada por D. Manuel para recibir á sus amigos.

Un bonito despacho y un comedor tapizado de rojo, completaban el primer piso.

Debajo de él estaban las cocinas. En el segundo, las habitaciones de dormir, y más arriba las de la servidumbre.

La ilustre dueña de la casa, con la esplendidez

que era en ella habitual, había hecho preparar todo el servicio del hotel, como en las temporadas de verano; pero D. Manuel sólo aceptó las habitaciones, y comía en las fondas de la población con sus amigos.

¡Inolvidables días para él, y para mí también, fueron aquéllos!

Para D. Manuel, porque aquel continuo pasar y repasar la frontera sin más objeto que visitarle, era una demostración evidente del entusiasmo y de la fortaleza del partido republicano progresista.

Para mí, porque unido á él estrechamente, érame grato cuanto servía de alivio y descanso á su espíritu, mortificado y fatigado por la incesante lucha que venía sosteniendo, y porque me encontraba á la vista de España.

Para saber cuánto atraen los horizontes de la Patria, es necesario haber vivido forzosamente lejos de ella y sentir en el alma la duda de cómo y cuándo será posible recobrarla.

No había vuelto á encontrarme tan cerca de la frontera desde que la crucé en Septiembre de 1886.

Por eso acepté la invitación que un joven y simpático pintor francés, M. Paul, hizo á varios amigos y á mí para que visitáramos su estudio en el inmediato y pintoresco pueblo llamado Guetarie, desde el cual se divisan las costas de España.

En efecto, mirando al Sur, vi á poca distancia las cumbres de los montes que fijan los límites entre Francia y España, y dirigiendo la mirada más á la derecha, descubrí los pedazos de tierra española que forman los puertos de Pasages y San Sebastián.

Siguiendo, no ya con la vista, sino con el pensamiento, la extensa costa cantábrica, desvanecida por las brumas del mar, me pareció ver á Bilbao, la invicta y la industriosa, cuyos laboriosos hijos han realizado el portento de poner á flote sobre las olas verdaderas montañas de hierro; más allá, Santander, donde afluye el comercio que nuestras Castillas, especialmente, sostienen con América, y mucho más lejos, los pintorescos puertos asturianos y las hermosas rías gallegas, acaso más codiciadas por los extraños, que conocidas de los españoles.

Comparé entonces las pesadas nieblas del Sena con aquel cielo lleno de luz, y sentí renacer en mi alma el deseo de vivir en la Patria.

D. Manuel no salió de Biarritz ni un sólo día.

Le faltaba tiempo para recibir á los correligionarios que llegaban, no ya de las provincias limítrofes, sino de las más distantes.

Allí estaban, como he dicho, mi excelente amigo Sr. Gallegos, andaluz á pesar de su apellido, quien por cierto me envió á París una caja de botellas de Manzanilla del propio Sanlúcar, donde tenía y tiene sus acreditadas bodegas.

Corona, que llegó de Sevilla con un arsenal de cuentos más copioso que el de su jefe político don Manuel, y que refería con muchísima gracia.

Aunque su apellido era el nombre de uno de los *chirimbolos*, según el insigne autor de *Pepita Jiménez*, era entonces un buen republicano. Luego se retiró de la política.

Nestor Pardo, que venía de Vigo; Campillos, Dualdé y Murviedro, de Valencia; Sol y Ortega, de Cataluña, y así tuvieron representación en Biarritz

hasta las más apartadas regiones de la Península.

El objeto de aquellas conferencias no hay para qué decirlo, habiéndolas iniciado D. Manuel.

*
* *

Señaló D. Manuel el 7 de Mayo para regresar á París, y la víspera nos reunimos todos los que aún permanecíamos en Biarritz, para comer juntos por última vez.

En aquel acto, verdaderamente familiar, fué cuando D. Isidoro Ternero, que simpatizó mucho conmigo, hizo declaraciones republicanas.

Había llegado á Biarritz aquel mismo día, sin más propósito que dar un abrazo á D. Manuel, de quien era íntimo amigo. Juntos habían estudiado la segunda enseñanza en el colegio de Carabanchel, y juntos vivieron en Valladolid cuando D. Manuel cursó los primeros años de la carrera de Derecho.

Pero á pesar de esta intimidad estudiantil, siguieron en política distintos derroteros, porque D. Isidoro fué carlista tan furibundo y activo, que consumió su patrimonio para ayudar á la causa y llegó á ser intendente de D. Carlos en la última guerra.

Esta diferencia de opiniones no alteró nunca su entrañable amistad, pero fué origen de episodios muy singulares.

Referiré dos.

Siendo D. Manuel Ministro de la Gobernación, tuvo noticia de que su amigo D. Isidoro había convertido en depósito de armas para los carlistas

nada menos que el altar mayor de una iglesia de Sigüenza, y conociendo el carácter de D. Manuel, no hay para qué decir cómo recibiría aquella confidencia.

En el acto telegrafió al gobernador civil de Guadalajara para que una pareja de la Guardia civil condujese al ministerio de la Gobernación á don Isidoro Ternero.

Así fué.

No estaba el Ministro en su departamento cuando llegó el preso; pero había ordenado D. Manuel que lo condujeran á su casa con las mismas formalidades y precauciones.

Fácil es de suponer la indignación del uno y del otro cuando se vieron frente á frente.

D. Manuel acusaba á D. Isidoro de mal amigo porque conspiraba contra él y los suyos, y D. Isidoro increpaba á D. Manuel por haberle hecho conducir á su presencia como si fuera un bandido.

Ocurrió esta escena, que tenía tanto de cómica como de trágica, delante de la señora de D. Manuel, y es seguro que sin su prudente intervención, hubieran venido á las manos los antiguos condiscípulos.

Por último, aquéllo terminó como algunos desafíos.

Estaba la mesa puesta, y doña María les hizo sentarse juntos á comer. Pero no sin que dijera el liberal al carlista:

—Como te coja en otra, te fusilo.

—Y lo hubiera hecho—me decía el buen D. Isidoro en Biarritz cuando me refirió esta aventura.

—Para que sepa usted—me dijo también—la debilidad que siento por ese hombre y el cariño que

le tengo, voy á contar á usted lo que ocurrió en otra ocasión.

Y me dijo lo siguiente:

Era época de elecciones; D. Manuel, Ministro; D. Isidoro, candidato carlista, creo que por Bilbao ó Santander, y ocurrió un conflicto en el Ministerio.

Contra D. Cristino Martos se había presentado en su distrito un candidato de oposición, con tal fuerza y arraigo, que la derrota del ministerial era segura.

Hoy no hubiera sido ese obstáculo insuperable. Entonces sí lo era.

Resultaría, pues, sin asiento en el Congreso una persona de tanta significación política como don Cristino, y en este trance, aquí de D. Isidoro, dijo D. Manuel, y por telégrafo le llamó á Madrid, porque estaba en el distrito predicando la buena doctrina.

Creyendo que se trataba de alguna conspiración carlista descubierta, acudió todo medroso al llamamiento de su amigo, porque no había echado en saco roto lo de «si te cojo en otra, te fusilo».

Pero no fué así.

—Te llamo – le dijo D Manuel sin más rodeos— para que retires tu candidatura.

Tan inesperada pretensión causó á D. Isidoro más desastroso efecto que si le hubiera mandado poner en capilla, porque al fin y al cabo estaba siempre dispuesto para morir como buen cristiano. Si no se confesaba todos los días, poco menos.

—Pídeme lo que quieras, eso no puede ser; vengo del distrito, tengo segura la elección, he hecho los gastos consiguientes...

—No hables más—le dijo D. Manuel;—tengo necesidad de tu distrito, y por algo somos amigos.

—Tan amigos como quieras, pero también con otros que lo son, tengo contraídos compromisos...

—Tú no tienes compromisos más que conmigo.

—¿Y para quién quieres el distrito?—preguntó D. Isidoro, batiéndose en retirada.

—Para Martos.

—¡Imposible!—replicó D. Isidoro.

D. Cristino Martos era para él entonces una especie de hereje.

—Y quiero más—insistió D. Manuel;—quiero que le apoyes.

D. Isidoro creyó volverse loco, ante la implacable insistencia de su amigo; pero concluyó accediendo á todo lo que le pedía, y D. Cristino Martos resultó Diputado á Cortes por el distrito que tenía bien trabajado D. Isidoro Ternero.

Conocidos estos antecedentes, ya se explica que D. Isidoro, reñido entonces con D. Carlos, se hiciese republicano, y casi estoy por decir, tal cariño profesaba á D. Manuel, que se hubiera hecho moro... zorrillista, si los moros hubiesen podido ser compatibles con la Iglesia Católica, Apostólica Romana.

Algo contribuí á este brusco cambio político de D. Isidoro Ternero.

Como llegó á Biarritz la víspera de la partida de D. Manuel, y éste aprovechaba el tiempo en sus conferencias, apenas pudo hablar con él. Usando un dicho vulgar, se encontraba allí D. Isidoro *como gallina en corral ajeno*, y me encargó D. Manuel que le acompañara durante su permanencia en Biarritz.

Hícelo así, y entonces nació nuestra amistad, sólo interrumpida por la muerte.

Tenía D. Isidoro de la República, y sobre todo de los republicanos revolucionarios, ideas muy equivocadas.

Era de los que creían, como tres y dos son cinco, que nos comíamos los niños crudos, y que en punto á religión, que era el flaco de D. Isidoro, estábamos dispuestos á entrar á saco en las iglesias y á no dejar un cura con hueso sano. Pero cuando me vió apacible, tolerante y humano, salió por un registro muy frecuente en tales casos, á saber:

—¡Si fueran todos como usted!

—Lo son—le repliqué,—y va usted á verlo.

Le presenté á varios amigos, entre ellos á Hidalgo Saavedra; se convenció de que no sólo pensaban como yo, sino mejor que yo, y en esta disposición de ánimo estaba cuando ocupó un puesto en la mesa con todos nosotros.

Oyó hablar á la mayor parte, quedó prendado del discurso que pronunció D. Manuel y no pudo más; salvando siempre sus ideas religiosas y creyéndolas independientes, como lo son en realidad de la forma de gobierno, saltó... y vino á la República.

A mí me faltó tiempo para telegrafiar la noticia á *El País*.

Era D. Isidoro Ternero un hombre bueno, cariñoso, excelente. Sobrevivió poco á su amigo de la juventud, y yo conservo de él grato recuerdo.

De los primeros en llegar á Biarritz y de los últimos que se retiraron fué D. Enrique Menéndez, amigo de D. Manuel desde los primeros años de la vida.

Era D. Enrique Menéndez para D. Manuel como un hermano, y no es extraño que le confiase comisiones muy importantes y delicadas. Hablando de él y encareciendo su energía, recuerdo que me refirió en París lo siguiente:

En cierta ocasión entregó una importante suma á persona bastante significada para facilitar con ella un movimiento revolucionario, y en efecto, el movimiento no se vió por ninguna parte, pero el dinero tampoco tenía trazas de parecer.

Decidido Menéndez á no pasar por movimiento mal hecho, y mucho menos por hacer, pidió cuentas, y rebajando algunos pequeños y justificados gastos, rescató lo demás.

Estos reembolsos, al parecer muy naturales, no eran muy frecuentes, porque el dinero destinado á las revoluciones no pasa por tamiz, sino por cedazos muy claros.

*
* *

En la tarde del 7 entramos en el tren que debía conducirnos á París, y nos acompañaron hasta Bayona, Vela, Menéndez, Marenco, Sánchez, Oria, Ternero, Hidalgo Saavedra, González Amigo, Perotes, Peña, Ullana, Madariaga y Muñoz (D. Fernando), éste amigo particular de D. Manuel, con quien estuvo muy obsequioso durante su permanencia en Biarritz.

Los pocos minutos que el tren se detuvo en Bayona fueron bien aprovechados. Todos se apresuraban á estrechar las manos del jefe, y de todos los labios salían los mismos votos.

Recuerdo que era aquélla una tarde tibia y se-

rena, como de anticipada primavera. El cielo sin nubes, el sol esplendoroso y el mar en calma; pero no por eso gozaban nuestros espíritus de igual reposo.

Nosotros, aunque fortalecidos con las afirmaciones espontáneas, patrióticas y nobles de los amigos, dejábamos atrás á España para continuar muy lejos la lucha comenzada.

Ellos, los que antes de volver á la Patria daban testimonio de su confianza en el porvenir y despedían á D. Manuel, animándole en su difícil empresa, quién sabe si allá, muy adentro, en el fondo de sus corazones, se preguntarían: ¿Triunfará pronto, ó será necesario redoblar los esfuerzos y los sacrificios? ¿Recogerá el premio debido á su constancia y á su patriotismo, ó caerá rendido sin terminar su obra?

De mí puedo decir que aquel movimiento, traducido en cambio de abrazos, apretones de manos y frases breves, reveladoras de los mismos votos por la felicidad de la Patria, por el triunfo de nuestros ideales y por la salud del jefe querido, estaba velado por una sombra que contrastaba con la esplendidez de aquel día inolvidable.

El recuerdo de los diez y seis años transcurridos sin levantar el espíritu del pueblo, que mansamente se dejaba conducir al envilecimiento por los mismos que años antes quisieron redimirle desde Cádiz al grito de ¡Viva España con honra!

Después de aquellas rápidas expansiones, emprendió el tren su marcha, y un ¡Viva la República! resonó en nuestros oídos cuando ya abandonábamos la estación.

Acompañábamos á D. Manuel en aquel viaje de

regreso Nestor Pardo, su señora, Ladevese y yo. Largo tiempo permanecimos todos en silencio.

¡Para qué interrumpirlo!

Todos sentíamos del mismo modo, y allí se comprobó que el silencio dice más que las palabras en muchas ocasiones.

***

Por entonces, no diré si antes ó después, porque todavía viven algunos á quienes no conviene poner sobre la pista de ciertos hechos, comunicarón á D. Manuel varios amigos que una persona de cierta jerarquía y significación estaba dispuesta á conferenciar con él en cualquier punto, no lejos de la frontera.

En el acto contestó D. Manuel que se trasladaría á Burdeos cuando se le indicara, á condición de no permanecer allí más que veinticuatro horas á lo sumo.

Puestos de acuerdo se señaló el día, y D. Manuel preparó su viaje.

Era preciso desorientar á los sabuesos de la policía, pero nada más fácil en una ciudad tan populosa como París.

De este viaje, solo estábamos enterados doña María y yo.

D. Manuel resolvió comer fuera de casa y trasladarse en un carruaje de alquiler á la estación.

Como el tren salía á eso de las once de la noche, á las tres de la tarde fuí á la casa de D. Manuel para despedirle, y temerosa doña María de las asechanzas policiacas ó de que su marido se encontrara solo en cualquier otro lance desagradable é imprevisto, creyó conveniente que yo le acom-

pañara, á lo que él accedió con tanto más motivo, cuanto que la persona con quien había de conferenciar me era conocida.

Convinimos, pues, en reunirnos en la estación de Orleans, y así fué.

Llegamos á Burdeos sin novedad, nos dirigimos al *Hotel de Nice*, elegido para la entrevista, y una hora después llegó, procedente de España, la persona que motivó este inesperado cambio de domicilio.

Yo me hice anotar en el hotel con el nombre de Mr. Cáceres y D. Manuel no recuerdo con cuál. Además, para evitarle en lo posible todo contacto con los dependientes de la casa, corrí, al parecer, con los gastos de nuestra estancia en ella y ni él ni yo salimos de nuestras habitaciones hasta después de comer, bien entrada la noche.

Comimos aquella tarde, dormimos aquella noche, tomamos el desayuno y me pasaron la siguiente cuenta, que copio como especie de comprobante de aquella expedición ignorada por el Gobierno, no obstante la calidad de las dos personas reunidas en Burdeos:

	Francos.
Diners et huitres...	18,50
Medoc 1[2	10,25
2 cafés noirs	1,00
1 chartreuse	0,60
1 café lait	1,00
1 Moét	10,00
3 cafés lait	4,50
Chambres	15,50
Limonade	1,00
Bougie	2,50
TOTAL	64,85

A D. Manuel le pareció conveniente, para evitar sospechas, que no comiera con nosotros el otro viajero, y me encargó que recogiera y pagara su cuenta.

La entrevista, que se verificó por la tarde, fué larga é interesante, aunque no de inmediatos resultados para la causa revolucionaria.

Cumplido el objeto de nuestra presencia en Burdeos, emprendimos al día siguiente el regreso á París, á donde llegamos bien entrada la noche. Por cierto que nos ocurrió un lance, del que hubiera sacado el célebre Alejandro Dumas gran partido si á él le hubiera ocurrido en España.

Tomamos un coche y dimos las señas de la Avenida de la Grande-Armée, 40. El cochero, en vez de tomar la dirección dada por el puente de Austerlitz, perfectamente conocida de nosotros, ya porque estuviera beodo, ya con algún propósito poco tranquilizador, se dirigió á uno de los barrios habitados por gente trasnochadora, borracha y maleante, y cuando al penetrar en un laberinto de oscuras y retorcidas callejuelas llamamos la atención de nuestro guía, nos dijo que no había marchado por el camino más derecho, porque una calle, no recuerdo cual, estaba *barrée*, es decir, interceptada. Creímosle bajo su palabra, mas como siguiera penetrando en aquel sitio sospechoso, lleno de tabernuchos y frecuentado por gentes de muy mal aspecto cuya atención llamábamos, hasta el punto de que algunos pretendían, al parecer, darnos escolta, creyó D. Manuel llegado el caso de tomar una prudente resolución. Mandó parar el carruaje, y saltando yo desde él á la calle intimé al cochero para que en el acto retrocediera, y dirigién-

dose al boulevard Saint-Michel, que yo suponía cerca, pasara el río. Resistióse el cochero á sufrir esta lección, y como D. Manuel le oyera discutir conmigo acaloradamente, saltó á su vez del carruaje y montando con gran sorpresa mía un revólver —yo ignoraba que fuera provisto de tal arma,— obligó al cochero á tomar el rumbo indicado. Cuando llegamos á la casa, D. Manuel le pagó la carrera omitiendo la acostumbrada propina, y le hizo entregar la hoja impresa con el número del carruaje, amenazándole con dar parte de lo ocurrido á la policía. Fuése el cochero refunfuñando, me despedí de D. Manuel y me dirigí á pie á mi casa, situada en la calle Ivon Villarceau, muy próxima á la suya.

Así terminó nuestra escapatoria á Burdeos.

CAPITULO XXII

Consecuencias de la amnistía.—D. José Artola.—La salud de D. Manuel.—El Ejército y la restauración.—Muerte de doña María Barbadillo.—Don Manuel hace testamento.—Consultas de Médicos y última carta política.—Regreso á España.—Desde Villajoyosa á Carabanchel.—El drama de Burgos.—Manifestaciones de sentimiento.—Final.

Ya es hora de llegar al término de estos apuntes, escritos sin duda con mejor voluntad que acierto.

En distintas épocas se habían hecho á D. Manuel proposiciones más ó menos aceptables para que depusiera su actitud, y acaso fuera mejor calificarlas de más ó menos decorosas, porque siempre se le habló de amnistía á condición de que renunciase á sus intentos revolucionarios, y como esta base de discusión no era aceptable, llegó el momento en que el Gobierno se creyó en el caso de proceder en el asunto por su propia cuenta.

Planteó la cuestión en las Cortes el año 1891, con un proyecto de ley, el Gabinete presidido por don Antonio Cánovas del Castillo, y en la discusión fué D. Cristino Martos el defensor más ardiente que tuvimos, porque no solo propuso el olvido de lo pasado, que es el verdadero concepto de la amnistía, sino que censuró con su elocuentísima palabra la menguada concesión con que el Gobierno pretendía favorecernos. Ya lo he dicho en otra oca-

sión: como casi todos los Oficiales emigrados no tenían años suficientes para el retiro, sólo les concedió aquella ley el derecho de perecer en España ó en el extranjero.

Seguramente habría sido ótra cosa si el jefe revolucionario hubiera transigido; pero esto, ni podía exigirse de él, ni nosotros lo hubiéramos consentido. Hasta el último soldado de los que estaban en presidio hubiera preferido extinguir su condena á conseguir la libertad á costa de tal abdicación.

Promulgada la ley en Julio de 1891, yo, como vulgarmente se dice, me encontré entre la espada y la pared. Por un lado, me atraía la Patria, aunque para mí no fué ni duro ni amargo el pan de la emigración; al contrario, tal vez sean aquellos cinco años bien cumplidos los más felices de mi vida, y por otro, sentía dejar á D. Manuel, porque llegó á inspirarme tanto cariño como respeto.

Era natural. Me demostró siempre un afecto entrañable é invariable, y depositó en mí tal confianza, que en los asuntos más graves, haciéndome con ello inmerecido honor, gustaba de oir mi juicio, que yo le expuse siempre con entera libertad y franqueza.

Acaso por esta causa se revelaron en él las primeras simpatías hacia mí.

Recuerdo que, recién llegado á París, reunió á varios amigos para consultarnos acerca de un movimiento que desde España le proponían, y que todos dieron su opinión favorable.

D. Manuel, aunque no había indicado la suya, me pareció que se inclinaba á las que acababa de oir.

Yo permanecí silencioso. Era allí el último de

todos; tanto más, cuanto que no tenía con D. Manuel la confianza que mis compañeros, ni me era conocido su carácter.

Llamóle mi silencio la atención, y adelantando el cuerpo hacia mí desde la butaca en que estaba sentado, me dijo:

—¿Y á usted qué le parece?

—Ya que usted me lo pregunta—contesté á media voz—debo decirle que no me parece bien.

Aún duraba en mí el efecto de recientes y terribles desengaños, y todas las garantías de seriedad me parecían pocas.

D. Manuel volvió á recostarse en su asiento, y mirándome con fijeza, replicó:

—Bueno, ¿y por qué?

Era para mí más fácil contestar aquel *por qué*, que explicar á mis alumnos el más sencillo teorema de las matemáticas, en lo que ya tenía entonces alguna costumbre; así es que muy de corrido le expuse mis razones con tal fortuna, que le parecieron las necesarias y suficientes para desechar aquel proyecto.

Así fué que, cuando una tarde fuí á comunicarle que ya me veía libre de las prisiones del Louvre, dijo con su viveza habitual:

—Me alegro, porque ahora tendrá usted tiempo para encargarse de este *negociado*—aludiendo á los papeles, libros, claves, cartas cifradas y no cifradas, que tenía sobre la mesa.

Así lo hice.

¿A quién entregar aquel negociado, como él decía, si yo regresaba á España?

Los demás compañeros, ó tenían decidido volver á la Patria, ó estaban sujetos á ocupaciones

que les impedían desempeñar tan penoso trabajo. Por esto decidí aceptar la amnistía, levantar los restos del naufragio de mi casa de Madrid, y establecerme en París definitivamente.

Tal era mi resolución cuando ocurrió lo que voy á referir.

***

Llegué, según costumbre, á la casa un día por la mañana, y acababa D. Manuel de recibir por el correo interior una carta, que me dió á leer.

Un desconocido se le ofrecía como republicano y revolucionario, poniéndose incondicionalmente á sus órdenes para todo. Decía en la carta haber servido como Capitán en el Cuerpo de Ingenieros, que era abogado, y además que carecía de ocupaciones en París, donde holgadamente tenía asegurados por algún tiempo los medios de vida.

Para ampliar todo esto pedía á D. Manuel que le indicase el día y la hora en que podía visitarle.

Sin decirnos una palabra, creo que D. Manuel y yo convinimos en que aquella carta podía darnos una solución.

—Contéstele usted—me dijo—que venga mañana á las diez y hablaremos.

Pero aquí de mis apuros.

El apellido del autor de la carta era ilegible, porque mi amigo Artola, cuya era la carta, tiene una letra tan mala como la tenía D. Manuel, y además no ponía las señas de su domicilio.

¿A dónde escribirle?

Pero el inolvidable D. Manuel era muy tenaz.

Se había propuesto contestar, y entre los dos revolvimos el cesto de los papeles para buscar el

sobre. D. Manuel se proponía dirigir la contestación á la oficina de Correos y Telégrafos enclavada en el barrio donde hubiera sido depositada la carta. Sabido es que las del interior, en París, traen el sello de la oficina en que se reciben, y que allí basta el menor indicio para que la correspondencia pública llegue á su destino.

Este descuido hizo formar á D. Manuel mal concepto de Artola, porque pedir una cita sin dar las señas de su casa y escribir su nombre y apellido con tan mala letra le parecía el colmo de la imprevisión. Un mal antecedente revolucionario.

Y de todo tenían la culpa las manos de D. Manuel. El verdadero desorden de su mesa de despacho era tal á los cinco minutos de estar frente á ella, que ya no había papel en su sitio. Tarjetas, libros, periódicos, cartas, plumas, todo estaba revuelto.

Ya me disponia á escribir el sobre imitando con la fidelidad posible los rasgos de la firma, cuando me llamó D. Manuel mostrándome una tarjeta que había encontrado entre los papeles.

Decía así: *Joseph Artola*, y contenía las señas de la casa.

D. Manuel la había dejado caer al abrir la carta.

Artola se presentó al día siguiente, fué á D. Manuel muy simpático, le pareció hombre leal y empezó á informarse de nuestros asuntos, primero con cierta cautela, y por último con plena y merecida confianza.

Este feliz hallazgo, determinó mi regreso á Madrid, donde también creía D. Manuel que mis servicios podrían ser útiles á la causa.

*
* *

En mi despacho está, siempre delante de mi vista, el retrato que me dió el día antes de mi salida de París.

Tiene la fecha del 16 de Diciembre de 1891, y la dedicatoria dice así:

«A Emilio Prieto.—*R. Zorrilla.*»

De ese retrato, que estimo en mucho, hay muy pocos.

Es obra de un extranjero que pasó por París haciendo colección de los de personas importantes, y D. Manuel se quedó con cuatro ó cinco ejemplares.

Su aspecto es el de un hombre que goza perfecta salud.

Sin embargo, el padecimiento del corazón había hecho ya grandes progresos.

Recuerdo que el último verano que estuvimos juntos, se estableció en una casa de campo de Maisons-Laffitte, cerca del Sena, rodeada de hermoso jardín y espaciosa huerta, cuya residencia veraniega le proporcionó su íntimo amigo M. Carré, cerca de una magnífica posesión que allí tenía.

Pues bien; comiendo una tarde en la casa de M. Carré, sufrió D. Manuel un ataque tal, que todos los presentes temieron por su vida. Cayó inerte al suelo y costó gran trabajo hacerle recobrar el conocimiento.

Desde entonces empezó á inspirar serios temores su salud á cuantos vivíamos en su intimidad.

Cierto es que su robusta naturaleza reaccionó pronto, contribuyendo también á ello la vida del campo; pero así y todo, empezamos á notar en él un abatimiento que contrastaba con el vigor y la vivacidad á que nos tenía acostumbrados.

Su tez morena se cubrió en aquellos días con

leves manchas violáceas, y cuando se quedaba sólo, nublábase el brillo de sus ojos y se dejaba dominar por la mayor tristeza.

Aquellos arranques propios de su conversación y de sus actos, parecían ya forzados, y aunque procuraba extremar la alegría en nuestra presencia, demostrábanos con ello que tristes presentimientos dominaban su espíritu. No era, en suma, aquél que había sido, aunque á todo trance quería ser lo que fué, sobreponiendo á su estado físico y moral todo el resto de sus grandes energías.

Lágrimas abundantes brotaron de sus ojos cuando nos despedimos, después de decirme como resumen de sus advertencias: «Tenga usted mucho cuidado con cuanto diga y haga en estos primeros días, porque todo ha de parecer como si yo mismo lo dijese é hiciera.»

***

Continuó después de mi salida de París la actividad revolucionaria, y puedo asegurar que Artola suplió con creces mi ausencia. Pero estaba escrito que la sublevación de Septiembre del 86 en Madrid, había de ser la última llamarada del volcán.

La política de los Gobiernos estaba reducida á apagarlo, ejerciendo atracción sobre el único elemento para él temible: el Ejército.

¿Qué medios empleó para conseguirlo?

Declaro que me llevaría muy lejos este examen.

Diré únicamente que le halagó con frívolas concesiones, con exterioridades impropias de la seriedad militar, y que nunca puso la mano en el fondo para llegar á una organización que le permitiese, en los días de prueba, responder á las necesidades

de la Patria, con algo más que el valor de sus individuos.

Por eso, cuando llegaron aquellos tristes días, como carecía el Ejército de una organización sólida, flaquearon todos los detalles.

Procuraré demostrarlo brevemente, sin más que dar contestación á las preguntas que siguen:

¿Había en nuestra oficialidad interior satisfacción?

¿Qué sistema de reemplazos era el nuestro?

¿Qué clase de reservas teníamos?

¿Cómo se organizaron las tropas destinadas á la guerra?

En un ejército donde las escalas no se mueven regularmente; donde los sueldos, con especialidad los de los subalternos, son escasos; donde subsiste la redención á metálico; donde no disfruta la oficialidad de ciertos beneficios admitidos en la republicana Francia y en la imperial Alemania por el elemento civil, sin duda porque no considera al Ejército como cosa postiza, sino como parte integrante de la Patria común, se ha de carecer necesariamente del bienestar que trae consigo lo que llaman nuestras ordenanzas militares *interior satisfacción*.

¡Y qué fácil hubiera sido, con un poco de buena voluntad, poner mano en esos problemas, ya planteados y resueltos por la opinión pública!

Para mover las escalas, por ejemplo, habría sido muy suficiente la creación de un gran Cuerpo Catastral que auxiliara las operaciones conducentes al descubrimiento de la riqueza oculta, operaciones que hoy se llevan con gran parsimonia, por falta de personal suficiente.

Pero en vez de hacer esto, cuya utilidad nadie pondrá en duda, se recurría al gráficamente llamado *salto del tapón*, procedimiento que por lo antimilitar ni se ha visto ni se verá en ningún ejército del mundo. Y si no se hacía esto, se apelaba á otro recurso peor: al de anticipar los retiros, con grave perjuicio del Tesoro público, y sin notoria ventaja para los que no estaban en condiciones de dejar el servicio.

Como carecíamos de una organización seria y previsora, nos sorprendieron las guerras sin verdadero estado militar, y así lo demostramos á Europa, y lo que es más grave á América, con el lamentable ensayo de movilización que hicimos cuando aquello que se llamó guerra de Melilla, siendo Ministro de la Guerra el General López Domínguez.

Después llegaron empeños mayores: las guerras de Cuba, de Filipinas y de los Estados Unidos, y entonces se puso al descubierto ante el mundo nuestra absoluta carencia de organización militar.

Y aquí encaja esta pregunta:

¿En qué han pensado, qué han hecho los Generales que desde el 75 acá han ocupado el Ministerio de la Guerra?

¿Es que se puede pedir impunemente á un país millones y millones durante muchos años, para decirle, cuando del Ejército necesita, no lo tienes?

Y en rigor, dejando á un lado la pasión política, que para nada entra en estos razonamientos, no lo teníamos.

Parecía que contábamos con regimientos, y brigadas, y divisiones, y cuerpos de ejército y con grandes reservas—sin hacernos cargo del material de guerra y sus accesorios;—y resultó todo

ello una ficción cómica, convertida después en espantosa tragedia.

Prueba de ello es que, de las unidades tácticas al parecer organizadas para la guerra, se prescindió en absoluto, y en vez de enviar á Cuba y Filipinas regimientos enteros constituídos en pie de guerra con sus propios Jefes y Oficiales á la cabeza, se organizaban sobre el campo de batalla, á la vista del enemigo, con Jefes y Oficiales sorteados y mozos imberbes, tan extraños á la vida y á las prácticas militares, que ni siquiera conocían el mecanismo y el manejo del arma.

¡Asombra, sin embargo, lo que el Ejército ha hecho para salvar su propio prestigio y el de la Patria, como asombra la imprevisión y la torpeza de nuestros hombres políticos!

Las reservas, que constituyen en todas partes el positivo núcleo de la defensa nacional, no parecieron por ninguna parte.

El modo de nutrir las filas, cuestión delicadísima porque depende hasta del temperamento propio de cada nación, se redujo á poner en práctica el sistema de las levas, con la diferencia de que si en aquellos tiempos remotos algún sargento se dejaba sobornar á escondidas por los caciques adinerados, ahora es el Gobierno quien se deja sobornar á la luz del día, mediante el pago de mil quinientas pesetas, por individuo libre.

Y con escándalo y mengua del honor de la Patria y de sus armas, hemos visto á los que se precian de severos cumplidores de las Ordenanzas, no ya prescindir del artículo de ellas que impide á los reclutas entrar de guardia sin saber sus obligaciones, sino para mayor escarnio de aquel sabio

Código, amontonar hombres, no soldados, y llevarlos, sin cambiar de traje, desde los pueblos de su naturaleza á los puertos de embarque, para hacerles practicar á los quince días el servicio de guerra en tierra extraña y bajo la influencia de un clima mortífero.

¡Y esto, como acabo de indicar, cuando las Ordenanzas previenen «que á ningún recluta se permitirá entrar de guardia hasta que sepa de memoria todas las obligaciones de un centinela, llevar bien su arma, marchar con soltura y aire y hacer fuego con prontitud y orden!»

Y todo esto hacíanlo los Gobiernos restauradores, ellos sabrán de qué, olvidando, por ejemplo, la potencia militar con que se presentaron los alemanes en la frontera francesa el año de 1870.

No fué, en verdad, remitiendo á ella como paquetes postales, gente y más gente militarmente ineducada. No fué eliminando á los ricos de los azares de la guerra por una suma de dinero. No fué designando la suerte los Jefes y Oficiales que habían de ir á campaña ó permanecer en guarnición. Fué lanzando sobre el enemigo, no batallones, ni regimientos, ni brigadas, ni divisiones, sino Cuerpos de Ejército previamente organizados y bien provistos de cuanto habían menester.

¡Y quién duda que en España, aunque más modestamente, se hubiera podido hacer lo mismo, si lo accesorio no se hubiera antepuesto á lo esencial, y, aun á pesar de esto, si los Gobiernos hubiesen inspirado confianza al país!

Y téngase en cuenta que ese sistema de hacinamiento de carne humana sobre el teatro de la guerra, ya en los albores del siglo pasado, en los

tiempos del fusil de chispa, cuando ni se soñaba en las perfecciones del Maüsser, con tanta frecuencia mal empleado por nosotros, lo condenaba Napoleón cuando escribía á los Gobiernos republicanos de Francia estas palabras:

«No me enviéis soldados que no hayan estado por lo menos un año en los depósitos.»

Aquí, nuestros Generales lo han entendido de otro modo: desde el campo ó el taller á la guerra, y Cristo con todos.

¿Para qué más?

Lo dicho basta para hacer el proceso y la acusación de los Gobiernos borbónicos. Han cometido un delito de lesa Patria al dejarla indefensa.

De ese delito los únicos irresponsables son los republicanos.

¡Verdad es que los Gobiernos de la monarquía se han apresurado luego á reorganizar el Ejército!

Cuatro años han transcurrido, después de nuestros desastres, y sólo han acometido una reforma:

La amortización.

Gobiernos moribundos, no podían desplegar señales de vida.

Eso sí... la amortización en lo militar.

¿Suprimir empleos civiles inútiles?

Nada de eso. Ahí no se llega. La máquina es necesario tenerla montada para distribuir prebendas y ganar elecciones.

Han crucificado al Ejército, le han escrito el *inri*, le han dado sepultura y le han puesto centinelas para que no resucite.

Sin embargo, yo creo en su resurrección porque creo en la resurrección de la Patria.

Si no creyese en ella, volvería á emigrar.

*
* *

La enfermedad de D. Manuel era incurable. Su amigo y médico de cabecera, doctor Betances, limitábase á contener los progresos del mal, ya que atajarlo y destruirlo era imposible.

Pero faltaba á aquel corazón, tan combatido por rudos y frecuentes embates, uno más: el que debía ser decisivo.

La inseparable compañera de su vida, la que con él había compartido los rigores de la adversidad durante años y años, dejó de existir el 18 de marzo de 1894, después de rápida enfermedad. Y no hay para qué decir cuánto influyó esta inesperada desgracia en el estado físico y moral de don Manuel Ruiz Zorrilla.

La noticia del fallecimiento de aquella señora, ejemplar por tantos conceptos, cundió rápidamente por Madrid y por España entera; y cuando se supo que debía ser enterrada en Burgos, comisiones del gran partido progresista se organizaron para acudir á aquella capital, no solamente de Madrid, sino de provincias. En representación del Comité del distrito de Palacio, que yo entonces presidía, acudí á Burgos, llevando una corona que el distrito dedicaba á la ilustre muerta.

A las tres de la tarde del día 19 salió el cadáver de París, y entre cinco y seis, también de la tarde, del siguiente día, llegó á la estación de Burgos, donde lo esperaba la población en masa.

Animosa, tal vez más confiada que nunca en el pronto y feliz término de la ruda batalla en que su

marido estaba empeñado, la dejé en París, y fué indescriptible el efecto que en mi ánimo produjo la llegada del tren que la conducía muerta.

La actitud política de D. Manuel le había colocado en la oposición desde que empezó á darse á conocer, y en ella estuvo exceptuando el breve período del 68 al 73. Y como su oposición era radical, primero para destronar á Isabel II y luego para instaurar la República, puede decirse que la mayor y mejor parte de su vida la pasó en el extranjero, compartiendo los rigores de la expatriación con su esposa, que nunca le abandonó.

De la vida de doña María Barbadillo, siempre en la desgracia, sí puede decirse que fué ejemplo y escuela de grandes virtudes.



En la mañana del 29 de Enero de 1895 se agravó de tal modo la enfermedad de D. Manuel, que él mismo creyó en su próxima muerte. Demuéstralo que, cuando se repuso algún tanto del violento ataque, encargó á su último secretario, señor Artola, que inmediatamente fuera á buscar al Cónsul de España, para otorgar ante él testamento.

Cumplido este encargo, el Cónsul se presentó aquel mismo día en la Avenida de la Grande-Armé, núm. 40, donde dejé á D. Manuel y donde seguía viviendo.

Al mismo tiempo, telegrafió Artola á D. Narciso Ullana, diciéndole:

«D. Manuel grave. Véngase en seguida.»

Era D. Narciso Ullana para D. Manuel algo como cosa propia, indispensable, íntima; así es que en

los momentos graves de su agitada existencia, le llamaba.

Profesábale entrañable afecto, y tenía en él tan ilimitada confianza, que no le era posible prescindir de su presencia en ciertas ocasiones. A él he aludido varias veces en el transcurso de esta obra.

D. Narciso sentía por D. Manuel algo más que cariño; veneración. Puede decirse que le rendía desde el fondo del alma verdadero culto. Su memoria para él es hoy cosa sagrada.

El 30 salió de Madrid D. Narciso, y en la madrugada del día 1.° del siguiente mes, llegó á París.

Cuando entró en la casa, el enfermo estaba levantado y sus primeras palabras al ver al amigo de toda la vida, fueron éstas:

—Puedes estar tranquilo, como yo también lo estoy, porque hice testamento ante el Cónsul.

Tranquilo, dijo D. Manuel, porque algunas veces habían hablado de la conveniencia de dejarlo todo en regla, como único medio de evitar que cayesen en manos extrañas muchos documentos de interés para la historia de estos últimos tiempos, á lo cual asentía D. Narciso, estimulándole para que así lo hiciera antes hoy que mañana.

Y en efecto, el mismo día 29, en que se agravó su enfermedad, hizo testamento.

He aquí cómo empieza:

Hay un membrete que dice: «Consulado general de España en Francia.—París».

Otro sello en tinta azul, con estas palabras: «Consulado general de España en París».

«Número diez y ocho. — Testamento Nuncupativo.

En la ciudad de París y en la casa morada del testador, á las tres de la tarde del día veintinueve de Enero de mil ochocientos noventa y cinco, ante mi D. Manuel Rodríguez Escudero, Vicecónsul de España en esta residencia, ejerciendo funciones notariales, y de los tres testigos llamados y rogados expresamente para el acto que al final se expresará, comparece el Excmo. Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla y Ruiz Zorrilla, español, natural de Burgo de Osma, provincia de Soria, de sesenta y un años de edad, etc., etc.

Fueron testigos instrumentales D. Ramón Emeterio Betances y Alarcón, casado, doctor en Medicina; D. José González Ortiz, soltero, propietario, y D. Eusebio Salas y Arroyo, casado, farmacéutico, todos españoles idóneos, mayores de edad y vecinos de esta capital, etc., etc.»

***

La enfermedad de D. Manuel continuó agravándose por momentos, y como el doctor Betances creyera llegado el caso de consultar con otros médicos, á las seis de la tarde del 13 de Febrero se reunieron con él en la casa del enfermo el célebre M. Potein, especialista en las enfermedades del corazón; M. Radiquet, uno de los médicos mejor reputados de París, y el doctor Esquerdo, cuya competencia es tanta como el cariño que al inolvidable D. Manuel profesaba.

Todos estuvieron de acuerdo en que el estado del enfermo era gravísimo, conviniendo también con el doctor Esquerdo en que aquella vida podría prolongarse en un clima más suave que el de París, no sin reconocer que en aquellos días de in-

vierno—el termómetro marcaba 10 y 12 grados bajo cero—era muy expuesto hacerle emprender un viaje.

Terminada la consulta, reunió el doctor Esquerdo á algunos individuos de la familia que habían sido llamados á París y á los amigos íntimos para exponerles sin reserva alguna la gravedad de la situación, y convinieron todos en que procedía correr los riesgos del viaje, puesto que de él dependía la prolongación de aquella vida, para todos tan cara.

El viaje se señaló para el día siguiente.

D. Manuel no opuso resistencia cuando el doctor Esquerdo, con sus persuasivas y bondadosas palabras, le notificó el acuerdo que se acababa de tomar; pero antes de abandonar para siempre la capital de Francia, dejó escrita la siguiente carta política:

«*París 14 de Febrero de 1895.*

Mis queridos amigos y correligionarios: Pensé siempre morir en el extranjero ó entrar en España cuando la República hubiera triunfado, ó en el momento en que los republicanos contasen con elementos para presentar la batalla á las instituciones.

La suerte no ha querido dejarme presenciar la victoria de nuestros ideales ni morir en la demanda.

Una grave enfermedad me ha inutilizado; los médicos, unánimemente, me imponen un absoluto reposo.

No tengo el derecho de suicidarme, y como en mi estado de salud no puedo ser útil á la causa,

me retiro al seno de mi familia y me decide á prescindir de toda lucha política.

¿Lograré restablecer mi salud?

Pues en tal caso, si recupero mis perdidas energías, las consagraré á proseguir la tarea en que vengo empeñado hace tanto tiempo, con exclusión de toda otra, y seguiré trabajando por la felicidad y el progreso de mi Patria, siempre que mi concurso pueda ser de alguna utilidad.

En caso contrario, no me queda más que hacer votos por que sean más felices en lo futuro los republicanos, y haciéndolos habré de morir.

A todos les envío, desde lo íntimo de mi alma, las gracias más expresivas por las muchas consideraciones que les debo en mi larga carrera política y un cariñoso abrazo de despedida.

A la vez, me permito dirigirles dos consejos:

Que prescindan de las diferencias que dividen á los republicanos, uniendo los esfuerzos de todos para combatir al enemigo común.

Y que no olviden que, si se quiere evitar que muy pronto surja un pavoroso problema social, es necesario ocuparse de las múltiples cuestiones sociales, que no admiten espera, y que no pase día sin que las clases obreras vean que las llamadas directoras se ocupan de sus necesidades.

MANUEL RUIZ ZORRILLA.»

No necesita comentarios esta carta, después de haber aceptado el consejo leal á que se refiere su penúltimo párrafo en la memorable Asamblea del 25 de Marzo de 1903, la inmensa mayoría de los republicanos.

***

El mismo día 14, á las nueve de la mañana, salió D. Manuel Ruiz Zorrilla de París en el tren rápido de Marsella, para entrar en España por Cataluña y seguir hasta Villajoyosa.

Acompañaban al enfermo su cuñado D. Carlos Madrazo, el doctor Esquerdo, Ullana, Artola é Inés, á quien ya en otras ocasiones me he referido.

El viaje se hizo por etapas.

La noche del 14 descansó en Avignon, el 15 siguió la marcha hasta Cerbere, y en el hotel de la estación pasó D. Manuel la noche bastante molestado. Un nuevo acceso de la terrible enfermedad que padecía puso en cuidado á sus acompañantes. Por fortuna, pudo dominarse el acceso, y al día siguiente, 16, pasó la frontera con dirección á Barcelona, desde cuya estación fué trasladado en el mismo coche á la línea de Valencia para seguir la marcha.

En aquella ciudad tampoco se detuvo más que el tiempo preciso para entrar en el tren que debía conducirle á Carcagente, punto elegido para pasar la noche del 17.

Allí durmió, en la posada de Santa Rosa, y al levantarse dijo que no había pasado mejor noche desde hacía dos meses.

A las ocho de la mañana del 18 salió para Vergel, término de aquel largo trayecto en ferrocarril. En la estación de Vergel esperaba á D. Manuel un faetón con brioso tronco de caballos, que le condujo á la casa del antiguo republicano don José Ferrando, donde estaba preparado el almuerzo.

Allí conversó amablemente con algunos periodistas que hicieron el viaje con él desde la frontera.

El mismo faetón le condujo á Villajoyosa, donde tuvo término este largo y penoso viaje, á las siete de la tarde del 18 de Febrero.

D. Manuel había llegado con vida. La esperanza de prolongarla renació en cuantos le acompañaban.

Ocurrieron en el viaje algunos incidentes y detalles dignos de mención.

Cuando se intentó pagar en Cerbere el gasto hecho en la fonda, contestó el dueño de ella que todo estaba abonado por el Ayuntamiento, en nombre del pueblo francés.

Como se había hecho saber al público que cualquier emoción grande que experimentara el enfermo podría serle funesta, su presencia en España fué acogida con silenciosas demostraciones de simpatía y de respeto.

El generoso y noble pueblo, que en otra ocasión le hubiera aclamado con entusiasmo, se limitó á descubrirse cuando pasaba el tren.

El Gobierno ordenó á las autoridades que se tuvieran al viajero todo género de consideraciones y respetos.

El Jefe de estación de Carcagente puso á disposición de D. Manuel un coche salón, que rehusó, dando las gracias á la empresa.

Por último, dos telegramas de Mencheta á la Prensa, expedidos á las ocho y treinta de la noche del 18, dicen así:

«El Sr. Ruiz Zorrilla ha llegado á Villajoyosa á las seis y treinta minutos de la tarde, alojándose en la finca *El Paraíso*, propiedad del doctor Esquerdo.»

«*Villajoyosa 18* (9,10 noche).—Antes de subir al coche en Vergel, el Sr. Ruiz Zorrilla conversó

algunos minutos con varios de los que le acompañamos. Dijo que debe la vida al Doctor Esquerdo, porque, siguiendo en París, habría muerto.»

La Prensa, hasta la que le había tratado con mayor ensañamiento ó por lo menos con aparentes desdenes, le hizo justicia.

Como sería necesario un tomo para dar á conocer cuanto se dijo entonces de Ruiz Zorrilla, me limitaré á copiar algunas líneas de *El Imparcial*, como síntesis de cuanto publicaron los periódicos en aquellos tristes días.

Dicen así las líneas á que me refiero:

«Todos los rasgos capitales de aquel progresismo, se han concentrado en el ánimo del antiguo jefe radical y han adquirido la consistencia férrea de su temple.

»El amor á la libertad, el entusiasmo por su partido, la honradez, el pensamiento rectilíneo, la prevención antiborbónica, la complexión revolucionaria, todo ha hecho de D. Manuel Ruiz Zorrilla el último y más acabado ejemplar de aquellos hombres que desde 1812 á 1868 fueron, con sus grandes cualidades y á pesar de los inevitables defectos, los propulsores del progreso en España.»

***

La permanencia del enfermo en aquella hermosa región levantina, iluminada por un sol espléndido y acariciada por brisas mediterráneas, reanimó mucho su espíritu y fortaleció algo su cuerpo. Algunas veces creyeron los que más de cerca le rodeaban, que renacía, sin más influjo que el de aquel puro ambiente.

Era que la vida de D. Manuel fué vida de im-

presiones, de sacudimientos, de contrastes; y como por esta causa estaba dotado de una sensibilidad exquisita, al verse bajo el cielo de España después de tantos años y rodeado de sus más fieles amigas, se sintió animoso y contento, y quién sabe si él mismo llegó á creer en el milagro de asegurar la vida que por momentos le abandonaba.

Sería interminable la lista de los correligionarios que allí acudieron á visitarle. Sólo diré que á su lado permanecieron constantemente Esquerdo, Ullana, Artola y la hermana del enfermo, doña Magdalena, por quien él sentía gran cariño y especial predilección.

Entre *El Paraíso* y *La Pileta*, posesiones ambas del doctor Esquerdo, muy bien situadas en Villajoyosa, permaneció D. Manuel desde el 18 de Febrero hasta el 28 de Mayo, en cuya mañana emprendió el viaje á Burgos, con objeto de pasar el verano en su posesión de Tablada, que tenía verdadera ansia de ver.

Además de las personas ya citadas, le acompañaba el joven é inteligente médico de Villajoyosa, D. Francisco Lloret, que había sustituído al doctor Esquerdo en las ausencias de éste, y que llegó á sentir por el enfermo grandes simpatías.

En la madrugada del 29 llegó sin novedad á Getafe, desde cuya estación, en poco más de una hora, fué trasladado en un coche al establecimiento del doctor Esquerdo, en Carabanchel, donde pasó la noche del 29.

Fué aquel día uno de los más hermosos de la primavera, y por la tarde acudieron á Carabanchel algunos correligionarios, con los cuales conversó afablemente D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Recuerdo que, al aire libre y sentado en una silla, estaba cuando yo llegué.

Le vi enflaquecido, pálido, con la mirada triste, estrechando la mano de unos y de otros como automáticamente, respondiendo con breves palabras á las que se le dirigían, como si en rigor no se diera cuenta de cuanto en torno suyo estaba ocurriendo.

Temeroso de que mi presencia le emocionara, y transido de pena, me coloqué detrás de la silla en que estaba sentado, y llegué á apoyarme en su respaldo para verle y oirle más de cerca sin que él lo advirtiera.

No sabía cómo hablarle.

Por último, dije muy cerca de su oído:

—D. Manuel...

Volvió la cabeza, me miró y me extendió la mano, sin pronunciar una palabra. No me había conocido.

Transido de pena me separé de su lado, y me confundí en el grupo que formaban los demás amigos.

Al poco rato le invitó el Dr. Esquerdo á dar un paseo por la posesión en coche descubierto, y se levantó de la silla. Formamos corro, y fué despidiéndose de todos con alguna palabra cariñosa.

Al encontrarse entonces frente á mí, fijó su atención, me reconoció, y con los ojos cubiertos de lágrimas, me tendió los brazos.

Poco después subió al carruaje, y se separó don Manuel de nosotros. Profundamente impresionados le seguimos con la vista hasta que desapareció á lo lejos, dejando en nosotros el triste presentimiento de que se alejaba para siempre.

Y, ¡cáprichos del destino!

D. Manuel, desde los primeros años de su vida, cuando era niño, no había vuelto á ver aquellos lugares.

En aquel edificio, hoy transformado por el doctor Esquerdo en magnífico manicomio, estuvo establecido el Colegio de D. Segundo Carrasco, y en él cursó los estudios de primera enseñanza y los cinco años de Filosofía.

Si aquel cerebro que agitaron tantas tormentas, ya debilitado en la triste ocasión á que me refiero, pudo reconstruir la historia de tantos años, ¡cuántos hombres y cuántos sucesos surgirían en la memoria del pobre enfermo, aumentando las amarguras de su alma!

Recordaría que en aquellos sitios se deslizaron los primeros años de su niñez y contrajo sus primeras amistades; que condiscípulos suyos fueron en aquella época el que después, siendo Coronel de Caballería, había de conducirse como valeroso soldado en la batalla de Treviño, el hoy Teniente General D. Juan Contreras; y D. Santos Lahoz, á quien me he referido muchas veces; y D. Mariano Ledesma, que llegó á ser un distinguido Jefe de Ingenieros militares; y D. Francisco Cortejarena, cuya reputación como médico es hoy de todos conocida; y D. Juan Antonio Corcuera, que empezó su carrera política siendo Ministro Ruiz Zorrilla, y le abandonó en la desgracia; y D. Eduardo Zurita, rico propietario que prestó á la Revolución grandes servicios; y D. Enrique Menéndez, que compitió con Zurita y Lahoz en desinterés y abnegación por el amigo y por el jefe de la causa revolucionaria, y así muchos otros.

Recordaría que desde aquellos sitios, acariciando las ilusiones propias de la juventud, que en él fueron muchas y grandes, como indicaré luego, marchó á Valladolid, desde donde, después de haber estudiado el preparatorio y primer año de Leyes, regresó á Madrid, para terminar su carrera en la Universidad Central, teniendo por condiscípulos á D. Isidoro Ternero, á D. Fermín Lasala, quien, andando el tiempo, había de ser Embajador en París mientras él conspiraba, y á muchos más que también han ocupado altos puestos.

Y quién sabe si pasaría por sus mientes el recuerdo de que allá en sus vacaciones de estudiante, cuando su excelente madre le estimulaba con sus consejos para que fuera hombre de provecho, solía decir con acento de profunda convicción:

—Ya lo verá usted. Seré Ministro.

Y lo fué.

Pero ya, cuando después de tantos años, abatido, enfermo, retirado de la política, casi muerto, contemplaba los mismos horizontes, todo había cambiado ó desaparecido para él.

En el mismo edificio donde durmió tantas veces siendo niño, descansó la noche del 29 al 30, y por la mañana, sin entrar en Madrid, viendo de lejos la capital de España, donde podía, debía y merecía haber entrado en triunfo, marchó silenciosamente á la inmediata estación de Pozuelo, para tomar el tren mixto del Norte, que sale de Madrid á las nueve de la mañana.

A las cuatro y media de la tarde llegó á Medina del Campo, hospedándose en la casa del patriota y republicano D. Jerónimo García, quien le agasajó espléndidamente.

Allí pasó la noche, y á las cinco de la madrugada del 31 salió para Burgos, á donde llegó á las diez de la mañana.

* * *

Fué á parar en Burgos á la casa de su hermano político D. Melchor Barbadillo, situada en la Plaza Mayor, señalada con el número 64, medianera con el consistorio de aquella ciudad y de antiguo conocida con el nombre de casa del *Duque de Abrantes*, tal vez por haber pertenecido en otros tiempos á esta ilustre familia.

Ocupó D. Manuel como dormitorio una espaciosa habitación con dos camas; una para él y otra para la persona que constantemente estaba á su cuidado. Desde un espacioso balcón de este cuarto de dormir, y mirando hacia la derecha, se descubría una parte del Espolón, precioso paseo de aquella capital. Tenía esta habitación dos puertas, una que comunicaba con el largo pasillo donde D. Manuel solía pasear cuando el mal tiempo no le permitía salir á la calle, y otra que abría paso al comedor.

Los días buenos, que fueron pocos, paseaba en coche por las afueras de la ciudad, y cuando salía de la casa, el público que acudía á sus inmediaciones formaba calle y se descubría respetuosamente. D. Manuel, no obstante su grave estado, seguía vistiendo con la misma corrección que en sus mejores tiempos. Levita negra, camisa perfectamente planchada y sombrero de copa. Se resistía á cambiar aquel traje, propio de visita, por otro más cómodo. Nunca quiso salir á la calle con el traje de casa.

Desgraciadamente para el estado del enfermo fué aquel año en Burgos el mes de Mayo como de verdadero invierno. Algunos días cayó la lluvia mezclada con menudos copos de nieve; así es que al poco tiempo de su llegada se agravó. Aquel súbito cambio de temperatura le fué funesto, y en los días 8 y 9 de Junio se iniciaron algunos ataques de disnea que, aunque pasajeros, le alarmaron bastante. El 10 sufrió uno de más duración y peligro, tanto, que fué necesario suspender el viaje á Tablada, dispuesto para el mismo día.

El 11 se repitió el ataque con tal violencia, que duró seis horas y le dejó completamente aniquilado. Su excelente amigo, que también lo es mío, D. Gumersindo Brioso, le sostuvo en sus brazos. Sin embargo, el día 12 pudo levantarse á la hora de costumbre; pasó el día con relativa tranquilidad; por la noche jugó al dominó con algunos amigos y se mostró locuaz y animoso, hablando con frecuencia de sus deseos de ir pronto á Tablada.

A las once de la noche se despidió de sus contertulios, y se acostó... para morir.

Las dos de la madrugada serían cuando se inició el ataque que había de arrebatarle la existencia.

A las dos y media declararon los médicos que no había esperanza. Perdió el conocimiento, empezó el estado agónico, que fué reposado, y sin exhalar una queja, expiró plácida y dulcemente á las seis de la mañana del 13 de Junio de 1895.

Uno de los amigos nuestros que presenció el supremo trance, hizo saltar la cuerda de su reloj. Aquel día era jueves y festividad del Corpus.

Estaban presentes cuando dejó la vida aquel

hombre ejemplar, los dos médicos Sres. Esquerdo y Lloret, D. Melchor Barbadillo, D. Narciso Ullana, D. Gumersido Brioso, Inés Núñez, su inseparable ama de gobierno, y algunas otras personas de la intimidad de la casa y de la familia.

A las veinticuatro horas del fallecimiento, se procedió á embalsamar el cadáver por dos médicos de Burgos, cuyos nombres no recuerdo, aunque sí me consta que uno de ellos era del Cuerpo de Sanidad Militar, y terminada esta operación, á la una de la tarde, se colocó el cuerpo vestido de frac en negro ataúd, y se convirtió en capilla ardiente la habitación donde lanzó su último aliento el que tantos tuvo en momentos muy difíciles de su no larga vida.

Cuarenta y ocho horas estuvo expuesto el cadáver, y puede decirse que todo Burgos desfiló ante él.

Las demostraciones de sentimiento fueron unánimes en aquella noble ciudad.

A los pocos días de su llegada á Burgos ya presintió D. Manuel que las horas de su vida eran pocas, y sin embargo procuró mostrarse animoso y atendió á los deberes que le imponía la amistad, reflejando también sus conversaciones el acendrado amor que le inspiró siempre la Patria.

Ardía por entonces en Cuba la guerra civil; dificultades ofrecía, como hoy ofrece, la cuestión económica, y con términos precisos estaba también planteado el problema social. Pues bien; estos tres puntos fueron la última preocupación de sus últimos días, y ellos fueron también los que arrancaron en los delirios de la fiebre que le llevó al sepulcro, palabras y conceptos que á todos de-

mostraron cómo aquel hombre singular moría con el pensamiento fijo en España.

Dos días antes de dejar la vida, firmó varias cartas contestando á los amigos que le felicitaban por su llegada á Burgos, entre otras la de D. Luis Antón Masa, antiguo y fiel correligionario suyo, quien á pesar de sus años y achaques, decía: «No quiero morirme sin ver á usted y darle un abrazo, y haré el viaje á esa, cueste lo que cueste.»

Emocionado D. Manuel, dijo al amigo Ullana:

—Contesta en seguida al pobre Antón Masa, y dile que no venga, porque dentro de cuatro ó cinco días iré á Tablada y allí nos veremos.

Antón Masa vivía en Vertabillo, provincia de Palencia, no lejos de aquella posesión. Sobrevivió poco á D. Manuel.

Otra carta firmó para su amigo íntimo Menéndez, citándole en Tablada para hablarle de un asunto de familia.

Menéndez se puso en camino, y cuando llegó á Burgos lo encontró muerto.

Que presentía su fin próximo, no cabe duda.

Uno de sus parientes, que hoy ha echado en olvido que lo era, le llevó el día 12 por la tarde un ramo de flores, y le dijo que á los hombres sólo se les regala flores en el sepulcro.

Después del fuerte ataque del día 10, pidió las listas que los burgaleses habían llenado con sus firmas, y aunque se trató de disuadirle, no hubo medio de resistir su voluntad y las leyó.

Cuando vió en el parte facultativo la palabra *grave*, colocó sobre ella el índice de la mano derecha y dirigiéndose á los que le rodeaban, exclamó:

— Esta palabrita pesa mucho.

Creyéndose repuesto de aquel fuerte ataque, volvió á insistir en su viaje á Tablada, y cuando le manifestaron que era conveniente esperar unos días, dijo:

—¡Ah! ¿Con que Esquerdo me trajo moribundo desde París al Paraíso, y ahora no puede llevarme desde aquí á Tablada sin peligro? ¡Ya sé á qué atenerme!

***

La triste noticia del fallecimiento se transmitió inmediatamente á Madrid, á provincias y al extranjero.

Muchos periódicos españoles, y entre ellos todos los republicanos, la transmitieron al público por medio de extraordinarios, y el respiro que consiguieron los monárquicos con la desaparición del implacable enemigo de los Borbones aprovecháronlo para presentar con sus verdaderos rasgos á la consideración pública la gran figura del revolucionario.

Todos los periódicos de París, entre ellos *La Petite Republique*, *L'Intransigeant*, *L'Echo de París*, *La Justice*, *La Lanterne*, *Le Temps* y otros, demostraron las simpatías que el nombre de Ruiz Zorrilla dejara en Francia. Los diarios portugueses *O Seculo*, de Magalhaes Lima, *O Dia* y *La Batalha* se distinguieron por sus encomios á la memoria del incansable luchador y ferviente patriota.

A Burgos llegaron á montones las cartas y telegramas de pésame.

Citaré algunos, porque reproducirlos todos sería tanto como duplicar el volumen de este libro.

De París.—La noticia de la muerte de Zorrilla me llena de dolor; reciba mi más sentido pésame. *Eduardo Lockroy.*—He recibido ayer tarde el parte que me trajo la noticia de la muerte de nuestro gran amigo Ruiz Zorrilla. No me ha sorprendido. Habíale visto dos días antes que dejase París, y lo encontré tan mal, que esperaba siempre recibir de un día á otro noticia de su muerte. Pero el sentimiento es lo mismo. Supone no sólo una gran pérdida para los que le hemos conocido y querido, sino una pérdida inmensa para la libertad de España. *Alfredo Naquet.*

De España.—El amigo más abnegado envía el pésame por la muerte del amigo querido. Todos los republicanos estamos de luto. La Patria llora. *Carvajal.*—Sentido pésame por el fallecimiento de Zorrilla. Honremos la memoria del gran patriota, cesando ante su túmulo todas las divisiones. Imitemos su conducta para instaurar la República. *Lostau.*—El partido federal de Cataluña se asocia entristecido al duelo de la España republicana por la muerte de Ruiz Zorrilla, y envía á usted para él una simbólica corona. *Vallés y Ribot.*—Gracias por su telegrama. Siempre la muerte sorprende, aunque sabía que no había esperanza. Sabe usted cuánto él me quería y yo le quería. Pronto me tocará seguirle. Mi silencio es dolor sin palabra. *Laureano Figuerola.*—Ante la aciaga muerte que roba á España al preclaro varón ilustre republicano D. Manuel, modelo de honradez, constancia, patriotismo y abnegación política, la Tertulia republicana posibilista (de Barcelona) une su dolor al de toda esa familia y al de todos los españoles que, como ella, sienten y admiran la democracia y la

República. Presidente, *Fermín Villamil.*—Recibo en este momento fatal noticia. No tengo tranquilidad para pensar. Paz al mártir. Imitemos su ejemplo. *Asensio Vega.*

Casi todas estas demostraciones de sentimiento fueron dirigidas al doctor Esquerdo, de cuyo corazón aún no se han borrado las huellas que aquella pérdida irreparable le produjera.

***

Para mí, la figura política de D. Manuel Ruiz Zorrilla es una de las más salientes del siglo XIX.

Siglo de afirmaciones y de negaciones casi simultáneas fué para nuestra España, sobre todo desde el momento en que, como dijo un ilustre escritor contemporáneo, dejamos abiertas las ventanas de los Pirineos y penetraron por ellas los vientos saludables de la Revolución francesa.

Desde entonces puede decirse que entró nuestro país en un período constituyente del que no ha salido en los albores del siglo XX, por la falta de hombres de Estado capaces de colocarse de una sola vez á la debida altura.

No es ésta ocasión á propósito para entrar de lleno en disquisiciones tales, pero si lo fuese, fácil sería demostrar, cotejando la historia de unos y otros, que ninguno intentó, con la firmeza y la constancia que D. Manuel Ruiz Zorrilla, dar á la política española soluciones reclamadas por el progreso de los tiempos, como nadie negará tampoco que, de haberse implantado oportunamente, y á todo trance, y hasta con la violencia, si era preciso—como hoy reconocen que lo es muchos que antes lo negaban,—habríanse ahorrado al país largos días de

luto y una serie de vergüenzas, cuyo último término se desconoce y se teme.

¿Quién dudará hoy que viviendo D. Manuel Ruiz Zorrilla probablemente no hubiéramos llegado á la guerra con los Estados Unidos? El temor á la Revolución, que él solo encarnaba y representaba, hubiéralo evitado. La actitud de aquel hombre hubiera sido como poderoso dique ante el desbordamiento de un patriotismo tan infecundo como falso, y el riesgo de que peligrara la dinastía, interés supremo de aquellos desdichados gobernantes, les hubiera contenido dentro de los límites que la prudencia señalaba. Y diré más: aun en el caso de ir á la guerra como fuimos, á manera de locos ó estúpidos, porque nuestra derrota era segura, el humillante Tratado de París no se hubiera firmado sin graves consecuencias. Y no lo digo yo; díjolo el Presidente del Consejo, que declaró la guerra y que cobardemente pidió luego la paz, temeroso de que vacilase el trono si la escuadra americana bombardeaba nuestros puertos, y díjolo el último Capitán general de Cuba en el Senado. *En otros tiempos se hubieran levantado hasta las piedras. Siento no haberme sublevado.* Tales fueron las frases del uno y del otro.

Y si esto dijeron dos fervientes dinásticos, comprometidos en la preparación, desarrollo y desenlace de aquellos incalificables sucesos, ¿qué hubiera dicho y hecho Ruiz Zorrilla, alma de la Revolución antidinástica y republicana?

Meditémoslo bien; no con la pasión del sectario, sino son la serenidad de juicio que á los hombres se impone cuando se trata de intereses superiores á los de partido, como lo son los de la Patria.

España, en el aturdimiento producido por su violenta é ignominiosa caída, volvió la vista á todas partes en busca de un hombre, y no lo encontró. Faltaban en el Ejército Generales del temple de un O'Donnell, de un Narváez ó de un Prim.

Ese hombre, á falta de aquéllos, hubiera sido el que no tuvo ni contacto material con los autores del desastre.

Porque él, arrojado de España como un estorbo para la política imperante, estaba libre de toda culpa; porque él había soportado con admirable entereza durante años y años persecuciones, injurias y grandes infortunios; porque él había intentado con tenacidad inquebrantable cambiar los rumbos de una política desacreditada en España y fuera de España, aun antes de sus desastres; en suma, porque él, tan perseguido y denostado por los causantes del descrédito y de la ruina de la Patria, hubiera aparecido como viva representación de las desdichas nacionales y como el único capaz de remediarlas con sus grandes energías y con su sentido gubernamental, dentro de los principios democráticos.

Y con tanto más motivo hubiera podido ocurrir esto, cuanto que la Restauración borbónica, por él combatida como no la combatió ninguno de sus afines, no había realizado antes de firmarse el Tratado de París las bienandanzas tácitamente ofrecidas en el lacónico Manifiesto de Sandhurst.

Ni moralizó la Administración, ni organizó las fuerzas de mar y tierra, ni mejoró la instrucción pública y la educación popular, ni puso mano en las cuestiones sociales, ni tampoco tuvo política internacional.

Y como si esto fuera poco, hizo escarnio de la justicia, distribuyéndola entre los ciudadanos á voluntad de los Gobiernos ó de sus caciques, y corrompió el sufragio con toda suerte de atropellos é indignidades.

Pero aunque hubiera llenado con creces la medida de sus ofrecimientos, el hecho de haber perdido sin defensa y sin honor 300.000 kilómetros cuadrados de territorio, y con ellos 10 millones de españoles, sería suficiente para declarar fracasada su política.

Y aún más: tendría relativa disculpa tan tremenda caída, si pudiera atribuirse únicamente á la sorpresa ó á la imprevisión de los Gobiernos. Pero no ha sido así: nos hemos empequeñecido moral y materialmente, somos hoy objeto de la desconsideración de Europa, y está en entredicho la integridad del territorio en que nacimos, porque se han pospuesto, á sabiendas y descaradamente, los intereses nacionales á los de una familia privilegiada.

En una palabra: porque se ha temido la Revolución que D. Manuel Ruiz Zorrilla deseaba y propagaba y defendía sin intermitencias desde el año de 1875.

Pero ya se han despejado los horizontes y hay luz para todos.

La Revolución era la República, y la República era la paz.

¿Por qué?

Porque la política republicana estaba bien definida en las cuestiones coloniales.

No á destiempo ni á la desesperada—así procedieron los Gobiernos monárquicos,—sino con la

oportunidad exigida por sus propios principios y terminantes declaraciones, la República hubiera llevado á Cuba la autonomía y concedido á Filipinas la representación en Cortes además de librarla del yugo intolerable de las órdenes religiosas.

Y como no pedían más á la metrópoli aquellas provincias, seguirían siendo españolas y preparando en el seno de la paz, sin odios ni rencores, su definitiva emancipación.

Así hubiera llegado ese momento histórico más ó menos pronto inevitable, sin que el brillo de nuestras armas gloriosas se hubiese empañado, sin que esta infeliz España hubiera consumido torrentes de oro y de sangre, y sin que sus anales registraran las humillaciones impuestas por el que pasará á la historia como tipo y modelo de vergonzosos tratados de paz.

Todo lo dicho indica que D. Manuel Ruiz Zorrilla se adelantó á su tiempo.

Pacten como quieran, dijo siempre, la unión republicana, federales, centralistas y posibilistas, y cuenten por anticipado con mi firma en blanco.

Y la unión, cuando él decía esto, hubiera traído en plazo breve el triunfo de la República sobre la monarquía, lo que equivale á decir que ni España hubiera caído tan hondo como hoy la vemos, ni lo que es apenas comprensible, seguiría entregada para común vergüenza, no ya al mismo régimen político, sino dentro de él, á los mismos hombres que la empujaron al abismo.

La unión está hecha sobre la base que D. Manuel Ruiz Zorrilla señalaba en su carta de 16 de

Febrero de 1892, copiada en este libro, y esta gloria nadie podrá regateársela.

Como el héroe de nuestra gloriosa reconquista, ha ganado una gran batalla, tal vez definitiva, después de muerto.

Viven sus ideas y sirve de estímulo á los buenos patriotas el conocimiento que tuvo de la realidad, su energía incontrastable y la rectitud de su carácter.

—Vengan á mí todos los hombres de buena voluntad—decía en sus Manifiestos al país,—y cambiando radicalmente de política, salvaremos á España.

Y ya está visto que no vino á continuar su historia la restauración borbónica, como dijo don Antonio Cánovas del Castillo, quien, entre paréntesis, más inteligente, más previsor, más hombre de Estado que D. Práxedes Mateo Sagasta, no nos hubiera llevado á la tremenda guerra con los Estados Unidos.

D. Antonio Cánovas se equivocó. La restauración borbónica de 1875, no vino á continuar la historia de España. Los republicanos, no la interrumpieron. Integro entregaron á los monárquicos el territorio de la Patria.

Y ahora, después de muchos años de paz en el seno *amoroso* de la monarquía, para buscar enlace entre Santiago de Cuba y algún hecho de nuestra historia, sería preciso retroceder muchos siglos y llegar á las márgenes del Guadalete.

En suma: la historia hará justicia al partido republicano y con él á D. Manuel Ruiz Zorrilla, y si á ello, aunque fuera en poco, contribuyeran estas páginas, moriré con mi conciencia política tran-



quila, recordando que en vida y en muerte serví á aquel gran hombre con entera lealtad, sirviendo también, en cuanto mis fuerzas alcanzaron, á la que considero como la más noble y más legítima de las causas: á la causa de la República.

FIN



